

Felix Morrow
España 1931-1937

La Guerra civil en España
Revolución y Contrarrevolución en España

Índice

Nota sobre el autor y la obra	1
Cronología.....	2
La guerra civil española	5
Introducción	5
I. El nacimiento de la República: 1931	6
II. Las tareas de la revolución democrático-burguesa.....	9
III. El gobierno de coalición y el retorno de la reacción: 1931-1933.....	15
IV. La lucha contra el fascismo: noviembre de 1933 a febrero de 1936	20
V. El gobierno del frente popular y sus aliados: 20 de febrero-17 de julio de 1936	25
VI. A pesar del Frente Popular, las masas luchan contra el fascismo: 16 de febrero a 16 de julio de 1936.....	30
VII. La contrarrevolución y el poder dual.....	35
Revolución y Contrarrevolución en España.....	45
I. Por qué se alzaron los fascistas.....	45
II. Los “aliados” burgueses en el Frente Popular	49
III. La revolución del 19 de julio.....	54
IV. Hacia una coalición con la burguesía	57
V. La política de la clase obrera española	61
VI. El programa del gobierno de coalición de Caballero.....	70
VII. El programa del gobierno de coalición de Cataluña.....	73
VIII. Renacimiento del estado burgués: septiembre de 1936-abril de 1937	79
IX. La contrarrevolución y las masas.....	86
X. Las jornadas de mayo: barricadas en Barcelona	91
XI. La destitución de Largo Caballero	107
XII. “El gobierno de la victoria”	115
XIII. La conquista de Cataluña	121
XIV. La conquista de Aragón	131
XV. La lucha militar bajo Giral y Caballero	134
XVI. La lucha militar bajo Negrín y Prieto.....	144
XVII. Sólo dos caminos	153
Epílogo de la edición norteamericana	161
Glosario	163

Nota sobre el autor y la obra

Más de seis décadas después del final de la guerra civil española, todavía existe mucho interés en los acontecimientos que llevaron a la revolución española de 1931-37 y a la guerra civil española (1936-1939). Al reeditar estos dos textos de Félix Morrow, agotados desde hace tiempo en castellano, queremos volver a poner a disposición del lector dos de los análisis descriptivos y más agudos escritos sobre la guerra civil española y los acontecimientos que la precedieron. La obra de Félix Morrow, escrita al calor de los acontecimientos, posee una vigencia extraordinaria.

Félix Morrow fue dirigente del Socialist Workers Party (Partido Socialista de los Trabajadores de EEUU) y miembro del consejo de redacción del semanario *Socialist Appeal*, que publicó sus extensas crónicas de la guerra civil. Fue uno de los dieciocho trotskistas estadounidenses condenados en el tristemente célebre Juicio Laboral de Minneapolis de 1941, donde por primera vez se aplicó la ley Smith.¹ Después de la II Guerra Mundial rompió con el SWP.

La Guerra Civil en España: ¿Hacia el socialismo o el fascismo? fue terminado dos meses después de la insurrección de Franco y publicado por Pioneer Publishers de Nueva York en forma de folleto. Su objetivo era proporcionar una historia política de la República española desde sus inicios en 1931 hasta la insurrección fascista de julio de 1936. La insurrección provocó un gran estallido de masas en toda España, que exigían armas para combatir a los fascistas, además de una profunda revolución social, y donde los trabajadores tomaron fábricas y tierras, incluso tiendas y cafés para garantizar una organización una lucha eficaz contra Franco. Se creó una red de milicias populares bajo el control de las organizaciones obreras. En septiembre, cuando este folleto salió a la luz, el gobierno frentepopulista ya había tomado el control de la lucha militar y comenzaba a restablecer su autoridad con la complicidad de los dirigentes de las organizaciones obreras. El autor terminó de redactar *Revolución y Contrarrevolución en España* en noviembre de 1937, cuando el ala izquierda del movimiento republicano español ya había sido aplastada y enviada a la clandestinidad en Barcelona, en el mes de mayo. Con la destrucción del ala de izquierdas, las esperanzas de una victoria republicana desaparecieron rápidamente. Cuando el autor publicó su posdata en mayo de 1938, el resultado de la guerra civil era claro para todo el que quisiera entender.

¹ Los dieciocho fueron condenados a un año de prisión. La ley Smith penaba la agitación antibélica como delito de traición (Nota de la Ed. norteamericana).

Cronología

1930

- Enero Renuncia el dictador Primo de Rivera; el rey Alfonso XIII nombra a Berenguer jefe del gobierno interino.
- Diciembre Oficiales liberales dan un golpe en Jaca que fracasa.

1931

- Febrero Renuncia Berenguer.
- Abril Aplastante victoria de los republicanos en las elecciones municipales. Abdica Alfonso. Alcalá Zamora es nombrado primer ministro.
- Mayo Choques de obreros y monárquicos en Madrid; se incendian varias iglesias.
- Junio Las elecciones dan una aplastante mayoría a los partidos republicanos en las Cortes. Alcalá Zamora pasa a ser presidente de la república; Azaña, primer ministro.
- julio-agosto El gobierno republicano aplasta la oleada huelguística con la artillería.

1932

- Enero La FAI organiza insurrecciones en Cataluña.
- Agosto Se concede la carta de autonomía de Cataluña. Golpe fallido del general monárquico Sanjurjo.

1933

- Enero Es aplastada la insurrección anarcosindicalista en Barcelona.
- Abril La derecha hace grandes avances en las elecciones municipales.
- Septiembre Lerroux reemplaza a Azaña como primer ministro.
- 29 de octubre Se funda la Falange Española en Madrid.
- Noviembre Con la abstención de la CNT los derechistas y monárquicos obtienen el control de las Cortes; se confirma a Lerroux en el cargo de primer ministro. Este comienza a derogar las reformas.

1934

- Enero Giro a la izquierda en las elecciones catalanas; Companys, presidente de Cataluña.
- Abril Represión de la huelga general en Barcelona.
- Junio Los anarquistas llaman a la huelga campesina.
- octubre-noviembre Lerroux forma nuevo gobierno, con miembros de la CEDA derechista de Gil Robles; es aplastada la huelga general de socialistas y anarquistas; Lerroux llama a Franco a aplastar la huelga de los mineros asturianos. Se suprime la independencia de Cataluña.

1935

- Agosto El Séptimo Congreso de la Comintern proclama la política del Frente Popular.

Septiembre Fundación del POUM.

1936

Enero Lerroux renuncia en medio de un escándalo financiero; se disuelven las Cortes.

Febrero El Frente Popular llega al poder con las elecciones; Azaña, primer ministro; los anarquistas y el POUM apoyan el Frente Popular.

Abril Se unifican las juventudes comunista y socialista.

Mayo Azaña, presidente; Casares Quiroga, primer ministro.

mayo-junio Huelgas de masas en Francia; es elegido el Frente Popular francés; León Blum, primer ministro; Daladier, ministro de guerra.

julio 13 El Partido Comunista español declara su apoyo pleno al gobierno.

17-21 de julio Comienza la insurrección fascista en Marruecos, se extiende a España. Martínez Barrio, y luego Giral, reemplazan a Quiroga.

21 de julio Se forma el Comité Miliciano Antifascista en Cataluña.

15 de agosto Francia e Inglaterra firman el pacto de no intervención.

Septiembre Renuncia Giral; Largo Caballero, primer ministro a condición de que el PC entre en el gobierno. CNT y POUM se unen al gobierno catalán; Nin, ministro de justicia.

Octubre El Gobierno central liquida la independencia de las milicias, crea el Ejército Popular; comienza el sitio de Madrid; el gobierno aprueba la formación de Brigadas Internacionales. Franco, Generalísimo de España Nacionalista.

Noviembre El Gobierno central, reorganizado con la inclusión de anarquistas, se traslada a Valencia. Llegan las Brigadas Internacionales a Madrid.

16 de diciembre El POUM es expulsado del gobierno.

1937

Febrero Caída de Málaga.

25 de abril Bombardeo de Guernica.

Mayo El gobierno trata de arrancar la central telefónica de Barcelona de manos de los anarquistas, lo que provoca nueva alza; Negrín reemplaza a Caballero.

Junio El gobierno central ilegaliza al POUM, arresta a los dirigentes; caída de Bilbao.

Octubre El gobierno central se traslada a Barcelona.

1938

Enero Comienza el bombardeo en gran escala de Barcelona.

Febrero Caída de Teruel.

abril-junio Franco llega a la costa y corta a la España Republicana en dos.

Septiembre Última batalla de las Brigadas Internacionales en la campaña del Ebro; Chamberlain y Daladier firman el Pacto de Munich con Hitler.

Noviembre Las Brigadas Internacionales se retiran de España.

1939

26 de enero Rendición de Barcelona.

27 de febrero Francia e Inglaterra reconocen a Franco; mientras, los leales controlan aún la tercera parte de España. Azaña huye de España.

Marzo Se forma la Junta de Defensa Nacional para arreglar la rendición del Gobierno central. El PC es expulsado del Frente Popular. Rendición de Valencia y Madrid. Cesan las hostilidades.

Abril Estados Unidos reconoce a Franco

23 de agosto Firma del Pacto Hitler-Stalin.

La guerra civil española

Introducción

Soldados fascistas y obreros milicianos, atrincherados unos cerca de otros. En un alto en la lucha discuten a gritos:

”– Sois hijos de obreros y campesinos – grita un miliciano –. Deberíais estar aquí, con nosotros, luchando por la República, donde impera la democracia y la libertad.

“La respuesta no se hace esperar; es el argumento con que el campesinado ha respondido a todo llamamiento reformista desde que surgió la República en 1931:

”– ¿Qué te ha dado de comer la República? ¿Qué ha hecho la República por nosotros, para que luchemos por ella?”.

En este pequeño incidente, que apareció casualmente en la prensa, está la esencia del problema de la guerra civil. El campesinado, que compone el 70% de la población, todavía no ha sido ganado para el bando del proletariado. No desempeñó ningún papel en el nacimiento de la república en 1931. Su pasividad y hostilidad provocaron el triunfo de la reacción en 1933. No participó en la insurrección proletaria de octubre del 1934. Salvo en Cataluña y Valencia, donde el proletariado ha expropiado la tierra y la está entregando a los campesinos, y parte de Andalucía, donde los trabajadores rurales han tomado las tierras, las masas campesinas no se alzan para luchar junto con la clase obrera.

Jamás una guerra civil tan profunda como la española se ganó sin presentar un programa revolucionario social. Sin embargo, el único programa que parece levantar el gobierno de coalición que encabeza Caballero es la lucha militar. “Sólo después de la victoria podremos defender los distintos problemas políticos y sociales de los grupos que componen el Frente Popular de izquierda”, dice un vocero del gobierno (*New York Times*, 20 de septiembre). “Hay un solo punto en nuestro programa: la victoria”. Sin embargo, en realidad la consigna del gobierno de coalición de “defender la república democrática” sí contiene un programa social; pero es el programa reformista de defensa del instrumento político más *benévolo* del modo de producción burgués.

En la gran Revolución Francesa, la consigna de “Libertad, Igualdad y Fraternidad” significaba, concretamente, la tierra para los campesinos, la liquidación de la servidumbre, un mundo nuevo de trabajo y riqueza que liquidaba el poderío económico de la opresión feudal, colocando el poder en manos de la burguesía revolucionaria. En la Revolución Rusa, la consigna de “Tierra, Pan y Libertad” movilizó al pueblo contra Kornílov y Kerensky porque significó la transformación de Rusia. El proletariado de España levantará consignas igualmente revolucionarias o no ganará la guerra civil.

El proletariado catalán ya ha reconocido esa gran verdad. Su programa revolucionario no quedará por mucho tiempo dentro de sus propias fronteras. Hoy mismo llega la noticia de que otro partido del Frente Popular, el Partido Sindicalista, formado después de la insurrección de octubre por los anarcosindicalistas que reconocieron la necesidad de participar en la vida política, ha exigido un programa socialista para llevar a cabo la guerra civil. El ministerio de Caballero, “extrema” izquierda del Frente Popular, demuestra en forma distorsionada que las masas no lucharán por el mantenimiento del capitalismo. Pero los viejos laureles de Caballero no pueden ser, ni serán, un sustituto para el contenido concreto del programa del socialismo revolucionario.

Las páginas siguientes narran la rica historia de experiencia revolucionaria que el proletariado español ha recogido en nada más que cinco años. De la sabiduría ganada en esa experiencia

tan concentrada, el proletariado español está aprendiendo a tomar su destino en sus propias manos. A las lecciones de la Revolución Rusa, se agregan las lecciones igualmente profundas de la Revolución Española.

Nueva York, 22 de septiembre de 1936

I. El nacimiento de la República: 1931

“Gloriosa, incruenta, pacífica, armoniosa” fue la revolución del 14 de abril de 1931. Dos días antes, el pueblo había votado por la coalición republicana-socialista en las elecciones municipales; eso bastó para liquidar a Alfonso. La república española vino tan fácilmente... Su nacimiento, sin embargo, fue casi el único acontecimiento incruento ligado a la revolución, antes o después de 1931.

Durante más de un siglo España ha intentado dar a luz un nuevo régimen. Pero la parálisis de siglos de decadencia senil que viene desde los tiempos del imperio hizo naufragar todos los intentos. Tanto más sangriento fue, por tanto, el fracaso y el castigo. Cuatro grandes revoluciones previas a 1875, seguidas de cuatro terrores blancos, fueron otros tantos *crescendos* en una sinfonía casi continua de insurrecciones campesinas y motines militares, guerras civiles, insurrecciones regionales, pronunciamientos militares, conspiraciones y contraconspiraciones de las camarillas de la corte.

Tampoco la burguesía moderna, cuando apareció tardíamente en escena, preparó la revolución burguesa. La industria y el transporte modernos aparecieron en la época de la guerra entre España y Estados Unidos, que provocó un nuevo fermento en España. Los años 1898-1914 reciben el nombre de “renacimiento nacional” (fueron también los del último respiro del capitalismo mundial). Pero los empresarios industriales españoles y catalanes que florecieron en esas dos décadas rivalizaban en lealtad a la monarquía con las familias terratenientes más antiguas. Algunos – como el conde de Romanones – recibieron títulos de nobleza, compraron grandes extensiones de tierra y aunaron en sus personas la antigua y la nueva economía. Otros cimentaron los vínculos entre ambas a través de hipotecas y matrimonios con la aristocracia terrateniente. El rey conservó el oropel del feudalismo, pero no tuvo reparos en asociarse con la burguesía en sus aventuras económicas más dudosas. En la búsqueda de nuevos terrenos que explotar, la burguesía logró que Alfonso iniciara la conquista de Marruecos en 1912. Con la rentable neutralidad de Alfonso durante la guerra mundial, consiguió el apoyo de la burguesía, que durante cuatro años tuvo el mercado mundial a disposición de sus mercancías.

Cuando al final de la guerra los imperialistas recuperaron el mercado, el proletariado catalán y español emprendió luchas y a raíz de los fracasos militares en Marruecos los campesinos y obreros perdieron todo el respeto al gobierno, y los industriales catalanes financiaron el golpe de Primo de Rivera. El programa de obras públicas y barreras arancelarias, la represión de los anarcosindicalistas y el arbitraje obligatorio impuesto por el dictador a los sindicatos socialistas, dio un nuevo ímpetu a la industria y Rivera y Alfonso obtuvieron la adulación más ferviente de la burguesía. La crisis mundial puso fin a la prosperidad española y Rivera cayó, junto con la peseta, en enero de 1930. Pero la burguesía, en su gran mayoría, siguió aferrada todavía a Alfonso. Así, el 28 de septiembre de 1930 en un mitin de protesta por la política del gobierno, Alcalá Zamora, futuro presidente de la República, aún podía cantarle loas a la corona.

Mientras tanto, en mayo de 1930, los estudiantes y obreros de Madrid habían enarbolado banderas rojas y republicanas. Se produjeron disparos en los enfrentamientos con la policía. En septiembre los socialistas y la UGT firmaron un pacto con los republicanos donde se comprometieron a liquidar la monarquía; siguió una oleada de huelgas generales revolucionarias en Valencia, Sevilla, Madrid, Barcelona, Bilbao, etcétera, con gravísimos

encuentros con la policía en la mayoría de los casos. La sublevación de los soldados del 12 de diciembre, realizada precipitadamente antes de la hora señalada, frustró un levantamiento de obreros que debía coincidir con un motín republicano en el ejército; pero la ejecución de los soldados que encabezaron la sublevación provocó la firma de un manifiesto por los dirigentes republicanos y socialistas en el que se anunciaba su siguiente objetivo: la instauración inmediata de la república. Los firmantes fueron encarcelados en la Cárcel Modelo de Madrid, y ésta se convirtió en el centro de la vida política española. El primer ministro Berenguer intentó desesperadamente establecer unas Cortes, basadas en el viejo modelo de apoyo a Alfonso; pero fue derrotado por el boicot republicano-socialista y Berenguer dimitió. Las elecciones municipales demostraron que las masas estaban a favor de la república.

Sólo en este último momento los industriales, atemorizados por las huelgas generales, por el progresivo aumento de armas en poder de los obreros que se realizaba abiertamente y por la amenaza socialista de huelga general, decidieron que el sacrificio de la monarquía a los lobos de la revolución les resultaba barato. Entonces, y sólo entonces, cuando el propio Alfonso empezaba a reconocer la inutilidad de la lucha, la burguesía aceptó la república.

Lo que caracteriza el espíritu de la nueva república es el hecho de que la organización republicana más antigua y grande – el Partido Radical de Lerroux – no hizo nada por crearla y no tardó mucho tiempo en aliarse con los monárquicos. Las tres décadas del parlamentarismo español están plagadas de acusaciones de soborno, chantaje, engaños y estafas contra ese partido. Los demagogos del Partido Radical habían servido a la monarquía en su lucha contra el nacionalismo catalán. El robo y chantaje que tan triste fama aportó a sus tocayos franceses (que ahora dirigen el *Front Populaire* francés) empalidecen al lado de las audaces campañas que los radicales españoles lanzaban contra industriales y banqueros y que llegaban a rápido fin apenas llegaba el abultado cheque. Dentro del Partido Radical el método polémico que se empleaba habitualmente se reducía a acusaciones mutuas de chantaje y corrupción. En virtud de su historia extremadamente sucia y a pesar de que se trataba del partido republicano más grande y antiguo, había una gran oposición a su participación en el primer gobierno republicano. Esta oposición provenía inclusive de aquellos católicos que, como Zamora, querían verdaderamente una república y que, después de haber sido ministro de la monarquía, conocía muy bien qué clase de servicios habían prestado los republicanos a Alfonso.

A pesar de contar con muchos partidarios entre la burguesía, al tratarse del partido republicano más conservador, los radicales de Lerroux no consiguieron la dirección política. Se ocuparon de buscar los puestos más lucrativos. Sin embargo, el horror que sentían los demás republicanos y los socialistas ante la posibilidad de que un escándalo manchara a la nueva república fue un factor sumamente adverso para los radicales. Se sintieron mucho más felices después de abandonar el gobierno y aliarse al partido clerical de Gil Robles. ¡Nada menos que los radicales, cuyo principal caballo de batalla había sido el anticlericalismo!

Los demás partidos republicanos, con excepción de la Izquierda Catalana, que contaba con una base campesina, fueron meras componendas creadas expresamente para las elecciones de abril y sin apenas apoyo entre las masas, puesto que la baja clase media española es pequeña e impotente.

Por todo ello, el único apoyo verdadero con que contó la república venía del proletariado socialista y sindicalista. Ese hecho significaba, que la república no podía ser sino una transición a una lucha por el poder entre la reacción monárquico-fascista y el socialismo. En esta etapa tardía no había cabida en España para una república democrática.

Sin embargo, desgraciadamente, la dirección socialista no se preparó para esta lucha. Por el contrario, compartió la perspectiva burguesa de los “azaña”.

Esa perspectiva se basaba, como ellos mismos confesaron, en la Revolución Francesa de 1789. Se suponía que España tenía ante sí una larga etapa de desarrollo pacífico, en el cual la alianza de republicanos y obreros realizaría las tareas de la revolución burguesa. Después de esto – varias décadas después de 1931 – la república se convertiría en república socialista. ¡Eso está demasiado lejos!, pensaban los dirigentes socialistas Prieto, Caballero, de los Ríos, Besteiro, del Bayo y Araquistáin, que habían madurado bajo el régimen cuasi asiático de la monarquía. Madrid, principal baluarte de los socialistas, prácticamente, seguía siendo la misma ciudad de artesanos de principios de siglo; su socialismo era una mezcla del reformismo provinciano de Pablo Iglesias, su fundador, y las peores tradiciones de la socialdemocracia alemana de la posguerra.

La otra gran corriente del proletariado español, el anarcosindicalismo, que disponía en la CNT de aproximadamente la mitad de la fuerza que tenía la UGT – el sindicato socialista – dominaba la moderna ciudad industrial de Barcelona, pero casi no había cambiado desde su origen en el Congreso de Córdoba de 1872. El anarcosindicalismo, apolítico redomado, no desempeñó el menor papel en el alumbramiento de la República; luego viró, en la época dorada, hacia una postura de apoyo pasivo, que se transformó en un *putchismo* enloquecido apenas se disipó la rosada neblina. España no encontraría aquí su dirección ideológica. Se necesitaron cinco años de revolución para que el anarcosindicalismo empezara a romper con su negativa doctrinaria a entrar en la escena política y luchar por un Estado obrero.

La Unión Soviética – un país campesino como España – y sus logros, gozaban de una extraordinaria popularidad. Pero la metodología bolchevique de la Revolución Rusa era casi desconocida. El atraso teórico del socialismo español sólo dio lugar a una pequeña escisión bolchevique en 1918. Todos sus progresos se vieron truncados en 1930 cuando la Comintern expulsó a los herejes trotskistas, “derechistas” y de otro tipo. A pesar del gran apoyo de la Comintern, el Partido Comunista no desempeñó el menor papel en el periodo subsiguiente. En marzo de 1932 la Comintern descubrió nuevas herejías y volvió a liquidar a toda la dirección. Siguiendo su ideología del “tercer periodo” (1929-1934), los estalinistas repudiaron los frentes únicos con las organizaciones anarquistas y socialistas, a las que tacharon de “gemelas” del fascismo, formaron “sindicatos rojos” carentes de todo contenido contra la UGT y la CNT; alardearon de estar construyendo soviets campesinos, en una época en que carecían de seguidores entre el proletariado, que es quien debe dirigir tales soviets; hicieron propaganda por la “revolución democrática de obreros y campesinos” – concepción que Lenin repudió en 1917~, diferenciándola de las revoluciones burguesa y proletaria, confundiendo así la tarea de luchar por el apoyo de las masas y la posterior luchar por el poder. Los estalinistas abandonaron la política del “tercer periodo” en 1935... para defender la política desacreditada del “Frente Popular”, política de coaliciones con la burguesía. Desempeñaron, de principio a fin, un papel completamente reaccionario.

Los únicos que representaban consecuentemente la tradición bolchevique en España eran los militantes de un pequeño grupo, la Izquierda Comunista, adherida al movimiento trotskista internacional. El mismo Trotsky escribió dos importantes trabajos, *La revolución en España*, escrito varios meses antes del advenimiento de la república, y *La revolución española y los peligros que la amenazan*, poco después, además de muchos artículos escritos a medida que se desarrollaban los acontecimientos. Nadie puede comprender la dinámica de la revolución española sin leer los clarividentes análisis de Trotsky. Los hechos posteriores han refrendado cada uno de sus escritos. Rebatió las doctrinas pseudojacobinas con un análisis marxista-leninista, rico en datos y un análisis concreto de la situación española, demostró la imposibilidad de que la república burguesa realizara las tareas democráticas de la revolución. A la charlatanería pseudoizquierdista de los estalinistas, opuso el programa concreto con el

cual un partido revolucionario podía ganar a las masas españolas y llevarlas a una revolución triunfante.

Pero la Izquierda Comunista era un pequeño grupo y no un partido. Los partidos no se construyen de la noche a la mañana, ni siquiera en medio de una situación revolucionaria. Un grupo no es un partido. Desgraciadamente, la Izquierda Comunista no lo comprendió y no siguió a Trotsky en su análisis del profundo significado que tenía el viraje a la izquierda de la base socialista, después de que los acontecimientos confirmaran las predicciones de Trotsky. A este “izquierdismo” siguió una línea oportunista que llevó a firmar el programa del Frente Popular. Sólo después del estallido de la actual guerra civil, los antiguos trotskistas (ahora en el POUM) volvieron a la política bolchevique.

De esta forma, cuando llegó la república, el proletariado carecía de una dirección que le preparase para sus grandes tareas. ¡Y pagó muy caro este vacío!

II. Las tareas de la revolución democrático-burguesa

La república burguesa debía hacer frente a cinco grandes tareas; debe realizarlas o el régimen daría paso a la reacción – monárquica o fascista –, o a una nueva revolución y un Estado obrero.

1. El problema agrario

Más de la mitad de la renta nacional, casi dos terceras partes de las exportaciones y la mayor parte de los ingresos fiscales, procedían de la agricultura; el setenta por ciento de la población vivía de la tierra. De este modo, la cuestión de la tierra era la clave para el futuro de España.

La distribución de la tierra es la más desigual de Europa. Un tercio de la tierra está en manos de los grandes terratenientes, que en algunos casos son dueños de media provincia. Otro tercio está en manos de un grupo de “terratenientes medios”, más nutrido que el de los grandes, pero dividido también en grandes extensiones trabajadas por aparceros y jornaleros. El tercio restante está en manos de los campesinos, la mayoría dividido en explotaciones mal equipadas de cinco hectáreas o menos aún, de tierra árida, pobre, que no alcanza para mantener una familia. La poca tierra buena que poseen los campesinos – los frutales de la costa mediterránea – está dividida en parcelas del tamaño de un jardín.

Los cinco millones de familias campesinas se dividen en tres categorías:

Dos millones que poseen una tierra insuficiente. Sólo en las provincias del norte se encuentran familias campesinas que llevan una existencia medianamente buena. Estos millones de “propietarios”, en su mayoría, se mueren de hambre igual que los que no poseen nada de tierra, teniendo que trabajar como jornaleros siempre que pueden.

Un millón y medio de aparceros que alquilan su parcela y le pagan al terrateniente con parte de su cosecha; sufren la triple explotación del terrateniente, del usurero que financia la cosecha y del comerciante que la compra.

Un millón y medio de jornaleros que trabajan por salarios increíblemente bajos, y en el mejor de los casos consiguen trabajo durante noventa a ciento cincuenta días por año. Un *buen* jornal son seis pesetas por día. Junto con la explotación directa de la tierra vienen los impuestos. Del total de impuestos recaudados en el campo durante el primer año de la república, más de la mitad provenían de los campesinos propietarios. Las condiciones de vida de millones de familias campesinas son indescriptibles. Para buscar comparación es necesario volver la vista a Oriente, a las condiciones de vida del campesinado chino e hindú. La hambruna entre cosechas es un acontecimiento *normal*. En estas ocasiones la prensa española se llena de informes según los cuales en comarcas enteras los campesinos se alimentan de

raíces y de hierbas silvestres hervidas. Insurrecciones desesperadas, apropiación de cosechas, asaltos contra almacenes y periodos de guerra de guerrillas son parte de la historia española del último siglo; pero en cada ocasión se demostró, una vez más, que el campesinado disperso, sin ayuda de las ciudades, no podía liberarse.

Las últimas décadas no mejoraron la situación del campesino. Los días felices de la guerra de 1914-1918 le dieron a la agricultura española la posibilidad de penetrar en el mercado mundial y asegurarse buenos precios. El aumento consiguiente de los precios de la tierra y los productos se convirtió en capital líquido a través de hipotecas para los terratenientes; pero los campesinos apenas obtuvieron beneficios. La crisis agrícola, parte de la crisis mundial, agravada por las elevadas tarifas aduaneras que Inglaterra y Francia levantaron contra la agricultura española, dejaron al campesino en una situación de miseria tal, que en 1931 había regiones enteras en peligro de morir de hambre y un ejército permanente de desocupados en el campo.

La única solución para esta horrible situación era la expropiación inmediata de los dos tercios de las tierras que se hallaban en manos de los terratenientes para distribuirlas entre el campesinado. Pero ni siquiera esto sería suficiente. La agricultura española, con excepción de la región hortícola del Mediterráneo, utiliza métodos de cultivo primitivos. Su rendimiento por hectárea es el menor de Europa. Sería necesario complementar la distribución de la tierra con métodos intensivos de agricultura, que requieren formación técnica, equipamiento moderno, fertilizantes, etc., lo que significa una ayuda estatal para la agricultura.

Los jacobinos liquidaron la propiedad feudal de la tierra en Francia favoreciendo las relaciones capitalistas de producción. Pero en la España de 1931 la explotación de la tierra ya se realizaba según las relaciones capitalistas. Hacía tiempo que la tierra era enajenable, se compraba y vendía en el mercado; por tanto, hipotecable y cargada de deudas. *De ahí que la expropiación de la tierra también supondría la expropiación del capital financiero, es decir, un golpe de muerte para el capitalismo español, tanto agrícola como industrial.*

Ante esta realidad tan evidente, el gobierno de coalición llegó a la conclusión de que no se podía expropiar la tierra. En su lugar, elaboró planes complicados e inútiles en virtud de los cuales el gobierno, a través del Instituto para la Reforma Agraria, compraría las propiedades terratenientes y las distribuiría a los campesinos en parcelas, mediante un sistema de arrendamiento. Puesto que España es un país empobrecido, donde los ingresos del Estado son muy bajos, este proceso sería necesariamente muy largo. Las propias estadísticas gubernamentales demuestran que este método de distribución de la tierra, después de comprarla y arrendarla, duraría por lo menos un siglo en llevarse a cabo.

2. El desarrollo de la industria española

Si la coalición socialista-republicana no pudo resolver el problema agrario, ¿sería capaz de desarrollar las fuerzas productivas de la industria y el transporte?

Comparada con la industria de las grandes potencias imperialistas, España sufre un atraso lastimoso. ¡Sólo doce mil kilómetros de vías férreas en un país más grande que Alemania! En 1930 tenía el 1,1% del comercio mundial, un poco menos que antes de la guerra.

España conoció un periodo corto de desarrollo industrial: 1898-1914. El propio desarrollo de la industria española en los años de la gran guerra, posteriormente, creó dificultades mayores. El fin de la guerra provocó que la industria española, infantil y sin el respaldo de una potencia fuerte, se quedara muy pronto atrás en la carrera imperialista por los mercados. Ni siquiera le fue posible preservar el mercado interno español para su propia industria. Las barreras aduaneras de Primo de Rivera provocaron represalias inglesas y francesas contra la

agricultura española. Puesto que la agricultura suponía entre el 50% y el 66% de las exportaciones, esto causó una crisis agrícola horrible, seguida del derrumbe del mercado interno industrial. Esa misma crisis marcó el comienzo de la República en 1931.

Ante estos hechos, la coalición republicano-socialista sólo repetía, como si fuera una fórmula mágica, que España se encontraba en los albores de su desarrollo capitalista, que de alguna manera desarrollarían la industria y el comercio, que la crisis mundial se solucionaría, etc.,

La república se encontró con casi un millón de obreros y campesinos en paro, y antes de finales de 1933 esa cifra llegó al millón y medio. Éstos, junto con sus familias, constituían el 25% de la población.

Los trotskistas demostraron con lógica de hierro que la débil industria española, bajo las relaciones capitalistas, *sólo puede desarrollarse en un mercado mundial en expansión, y el mercado mundial se está reduciendo progresivamente; la industria española sólo puede desarrollarse bajo la protección de un monopolio del comercio exterior*, pero la presión que ejerce el capital mundial en España, unido a las amenazas contra la agricultura española por parte de Francia e Inglaterra, significaban que un gobierno burgués no puede crear un monopolio del comercio exterior.

Si el retraso de la industria española impidió su desarrollo posterior bajo el capitalismo, ese mismo atraso (como el de Rusia) tuvo como resultado la concentración del proletariado en grandes empresas en unas cuantas ciudades. Barcelona, el puerto y el centro industrial más importante, junto con las ciudades industriales de Cataluña, reúne el 45% de la clase obrera española. El resto se encuentra en Vizcaya, Asturias y Madrid. En toda España hay menos de dos millones de obreros industriales, pero su peso específico, debido a su concentración, se puede comparar con el del proletariado ruso.

3. La Iglesia

La separación de la Iglesia del Estado no era una mera tarea parlamentaria. La Revolución Francesa tuvo que apelar a la expropiación de las tierras de la Iglesia, movilizándolo al campesinado con ese fin; disolvió los órdenes religiosos, se apoderó de las iglesias y sus riquezas y durante muchos años ilegalizó y prohibió el funcionamiento del clero. Sólo entonces se logró en Francia la separación funcional de Iglesia y Estado

En la España de 1931 el problema era aun más urgente y apremiante. La Iglesia, obligada por su pasado, no podía ser sino el enemigo mortal de la República. Durante siglos había impedido todo progreso. Hasta un rey tan católico como Carlos III tuvo que expulsar a los jesuitas en 1767; José Bonaparte tuvo que disolver los órdenes religiosos y el liberal Mendizábal los suprimió en 1835. La Iglesia había destruido todas las revoluciones del siglo XIX; a su vez, todas las revoluciones, todo florecimiento de la vida política española había sido necesariamente anticlerical. Hasta el rey Alfonso, después de la insurrección barcelonesa de 1909, debió anunciar que “reflejaría las aspiraciones públicas de reducción y reglamentación de la cantidad excesiva de órdenes religiosas” e implantaría la libertad de cultos. Sin embargo, Roma lo hizo cambiar de opinión. La Iglesia frustró todo intento de ampliar la base de sostén del régimen; la última vez fue en 1923, cuando vetó la propuesta del primer ministro Alhucemas de convocar las Cortes Constituyentes y respaldó a la dictadura. No es de extrañar, entonces, que cada período de agitación desde 1912 haya entrañado la quema de iglesias y la muerte de clérigos.

Se puede medir el poder económico de la Iglesia a partir del informe presentado ante las Cortes en 1931, en él mismo se reflejaba que los jesuitas poseían la tercera parte de la riqueza nacional. Las tierras confiscadas después de la revolución de 1868 fueron indemnizadas con

tal generosidad que la Iglesia se embarcó en la industria y las finanzas. Sus bancos monopolistas de “crédito rural” eran los usureros del campo y sus bancos urbanos los socios de la industria. Las órdenes religiosas ostentaban verdaderos establecimientos industriales (molinos de harina, lavanderías, talleres de costura, etc) con mano de obra gratuita (huérfanos, “estudiantes”) que les permitía competir con una gran ventaja frente a la industria. Al ser la religión oficial recibía anualmente decenas de millones de pesetas del estado, estaba exenta de toda obligación tributaria, inclusive en la producción industrial y obtenía grandes regalías en los bautismos, matrimonios, entierros, etc.

Su control oficial de la educación significaba librar al estudiante de toda influencia radical y mantenía al campesinado sumido en el analfabetismo: en 1931 la mitad de la población española no sabía leer ni escribir. Podemos tener una idea de la superstición difundida por la Iglesia por el hecho de que hasta hace poco las indulgencias papales se vendían por unas cuantas pesetas; con la firma del arzobispo, se podían comprar en tiendas que exhibían el anuncio: “Se venden bulas baratas”.

Las hordas de sotanas constituían un verdadero ejército enfrentado a la República: de 80 a 90.000 distribuidos en las 4.000 casas de órdenes religiosas y más de 25.000 párrocos. De esa manera, el número de religiosos superaba al número de estudiantes de enseñanza media y duplicaba el número de universitarios.

En los primeros meses de la República, la Iglesia actuó cautelosamente en su lucha contra el nuevo régimen. Hizo bien por que una carta pastoral que aconsejaba a los católicos votar por candidatos católicos que no fueran “ni republicanos ni monárquicos”, fue contestada con la quema masiva de iglesias y monasterios. De todas formas, no era un secreto para nadie que el inmenso ejército de monjes, monjas y párrocos realizaba una agresiva campaña propagandística de casa en casa. Como en todo periodo crítico de la historia española en que la Iglesia se encontraba en peligro, se dedicó a propagar rumores supersticiosos sobre acontecimientos milagrosos: estatuas que lloraban, crucifijos de los que manaba sangre, toda clase de presagios de los tiempos aciagos que se avecinaban. ¿Qué podía hacer el gobierno republicano ante esta tremenda amenaza?

El problema de la Iglesia provocó la primera crisis gubernamental; Azaña encontró una fórmula de compromiso que fue aceptada. No se iba a molestar a las órdenes religiosas a menos que se demostrara, como en el caso de cualquier otra organización, que perjudicaban a la comunidad, y se llegó a un pacto de caballeros de que esto se aplicaría únicamente a los jesuitas, que fueron disueltos en enero de 1932, eso sí, se les dio el tiempo suficiente para que pudieran transferir la mayor parte de sus bienes a particulares y a otras órdenes. Las subvenciones oficiales a la Iglesia finalizaron formalmente cuando se proclamó oficialmente la separación de la Iglesia del Estado, pero ésta los recuperó parcialmente a través de su actividad docente, la liquidación de la enseñanza religiosa iba a ser un programa a “largo plazo”. Este fue todo el programa gubernamental para la Iglesia. Pero incluso esta legislación patética e insuficiente suscitó las iras de la burguesía; se opusieron no sólo los ministros católicos Alcalá Zamora y Maura, sino también el radical republicano Lerroux, cuya carrera política se había basado siempre en el anticlericalismo. Anticlerical únicamente de palabra y deseando un reparto más justo del botín, la burguesía republicana estaba tan ligada a los intereses capitalistas-terratenientes, que a su vez descansaban sobre la Iglesia, que era absolutamente incapaz de lanzar un ataque serio contra su poderío económico y político.

La Izquierda Comunista declaró que ésta era una prueba más de la bancarrota del gobierno de coalición. Ni siquiera podía realizar la tarea democrático-burguesa de frenar a la Iglesia. Los revolucionarios exigieron la expropiación de todas las riquezas de la Iglesia, la disolución de todas las órdenes, la prohibición inmediata de la enseñanza religiosa en las escuelas, la

utilización del dinero de la Iglesia para ayudar a cultivar la tierra al campesinado, al que llamó a tomar las tierras de la Iglesia.

El ejército

La historia de España del siglo XIX y el primer tercio del siglo XX es una historia de conspiraciones y pronunciamientos militares. Llamado por la propia monarquía para terminar con la oposición, el papel privilegiado del ejército provocó la formación de una casta militar. Los oficiales llegaron a ser tan numerosos que les fue confiada toda la administración colonial y buena parte de la administración nacional (incluida la Guardia Civil y la policía). La creciente necesidad de apoyo militar de parte de Alfonso fue utilizada por los oficiales para fortalecerse. La Ley de Jurisdicciones de 1905, que permitía a los tribunales militares juzgar y condenar a los civiles por ofensas al ejército, convirtió la crítica de la prensa y de los trabajadores en delito de lesa majestad. Incluso el primer ministro Maura llegó a protestar en 1917 porque los oficiales imposibilitaban el gobierno civil. En 1919, en desacuerdo con las concesiones hechas a la huelga general, la casta militar, organizada en Juntas de Oficiales para presionar al gobierno y a la opinión pública, exigió la destitución del jefe de policía. El ministro de guerra era siempre uno de ellos. Había un oficial por cada seis soldados, con el consiguiente aumento del presupuesto militar. El presupuesto militar llegó a ser tan insoportable que incluso Primo de Rivera intentó reducir el número de oficiales; las Juntas de Oficiales respondieron dejándolo caer, sin intervenir a pesar de que ellos mismos habían participado en el golpe original. Alfonso estuvo con ellos hasta el final.

La tradición de una casta independiente y privilegiada representaba un grave peligro para la República. En un país en que la clase media baja es tan pequeña y amorfa, los oficiales provienen de las clases altas, es decir, estaban vinculados por lazos de parentesco, amistad, posición social, etc, a los terratenientes e industriales reaccionarios. Para contrarrestar esta situación, los oficiales debían proceder de las clases bajas, del campesinado y los obreros. Era un problema acuciante: el control del ejército es una cuestión de vida o muerte para cualquier régimen.

La coalición republicano-socialista puso este grave problema en manos del propio ministro de guerra, Azaña. Éste redujo el ejército por un sistema de retiro voluntario para oficiales, eran tan razonable que en pocos días se jubilaron 7.000 oficiales. El cuerpo de oficiales reducido, siguió siendo, en su espíritu, lo que había sido durante la monarquía.

La Izquierda Comunista denunció esta medida como una traición a la revolución democrática. Exigió la disolución de todo el cuerpo de oficiales y su reemplazo por oficiales reclutados entre la tropa y elegidos por los soldados. Llamó a los soldados a tomar el destino en sus manos, señalando que el trato que recibían de parte de la república burguesa era tan brutal como en la época de la monarquía. La Izquierda Comunista intentó que el soldado confraternizara e se integrara en consejos comunes con los obreros revolucionarios.

Los revolucionarios consideraban la democratización del ejército como tarea necesaria, no para el derrocamiento revolucionario de la burguesía –para lo cual se necesitan otros organismos– sino como medida de defensa contra el regreso de la reacción. La incapacidad del gobierno de coalición de realizar esta tarea elemental de la revolución democrática, era una prueba más de que sólo la revolución proletaria podría llevar a cabo las tareas democrático-burguesas de la revolución española.

El problema nacional y colonial

La monarquía “feudal” no sólo había sido lo suficientemente moderna como para provocar el surgimiento, desarrollo y decadencia de la industria y las finanzas burguesas. Fue lo

suficientemente ultramoderna como para conquistar y explotar colonias a la manera del capital financiero contemporáneo. El “renacimiento nacional” incluyó la conquista y sometimiento de Marruecos (1912-1926). Sólo en el desastre de Annual (1921), murieron 10.000 obreros y campesinos que cumplían el Servicio Militar obligatorio de dos años. El coste de la campaña de Marruecos después de la Primera Guerra Mundial costó 700 millones de pesetas. Antes del golpe de Primo de Rivera estallaron disturbios y motines en los lugares de embarque de los nuevos conscriptos y reclutas. La alianza con el imperialismo francés al año siguiente (1925) llevó a la victoria definitiva sobre el pueblo marroquí. Se constituyó una administración colonial cruel y asesina que explotó a los campesinos y tribus marroquíes en beneficio del gobierno y de unos cuantos capitalistas.

La coalición republicano-socialista se apropió de las colonias españolas en Marruecos y las gobernó, como había hecho la monarquía, a través de la Legión Extranjera y de los mercenarios nativos. Los socialistas decían que cuando la situación lo permitiera extenderían la democracia a Marruecos y le permitirían participar de los beneficios de un régimen progresista.

Trotsky y sus partidarios calificaron la posición socialista de traición a un pueblo oprimido. Existía otra razón para liberar a Marruecos: por la seguridad de las masas españolas. Los especialmente crueles legionarios y mercenarios que allí se formaban serían después la primera fuerza utilizada por un golpe reaccionario, y el propio Marruecos serviría como base militar de la reacción. La retirada de todas las tropas y la independencia inmediata de Marruecos son dos consignas inmediatas por las que deben luchar los trabajadores y también incitar al pueblo marroquí a conquistarlas. Sin la liberación de las colonias, la libertad de las masas españolas estaría en peligro.

Otro problema parecido es el de la *liberación nacional* de los pueblos catalán y vasco. El poderoso partido pequeñoburgués *Esquerra Catalana* tiene su principal apoyo entre los aparceros revolucionarios que deberían ser los aliados de los obreros revolucionarios, pero que sucumbieron ante el programa nacionalista de la pequeña burguesía, de ahí que ésta encuentra apoyo en el campesinado contra el papel desnacionalizador del gran capital y la burocracia estatal española. En las provincias vascas el problema nacional tuvo en 1931 consecuencias aún más serias; allí el movimiento nacionalista era conservador y clerical, y constituyó un bloque con los diputados más reaccionarios en las Cortes Constituyentes. Como las provincias vascas y catalanas son las principales regiones industriales, se trataba de un problema decisivo para el futuro del movimiento obrero: ¿cómo liberar a esos obreros y campesinos del control de las clases enemigas?

Los bolcheviques rusos dieron el modelo para la solución: inscribieron en su programa la consigna de la liberación nacional y la pusieron en práctica después de la Revolución de Octubre. La autonomía más amplia para las regiones nacionales es perfectamente compatible con la unidad económica; las masas no tienen nada que temer de semejante medida, que en una república obrera permitirá el libre florecimiento de la economía y la cultura.

Cualquier otra posición que no sea el apoyo a la liberación nacional se convierte, directa o indirectamente, en un apoyo a la máxima centralización burocrática de España que exige la clase dominante, y así lo entenderán las nacionalidades oprimidas.

El nacionalismo catalán había surgido bajo la dictadura de Primo de Rivera. De ahí que, un día antes de que se proclamara la república en Madrid, los catalanes se habían apoderado de los edificios de gobierno y habían proclamado una república catalana independiente. Una delegación de dirigentes republicanos y socialistas acudieron a Barcelona y combinaron las promesas de un estatuto de autonomía con las amenazas de represión. El acuerdo final dio a Cataluña una autonomía sumamente restringida que dejó a los políticos catalanes suficientes

motivos de queja y que aprovecharon para mantener su influencia entre los obreros y campesinos. Con el pretexto de que el movimiento nacionalista vasco era reaccionario, la coalición republicano-socialista demoró la solución de este problema y permitió al clero vasco, amenazado por la proletarización de la región, mantener su control sobre las masas. En nombre de la liquidación de los prejuicios regionales, los socialistas se identificaron con la perspectiva del imperialismo burgués español.

Así, en todos los terrenos, la burguesía se mostró incapaz de realizar las tareas democrático-burguesas de la revolución española. Eso significaba que la república no podría gozar de estabilidad; sólo podría ser un breve periodo de transición. Su lugar sería ocupado por la reacción militar, fascista o monárquica, o por una verdadera revolución social que daría a los obreros el poder de construir una verdadera sociedad socialista. La lucha contra la reacción y por el socialismo era la misma, y estaba a la orden del día.

III. El gobierno de coalición y el retorno de la reacción: 1931-1933

No había pasado un mes de la revolución de 1931 cuando estallaron luchas sangrientas entre soldados y obreros. La orden del cardenal primado a los católicos de no votar “por los monárquicos ni por los republicanos” provocó la quema masiva de iglesias. El 10 de mayo los obreros interrumpieron un mitin en el club monárquico, éstos dispararon e hirieron a varios obreros. La noticia corrió por todo Madrid y grupos de obreros salieron a cazar monárquicos. La lucha contra la Iglesia y los monárquicos alcanzó tales proporciones que los obreros participantes abandonaron sus fábricas durante varios días para seguir adelante con esta lucha. Los socialistas se unieron a los republicanos para pedir la calma y la vuelta al trabajo; los revolucionarios exigieron la prohibición de las organizaciones monárquicas y el arresto de sus dirigentes. Lo peor fue que los socialistas dieron orden a su milicia para que colaborara con la policía en el mantenimiento de la ley y el orden. En las luchas siguientes la Guardia Civil hirió a diez obreros. Una delegación de sus compañeros exigió al gobierno provisional la disolución de la Guardia Civil. El gobierno respondió declarando la ley marcial y el acuartelamiento de tropas en todas las ciudades importantes. El ejército y la policía de Alfonso, con su casta de oficiales llorando aún por su rey exiliado, se consolaron atacando a aquellos que provocaron la huida del rey. Los obreros tuvieron su primera experiencia con la República y con la participación socialista en el gobierno burgués.

Al redactar el proyecto de la nueva Constitución los socialistas consideraron la coalición republicano-socialista como el gobierno permanente de España. Era más importante dotar al gobierno español de grandes poderes que dejaron las riendas a los anarquistas y a los comunistas “irresponsables” para que pudieran incitar a las masas al desorden.

¿Existía alguna justificación posible para la postura socialista? Los socialistas españoles justificaban su apoyo al gobierno con el argumento de que ésta era una revolución burguesa, que sólo podría realizarla un gobierno republicano, ya que la “consolidación de la república” era la tarea más inmediata para impedir el retorno de la reacción. Con este argumento los socialistas se hacían eco de la socialdemocracia alemana y austriaca después de la guerra. Con esta postura negaban la verdadera tradición y práctica del marxismo.

Las revoluciones de 1848 habían fracasado y se había vuelto a imponer la reacción gracias a la política indecisa de los republicanos pequeñoburgueses. Marx extrajo las lecciones de 1848 y llegó a la conclusión de que la lucha contra el regreso de la reacción, igual que asegurar los máximos derechos para los obreros bajo la nueva república, requería que en las revoluciones

burguesas posteriores el proletariado luchara con *independencia política y organizativa* de los republicanos pequeñoburgueses.²

La concepción estratégica de Marx fue aplicada en la revolución rusa de 1905, el proletariado ruso creó *soviets* de obreros, constituidos por delegados elegidos en las fábricas, talleres y en los barrios, como instrumento flexible que unificó a los obreros de todas las tendencias en la lucha contra el zarismo. Los obreros rusos siguieron el consejo de Marx de que no es necesaria ninguna alianza con, incluso, los sectores más progresistas de la burguesía: ambas clases golpean al mismo enemigo, pero las organizaciones proletarias persiguen objetivos independientes sin la limitación y el compromiso innecesario que supone una alianza – es decir, un programa común que sólo podría ser un programa mínimo y, por tanto, burgués – con la burguesía. En febrero de 1917 volvieron a aparecer los *soviets* en un momento en que la mayoría de los marxistas creían que se trataba de una revolución burguesa.

Así, los *soviets* eran necesarios incluso para realizar una revolución “burguesa”. Y las revoluciones alemana y austriaca aportaron lecciones muy distintas a las extraídas por los socialistas españoles. Estas revoluciones también crearon *soviets*; pero dominados por los reformistas estos *soviets* fueron disueltos apenas el régimen capitalista recuperó su estabilidad. Las verdaderas lecciones de las revoluciones alemana y austriaca eran que los *soviets* requieren un programa revolucionario; que cómo órganos sin poder político no pueden existir indefinidamente; que no se puede apoyar a la vez, al gobierno y a los *soviets*, como trataron de hacer los reformistas alemanes y austriacos y los mencheviques rusos; y que los *soviets* pueden empezar como comités de huelga poderosos, pero deben transformarse en órganos de poder estatal.

Estas fueron las conclusiones que había sacado Marx ochenta y seis años antes, y que fueron confirmadas por todas las revoluciones posteriores.

El rumbo que siguieron los socialistas españoles a partir de 1931 fue completamente ajeno al marxismo. “España es una república de trabajadores de todas las clases”. A iniciativa de los socialistas, esta frase estúpida fue aprobada como el primer artículo de la Constitución.

La Constitución otorgó el derecho a voto a los mayores de 23 años e implantó un sistema electoral para las Cortes parlamentarias destinado a favorecer las coaliciones y prácticamente eliminó la representación de los partidos minoritarios. ¡Cuando este método se volvió contra ellos, los dirigentes socialistas confesaron que lo habían aprobado porque creían que su coalición con los republicanos duraría indefinidamente!

² [...] Para luchar contra un enemigo común no hacen falta semejantes coaliciones. Tan pronto como haya que darle directamente la batalla, coincidirán por un momento los intereses de ambos partidos [...] luego, una vez arrancado el triunfo, la masa pequeñoburguesa intentará reivindicarlo para sí, como suyo propio, invitando a los obreros a integrarse a la paz y a su trabajo, a evitar los llamados excesos y excluyendo al proletariado de los frutos de su victoria. [...] Durante la lucha y terminada ésta, los obreros deberán formular, aprovechando todas las ocasiones, sus demandas propias, al lado de demandas de los demócratas burgueses. [...] Procurarán reprimir en lo posible la borrachera del triunfo y el entusiasmo por el nuevo estado de cosas que se sigue a toda acción callejera triunfante, contemplando la situación serenamente y con sangre fría y desconfiando sin recato del nuevo gobierno. Al lado de los nuevos gobiernos oficiales deberán surgir gobiernos obreros revolucionarios, ya sea en forma de alcaldías o ayuntamientos o por medio de clubes y comités obreros, con lo cual los gobiernos democráticos burgueses no sólo perderán el apoyo de los obreros que hasta ahora los han respaldado, sino que se verán vigilados y amenazados desde el primer momento por autoridades que tienen detrás de sí a toda la masa obrera.

Resumiendo: a partir del momento del triunfo, la desconfianza no deberá enderezarse ya contra el partido reaccionario derrocado, sino contra nuestros aliados de hoy, contra el partido que aspira a explotar él solo el triunfo común. (Carlos Marx, *Mensaje a la Liga de los Comunistas*, marzo de 1850.) [Tomamos la cita en castellano de *Biografía del Manifiesto Comunista*, México, Cía. General de Ediciones, 1973, pág. 461 - N. del T.]

Igual que bajo la monarquía, se incluyó en la Constitución el Servicio Militar obligatorio. Al presidente de la república se le otorgó el poder de elegir al primer ministro y disolver las Cortes dos veces en su periodo presidencial de seis años, a la vez que su mandato sólo era revocable con las tres quintas partes de los votos de las Cortes. Se estableció un tribunal de garantías constitucionales con el poder de anular la legislación, similar al Tribunal Supremo de Estados Unidos, y un sistema muy complejo para enmendar la Constitución.

Como la Constitución de Weimar, el documento español contenía grandilocuentes frases sobre los derechos sociales pero con una trampa: el artículo 42 preveía la suspensión de todos los derechos constitucionales. Inmediatamente se aprobó la Ley para la Defensa de la República, una copia casi literal de la ley alemana equivalente. Se consideraban “actos de agresión contra la república”: la difusión de noticias que perturbaran el orden público y la buena reputación; la denigración de las instituciones públicas; la tenencia ilícita de armas; el abandono irracional del trabajo y la agitación a favor de la huelga. Además, se otorgó al ministro del Interior el poder de “actuar en interés del orden público” y suspender en cualquier momento actos públicos; cerrar clubes, asociaciones y sindicatos; investigar la contabilidad de asociaciones y sindicatos, y requisar las armas ilegales.

Se promulgó también una ley que legalizaba el arbitraje obligatorio de huelgas impuesto por Primo de Rivera. El ministro de Trabajo, Largo Caballero, el 23 de julio de 1931 declaró: “Introduciremos el arbitraje obligatorio. Las organizaciones obreras que no se sometan al mismo serán declaradas ilegales”. Se ilegalizaron las huelgas por motivos políticos y toda aquella en que los obreros no hubieran presentado a la patronal sus demandas por escrito con diez días de antelación.

Esta fue la estructura legal que adoptó la coalición republicano-socialista. Ningún diputado votó en contra y fue aprobada el 9 de diciembre de 1931 por 368 votos a favor y 102 abstenciones.

Los revolucionarios respondieron recordando a los socialistas la teoría marxista del estado. El gobierno español, sea quien fuere el que se sienta en los sillones ministeriales, es un gobierno capitalista. Sus poderes son los poderes que detenta la clase capitalista. Otorgar a este gobierno el poder de suspender los derechos constitucionales o de intervenir en los conflictos laborales, etc., es un acto de traición contra el proletariado porque es inevitable que estos poderes sean utilizados contra el proletariado.

Limitar el voto a los mayores de 23 años (¡y nada menos que en un país meridional, donde hay muchachos de 16 años que son activistas del movimiento obrero!) es privar a la clase obrera de un medio poderoso de atraer a la vida política a la fuerza más revolucionaria del país: la juventud. El proletariado es quien menos tiene que temer a la democracia completa: el esquema electoral actual supone que grandes sectores del proletariado y el campesinado no estarán representados en las Cortes.

Democratizar el régimen burgués concentrando las funciones gubernamentales en el organismo más representativo, las Cortes, es una premisa elemental de la política de la clase obrera; poner los poderes en manos de un Presidente, un Tribunal Supremo y un gabinete es un crimen contra la democracia. Estos órganos más pequeños son los más susceptibles a las influencias reaccionarias.

¿Buscamos democratizar el Estado para apoyar el régimen? ¡No! La clase obrera sólo se agrupa en torno a sus propias organizaciones, sus propios órganos de clase. ¡Las limitadas posibilidades de democratizar el aparato del estado burgués tienen importancia en la medida en que permiten construir, paralelamente, el *doble poder* de los *soviets*!

Los cruentos enfrentamientos de mayo sólo fueron el principio. “Difusión de noticias que perturben el orden público y el honor”, era una descripción lo suficientemente amplia como para abarcar la mayoría de las críticas anarquistas o marxistas. No era algo inusual que los hombres de Azaña confiscaran cinco de cada seis números sucesivos de un periódico comunista. La prohibición de convocar huelgas repentinas fue un golpe mortal para los métodos sindicales de lucha. Las huelgas eran desplazadas del campo de batalla hacia los cauces debilitantes de los comités de arbitraje sin que los obreros pudieran presionar para lograr acuerdos favorables. Los dirigentes socialistas aconsejaron a los huelguistas de la CNT que lograrían mejores acuerdos uniéndose al “sindicato gubernamental”. Ante la crisis, cada vez más profunda, del sector agrícola, los terratenientes intensificaban sus ataques al “nivel” de vida de los aparceros y jornaleros; no se respetaron los fallos de los consejos de arbitraje que concedían aumentos salariales y se prohibió a los trabajadores salir a la huelga, mientras los representantes del gobierno se dedicaban a interminables investigaciones y discusiones con los terratenientes.

Ileso ante las fútiles leyes sobre la Iglesia, el clero levantó cabeza y encontró portavoces en los más altos puestos de gobierno. Cuando en agosto de 1931 el Vicario General de Sevilla fue aprehendido al intentar cruzar ilegalmente la frontera, con documentos que revelaban la venta y la ocultación de propiedades pertenecientes a los jesuitas y a la Iglesia en general, los ministros católicos del gobierno provisional, Maura y Zamora, lograron impedir la publicación de dichos documentos. Maura se retiró del gobierno cuando terminó el mandato del gobierno provisional en diciembre; pero Zamora, que quería renunciar porque era contrario a los artículos constitucionales y leyes referentes a la Iglesia, le convencieron para que aceptara la Presidencia de la República con los votos socialistas. Desde ese importante cargo, Zamora ayudó, desde el primer momento, a las fuerzas clericales de la reacción.

El socialista Indalecio Prieto entró en el gabinete como Ministro de Economía. A su primer movimiento cuando se dispuso a tomar el control del Banco de España, el gobierno se vio sacudido como por un terremoto. Por fin, se llegó al siguiente compromiso: hubo un cambio de gobierno y la cartera de economía quedó en manos de un capitalista que nombró directores convenientes para el banco.

El último día del año que desembocó en la República, los campesinos de Castelblanco dieron a la república el primer grupo importante de presos políticos. Los líderes campesinos, que habían resistido firmemente un ataque de la Guardia Civil, fueron enviados a prisión por un largo período de tiempo.

De aquí en adelante, el drama siguió su marcha inexorable hacia la reacción. Cuando fue completamente evidente que la política del gobierno no sólo dejaba intacta a la reacción, sino que permitía su fortalecimiento, los dirigentes socialistas tuvieron que hablar menos de los logros del gobierno y más de sus propias organizaciones. Calmaban a los obreros inquietos señalando al creciente número de afiliados a la UGT y a la milicia socialista. Por su parte, los revolucionarios señalaban que la UGT no podía ser un baluarte contra la reacción mientras apoyase al gobierno. La lucha contra el capitalismo y el apoyo a un gobierno burgués se excluyen mutuamente. El prestigio del gobierno está ligado a su capacidad de “mantener el orden”, así que, el Ministro de Trabajo, Largo Caballero, tiene la obligación de impedir las huelgas con la ayuda de los consejos de arbitraje o de reprimirlas, si estallan sin su consentimiento. Lo mismo ocurre con la milicia socialista: creada con el visto bueno del gobierno y utilizada como auxiliar de la policía, no podía ser otra cosa que una fuerza decorativa en los desfiles; una verdadera milicia proletaria no puede comprometerse a apoyar un régimen burgués ni limitarse o verse limitada a las organizaciones obreras leales al régimen, debe ser una verdadera arma de clase que lucha por los derechos democráticos sin

constreñirse al marco de la legalidad burguesa, debe estar tan dispuesta a lanzarse a la ofensiva como a luchar a la defensiva,

Al aplastar a la CNT, las tropas extendieron la represión al conjunto de la clase obrera. Con la excusa de aplastar un levantamiento anarquista en enero de 1933, la Guardia Civil “limpió” a varios grupos de agitadores. El enfrentamiento con los campesinos en Casas Viejas, a principios de enero de 1933, llegó a ser una *cause célèbre* que sacudió al gobierno hasta los cimientos y allanó el camino para la reacción.

La contrarrevolución había tomado las armas (10 de agosto de 1932) en Sevilla, cuando el general Sanjurjo, al mando de tropas y guardias civiles, para intentar restaurar la monarquía (el movimiento fue aplastado por los obreros sevillanos con unas consignas tan revolucionarias que alarmaron más a Azaña que a Sanjurjo). En ese momento, la contrarrevolución descubrió que podía superar a los republicanos y socialistas con llamamientos demagógicos a las masas. Los partidos monárquicos y católicos enviaron su propia comisión de investigación a Casas Viejas: desenterraron una terrible historia. La Guardia Civil, obedeciendo las órdenes directas del Ministro del Interior, Quiroga, de “no tomar prisioneros”, había bajado al pequeño pueblo donde, tras dos años de esperar pacientemente que el Instituto para la Reforma Agraria repartiera la propiedad colindante del duque, los campesinos habían tomado ocupado las tierras y habían comenzado a cultivarlas para ellos mismos. Los campesinos apenas pudieron hacer frente a la Guardia Civil; los cazaron por el campo como animales; hubo veinte muertos y otros tantos heridos. Los funcionarios del gobierno advirtieron a los supervivientes, si no guardaban silencio, correrían la misma suerte.

Azaña se negó a investigar los hechos y retrasó las interpelaciones en las Cortes. Finalmente, la coalición republicano-socialista tuvo que enfrentarse a los hechos. Los diputados monárquicos y católicos derramaron muchas lágrimas por los campesinos masacrados y se quedaron afónicos de tanto denunciar las crueldades del gobierno. Cuando Azaña, finalmente, tuvo que reconocer lo sucedido en Casas Viejas, intentó echar toda la culpa a los guardias civiles, pero éstos implicaron al propio Quiroga. Los diputados socialistas escucharon en silencio y al final votaron a favor de una moción de confianza a Azaña y Quiroga. Los reaccionarios sacaron el máximo provecho: al asunto de Casas Viejas agregaron la denuncia al gobierno por la represión de la prensa obrera y la gran cantidad de presos políticos, en su mayoría obreros, que poblaban las cárceles (los comunistas calculaban en 1933 unos 9.000 presos). Los reaccionarios llegaron a presentar ante las Cortes un proyecto de amnistía para todos los presos políticos, ante los entusiastas vítores de los anarquistas.

Los trabajadores y, sobre todo, los campesinos, estaban perplejos ante esta demagogia audaz y exitosa. ¿Quiénes eran sus amigos? Los republicanos y socialistas les prometieron tierra pero no lo habían hecho. “¿Qué os ha dado de comer la República?” La República había asesinado y encarcelado a los valientes campesinos de Castelblanco y Casas Viejas. Los socialistas discutían y suplicaban en vano: los campesinos conocían su propia miseria,

El desenlace llegó bastante rápido. En junio de 1933 Zamora intentó liquidar la coalición, pero la maniobra fracasó, los socialistas anunciaron que ante cualquier intento de este tipo responderían con una huelga general. Fue una amenaza vacía. Es dudoso que los obreros, confusos y desmoralizados, hubieran respondido al llamamiento; ¡llevaban demasiado tiempo atados de pies y manos! Tres meses más tarde, Zamora atacó de nuevo: destituyó el gabinete y, simultáneamente, disolvió las Cortes. Lerroux fue nombrado primer ministro.

En noviembre se celebraron elecciones; la victoria de la coalición de los derechistas y reaccionarios fue decisiva. Los socialistas dieron muchas explicaciones; los resentidos anarquistas habían hecho una campaña efectiva a favor del boicot a las elecciones; los

comunistas habían presentado listas separadas; las mujeres, que votaban por primera vez, estaban bajo la influencia clerical; los socialistas – que presentaban listas independientes en la mayoría de los sitios debido a la presión de la base~, cayeron víctimas de sus propias y estúpidas medidas sobre el funcionamiento de la maquinaria electoral; los caciques y terratenientes locales aterrorizaron a los pueblos y compraron los votos; las elecciones fueron fraudulentas en muchos lugares, etc., Pero esta era una excusa pobre y sus detalles, en realidad, eran una prueba del fracaso de la coalición republicano-socialista, después de dos años y medio de gobierno, había sido incapaz de ganar y movilizar a las masas o aplastar a la reacción. Las frías estadísticas demuestran que de los trece millones de electores, ocho millones votaron, y más de la mitad lo hicieron a favor de la coalición derechista, el “frente antimarxista”, y otro millón a favor de los partidos de centro. Los republicanos pequeño-burgueses prácticamente desaparecieron, sólo consiguieron siete diputados, la mayoría de ellos, como Azaña, gracias a los votos socialistas.

Como testigo de nuestro análisis de las causas del triunfo de la reacción, citaremos a Indalecio Prieto. En un arranque de gran honestidad y franqueza, en su exilio en París después de la insurrección de octubre de 1934, Prieto concedió una entrevista a *Le Petit Journal*, en respuesta a la pregunta: “¿Cómo explica usted el descontento en España y el éxito de Gil Robles en las elecciones? “, respondió lo siguiente:

“Precisamente, a la política derechista del régimen de izquierdas. Este gobierno, nacido con la Republica y creado por la Republica, se convirtió en el escudo de las fuerzas adversas a la Republica. Es verdad que el gobierno español de izquierdas de España aplicó una política de derechas antes que Lerroux y Samper. En este período de agonía del capitalismo, la burguesía española no fue capaz ni siquiera de realizar la revolución democrático burguesa”.

IV. La lucha contra el fascismo: noviembre de 1933 a febrero de 1936

Aunque las crisis gubernamentales provocaron seis cambios de gabinete durante los dos años siguientes, los radicales de Lerroux permanecieron al timón, con Lerroux o cualquiera de sus lugartenientes – Samper, Martínez Barrios – como primer ministro. Los radicales prometieron a la izquierda que ningún hombre de Gil Robles entraría en el gobierno. En realidad, fue el propio Gil Robles quién propuso este acuerdo. Había estudiado los métodos de Hitler y Mussolini y no se atrevía a tomar el poder abiertamente hasta que su movimiento fascista adquiriese una base de masas.

Ciertamente, era apropiado que este régimen reaccionario y degenerado estuviera dirigido por los radicales, su maloliente historia ya la hemos mencionado anteriormente. Un partido tan grotesco y bufón (“¡Cada monja una madre!” había sido la consigna de Lerroux) sólo podía existir mientras los campos capitalista y proletario no se enfrentasen en un combate a muerte; rápidamente se disolvió, su final llegó, muy apropiadamente, con una serie de escandalosas revelaciones de especulaciones financieras en las que estaba implicada toda la dirección del partido. Pero durante el *bienio negro*, los dos años negros, sus cínicos sátiros sirvieron como ministros a los austeros clericales.

La estructura legal creada por la coalición republicano-socialista fue de gran utilidad para Lerroux y Gil Robles. En un año, fueron confiscadas más de cien ediciones de *El socialista*. En septiembre de 1934 había, según los cálculos de la Internacional Socialista, había en total doce mil obreros encarcelados. La milicia socialista fue proscrita y sus armas confiscadas. Se cerraron los locales de las organizaciones obreras y se investigaron las cuentas de los sindicatos para descubrir el uso de fondos con propósitos revolucionarios. Los socialistas y

otros trabajadores elegidos en las elecciones municipales fueron destituidos. Todas las leyes que los socialistas pensaban utilizar contra los “irresponsables” se volvieron en su contra.

El principal problema de Gil Robles era asegurarse una base de masas, tarea difícil porque España tenía una clase media sumamente pequeña. Aparte del pequeño grupo de prósperos campesinos propietarios del norte – País Vasco y Navarra – donde ya se había organizado una fuerza similar a la milicia clerical-fascista austriaca, Gil Robles iba a tener muchas dificultades para encontrar seguidores entre las clases bajas. Sin embargo, sí existía un millón y medio de desocupados en la ciudad y el campo, para ganarlos, Gil Robles presentó un proyecto de ley sobre el subsidio de desempleo, intentaba explotar el hecho de que el gobierno republicano-socialista había desatendido a los parados. Los clericales presentaron un programa repoblación forestal gubernamental y utilizaron los campos de trabajo en escuelas de fascismo. Crearon un movimiento juvenil, un “Movimiento Sindical Cristiano” y un “Movimiento Campesino Cristiano”. Gil Robles incluso asustó a sus aliados, los terratenientes del Partido Agrario, al hablar de la división de las fincas grandes. Aparentemente, incluso para los observadores hostiles, parecía que Gil Robles estaba reuniendo una base de masas. Pero cuando, después de meses de trabajo paciente y unos gastos enormes, los fascistas clericales intentaron demostrar los resultados con la organización de grandes reuniones de masas, fueron aplastados y desintegrados por el proletariado socialista.

¿Por qué? Es cierto que el fascismo clerical era con frecuencia inepto. Sin embargo, la falta de una demagogia convincente no le había impedido al fascismo clerical aplastar al proletariado en Austria. El fascismo clerical español no triunfó porque el proletariado, a diferencia del alemán, combatió y, a diferencia del austriaco, salió a combatir antes de que fuera demasiado tarde.

El proletariado español demostró una verdadera determinación para no dejarse vencer por el fascismo. El giro a la izquierda de la socialdemocracia internacional después de las derrotas de Alemania y Austria, fue más rápido

en España que en otros países. Caballero se unió al ala de izquierdas, cuyo puntal eran las Juventudes Socialistas, que mantenían una posición muy crítica con respecto a las Segunda y Tercera Internacionales. El ala de izquierdas se declaró a favor de preparar la revolución proletaria que debería realizarse a través de la insurrección armada. El ala centrista del partido, dirigida por Prieto y González Peña, juró públicamente ante las Cortes que cualquier intentona fascista provocaría una revolución armada. Sólo el pequeño ala de derechas de Besteiro se negó a aprender las lecciones de Austria y Alemania. En la UGT, Caballero introdujo un régimen de lucha audaz que obligó a los socialistas de derechas, que se oponían a este tipo de lucha, a renunciar a sus cargos en la ejecutiva. Fue precisamente su dependencia ideológica de los Kautsky y Bauer, lo que permitió a los socialistas españoles, tras la caída de sus maestros, romper de una forma tan tajante con su pasado. La burguesía, que lee la política proletaria a través de analogías burguesas, pensó que todo era un farol, hasta que se convencieron, atemorizados, al descubrir grandes depósitos de armas en los locales y hogares socialistas.

Con el Partido Socialista dispuesto a luchar, se facilitó enormemente la lucha contra el fascismo, en realidad, no es exagerado decir que sólo el giro a la izquierda del Partido Socialista fue lo que permitió, en esas circunstancias determinadas, la victoria sobre el fascismo. Movilizar a las masas *a pesar de* los socialistas, hubiera requerido un partido revolucionario de tal calibre y proporciones que simplemente no existía en España. Sin embargo, fue imposible hacer comprender al Partido Socialista la concepción marxista de la insurrección. Incluso los mejores dirigentes socialistas de izquierdas tenían una concepción

demasiado estrecha. En unos términos pseudo-izquierdistas, parecidos a los de anarquistas y estalinistas del “tercer periodo”, los socialistas afirmaban que ya no estaban interesados en el rumbo de la política burguesa. ¡Como si la revolución no pudiera aprovechar o influenciar el rumbo de la política burguesa! Por ejemplo, la derecha había ganado las elecciones de noviembre en Cataluña, pero hubo tal resurgimiento de las masas que, sólo dos meses más tarde, el bloque de izquierdas barrió en las elecciones municipales catalanas. La derrota de noviembre provocó una crisis en la CNT y parte de la dirección exigió el final del boicot electoral. Por lo tanto, una campaña socialista exigiendo la disolución de las Cortes y la convocatoria de nuevas elecciones, podría haber ayudado a los socialistas a movilizar a las masas, podría haber separado a los sindicalistas de los anarquistas, podría haber introducido una cuña entre Gil Robles y muchos de los partidarios de Lerroux. Pero, al parecer, los socialistas temían no estar lo suficientemente a la izquierda.

Izquierda Comunista (trotskista) explicó el carácter amplio de la insurrección proletaria. Dedicó sus esfuerzos a construir la herramienta indispensable para la insurrección: los consejos obreros constituidos por delegados representativos de todos los sindicatos y partidos obreros, de los talleres y barrios; deberían ser creados en cada localidad y unirse a nivel nacional; una verdadera dirección de masas que, en la medida que funcionase, consiguiera unificar a todos los obreros sin partido, sin sindicato y anarquistas realmente deseosos de luchar contra el capitalismo. Desgraciadamente, los socialistas no consiguieron comprender la profunda necesidad de estas Alianzas Obreras. Las tradiciones burocráticas no eran tan fáciles de superar; ni Caballero ni Prieto comprendían que la dirección de masas de la revolución debe ser más amplia que la dirección del partido; los dirigentes socialistas pensaban que las Alianzas Obreras significaban que tendrían, simplemente, que compartir la dirección con la Izquierda Comunista y otros grupos comunistas disidentes. Así, aunque la Izquierda Comunista logró crearlas en Asturias y en Valencia, además de las que existían nominalmente en Madrid y otras ciudades, en la mayoría de los casos, se trataban de comités “por arriba” sin delegados elegidos por la base, es decir, poco más que comités de coordinación entre las direcciones de las organizaciones implicadas. Incluso éstas jamás se completaron uniéndose en un comité nacional.

Por increíble que parezca, la obra, *Técnica del golpe de Estado*, del escritor fascista, Curzio Malaparte, gozaba de gran popularidad entre los dirigentes socialistas. ¡Realmente creían que los ridículos diálogos entre Lenin y Trotsky citados por Malaparte, donde se formula la concepción puramente putchista de la toma del poder por parte de pequeños grupos de hombres armados, eran transcripciones verdaderas! Los socialistas parecían ignorar completamente el papel de las masas en la Revolución de Octubre de 1917. No consiguieron decir a las masas lo que significaría para ellas la revolución que se avecinaba. Aunque, en 1934, dirigieron una huelga general de casi medio millón de campesinos, los socialistas no consiguieron cimentar el vínculo entre la ciudad y el campo movilizándolo a los obreros en ayuda de los campesinos con piquetes y fondos de ayuda; tampoco utilizaron la huelga para propagar sistemáticamente la consigna de la toma de tierras, pese a que en esos meses las tomas de tierras por parte de los campesinos alcanzaban su mayor apogeo. El resultado fue que cuando la huelga finalizó sin una victoria, la conciencia de clase de los trabajadores del campo, siempre más débil que la del proletariado industrial, sufrió un golpe tan duro que no jugaron ningún papel en la insurrección de octubre. Tampoco el proletariado urbano estaba preparado para tomar las fábricas y las instituciones públicas, tampoco estaba impregnado con la convicción de que a ellos les correspondía derrocar al capitalismo e instaurar el nuevo orden. En su lugar, los socialistas aludían oscuramente a sus preparativos para hacer la revolución por ellos mismos.

Sin embargo, en sus luchas parciales contra la amenaza fascista, la conducta de los socialistas fue magnífica. Gil Robles volcó sus principales esfuerzos en tres concentraciones cuidadosamente planificadas: en El Escorial, cerca de Madrid, el 22 de abril de 1934; la de los terratenientes catalanes el 8 de septiembre en Madrid, contra las leyes liberales de arriendo promulgadas por el gobierno catalán; y la del 9 de septiembre en Covadonga, Asturias. Ninguna tuvo éxito. Los obreros declararon huelgas generales en cada zona; arrancaron los rieles de los tranvías; pararon los trenes; impidieron la venta de comida y el alquiler de alojamientos; bloquearon las carreteras con barricadas y con puños y armas, hicieron retroceder a los reaccionarios y los dispersaron. Los pequeños grupos de jóvenes nobles con sus sirvientes, clérigos y terratenientes que consiguieron pasar gracias a la ayuda del ejército y la Guardia Civil, presentaban un contraste tan ridículo con relación a las fuerzas de sus adversarios, que la pretensión fascista clerical de representar a toda España recibió un golpe mortal.

La oposición de los obreros se vio reforzada por la lucha de liberación nacional. La nación catalana se movilizó contra su estatuto de semiautonomía; Companys, todavía en el poder, tuvo que apoyar una serie de grandes manifestaciones contra Gil Robles. Finalmente, los diputados nacionalistas abandonaron las Cortes. La centralización reaccionaria incluso provocó la hostilidad de los conservadores vascos; en agosto de 1934, en una reunión de ayuntamientos vascos se decidió no colaborar con el gobierno; la respuesta de Lerroux – el arresto de todos los alcaldes vascos – sólo agravó la crisis.

Los fascistas clericales no se atrevieron a esperar más. No habían logrado una base de masas; pero la oposición se fortalecía según pasaban los días. Las divisiones en el seno de las filas obreras tendían a desaparecer de una forma lenta pero segura. A pesar de la hábil maniobra de Lerroux de tratar amablemente a la CNT, y así fortalecer a los elementos apolíticos que planteaban que todos los gobiernos eran igual de malos y que el de Lerroux no era peor que el de su antecesor, las propuestas socialistas comenzaban a tener acogida; en varias huelgas la CNT colaboró con la UGT, y en varios sitios, sobre todo en Asturias, los anarquistas habían entrado en las Alianzas Obreras.

Hasta los estalinistas tuvieron que participar. Desde noviembre de 1933 habían saludado cada uno de los pasos a la izquierda de los socialistas con las invectivas más sucias. Kuusinen, informador oficial en el XIII Plenario del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista, en diciembre de 1933, acusó a los socialistas españoles de participar “en los preparativos para establecer una dictadura fascista”. “No hay desacuerdo entre los fascistas y los socialfascistas en cuanto a la necesidad de mayor fascistización de la dictadura burguesa”, declaró el CEIC. “Los socialdemócratas están a favor de la fascistización siempre que se preserven las formas parlamentarias [...] Lo que preocupa a estas personas es que los fascistas, con su celo feroz, aceleren la caída del capitalismo. La fascistización de la socialdemocracia avanza a pasos agigantados”. (*Inprecorr.* Vol. 14, p. 109). Cuando en abril de 1934 el secretario del Partido Comunista de España, Balbontín, dimitió porque la Internacional Comunista no aprobó su política de frente único, la respuesta fue: “Los socialfascistas tienen que mantener la ilusión, entre las masas trabajadoras, de que ellos son 'enemigos' del fascismo, y que existe un gran conflicto entre el socialismo y el fascismo, y eso es lo que algunos contrarrevolucionarios pequeño burgueses (Balbontin) quieren hacer creer a los trabajadores” (*Ibid.*, p. 545). En junio de 1934, cuando los fascistas asesinaron a la socialista madrileña Juanita Rico, el Partido Comunista tuvo que aceptar la invitación socialista de participar en el funeral de masas. Pero el 12 de julio rechazó la invitación socialista de unidad de acción y participación en las Alianzas Obreras, declarando que “nuestra acertada táctica del frente único nos permitió frustrar los planes contrarrevolucionarios de la Alianza Obrera”. El 12 de septiembre la presión de su propia base ya era irresistible: sus delegados ocuparon su lugar en las Alianzas

Obreras el 23 de septiembre, pocos días antes del comienzo de la lucha armada. Si los principales exponentes de la teoría del socialfascismo se tuvieron que integrar en el frente único proletario, pronto, los obreros anarquistas de la CNT seguirían el mismo camino. Gil Robles no se atrevía a esperar más y contraatacó.

Zamora encargó a Lerroux la formación de un nuevo gabinete; tres hombres de Gil Robles entraron en él. Los socialistas habían declarado que responderían a semejante situación con las armas. Si se retiraban ahora, la iniciativa pasaría a las manos de Gil Robles y las masas quedarían desmoralizadas. Los socialistas aceptaron el desafío en seis horas. En la medianoche del 4 de octubre, las Alianzas Obreras y la UGT declararon una huelga general en todo el país.

Los agitados acontecimientos que se sucederían durante los quince días siguientes son lo suficientemente conocidos como para no repetirlos aquí. A pesar de la ausencia de verdaderos soviets, a la falta de claridad respecto al objetivo de la lucha y no movilizar a los campesinos para que tomaran las tierras y los obreros las fábricas, los trabajadores se lanzaron heroicamente a la lucha. Sin embargo, la columna vertebral de la lucha se rompió cuando los trabajadores ferroviarios de la CNT se negaron a unirse a la huelga, permitiendo que el gobierno pudiera transportar municiones y tropas. Las pocas horas que transcurrieron entre la convocatoria de la huelga general y la movilización de la milicia obrera, fueron suficientes para permitir que el gobierno arrestara a los soldados de los cuales dependía dividir al ejército; el fallo de no armar con antelación a los trabajadores no se podía compensar en pocas horas, mientras las tropas y la policía tomaban por asalto todos los edificios sospechosos de esconder armas. Hubo muchas delaciones de depósitos de armas; muchos hombres clave huyeron cuando la derrota ya parecía inminente. En Cataluña, que debería haber sido la fortaleza de la insurrección, resultó fatal la dependencia que existía del gobierno pequeño burgués de Companys. Más temeroso de armar a los trabajadores que de la capitulación ante Gil Robles, Companys, difundió mensajes tranquilizadores hasta que, rodeado por tropas madrileñas, se rindió de forma abyecta.

A pesar de todo esto, los obreros lucharon heroicamente. En Madrid, Bilbao y otras ciudades, los enfrentamientos armados no pasaron de escaramuzas aisladas por parte de los trabajadores, pero las huelgas generales se mantuvieron durante un largo tiempo, sostenidas por el proletariado con una disciplina y entusiasmo ejemplares, paralizando la vida industrial y comercial como no había hecho ninguna otra lucha antes en España. La lucha más prolongada y gloriosa tuvo lugar en Asturias. Aquí las Alianzas Obreras se parecían a los soviets y ya llevaban funcionando un año bajo la dirección de los socialistas y la Izquierda Comunista. Los mineros, dirigidos por Peña y Manuel Grossi, compensaron la falta de armas con dinamita – herramienta de su profesión~, y llevaron adelante una insurrección triunfante. La “República Obrera y Campesina” de Asturias entregó la tierra a los campesinos, expropió las fábricas, juzgó a sus enemigos en tribunales revolucionarios y durante quince jornadas históricas mantuvo a raya a la Legión Extranjera y las tropas moriscas. Hay un dicho en España que dice que si hubiera habido tres Asturias la revolución habría triunfado. Sólo el fracaso de la rebelión en otras partes permitió al gobierno concentrar todas sus fuerzas en Asturias.

En las filas obreras no cundió el pesimismo. Por el contrario, todos reconocían que no se les había derrotado en una lucha general; las masas simplemente habían ido a la huelga y dedicado su lucha a combatir a los esquiroles: sus filas seguían intactas. Volverían a luchar pronto, y esta vez lucharían mejor. La terrible historia de la masacre de tres mil obreros asturianos, casi todos ellos después de la rendición, sólo sirvió para fortalecer el espíritu combativo de las masas. Todos los intentos de Gil Robles de ocupar los locales obreros, cerrar sindicatos y expropiar los fondos se enfrentaron a una resistencia encarnizada. Para ocupar la

prensa obrera confiscada, aparecieron órganos ilegales que circulaban abiertamente. Ante las ejecuciones de los prisioneros de octubre, respondieron con huelgas generales. Las numerosas huelgas económicas demostraban la moral inquebrantable del proletariado. El 1º de Mayo de 1935, a pesar de los esfuerzos frenéticos del gobierno, hubo un paro total, una parálisis absoluta de todo, excepto los servicios públicos, conducidos por las tropas gubernamentales. Las campañas de amnistía, por la conmutación de las condenas a muerte y la liberación de los presos arrastraron a grandes sectores del campesinado y de la pequeña burguesía. El grito: “¡amnistía, amnistía!”, despertó a la vida política a sectores que hasta entonces se habían mantenido al margen. El régimen clerical-radical empezó a resquebrajarse.

El propio Alcalá Zamora no se atrevió a ir más allá. Antes del fin del conflicto, conmutó las penas de muerte de los líderes catalanes. El Partido Radical se rompió, el perspicaz Martínez Barrios – quien como primer ministro en diciembre de 1933 aplastó ferozmente una asonada anarquista – a la cabeza de una agrupación antifascista se unió a Azaña y a otros dirigentes republicanos en mayo para luchar por la amnistía. El propio Lerroux retrocedió, liberando el 29 de marzo a Peña y a otros dieciocho dirigentes socialistas; cuando Gil Robles contraatacó disolviendo su gabinete, Zamora nombró a Lerroux primer ministro y éste disolvió las Cortes durante un mes los radicales gobernaron en solitario; el 4 de mayo Lerroux formó un nuevo gabinete con los fascistas clericales, otorgando a Gil Robles el Ministerio de Guerra, pero el 1º de Mayo ya había dejado claro el cambio de la marea. Ahora sabemos que Gil Robles ocupó el Ministerio de Guerra para preparar el ejército, los depósitos de armas y los emplazamientos secretos en los alrededores de Madrid para la lucha que en ese momento estaba llevando a cabo, sabía tan bien como cualquier otro que pronto sería derrocado.

Se celebraron enormes mítines antifascistas con la consigna de disolución de las Cortes y la convocatoria de nuevas elecciones. Los mítines con cien o doscientas mil participantes se convirtieron en algo habitual. En el seno de la clase obrera el sentimiento de unidad era la nota dominante. Terriblemente desacreditados por haberse negado a participar en la insurrección de octubre, los anarquistas intentaron disculparse alegando a la represión que en su momento desató contra ellos Companys y se mostraron dispuestos a unirse a los socialistas para luchar por la libertad; Ángel Pestaña encabezó una escisión y organizó al Partido Sindicalista para participar en las próximas elecciones; incluso la dirección de la CNT declaró que permitiría a sus afiliados votar contra el régimen semifascista. Con este mar de fondo, casi toda la prensa burguesa se volvió contra Gil Robles. El toque final fue el escándalo financiero que envolvió al gobierno de Lerroux. Los fascistas clericales se encontraron en un callejón sin salida y tuvieron que retroceder.

Sin embargo, no tenían idea de la marejada que los iba a barrer. Pensaron que las elecciones de febrero entregarían el poder a los grupos centristas. Lo mismo pensó Azaña quien, ocho días antes de las elecciones intentó posponerlas, temiendo que la coalición republicano-socialista no hubiera hecho suficiente propaganda. Pero las masas de campesinos y obreros, hombres y mujeres, se impusieron. Barrieron al régimen fascista clerical. Y no sólo en las urnas. Al publicarse los resultados electorales las masas salieron a las calles. Cuatro días después de las elecciones, Azaña ya era nuevamente el jefe de gobierno, pedía paz y que los obreros volvieran al trabajo, alejando todo espíritu de venganza. ¡Volvió a repetir las frases y aplicar la misma política de 1931-1933!

V. El gobierno del frente popular y sus aliados: 20 de febrero-17 de julio de 1936

¿Quiénes son los criminales y traidores responsables de haber hecho posible que, cinco meses después de las jornadas de febrero, en las que los obreros echaron a los fascistas clericales del

gobierno y de las calles, los reaccionarios puedan dirigir a la policía y al ejército en tamaña contrarrevolución?

Todo comunista y socialista serio quiere saber la respuesta a este enorme interrogante, porque su significado trasciende no sólo a España y Francia, donde ocurren acontecimientos similares, sino que afecta a la política del proletariado en todo el mundo.

La respuesta: los criminales y traidores son el gobierno republicano de “izquierdas” y sus aliados, el Partido Comunista y los socialistas reformistas.

Ante las elecciones de febrero el ala de izquierdas socialista se opuso a una lista electoral conjunta con los republicanos, por que no creían que los republicanos tuvieran un apoyo real de masas y también por el odio que sentían las masas hacia ellos: la Esquerra Catalana de Companys había traicionado la insurrección de octubre; la Unión Republicana de Martínez Barrios era un mero remanente de los radicales de Lerroux, con un nuevo disfraz adaptado a la nueva situación; Azaña y sus republicanos de izquierdas habían repudiado la insurrección de octubre y, como ellos mismos reconocían, no eran más que un puñado de intelectuales. Lo que más indignó a los socialistas de izquierda fue que Prieto y el Partido Comunista accedieran a conceder a los republicanos la mayoría en las candidaturas electorales conjuntas: ¡152 escaños para los republicanos y 116 para las organizaciones obreras!

Pero no fue éste el verdadero crimen. Los bloques con propósitos exclusivamente electorales no son, para los revolucionarios, un problema de principios, aunque rara vez son aconsejables desde el punto de vista táctico. Pero tales acuerdos electorales deben limitarse *exclusivamente* al intercambio de votos. Antes, durante y después de las elecciones, el partido proletario continua hablando desde su *propia* plataforma, con su *propio* programa, explicando a los trabajadores que *no se puede* llegar a acuerdos *pro gramáticos* con sus aliados electorales circunstanciales. Porque el llamado “programa común” podía ser, y en los hechos lo fue, sólo el programa del enemigo de clase. Ese fue el verdadero crimen, que las organizaciones obreras españolas suscribieron y garantizaron otra carta a la burguesía, necesariamente idéntica a la de 1931-1933.

Prieto olvidó que alguna vez había dicho: “En esta época del capitalismo moribundo, la burguesía española no fue capaz siquiera de realizar la revolución democrático-burguesa”. El Partido Comunista, obedeciendo servilmente la nueva orientación internacional, borró de un plumazo su crítica de 1931-1933, de que la burguesía es incapaz de realizar las tareas democráticas de la revolución, ¡y declaró que la coalición con la burguesía realizaría dichas tareas!³

³ Para atraer a los socialistas de izquierda a la coalición. los estalinistas usaron un lenguaje muy izquierdista: “El Partido Comunista conoce el peligro de Azaña tan bien como los socialistas que colaboraron con él cuando estaba en el poder. Saben que es un enemigo de la clase obrera [...] Pero saben también que la derrota de la CEDA (Gil Robles) provocaría un alivio automático de la represión, al menos por un tiempo.” (Inprecorr, vol. 15, p. 762). ¿Pero acaso los estalinistas propusieron que una vez que Azaña se encontrara en el poder los obreros deberían combatirlo? Todo lo contrario. Este “enemigo de los obreros” realizaría las tareas democráticas fundamentales “la tierra a los campesinos, libertad de las nacionalidades oprimidas”, “libertad a Marruecos de la opresión imperialista”. (Ibíd., p. 639). Para justificar esa adopción franca de la concepción menchevique de la revolución burguesa, los estalinistas debieron calumniar su propio pasado: en el séptimo congreso, García denunció a la dirección del Partido de 1931: “En lugar de levantar consignas adecuadas al momento, se pronunciaron contra la república, respecto de la cual existían grandes ilusiones en el seno del pueblo, y levantaron las consignas ‘Abajo la república burguesa’, ‘Vivan los soviets y la dictadura del proletariado’. Expulsados esos renegados (en 1932), nuestro partido comenzó a vivir y actuar de manera comunista”. (Ibíd., p. 1310). ¡Pero esas consignas las habían levantado no sólo los renegados sino el propio partido hasta principios de 1935: Ercoli, Pieck y la mismísima Comintern.

El programa del Frente Popular era un documento fundamentalmente reaccionario:

La cuestión agraria: El programa dice: “Los republicanos no aceptan el principio de nacionalización de la tierra y su libre distribución entre los campesinos que solicitan los delegados del Partido Socialista”. Promete, en cambio, estimular las exportaciones, créditos, garantías para los arrendatarios y compra estatal de las grandes extensiones para arrendarlas a los campesinos. En otras palabras, el programa de 1931, que ya demostró ser una broma siniestra.

Expansión de la economía española: Promete un sistema más eficaz de tarifas proteccionistas, instituciones para guiar a la industria (cámaras de comercio, de trabajo, etc.), poner el tesoro y los bancos al servicio de la “reconstrucción nacional, sin pasar por alto que cuestiones tan sutiles como el crédito no pueden ser arrancadas del campo seguro del esfuerzo útil y remunerativo. Los partidos republicanos no aceptan las medidas de nacionalización de los bancos propuestas por los partidos obreros”. “Grandes planes” de obras públicas. “Los republicanos no aceptan el subsidio de desempleo solicitado por la delegación obrera. Creen que las medidas de política agraria y las que se tomarán en la industria, las obras públicas, y en suma, todo el plan de reconstrucción nacional, cumplirá no sólo sus propios fines, sino también la tarea esencial de absorber la mano de obra desocupada”. Igual que en 1931.

La Iglesia: Sólo afecta al clero la parte que hace referencia a la educación. La República “impulsará con el mismo ritmo que en los primeros años de la república, la creación de escuelas primarias... La educación privada estará sometida a vigilancia en interés de la cultura, análoga a la de las escuelas públicas”. ¡Sabemos, por la historia de 1931-1933, de qué ritmo se trataba!

El ejército: La única parte que afecta al ejército es la que promete la investigación y el castigo de los abusos policiales bajo la reacción y la destitución de los oficiales encontrados culpables. ¡Ni siquiera la democratización de boquilla del ejército planteada 1931! El cuerpo de oficiales queda intacto. ¡En los cinco meses posteriores, el gobierno del Frente Popular se negó a toda investigación de las masacres de Asturias y demás crímenes perpetrados por el cuerpo de oficiales!

Los problemas colonial y nacional: Ni una palabra en el programa del Frente Popular. Marruecos quedó en manos de la Legión Extranjera hasta que, finalmente el 18 de julio, tomaron absolutamente el poder. Posteriormente se reinstauró el estatuto de semiautonomía de Cataluña, pero no garantizó más autonomía. Para los vascos la solución fue menos liberal.

Democratización del aparato de Estado: Consejos laborales mixtos, Tribunal Supremo, presidente, censura, etc., todo fue restaurado como en 1931. ¡El programa prometía reorganizar los consejos laborales de modo que “los interesados puedan adquirir conciencia de la imparcialidad de sus decisiones”! Y, como bofetada final: “Los partidos republicanos no aceptan el control obrero que solicitan los delegados socialistas”.

Por este plato de lentejas los dirigentes obreros renegaron de la lucha de clases contra la república burguesa. ¡Piense un poco! El mismo programa por el cual los estalinistas y socialistas se comprometían a apoyar el gobierno republicano burgués, hizo inevitable la ofensiva de la reacción. Las bases económicas de la reacción quedaron intactas en la tierra, la industria, las finanzas, la Iglesia, el ejército y el Estado. Los tribunales eran avisperos de la reacción; la prensa obrera, entre febrero y julio, está llena de relatos de fascistas atrapados con las manos en la masa y que quedaban en libertad, y de obreros encarcelados por cargos triviales. El día que estalló la contrarrevolución, las cárceles de Barcelona y Madrid estaban llenas con miles de presos políticos obreros, especialmente de la CNT, pero también muchos de la UGT. La burocracia administrativa estaba tan podrida por la reacción, que cayó hecha

pedazos el 18 de julio. Todo el cuerpo diplomático y consular, salvo unas pocas excepciones, se pasó al fascismo.

La “imparcialidad” gubernamental impuso una rígida censura de prensa, modificó la ley marcial, prohibió las manifestaciones y mítines si no estaban autorizados, y siempre se denegaba la autorización en los momentos críticos. Durante los días críticos que sucedieron al asesinato de Calvo Sotelo y el capitán Castillo, se ordenó el cierre de los locales obreros. ¡El día antes del estallido fascista la prensa obrera apareció con grandes espacios en blanco porque el gobierno había censurado los editoriales y los artículos que advertían contra el golpe de estado! En los tres meses que precedieron al 18 de julio, en un intento desesperado de frenar la oleada huelguística, el gobierno encarceló a cientos de trabajadores, prohibió las huelgas generales y clausuró los locales socialistas, comunistas y anarquistas durante varias semanas. En tres ocasiones, durante el mes de junio, clausuró la sede madrileña de la CNT y encarceló a sus dirigentes.

A los dirigentes estalinistas y socialistas les resultó imposible contener el odio de sus seguidores ante esta reedición de los 1931-1933. Incluso el más vociferante partidario del gobierno, José Díaz, secretario del Partido Comunista, tuvo que admitir:

“El gobierno, al que apoyamos lealmente en la medida que cumple el pacto del Frente Popular, es un gobierno que comienza a perder la confianza de los trabajadores”. Y luego añade esta confesión significativa: “Y yo digo a este gobierno republicano de izquierdas que su camino es el camino equivocado de abril de 1931”. (*Mundo Obrero*, 6 de julio de 1936).

¡Así, al mismo tiempo que pedía a los mineros asturianos que no rompieran con el Frente Popular, José Díaz tenía que reconocer que febrero-julio de 1936 era una repetición del desastre de 1931-1933! Cuando estalló la contrarrevolución, los estalinistas aseguraron que en ningún momento habían dejado de insistir al gobierno de la necesidad de aplastar a la reacción. Pero ya hemos visto como el programa del Frente Popular protegía a la reacción en cada uno de los frentes importantes.

Ninguna premura puede cambiar a la república burguesa. Semejante gobierno de coalición, comprometido en el mantenimiento del capitalismo, debe actuar como Azaña en 1931 y en 1936. El gobierno se comporta de forma idéntica en ambos casos porque su programa es la construcción de la economía española en el marco del capitalismo. Eso significa que *no puede tocar las bases económicas de la reacción porque no quiere destruir el capitalismo*. Se puede resumir el programa de Azaña en dos breves frases que él mismo pronunció poco tiempo después de regresar al poder: “Ninguna venganza”; “También Gil Robles será algún día azañista”. Este programa no está dictado por la debilidad psicológica sino por las premisas capitalistas de Azaña. Su gobierno no ha sido débil, no ha cometido “errores”. Ha dado a los reaccionarios completa libertad para armarse y movilizarse, porque esa es una consecuencia inevitable del carácter capitalista del programa del Frente Popular.

Trotsky ha dejado al descubierto la anatomía de la relación entre el gobierno del Frente Popular y la reacción:

“El cuerpo de oficiales representa la guardia del capital. Sin esa guardia la burguesía no podría mantenerse ni un solo día. La selección de individuos, su educación y entrenamiento, hacen de los oficiales, como grupo distintivo, enemigos implacables del socialismo. Esa es la situación en todos los países burgueses... Eliminar del ejército a cuatrocientos o quinientos agitadores reaccionarios significa dejar las cosas prácticamente como estaban... Es necesario sustituir las tropas de los cuarteles bajo el mando de la casta de oficiales por milicias populares, es decir, por la organización democrática de obreros y campesinos armados. No hay otra solución. Pero la existencia de semejante ejército es incompatible con la dominación de los grandes y pequeños explotadores. ¿Pueden los republicanos aceptar semejante medida? De ninguna manera. El gobierno del Frente

Popular, es decir, el gobierno de coalición de los obreros con la burguesía, es en esencia un gobierno de capitulación ante la burocracia y los oficiales. Esta es la gran lección de los acontecimientos ocurridos en España y que se está pagando con miles de vidas humanas”.

De la misma manera que en 1933, el apoyo socialista al gobierno hizo imposible contener a la reacción, el apoyo comunista-socialista de 1936 abrió las puertas a la contrarrevolución. Pero los obreros se preguntarán, ¿No es posible apoyar al gobierno y al mismo tiempo movilizar a los obreros y campesinos contra sus enemigos? ¡Jamás! Bastan dos ejemplos importantes:

En la provincia de Albacete, cerca de Yeste, los campesinos ocuparon una gran propiedad. El 28 de mayo de 1936 fueron atacados por la Guardia Civil, con un saldo de veintitrés campesinos muertos y treinta heridos. El ministro del Interior saludó este baño de sangre con un telegrama de felicitación a la Guardia Civil. La prensa, correctamente, calificó la situación como una repetición de la masacre de Casas Viejas en 1931. La interpelación en las Cortes el 5 de junio se aguardó con ansiedad..., pero los diputados comunistas y socialistas absolvieron al gobierno de toda responsabilidad. “Sabemos que el gobierno no es responsable de lo sucedido, y que tomará medidas para evitar su repetición, pero esas medidas se deben aplicar rápidamente en bien de los intereses del Frente Popular”, declaró un diputado socialista. “La conspiración es clara”, dijeron los estalinistas: “Los terratenientes empujan sistemáticamente a los campesinos a la desesperación y cuando éstos se defienden, los terratenientes encuentran guardias civiles venales dispuestos a masacrarlos. La Guardia Civil ha perpetrado una masacre y los políticos de la derecha hacen todo lo posible por explotar el hecho en perjuicio del Frente Popular. El asunto de Yeste fue un fracaso político pero puede repetirse y se repetirá.

[...] El Partido Comunista tenía razón al responder a la maniobra política de la derecha situando el hecho en su verdadera base y exigiendo el castigo de los terratenientes ricos. El Partido Comunista señaló que debía orientarse la lucha sobre todo contra el hambre y la miseria, acrecentada por los caciques y terratenientes cuando sabotean las órdenes del gobierno y de la república y se niegan a dar pan a las masas. *El Partido Comunista exigió la aceleración de la reforma agraria*”. (*Inprecorr*, no 32, 11 de julio de 1936, p. 859).

En pocas palabras: la lucha contra los terratenientes debe limitarse a convencer al gobierno de que realice la reforma agraria. Porque ir más allá, y que el mismo campesino luche con actos militantes en la tierra, que es la única manera verdadera de luchar, que conducen a acontecimientos como el de Yeste, que provocan conflictos entre las masas y el gobierno, y debemos evitar la ruptura del Frente Popular. ¡”No romper con el Frente Popular” sólo puede significar mantener la lucha dentro de los marcos de la discusión amistosa en el parlamento!

Más de ochenta mil obreros de la construcción de Madrid salieron a la huelga, su consigna principal era la semana laboral de 36 horas. El gobierno ordenó a los obreros someterse al arbitraje y decretó la semana de 40 horas. La UGT y los comunistas aceptaron y ordenaron la vuelta al trabajo. La CNT, en cambio, se negó a aceptar el acuerdo y, más importante aún, los obreros de la UGT siguieron a los anarquistas. Las “razones” de los estalinistas para desconvocar la huelga fueron las siguientes:

“No es un secreto para nadie que, después del 16 de febrero, los patronos fascistas incluyeron, entre sus métodos de lucha, la provocación a los obreros para convoquen conflictos y luego demorar su solución todo el tiempo que sea necesario y posible. Con ello buscan llevar a las masas a la desesperación, lo cual provoca actos esporádicos sin finalidad ni efectividad... pero que enfrentarían a los obreros con el gobierno, porque ésta es una de las condiciones para dar un golpe de estado... Esta actitud de los patronos... hace necesario que los obreros de la construcción, aunque no estén totalmente de acuerdo, acepten el convenio para poner fin a una situación que, de prolongarse, entrañaría un grave peligro para todos los trabajadores...

Ha llegado el momento de saber poner fin a esta huelga, sin renunciar a la posibilidad, establecida en el acuerdo, de seguir discutiendo el problema salarial en los consejos de arbitraje”. (*Mundo Obrero*, 6 de julio).

En pocas palabras: los patronos insisten en combatiros, pero esto os hace entrar en conflicto con el gobierno, (¡lo que significa que el gobierno tiene más intereses en común con los patronos que con vosotros!) y pone en peligro el Frente Popular. Por tanto: poned fin a la huelga. Pero, ¿para qué empezar huelgas? La lógica del reformismo no siempre llega tan lejos, porque en ese caso los obreros la rechazarían de plano. Los obreros insisten en hacer huelgas. El Partido Comunista tiene el deber de frenar las huelgas antes de que el gobierno monte en cólera.

Esta política de limitar la lucha contra la reacción al terreno parlamentario sólo llevaría a la derrota eventual de

las masas. Porque es un principio fundamental del marxismo que *la movilización de las masas sólo se puede realizar a través de la lucha combativa*. Si los obreros hubiesen acatado la política del Frente Popular, hoy estaríamos lamentando la derrota del proletariado español.

VI. A pesar del Frente Popular, las masas luchan contra el fascismo: 16 de febrero a 16 de julio de 1936

Afortunadamente para el futuro de la clase obrera española y mundial, las masas, desde el primer día de la victoria de febrero, no dieron la menor señal de detener la lucha. Las lecciones de 1931-1933 estaban marcadas a fuego en su conciencia. Si estaban libres, por el momento, de la dominación de Gil Robles, era porque habían ganado esa libertad con las armas en la mano, a pesar de la traición de Companys y la “neutralidad” de Azaña. Las masas no esperaron que Azaña cumpliera sus promesas. En los cuatro días que transcurrieron entre las elecciones y el precipitado retorno de Azaña al gobierno, las masas llevaron a cabo la amnistía abriendo a la fuerza las puertas de las cárceles. Fue tan eficaz la medida que el Comité Permanente de las anteriores viejas Cortes, incluido el mismísimo Gil Robles, ratificó unánimemente el decreto de amnistía de Azaña, tanto por temor a las masas en la calle, como para demostrar que el gobierno constituido seguía controlando el país. Los obreros no esperaron el decreto gubernamental ni la ratificación de su constitucionalidad – ¡que no llegó del Tribunal de Garantías Constitucionales hasta el 6 de septiembre! – para regresar a sus puestos de trabajo a los despedidos de la insurrección de octubre; en todos los talleres y fábricas los obreros llevaron a los desocupados y se enfrentaron a los patronos con la exigencia: “¡sí o sí!”. El ajuste de cuentas por los excesos de octubre se realizó por el “método plebeyo” de la movilización obrera y campesina. Los diputados estalinistas y los del ala de derechas socialista se quedaron roncros rogando a los trabajadores que dejaran la tarea en manos del gobierno del Frente Popular. ¡Los obreros sabían mejor lo que decían hacer!

Al odiado clero, que gobernó en el bienio negro, los campesinos oprimidos le trataron de la manera ya tradicional. Cuando quedó claro que el gobierno no tocaría al clero, las masas tomaron el asunto en sus propias manos. No sólo la quema de iglesias, también obligaron a los sacerdotes a abandonar los pueblos, amenazándoles de muerte si se les ocurría volver. Los estalinistas, con su abyecta lealtad al gobierno, lanzaron una campaña vilipendiando la lucha contra el clero: “¡Recordad que la quema de iglesias y monasterios favorece a la contrarrevolución!” (*Inprecorr*, 1 de agosto, p. 928). Se les prestó tanta atención como a Azaña. En la provincia de Valencia, donde los obreros acaban de aplastar tan decisivamente a la reacción, en junio casi no funcionaba una sola iglesia.

Sin embargo, las movilizaciones de masas alcanzaron la plenitud de su fuerza después de una serie de acontecimientos que indicaban el comienzo de un acercamiento entre los

republicanos y los reaccionarios. Casi todos los derechistas votaron por Barrios para Presidente de las Cortes. En marzo Azaña prorrogó, ante la exigencia de los reaccionarios, la censura de prensa y el estado de excepción decretados por el anterior gobierno. El día anterior, Azaña había pronunciado un discurso prometiéndoles a los reaccionarios que no iría más allá de los límites impuestos por el programa del Frente Popular y que pondría fin a las huelgas y tomas de tierras. La prensa reaccionaria acogió el discurso con inmensa alegría. Calvo Sotelo, monárquico, declaró:

“Fue la palabra de un verdadero conservador. Su declaración de respeto por la ley y la Constitución debe causar una impresión muy favorable a la opinión pública”. El portavoz de la organización de Gil Robles declaró: “Apoyo el noventa por ciento del discurso”. El 15 de abril, en medio de las huelgas económicas, la derecha exigió que se pusiera fin “al estado de anarquía”. “Los alborotadores y agitadores serán exterminados”, prometió el ministro Salvador en nombre del gabinete. El mismo día, Azaña atacó duramente al proletariado: “El gobierno revisará todo el sistema defensivo para poner fin al reino de la violencia”. “¡El comunismo significaría la muerte de España!”. Ventosa, portavoz de los terratenientes catalanes, le respondió: “Azaña es el único hombre capaz de ofrecer al país la seguridad y defensa de todos sus derechos legales”. Ese mismo día los fascistas y la Guardia Civil, envalentonados, efectuaron disparos en un barrio obrero de Madrid.

En medio de esa atmósfera la CNT declaró la huelga general en Madrid el 17 de abril para protestar contra el ataque fascista. La UGT no había sido invitada a participar en la huelga y al principio se unió a los estalinistas para denunciarla. Pero los obreros salieron de las fábricas, talleres y servicios públicos, no por haber cambiado de filiación, sino porque querían combatir y sólo los anarquistas los convocaban a la lucha. Mientras toda la vida comercial de Madrid comenzaba a paralizarse, los estalinistas todavía declaraban que “podrían participar más adelante. En ese momento se comprometían a apoyar al gobierno de Azaña en la medida en que éste emprendiera una acción efectiva contra la reacción.” (*Daily Worker*, 18 de abril). Esa noche, cuando vieron que a pesar de ellos la huelga había sido todo un éxito, la UGT y los estalinistas la apoyaron tardíamente, antes de que finalizara.

La burguesía comprendió que la huelga general del 17 de abril, junto con la oleada de huelgas económicas que la siguieron, se transformarían en una ofensiva proletaria contra el capitalismo y su agente, el gobierno. ¿Cómo detener esta ofensiva? El ejército proponía aplastarla por la fuerza. Pero en las propias filas de la reacción había dudas acerca de la posibilidad de hacerlo. Azaña aportó una solución mucho más efectiva: dejar que los propios dirigentes obreros frenasen las huelgas. Por eso Azaña, investido en mayo como nuevo presidente del país, al sonido de la *Internacional* entonada con los puños en alto por los diputados socialistas y estalinistas que lo habían elegido (los reaccionarios no presentaron candidato), pidió a Prieto que formara un gobierno de coalición. Prieto estaba más que dispuesto a ocupar el cargo de primer ministro. Pero el simple rumor provocó tal tormenta en el Partido Socialista que no se atrevió a aceptar. Caballero advirtió a Prieto que no debía aceptar sin el consentimiento del partido; y detrás de Caballero, y a su izquierda, estaba la mayoría del partido y la UGT.

Madrid, la más fuerte de las organizaciones del partido, había aprobado un nuevo programa en abril e iba a presentarlo en el congreso de junio para su aprobación por parte de todo el partido. El programa declaraba que la burguesía era incapaz de realizar las tareas democráticas de la revolución, sobre todo, era incapaz de resolver el problema agrario y, por lo tanto, la revolución proletaria estaba a la orden del día. El programa era muy débil porque contenía grandes errores, sobre todo, porque no comprendía el papel de los soviets. Pero sí significaba una ruptura profunda con el reformismo.

Lógicamente, ese programa, aceptado por Caballero, debió haber ido acompañado de una ruptura decisiva con la política del Frente Popular. Sin embargo, los centristas apenas se guían por la lógica. Caballero siguió insistiendo en que “el gobierno aún no ha agotado sus posibilidades” y que la fusión de todos los partidos marxistas debe preceder a la revolución, Caballero continuó dirigiendo a los diputados de la izquierda socialista, su táctica era denunciar al gobierno aunque al mismo tiempo le apoyaba en todos los problemas cruciales. Sin embargo, a pesar de sus frecuentes banquetes de oratoria con los estalinistas, el órgano de la izquierda socialista controlado por él, *Claridad*, continuó presentando un contraste diario con los órganos del Partido Comunista y el ala de derechas socialista. *Claridad* denunció eficazmente el carácter fraudulento del programa agrario del gobierno; demostró cómo los grandes proyectos de riego de Prieto enriquecían a los grandes terratenientes mientras los campesinos seguían siendo pobres, y hasta incluía artículos llamando a los campesinos a tomar las tierras. ¡Simultáneamente los estalinistas y socialistas de derechas publicaban regularmente loas a la reforma agraria de Quiroga! Aunque Caballero había aceptado apoyar la candidatura presidencial de Azaña, *Claridad* publicaba los artículos de Javier Bueno donde se denunciaba a Azaña como candidato de la derecha. Los elementos revolucionarios del ala de izquierdas socialista eran tan fuertes que imponían sus posiciones a pesar de Caballero.

Respecto a la entrada de Prieto al gobierno, Caballero no se atrevía a romper por esta cuestión con sus partidarios revolucionarios. Por su parte, Prieto tampoco se atrevía a someter esta cuestión a una votación en el congreso nacional. Entonces tuvo lugar una gran campaña de presión para que el partido permitiera a Prieto ser primer ministro. Casi todo el mundo fuera del Partido Socialista quería a Prieto en el gobierno. La prensa republicana pedía que se pusiera fin al conflicto dentro del partido con la entrada de Prieto. El partido de Martínez Barrios, Unión Republicana, que desde la desaparición del Partido Radical de Lerroux representaba a la burguesía industrial, declaró que quería un primer ministro socialista, que éste debía ser Prieto. Miguel Maura, representante de los industriales y terratenientes de extrema derecha, abogaba por un régimen autoritario que disolviera las Cortes, constituido por “todos los republicanos y aquellos socialistas que no estuvieran contaminados por la locura revolucionaria”. El gobierno catalán y sus aliados, incluidos los estalinistas, apoyaban la entrada de los socialistas en el gobierno.

Los estalinistas intentaron que su apoyo a esta demanda reaccionaria tuviera un tono revolucionario. “Si el gobierno sigue por este camino (el mal camino de 1931), trabajaremos, no para romper el Frente Popular, sino para fortalecerlo e impulsarlo hacia un gobierno de tipo popular revolucionario, que realizará esas cosas que el actual gobierno no comprende o no quiere comprender”. (*Mundo Obrero*, 6 de julio) ¡Pero lo único que faltaba para que este gobierno fuera idéntico al de 1931 era incluir en él rehenes proletarios!

Hasta el POUM, Partido Obrero de Unificación Marxista, se unió al coro. Formado por una fusión de los llamados trotskistas con el Bloque Obrero y Campesino, grupo seminacionalista catalán, había firmado el pacto del Frente Popular, había declarado su independencia de dicho pacto y atacado el concepto de Frente Popular, para apoyar una vez más al Frente Popular en las elecciones municipales y declarar nuevamente su independencia cuando Azaña las prorrogó. Para justificar su negativa a aceptar la propuesta de Trotsky de entrar al Partido Socialista y empeñar sus fuerzas – unos pocos miles de militantes según sus propios cálculos – en el apoyo al ala izquierdas, se negó a comprender el profundo significado del desarrollo de ese ala de izquierdas. En realidad *La Batalla* del 22 de mayo declaró que no había verdaderas diferencias entre las alas de derecha e izquierda. Esta caracterización errónea redundó en tácticas lamentables: cuando los socialistas de izquierda se encontraban en pugna con la derecha en torno a esta cuestión, el POUM llamó a la creación de “un auténtico gobierno de Frente Popular con la participación directa (a nivel ministerial) de los partidos

socialista y comunista” como medio para “completar la experiencia democrática de las masas” y acelerar la revolución.

Esta presión casi universal no debilitó la firmeza de los socialistas de izquierdas. Prieto intentó entonces tomar medidas desesperadas. Bajo su control, el Comité Ejecutivo Nacional postergó el congreso de junio a octubre; prohibió *Claridad* y le quitó la financiación del partido; ordenó a los comités de distrito “reorganizar” las secciones disidentes y organizó una farsa electoral para cubrir las vacantes del ejecutivo, sin contar los votos de la izquierda. La izquierda condenó estas acciones y declaró que Prieto había perdido la confianza del partido.

A pesar de las maniobras de Prieto, estaba claro que las bases apoyaban al ala de izquierdas. Caballero había sido reelegido secretario de la UGT por una abrumadora mayoría. Y detrás de Caballero había elementos mucho más decididos. Javier Bueno, dirigente de la insurrección asturiana, hablaba en grandes mítines y exigía, no sólo el final de la política de Prieto, sino también el final de la política de Caballero. Sectores importantes del partido se habían negado a votar la lista del Frente Popular en las elecciones presidenciales y habían presentado listas socialistas. Mientras que la política nacional de Caballero para la UGT era un poco mejor que la política de los estalinistas, otros dirigentes, a nivel local o industrial, se unían a la CNT en huelgas poderosas y triunfantes. Los comités permanentes unían a los dos sindicatos en los puertos, barcos y ferrocarriles; con ello, los trabajadores portuarios y de astilleros ganaron huelgas nacionales y los trabajadores ferroviarios acababan de votar una huelga nacional cuando estalló el alzamiento. Los elementos campesinos atrasados del partido poseían la suficiente cultura como para saber qué querían. Dos días después de que Vidarte, secretario de Prieto, negara indignado a *United Press* el rumor de que el campesinado socialista de Badajoz estaba tomando las tierras, 25.000 familias campesinas, dirigidas por los socialistas, ocuparon las grandes fincas. Lo mismo ocurrió en otras partes; el intento de Prieto de ocultar el significado revolucionario de la ocupación, enviando a los ingenieros agrónomos del Instituto para la Reforma Agraria para que legalizaran la ocupación, sólo sirvió para animar a los socialistas de izquierdas a que siguieran este procedimiento. Los combativos mineros asturianos, en otro tiempo baluartes del grupo de Prieto, comenzaron huelgas políticas contra el gobierno; el 13 de junio treinta mil mineros salieron a la huelga para exigir la destitución de los ministros de Trabajo y Agricultura (¡este último, Funes, era un favorito de los estalinistas!) y el 19 de junio cumplieron su amenaza de arrastrar al paro a los noventa mil mineros. El gobierno logró que regresaran al trabajo el 23 de junio, pero el 6 de julio, junto con los obreros de Oviedo, amenazaron con salir a la huelga general en protesta por la destitución del gobernador de Asturias, Bosque, (Calvo Sotelo, dirigente reaccionario, había recibido un telegrama insultante de este gobernador pro-obrero y había conseguido que le destituyeran). Los mineros repitieron su demanda y hubieran salido a la huelga el 15 de julio de no haberse producido el alzamiento. Ante estos síntomas indudables de la actitud revolucionaria del proletariado socialista, Prieto no se atrevió a entrar en el gobierno.

Mientras tanto, la oleada huelguística había alcanzado proporciones de crisis revolucionaria. Sólo podemos dar una idea aproximada de su magnitud. Durante esos cinco meses, en todas las ciudades de cierta importancia, tuvo lugar al menos una huelga general. El 10 de junio había casi un millón de trabajadores en huelga; medio millón el 20 de junio; un millón el 24 de junio; más de un millón en los primeros días de julio. En las huelgas participaban tanto trabajadores de la ciudad como trabajadores del campo; estos últimos rompieron los moldes tradicionales de la lucha rural; por ejemplo, hubo una huelga que duró cinco semanas y involucró a 125.000 familias campesinas de toda la provincia de Málaga.

El Socialista denunció la marejada: “El sistema es verdaderamente anárquico y provoca la irritación de los derechistas”. *Mundo Obrero* suplicaban a los obreros porque sus luchas les hacían entrar en conflicto con el gobierno del Frente Popular. Ese gobierno y sus

gobernadores provinciales lanzaron a la Guardia Civil contra los huelguistas en un intento desesperado de frenar la ofensiva. Se tomaron medidas particularmente desesperadas contra la CNT. Companys llenó las cárceles de Barcelona con anarquistas. El 31 de mayo clausuraron la sede anarquista de Madrid y arrestaron a ciento anarquistas; el 4 de junio el ministro Augusto Barcia anunció que si “los sindicalistas persisten en desobedecer las órdenes del Ministerio de Trabajo, el gobierno se propone declarar el sindicalismo fuera de la ley”. El 19 de junio el gobierno volvió a clausurar la sede de la CNT. ¡Pero no estábamos en el año 1931, cuando el mismísimo Caballero dirigió el ataque contra la CNT! La UGT se solidarizó esta vez con sus camaradas anarcosindicalistas y el gobierno tuvo que retroceder.

También estallaron huelgas antigubernamentales con consignas políticas. El 8 de junio estalló una huelga general en Lérida para obligar al gobierno a cumplir su promesa de mantener a los parados. El 24 de junio los mineros de Murcia pararon en señal de protesta porque el gobierno no había cumplido su promesa de mejorar las condiciones de trabajo. El 2 de julio la Federación de Obreros Agrícolas de Andalucía exigió dinero al gobierno para compensar la pérdida de las cosechas. Ya hemos mencionado las huelgas políticas de Asturias. El 8 de julio pararon los estudiantes de las escuelas católicas de Barcelona, exigiendo la expulsión de los curas y que se contratara a profesores laicos. El 14 de julio hubo una manifestación en Madrid, donde los obreros llevaban fotografías ampliadas de un baile oficial que se había celebrado en la embajada de Brasil, bajo el título: “Los ministros republicanos se divierten mientras los obreros mueren”. No son más que algunos ejemplos de las cuestiones políticas que planteaban las masas. ¡Podemos estar seguros que las masas no estaban dirigidas por los partidarios del Frente Popular!

Ni las acusaciones de *El Socialista* de que *Claridad* obtenía dinero de un banco de católicos reaccionarios, ni las sucias calumnias de *Mundo Obrero* de que la CNT estaba ligada a grupos fascistas, ni las medidas represivas del gobierno, fueron capaces de frenar el proceso revolucionario de la izquierda socialista, ni la creciente unidad de la UGT con la CNT, ni la oleada de huelgas.

El proletariado militante tampoco dejó de ofrecer resistencia a la política del Frente Popular que permitía a los fascistas cierto margen de organización y armamento. Dejaron para *El Socialista* y *Mundo Obrero* la tarea de rogarle al gobierno que frenara a los fascistas. Los obreros revolucionarios se enfrentaron a los fascistas en la calle. Desde febrero hasta el alzamiento de julio, estos enfrentamientos provocaron dos muertos y seis heridos *diarios*. Era, verdaderamente, la guerra civil; y los fascistas sufrieron las mayores bajas. Los golpes mortales que recibió la moral de los fascistas sirvieron también para preparar a miles de sus militantes para que asumieran la dirección el 18 de julio.

Finalmente, las mejoras salariales y de horarios conseguidas con las huelgas, al no ir acompañadas de un aumento en la producción, la crisis mundial no permite que ocurra esto en España, provocaron aumentos de precios; a principios de julio la prensa madrileña calculó que los precios habían aumentado un 20% en el transcurso de un mes. Los obreros se sintieron engañados y se prepararon para realizar huelgas más decisivas con consignas más decisivas. (¡Lo mismo está ocurriendo ahora – mediados de septiembre – en Francia!).

La reacción, es decir, el capitalismo español, había depositado, por un tiempo, su confianza en Azaña; cuando él demostró ser incapaz de frenar a los obreros, trasladó sus esperanzas a Prieto, pero los socialistas de izquierda impidieron esta solución. No podía esperarse, por lo tanto, una repetición de 1931-1933 y el retorno pacífico a la reacción. Los socialistas de derechas y los estalinistas eran incapaces de impedir la movilización revolucionaria del proletariado español. Armados, preparados para lo peor, los reaccionarios no se atrevieron a esperar que la ola revolucionaria los ahogara. Contando con el 99 por ciento del cuerpo de

oficiales, la Legión Extranjera, las tropas moriscas y la mayor parte de las cincuenta guarniciones provinciales, el capitalismo español se sublevó contra su inminente destrucción.

VII. La contrarrevolución y el poder dual

1. La traición del gobierno del Frente Popular

Azaña y el gobierno del Frente Popular respondieron a la contrarrevolución tratando de negociar con ella.

Atados sin remedio por su política frentepopulista, los estalinista han tratado de explicar su traición inventando una diferencia entre los republicanos “débiles” como Barrios y los republicanos “fuertes” como Azaña. La verdad es que Azaña dirigió el intento de llegar a un compromiso con los generales fascistas y que todos los grupos republicanos estaban implicados en estaban implicados en esta maniobra

He aquí los hechos indiscutibles, recogidos de *El Socialista y Claridad*:

El 17 de julio el general Franco se apoderó de Marruecos y radió su manifiesto a todas las guarniciones. Un radiooperador leal lo captó en una estación naval cercana a Madrid y lo transmitió inmediatamente al ministro de Marina. Pero el gobierno no divulgó la noticia hasta las nueve de la mañana del día 18; y sólo hizo pública una nota tranquilizadora en la que aseguraba que toda España estaba bajo control del gobierno. El gobierno emitió otros dos comunicados durante el día, el último de ellos a las tres y cuarto de la tarde, cuando ya tenía pleno conocimiento del alcance del alzamiento, incluso de la ocupación de Sevilla. Sin embargo, esa nota final decía:

“El gobierno se hace oír nuevamente para confirmar que reina absoluta tranquilidad en toda la Península.

El gobierno reconoce los ofrecimientos de ayuda que ha recibido [de las organizaciones obreras] y, agradeciéndolos, declara que la mejor ayuda que puede prestarse al gobierno es garantizar la normalidad de la vida diaria, para dar así un alto ejemplo de serenidad y de confianza en los medios del poder militar del Estado. Gracias a las medidas de previsión adoptadas por las autoridades, se puede considerar que un vasto movimiento de agresión contra la republica ha sido destruido; no encontró apoyo en la Península y sólo logró algunos seguidores entre ciertos sectores del ejercito de Marruecos [...]

Estas medidas, junto con las órdenes habituales a las tropas marroquíes que luchan por sofocar el alzamiento, nos permiten afirmar que la acción del gobierno será suficiente para restablecer la normalidad”. (*Claridad*, 18 de julio de 1936).

De este modo, negándose a armar a los obreros y justificando su traición con esa nota tan fraudulenta, el gabinete de Azaña se reunió durante toda la noche. Azaña obligó a dimitir al gobierno de Quiroga, de su propio partido, Izquierda Revolucionaria, y nombró primer ministro al antiguo lugarteniente de Lerroux, Martínez Barrios, jefe del partido Unión Republicana. Barrios y Azaña eligieron un gabinete “respetable” con hombres como Barrios y republicanos de derecha que no pertenecían al Frente Popular. También este gobierno a negar las armas a los obreros.

Más que a armar a los obreros – ¡sus aliados en el Frente Popular, que los habían llevado al poder! – Azaña y sus republicanos estaban preparando la firma de la paz con los fascistas a expensas de los obreros. Si Azaña hubiese cumplido su plan, los fascistas habrían conquistado España.

Pero en el preciso instante en que los ministros se encontraban conspirando en el palacio presidencial, el proletariado se estaba movilizand. En Madrid la milicia de las Juventudes

Socialistas distribuía sus escasas reservas de armas; levantaba barricadas en las calles estratégicas y en torno al Cuartel de la Montaña; sus patrullas iban de casa en casa buscando a los reaccionarios; a medianoche lanzó el primer ataque al cuartel. En Barcelona, recordando la traición de este mismo presidente, Companys, en octubre de 1934, los militantes de la CNT y el POUM ya en la tarde del 18 habían tomado varios depósitos de armas del gobierno. Cuando la guarnición se alzó, a la una de la mañana siguiente, los obreros armados habían rodeado a las tropas en un círculo de hierro, armando a los ansiosos reclutas con equipos tomados de los fascistas y con lo que se pudo confiscar de las tiendas; más tarde la milicia tomó los arsenales. Los mineros de Asturias, antes de que se resolviera la crisis de gobierno, ya habían equipado una columna de seis mil hombres para marchar sobre Madrid. En Málaga, puerto estratégico frente a Marruecos, los obreros desarmados habían rodeado la guarnición reaccionaria con un muro de casas y barricadas en llamas. En Valencia, como el gobernador les negó armas, los obreros se dispusieron a enfrentarse a las tropas con barricadas, adoquines y cuchillos de cocina... hasta que sus camaradas de la guarnición fusilaron a los oficiales y les repartieron armas. En una palabra: sin pedir permiso al gobierno, el proletariado comenzó una guerra a muerte contra el fascismo. Companys y Azaña se encontraron ante los primeros regimientos del Ejército Rojo del proletariado español.

El plan de Azaña y Barrios de lograr un acuerdo con los generales fascistas fracasó porque los obreros lo impidieron. ¡Por ninguna otra razón! Gracias a su desconfianza total en el gobierno, las masas pudieron impedir que éste las traicionara. La movilización independiente, con dirección *propia*, bajo *bandera propia*: sólo eso impidió el triunfo del fascismo.

Así fue como, junto con el poder formal que seguía en manos del gobierno, surgió el poder “extraoficial”, pero mucho más fuerte, del proletariado armado: lo que Lenin llamó “doble poder”. Un poder, el de Azaña y Companys, era demasiado débil para cuestionar la existencia del otro; este otro, el del proletariado armado, no era aún lo suficientemente fuerte, ni lo suficientemente consciente, de la necesidad de liquidar la existencia del primero. El fenómeno del “doble poder” ha acompañado a todas las revoluciones proletarias; significa que la lucha de clases está a punto de alcanzar el momento donde uno de los dos contrincantes debe volverse el amo indiscutible de la situación; es el equilibrio crítico de alternativas sobre el filo de la navaja; ya está fuera de cuestión un equilibrio prolongado: ¡uno u otro pronto debe prevalecer!

El aplastamiento de la contrarrevolución hará que sea infinitamente más posible el establecimiento de un gobierno obrero y campesino. Es por eso que la victoria sobre los generales fascistas no sirve a los intereses de la burguesía: los verdaderos intereses del capitalismo español residen en el triunfo de la contrarrevolución o, lo que es lo mismo, en un compromiso con la misma. De ahí la traición del Frente Popular en los primeros días de la contrarrevolución. De ahí su traición posterior. Rodeados de obreros amados, los republicanos no se atrevían a pasarse abiertamente al campo enemigo; pero su política, en el frente y en la retaguardia, permitió a la contrarrevolución obtener triunfo tras triunfo. Ése fue el significado del cambio de gobierno después de la caída de Irún. Estaba bastante claro en las declaraciones a la prensa que hizo un portavoz del gobierno de Caballero, quien:

“subrayó que la toma de posesión de Largo Caballero del cargo de primer ministro, la semana pasada, ha provocado una mejora en la moral de las milicias. Saben que ahora se les dirige de forma inteligente... Saben que si mueren, no será por culpa de las órdenes irresolutas y azarasas que caracterizaron al gobierno anterior. Ahora tomaremos la ofensiva y atacaremos a los rebeldes en sus puntos débiles, en vez de como antes, atacarlos donde son fuertes y capaces de rechazarnos”. (*New York Times*, 7 de septiembre.)

Si aquellos que todavía deben explicar al proletariado por qué permitieron que un gobierno como el de Azaña-Giral dirigiera la lucha durante las siete primeras semanas pueden denunciar de esa manera a dicho gobierno, entonces toda la verdad debe ser mucho peor.

La justificación del Frente Popular era que aseguraba la ayuda de los republicanos contra el fascismo contrarrevolucionario. Sin embargo, el Frente Popular hizo exactamente lo contrario: impidió al proletariado arrancar a la pequeña burguesía de los políticos republicanos que, en toda revolución triunfante, se une al proletariado cuando ve que una lucha decidida por una vida nueva y más rica bajo un nuevo orden social. El Frente Popular subordinó tanto a la pequeña burguesía como a las masas proletarias a la dirección traidora de los políticos burgueses. Sólo el doble poder del proletariado ha impedido, hasta el momento, la victoria de la reacción.

2. El doble poder en Cataluña

Fue precisamente en Cataluña, donde el Frente Popular era más débil, donde el doble poder se desarrolló más extensamente y convirtió a las cuatro provincias catalanas la fortaleza más inexpugnable de la guerra civil.

La CNT y la FAI (Federación Anarquista Ibérica), a la cabeza de la mayoría del proletariado y buena parte del campesinado catalanes, nunca formó parte del Frente Popular. El POUM, tras mucho vacilar, rompió por fin con el Frente Popular, giró a la izquierda y con extraordinaria rapidez se convirtió, en Cataluña, en un partido de masas durante los dos meses de guerra civil. De modo que los únicos partidos proletarios que apoyan al Frente Popular en Cataluña son la UGT, que aquí es incomparablemente más débil que la CNT, y la organización estalinista, el llamado Partido Socialista Unificado. Lejos de debilitar su capacidad combativa, como sostenían los exegetas del Frente Popular, fue esta independencia relativa de todo vínculo con la burguesía lo que permitió a las masas catalanas vencer a la contrarrevolución en casa y acudir en ayuda del resto de España. ¡Profunda lección para quienes todavía creen en el Frente Popular!

El proletariado catalán comprende que la guerra civil debe lucharse con *métodos revolucionarios*, no con las consignas de la democracia burguesa. Comprende que los métodos militares no bastan para librar la guerra civil, sino que los *métodos políticos* que llevan a las grandes masas a la acción pueden inclusive arrancar al ejército del mando de sus oficiales reaccionarios. En el frente y la retaguardia, no dirige la lucha a través de las oficinas de gobierno sino mediante organismos controlados por las organizaciones proletarias.

El Comité Central de las Milicias Antifascistas de Cataluña dirige la lucha. Los anarquistas tienen tres representantes por la CNT y dos por la FAI. A la UGT, a pesar de tener menos seguidores, se le concedieron tres representantes para fomentar la formación de organizaciones similares en otras partes. El POUM tiene uno, la organización campesina uno y los estalinistas uno. Los partidos burgueses de izquierda tienen cuatro, lo que hace un total de quince. En realidad, la CNT, la FAI y el POUM dominan el CC.

Estos tienen un programa tan distinto al de Madrid que la UGT y los estalinistas se dejan arrastrar sólo por temor a que los dejen de lado, y la burguesía de izquierda porque está a merced del proletariado armado. El programa es idéntico al que levantaron los bolcheviques en agosto de 1917 frente a la contrarrevolución de Kornilov: *Control obrero de la producción, despertando el máximo de iniciativa y entusiasmo del proletariado. Movilización de las masas armadas, independientemente del control gubernamental. Vigilar al gobierno para evitar la traición y no abandonar, ni por un momento, la crítica del mismo. Arrastrar a la lucha al campesinado mediante la única consigna capaz de despertar al campo atrasado y hambriento: ¡la tierra para el que la trabaja!*

Apenas comenzó la contrarrevolución, la CNT se apoderó del transporte, los servicios públicos y las grandes plantas industriales. Los comités de fábrica elegidos por representación proporcional garantizan el control democrático. También se crearon comités similares para controlar la producción en las fábricas y talleres que siguen en manos privadas.

La dirección económica está ahora en manos del Consejo de la Economía que, a pesar de seguir aferrado al viejo orden, se ve obligado a hablar, al menos, de medidas socialistas. Tiene cinco miembros anarcosindicalistas, uno del POUM, uno de la UGT y uno del gobierno catalán. El 19 de agosto promulgó el siguiente programa: colectivización de las grandes propiedades terratenientes con el control de los sindicatos de trabajadores rurales; colectivización del transporte, servicios públicos y la gran industria; colectivización de los establecimientos abandonados por sus dueños; control obrero de los bancos hasta tanto se los nacionalice; control obrero de todas las empresas que siguen en manos privadas; absorción de la mano de obra desocupada en la industria y la agricultura colectivizadas; electrificación de Cataluña; monopolio del comercio exterior para proteger el nuevo orden económico.

En medio de la guerra civil, los comités de fábrica atestiguan la superioridad de los métodos proletarios de producción. El comité de la CNT-UGT que controla los ferrocarriles y subterráneos informa que con la eliminación de los elevados salarios de los directores, los beneficios y el despilfarro se han ahorrado decenas de miles de pesetas, se elevaron los salarios de la mayoría de los obreros para igualarlos, se piensa extender las líneas, se reducirán las tarifas, los trenes son puntuales, ¡y está por implantarse la jornada de seis horas!

Se transformaron las plantas metalúrgicas en fábricas de municiones y las fábricas de automóviles producen carros blindados y aviones. Los últimos despachos demuestran que el gobierno de Madrid depende muchísimo de Cataluña para pertrecharse de estos importantes elementos. Buena parte de las fuerzas que protegen el frente de Madrid fueron enviadas allí por la milicia catalana.

Pocos comprenden la importancia de la campaña victoriosa de la milicia catalana en el frente Zaragoza-Huesca. En los planes de los generales fascistas, Zaragoza, sede de la Academia Militar y de una de las más grandes guarniciones militares, iba a ser para el este de España lo que fue Burgos para el oeste. Pero la rapidez con que el proletariado catalán aplastó las guarniciones catalanas y marchó sobre Aragón hacia el oeste hizo naufragar los planes fascistas.

La milicia catalana entró en Aragón como un ejército de liberación social. Pudieron paralizar la movilidad del ejército reaccionario levantando al campesinado, lo que no lograron las fuerzas madrileñas. Al llegar a una aldea, la milicia proponen la formación de un comité antifascista local, al que se le entregan las tierras y cosechas, enseres, ganado, herramientas, tractores, etcétera, pertenecientes a los grandes terratenientes y reaccionarios. El comité del pueblo organiza la producción sobre nuevas bases y crea una milicia local para llevar a cabo la socialización y combatir a la reacción. Los reaccionarios son juzgados por la asamblea general del pueblo. Todos los títulos de propiedad, hipotecas y documentos de deudas van a la hoguera. Transformando así la vida del pueblo, ¡las columnas catalanas pueden seguir avanzando con la seguridad de que cada pueblo queda convertido en una fortaleza de la revolución!

El gobierno catalán sigue existiendo, promulga decretos aprobando las medidas que toma el proletariado y pretende que dirige la lucha. El gobierno de Madrid se hace cómplice de ese simulacro al consultar a Companys, pero debe entablar todas las negociaciones con la milicia y los comités de fábrica. A fines de julio Companys trató “astutamente” de retomar el poder reorganizando el gabinete y haciendo ingresar al mismo a tres miembros del Partido Socialista Unificado, estalinista. Pero esta maniobra se vino abajo en pocos días. Los anarcosindicalistas

advirtieron a los estalinistas que consideraban su ingreso en el gobierno como una ruptura del bloque proletario, y los estalinistas tuvieron que renunciar al gobierno. La poca influencia que aún posee el gobierno a través de sus representantes en el Consejo de la Economía y el Comité Central de las Milicias Antifascistas, tenderá indudablemente a desaparecer a medida que esos órganos, de acuerdo con la propuesta del POUM, se amplíen hasta convertirse en cuerpos de delegados elegidos por la milicia y las fábricas.

El curso revolucionario del proletariado catalán y sus éxitos en la producción y en el frente constituyen la prueba más elocuente de la falsedad de la política frentepopulista que se está aplicando en Madrid. Sólo el camino del proletariado catalán puede llevar a las masas españolas a derrotar la contrarrevolución.

3. El régimen de Madrid

Mientras los obreros catalanes se aseguraban el poder que había caído de manos del gobierno, los socialistas de derecha y los estalinistas se afanaban en devolver el poder al gobierno de Madrid. El resultado es que las relaciones entre el gobierno y las organizaciones proletarias son casi opuestas a las que imperan en Cataluña. Ya hemos visto la traición de la política del gobierno Azaña-Giral. ¡Y fue a este gobierno que los estalinistas y socialistas de derecha cedieron todo el poder!

No existe la menor diferencia entre las posiciones de la burguesía y las de estos dirigentes obreros. La milicia obrera debe limitar su lucha a la defensa de la república, es decir, al mantenimiento del capitalismo, apoyar lealmente al gobierno y ni soñar con el socialismo. Los estalinistas publicaron un manifiesto el 18 de agosto sobre el que la burguesía derramó sus loas por una buena razón: ¡no contiene *una sola* consigna social! Ni una palabra sobre confiscación de la tierra, libertad para Marruecos, control obrero de la producción: nada, ¡sólo lealtad abyecta a la burguesía! Y eso no es todo. Los estalinistas no quieren saber nada de un Estado obrero, ni siquiera después del aplastamiento de la contrarrevolución: “Es totalmente falso que la movilización obrera actual tenga como objetivo la instauración de la dictadura proletaria después de que termine la revolución”, declara el jefe estalinista Hernández el 10 de agosto. “No se puede decir que nuestra participación en la guerra obedezca a un motivo social. Los comunistas somos los primeros en repudiar esa suposición. Nos motiva únicamente el deseo de defender la república democrática.” Toda propiedad confiscada es una simple medida temporal de defensa, declaran los

estalinistas (*Daily Worker*, 18 de septiembre). Para comprender qué alejada del leninismo está semejante estupidez abyecta, basta recordar las órdenes de Lenin, en medio de la lucha contra Kornilov, contra todo apoyo político al gobierno, y su programa de lucha contra la contrarrevolución mediante la toma de la tierra y la instauración del control obrero de la producción. Puesto que desde febrero recluta a la mayoría de sus partidarios con las consignas del Frente Popular, el partido estalinista puede usarlos para la devoción más desvergonzada para con un régimen burgués que se haya visto nunca en un partido proletario.

Los socialistas de izquierda se diferenciaron de los estalinistas con un editorial titulado *La dialéctica de la guerra y la revolución*:

“Algunos dicen: ‘Aplastemos primero el fascismo, ganemos la guerra y entonces llegará el momento de hablar de revolución y de hacerla si es necesario’. Quienes lo dicen no han hecho una reflexión madura sobre el formidable proceso dialéctico que nos arrastra a todos. La guerra y la revolución son una misma cosa. No sólo no se excluyen ni obstaculizan, sino que se complementan y apoyan mutuamente. La guerra necesita de la revolución para triunfar así como la revolución necesitó de la guerra... La revolución en la retaguardia asegurará e inspirará la victoria en el campo de batalla”. (*Claridad*, 22 de agosto.)

Esta concepción correcta, grabada en los socialistas de izquierdas por el ejemplo del proletariado catalán, sufre luego una distorsión centrista por parte de los editores de *Claridad*, que simplemente le atribuyen al gobierno catalán los logros de los obreros. El editorial finaliza diciendo:

“La clara visión histórica ejemplificada por la Generalitat de Cataluña merece ser imitada. Ha decretado medidas de gobierno que reflejan la relación indisoluble entre la guerra y la revolución. Expropiar el capital rebelde y colectivizarlo es la mejor manera de colaborar con el triunfo y extraer de la guerra las máximas *conquistas sociales*, y a la vez de destruir el poder económico del enemigo [...] Con respecto a esto y a la organización de partidos y sindicatos en torno al gobierno para librar la guerra y la revolución simultáneamente, Cataluña es un faro para Castilla y para el resto de España”.

Ninguna cuestión revela el carácter antiproletario del programa estalinista tan claramente como el intento del gobierno de Azaña-Giral de crear un nuevo ejército. La burguesía reconoció que, a pesar de la subordinación de la milicia obrera al mando del estado mayor, la estructura interna de la milicia, organizada en columnas separadas, adheridas a diversos partidos proletarios y sindicatos y dirigidas por obreros electos, hacía infructuoso todo intento de asegurar un verdadero control burgués sobre las mismas. De allí que el gobierno haya llamado a filas a diez mil soldados de reserva para crear una fuerza separada bajo el control directo del gobierno. El manifiesto estalinista del 18 de agosto apoyó esa propuesta contrarrevolucionaria, la postura estalinista estaba de acuerdo con su concepción de la milicia, *Mundo Obrero* el 11 de agosto:

“No. Nada de milicia, dirigidas por partidos y organizaciones. Tampoco milicias de partidos y sindicatos. Son milicias que tienen su base fundamental en el Frente Popular, fieles a la política del Frente Popular”.

“Algunos camaradas han querido ver en la creación del nuevo ejército voluntario algo parecido a una amenaza al papel de las milicias”, declaraba *Mundo Obrero* el 21 de agosto. Los estalinistas negaron esa posibilidad.

“Se trata de complementar y reforzar la milicia para darle mayor eficacia y poner rápido fin a la guerra”.

Y redondeó su defensa de la propuesta del gobierno:

“Nuestra consigna hoy, al igual que ayer, es la misma en este caso. Todo por el Frente Popular y todo a través del Frente Popular”.

Claridad denunció esta posición totalmente reaccionaria. El órgano socialista de izquierdas examinó las razones aducidas para la creación del nuevo ejército. Demostraba que alegar que suministraría fuerzas adicionales es falso, puesto que “puede considerarse que la cantidad de hombres actualmente incorporados a las milicias o que desean incorporarse es prácticamente ilimitada”. Afirmar que los soldados de reserva proporcionarían la experiencia militar que les falta a las milicias, se rebate con el hecho de que aquellas reservas “que no han deseado ingresar en las fuerzas armadas hasta ahora, no estarían animadas por el mismo ardor político y combativo que llevó a los milicianos a alistarse”.

Rebatidos los pretextos para la de creación del nuevo ejército, los socialistas de izquierdas concluyeron de forma tajante:

“Crear que otro tipo de ejército puede sustituir a los que se encuentran combatiendo y, en cierta manera, controlar su propia actividad revolucionaria, es pensar en términos contrarrevolucionarios. He aquí lo que dijo Lenin (*El Estado y la revolución*): ‘Cada revolución, al destruir el aparato estatal, nos muestra claramente cómo la clase dominante se esfuerza por restaurar los destacamentos especiales de hombres armados a su servicio, cómo la clase oprimida se esfuerza por crear

una nueva organización de este tipo que sea capaz de servir no a los explotadores, sino a los explotados'.⁴

Estamos seguros de que este pensamiento contrarrevolucionario, tan impotente como inútil, no ha cruzado por la mente del gobierno; pero la clase obrera y la pequeña burguesía, que están dando sus vidas para salvar la república, no deben olvidar estas justas palabras de Lenin y tienen que cuidar que las masas y la dirección de las fuerzas armadas, que deben ser, por sobre todas las cosas, el pueblo armado, no escapen de sus manos. (*Claridad*, 20 de agosto).

¡No son los que usurpan el prestigio de la Revolución de Octubre para traicionar sus principios al servicio de la burguesía, no son los estalinistas, sino la vanguardia de los socialistas de izquierda los que educan al proletariado español en la concepción leninista del carácter de clase del ejército!

Las distintas concepciones de la naturaleza de la lucha actual también entran en conflicto en torno a otras cuestiones. Los anarcosindicalistas, el POUM y las Juventudes Socialistas, que reconocen en distinto grado el papel traidor de la burguesía, exigen que se limpien todas las instituciones de elementos dudosos e insisten en conservar sus armas en la retaguardia para estar en guardia contra la traición burguesa. Por su parte, los estalinistas tienen la misma definición "amplia" que los republicanos sobre quiénes son los "antifascistas", y levantan la consigna "¡Ni un fusil ocioso en la retaguardia!". Tan amplia es su concepción de antifascismo, que el 19 y el 20 de agosto *Claridad* denunció que la Alianza de escritores antifascistas, controlada por los estalinistas, albergaba elementos contrarrevolucionarios. García Oliver, dirigente de la CNT, respondió bien a la despreciable campaña de la burguesía y los estalinistas por el desarme de la retaguardia, a través de un artículo de *Solidaridad Obrera* donde invierte hábilmente sus posiciones en contra de ellos: "Deseamos que nuestros camaradas, teniendo en cuenta la situación, hagan un inventario del material bélico bajo su control y hagan un estudio de *qué es lo que les resulta indispensable para garantizar la salvaguarda del orden revolucionario en la retaguardia*, enviando al frente lo que no necesitan".

Podemos resumir el carácter del régimen de Azaña-Giral en un hecho definitorio: *¡siguió censurando la prensa de las organizaciones cuyos militantes morían en el frente!* Hasta el abyecto *Mundo Obrero* aprendió qué es un gobierno de Frente Popular: ¡su edición del 20 de agosto fue confiscada por publicar una foto considerada objetable! *Claridad*, que lleva diariamente el estigma del censor, informa del hecho. Desde luego que los estalinistas no divulgaron fuera de España la existencia de una situación intolerable y vergonzosa.

4. El gabinete de Caballero

No dudamos que la entrada de Caballero en el gobierno fue recibida con gran alegría por grandes sectores del proletariado. Hasta ese momento se había mantenido muy a la izquierda de los estalinistas y de Prieto, y sobre todo, la milicia debe de haber creído que Caballero la libraría de los republicanos traidores.

Todavía no podemos saber hasta qué punto se disipó la alegría cuando, hace algunos días, después de echar a los anarcosindicalistas, los "defensores" republicanos de San Sebastián entregaron la ciudad intacta al enemigo; y cuando estos mismos republicanos, al retirarse a la fortaleza de Bilbao, utilizaron a los 40.000 milicianos de tal manera que la mayor parte del ejército del general Mola ha sido enviado al frente de Madrid y Zaragoza. El frente norte ha sido traicionado, y esto sucedió después de la llegada de Caballero.

⁴ V.I. Lenin, *El Estado y la revolución*, Buenos Aires, Anteo. 1974, pág. 17, (N. del T.)

¿Cuál es el programa de Caballero? No ha dicho ni una palabra. ¿Es un programa “mínimo”, es decir, burgués, que satisface a los cinco burgueses de su gabinete? ¿Es el programa de Prieto y los estalinistas, es decir, el programa burgués? ¿Cuál es la diferencia fundamental entre el gabinete de Caballero y el de su predecesor? ¿Caballero es más sincero? Pero, como dijo Lenin tajantemente, nadie ha inventado el “sincerómetro”. Lo fundamental es el programa. Si el programa de Caballero es igual que el de su predecesor, su dirección de la lucha no será distinta.

El proletariado español deberá emprender el camino por el que ha empezado a marchar el proletariado catalán. ¡No hay otro camino para alcanzar la victoria!

¿Quiénes son los soldados de los ejércitos de Franco, por qué hay tan pocas deserciones en sus filas? Son más que nada hijos de campesinos que cumplen sus dos años de servicio militar. Se los puede ganar; inducir a la deserción, a fusilar a sus oficiales, si se gana a sus familias para el bando obrero. ¿Cómo? Ayudándolos a tomar las tierras. Había que haber lanzado esa consigna después de la victoria del 16 de febrero; el no haberlo hecho explica por qué las provincias del sur, incluido ese baluarte de los estalinistas que es Sevilla, pueden estar en manos de los fascistas. “¿Qué os dio de comer la República?”. El resultado es que entre el campesinado cunde la pasividad. En los territorios que controlan, los obreros deben ayudar a los campesinos a tomar y dividir las grandes propiedades. Ese hecho, que transformará la vida de los campesinos, llegará a las provincias controladas por los fascistas por diez mil canales... Los campesinos antifascistas saldrán de todas partes, y los ejércitos de Franco se disolverán.

Miles de obreros pagaron con sus vidas el hecho de que sus organizaciones no lucharon por darles la tierra a los campesinos. Miles están muriendo porque sus organizaciones no levantaron la consigna de libertad para las colonias españolas. Sin embargo, aún hoy sería mucho más fácil desintegrar las legiones moriscas de Franco con esa consigna y una audaz campaña propagandística que con balas.

Cataluña ha demostrado los prodigios que puede hacer el proletariado en la producción cuando controla las fábricas. Sin embargo, las comisiones obreras de Madrid que tomaron los servicios públicos y muchas fábricas grandes después se subordinaron a la administración burocrática del gobierno. Esta situación no mejora con la inclusión de un socialista en el gabinete. Mientras los obreros no sean amos de las fábricas, éstas no serán fortalezas de la revolución.

Sobre todo, es intolerable que los obreros agachen la cabeza y mueran sin tener voz en la dirección de la lucha. Caballero anunció la reapertura de las Cortes para el 10 de octubre. ¡Broma cruel! Las Cortes son un reflejo del sentimiento popular en la misma medida en que el siglo XIX lo es del XX. Ha pasado mucho tiempo, políticamente hablando, desde el 16 de febrero, cuando los votos obreros dieron mayoría a la burguesía republicana. Hoy en día la única voz popular auténtica sería un Congreso Nacional de delegados de las milicias que combaten, los obreros que producen y transportan, y los campesinos que proveen alimentos. Sólo ese soviet, surgido de los comités de fábrica, de la milicia y los pueblos, estaría autorizado para hablar en nombre de España.

Cada una de estas necesidades básicas de la revolución puede realizarse sólo contra la voluntad de la burguesía republicana. Eso significa ir mucho más allá del Frente Popular. Pero semejante “ruptura” sólo significará una “pérdida” para los políticos republicanos traidores y los grandes capitalistas; los principales sectores de la pequeña burguesía se sumarán al nuevo orden social, como ocurrió en la revolución rusa.

Los compañeros de gabinete de Caballero, los estalinistas, nuevamente demostraron su oposición mortal al programa revolucionario: “La consigna del momento es todo el poder y la autoridad al gobierno del Frente Popular”. (*Daily Worker*, 11 de septiembre)

¡La consigna significa precisamente lo que dice! La consigna de Lenin “Todo el poder a los soviets” significa ningún poder al gobierno de coalición. La consigna estalinista significa ningún poder a los embriones de soviets, los comités de milicia, fábrica y de los pueblos. Así como el estalinismo sacrificó la revolución alemana al mantenimiento del *statu quo* europeo, trata ahora de sacrificar la revolución española en aras de la alianza franco-soviética. El estalinismo no levantará la consigna de libertad a Marruecos porque afectaría la política colonial francesa. El estalinismo no pasará del Frente Popular a la revolución española porque así pondría la revolución en el orden del día en Francia, y el estalinismo, imbuido como todas las burocracias de una cínica falta de fe en las masas, prefiere una Francia que sea un fuerte aliado burgués que una Francia soviética. La esencia de la política estalinista es: “Socialismo en un solo país... y en ningún otro país”. Los estalinistas se han vuelto enemigos abiertos y desvergonzados de la revolución proletaria. Afortunadamente para el proletariado mundial, el estalinismo no cuenta en España con las mismas fuerzas que mantuvo atadas en Alemania, precisamente porque la conciencia del proletariado español ha absorbido las lecciones de Alemania.

La victoria del proletariado cuenta con grandes fuerzas para su victoria. En el crisol de la revolución se fundirán en un solo partido revolucionario. La contradicción entre la teoría tradicionalmente antipolítica del anarcosindicalismo y su práctica político-revolucionaria terminará inevitablemente por destruir su organización sindicalista. Ya miles y miles de afiliados de la CNT han ingresado al POUM. Esa organización, que cuenta entre sus cuadros a los elementos revolucionarios más experimentados del país, ha roto considerablemente con su curso centrista,⁵ pero el grueso de sus fuerzas está concentrado en Valencia y Cataluña. Podemos tener la certeza de que los cuadros más importantes del resto de España, los elementos revolucionarios de la izquierda socialista, que hace tiempo vienen estrellándose contra las vacilaciones de Caballero, entrarán al torrente revolucionario. Hasta los mejores elementos de los cuadros sin experiencia de la organización estalinista pasarán a integrar las filas del nuevo partido revolucionario. La dirección de la revolución será, como siempre, más amplia que la de partido alguno; pero las tareas gigantescas que asumirá serán el objetivo final de la unificación de las corrientes revolucionarias de todos los partidos.

5. España y Europa

En *Claridad* vienen apareciendo textos diariamente en un recuadro titulado *Textos proféticos*, éstos están tomadas de la *Historia de la Revolución Rusa* de Trotsky. La elección de Trotsky no es casual. Refleja la gran preocupación de los socialistas españoles: la revolución europea. Debido a su atraso tecnológico y su temor ante la posibilidad de intervención militar por parte de Hitler y Mussolini, los revolucionarios españoles tienen plena conciencia de la relación indisoluble entre su revolución y la del resto de Europa, sobre todo la de Francia. Por eso se vuelven hacia Trotsky, portavoz autorizado del internacionalismo revolucionario.

El 30 de julio, pocos días antes del comienzo de la lucha, Trotsky dedicó un estudio a ese problema y al significado que revisten para Francia los acontecimientos españoles. Sus

⁵ Podemos medir hasta qué punto ha cambiado su curso comparando su política con la de su “organización internacional”, el Comité Internacional de Unidad Socialista Revolucionaria (SAP alemán, ILP inglés), ¡cuyo manifiesto al proletariado español no tiene una sola palabra de crítica al Frente Popular. Y esta primera palabra “cautelosa” de este aspirante al título de central revolucionaria ¡lleva fecha del 17 de agosto!

palabras finales son más profundas que cualquiera de las que se me ocurrirían a mí para poner fin a este trabajo:

“Ciertamente, el proletariado español, al igual que el francés, no quiere permanecer desarmado ante Hitler y Mussolini. Pero para defenderse de ellos, primero debe aplastar al enemigo de su propio país. Es imposible acabar con la burguesía sin destruir el cuerpo de oficiales, es imposible destruir el cuerpo de oficiales sin acabar con la burguesía. En todas las contrarrevoluciones victoriosas, los oficiales han jugado un papel decisivo. Todas las revoluciones victoriosas, cuando tenían un profundo carácter social, acabaron con el antiguo cuerpo de oficiales. Así actuó la Gran Revolución Francesa, a finales del siglo XVIII. Así actuó la Revolución de Octubre en 1917. Pero para decidirse a emprender una medida semejante, hay que dejar de arrodillarse ante la burguesía radical. Hay que forjar la verdadera alianza entre los obreros y los campesinos contra la burguesía, incluida la radical. Es preciso confiar en la fuerza la iniciativa y el coraje del proletariado. Es el proletario quien sabrá ganar al soldado para su causa. Así será la verdadera alianza, no falsificada, de los obreros, campesinos y soldados. Una alianza semejante está a punto de forjarse en el fuego de la guerra civil española. La victoria del pueblo significará el final del Frente Popular y el comienzo de la España soviética. La revolución socialista victoriosa en España se extenderá inevitablemente al resto de Europa. Para los verdugos fascistas de Italia y Alemania será incontestablemente más peligrosa que todos los pactos diplomáticos y todas las alianzas militares.”.

Revolución y Contrarrevolución en España

I. Por qué se alzaron los fascistas

En la madrugada del 17 de julio de 1936 el general Franco asumió el mando de los moros y legionarios del Marruecos español y emitió un manifiesto al ejército y a la nación, llamándoles a unirse a él para crear un estado autoritario en España. En los tres días posteriores, una a una, casi todas las cincuenta guarniciones de España se declararon partidarias del fascismo. Los capitalistas y terratenientes más importantes, después de participar en la conspiración de Franco, huyeron a territorio fascista o al exterior antes o después del alzamiento. Quedó claro inmediatamente que este levantamiento no tenía nada que ver con los pronunciamientos de un sector de la burguesía contra otro, y que tantas veces había apoyado el ejército. No era un “puñado de generales”, sino la clase dominante en su conjunto, quien dirigía a sus esbirros armados contra las organizaciones económicas, políticas y culturales de la clase obrera.

El programa de Franco, en lo fundamental, es idéntico al de Mussolini y Hitler. El fascismo es una forma especial de reacción, producto de la era de la decadencia capitalista. Para comprenderlo plenamente basta comparar el régimen de Franco con el de la monarquía. La historia última de Alfonso es una crónica sangrienta de masacres de campesinos y obreros, de terrorismo y asesinatos de dirigentes proletarios. Sin embargo, junto con la represión sistemática, la monarquía permitió la existencia restringida de organizaciones políticas y económicas de la clase obrera y órganos municipales y nacionales de democracia parlamentaria. Inclusive bajo la dictadura de Primo de Rivera (1923-1930) el Partido Socialista y la UGT gozaban de existencia legal, de hecho, Largo Caballero, jefe de la UGT, fue Consejero de Estado bajo Rivera. En otras palabras, hasta la monarquía reaccionaria buscó parte de su apoyo de masas en el proletariado organizado, a través de dirigentes reformistas como Prieto y Caballero. Del mismo modo, se permitió la existencia de un sistema de sindicatos y partidos socialdemócratas legales en los imperios de Guillermo y Francisco José. Hasta bajo el zar Nicolás existía cierta legalidad para los sindicatos, cooperativas y prensa obrera, a través de la cual los bolcheviques podían expresarse, aunque el partido mismo era ilegal. En 1912-1914 *Pravda* tenía una tirada de 60.000 ejemplares. En contraste con estos regímenes reaccionarios, el carácter esencial del fascismo consiste en la extirpación de todas y cada una de las organizaciones independientes de la clase obrera. El capitalismo en decadencia no puede hacer la menor concesión a las masas. Los países capitalistas que entran en un callejón sin salida total toman, uno a uno, el camino del fascismo.

Italia, uno de los “vencedores” de la guerra mundial, con un débil desarrollo de las industrias básicas, no podía competir con los países más avanzados en la carrera imperialista por los mercados. La clase capitalista italiana, estrangulada por sus contradicciones, sólo podía encontrar una salida pasando sobre los cadáveres destrozados de las organizaciones obreras. Las hordas de la “pequeña burguesía enloquecida”, organizadas y uniformadas por Mussolini, entrenadas como bandas de criminales, fueron finalmente lanzadas por la burguesía a la tarea especial de aplastar las organizaciones obreras.

La burguesía no se toma el fascismo a la ligera. El movimiento nazi alemán casi no contaba con ningún apoyo burgués en el golpe de 1923. En la década siguiente, hasta 1932, sólo contó con el apoyo financiero de algunos burgueses aislados. La burguesía alemana vaciló durante mucho tiempo antes de aceptar el instrumental hitleriano; durante quince años prefirió apoyarse en los dirigentes socialdemócratas. Pero en el apogeo de la crisis económica mundial, la Alemania económicamente avanzada, en desventaja por el Tratado de Versalles y

los conflictos imperialistas con Inglaterra, Francia y Estados Unidos, sólo podía “resolver” sus crisis temporalmente, en términos capitalistas, aplastando a las organizaciones obreras que contaban con tres cuartos de siglo de existencia.

El fascismo es esa forma especial de dominación capitalista a la que recurre, en última instancia, la burguesía cuando la continuación de la existencia del sistema capitalista es incompatible con la existencia de la clase obrera organizada. La burguesía recurre al fascismo cuando las concesiones, que son producto de la actividad sindical y de los partidos obreros, se convierten en una carga imposible de sobrellevar para los capitalistas, es decir, intolerable para la futura existencia del capitalismo. En este momento, a la clase obrera se le plantea un problema inexorable que requiere una solución inmediata: fascismo o socialismo.

El capitalismo español había llegado a esa situación cuando se alzó Franco. Aunque su movimiento incorpora los remanentes de la aristocracia feudal hispana, el carácter social fundamental del mismo no es más “feudal” que el de Mussolini o Hitler.

La agricultura, la principal producción de España, responsable de más de la mitad del presupuesto nacional, casi las dos terceras partes de las exportaciones y de la mayor parte de los ingresos del Estado, ocupando a casi el setenta por ciento de la población, se encontraba en una situación desesperada. La división de la tierra era la peor de Europa: un tercio estaba en manos de los grandes terratenientes, que en algunos casos eran dueños de la mitad de una provincia; otro tercio en manos de un sector más numeroso, pero también dividido en grandes propiedades; sólo el tercio restante pertenecía a los campesinos, casi toda consistente en haciendas de tierra pobre, mal equipadas y de cinco hectáreas o menos, sumamente árida, insuficiente para mantener a una familia y que obligaba al campesino a trabajar en las grandes propiedades para poder subsistir. Así, la mayoría de los cinco millones de familias campesinas dependían del arrendamiento o del empleo en las grandes propiedades.

La agricultura española se basaba en métodos primitivos. Su rendimiento por hectárea era el más bajo de Europa. El incremento de la productividad requería inversión de capitales en maquinaria y abonos, el empleo de técnicos, la educación del campesinado. Desde el punto de vista de los terratenientes era más barato seguir con los métodos primitivos a expensas del campesinado. El único periodo reciente de buenos precios para los productos agrícolas, los años de guerra de 1914 a 1918 que dieron a la agricultura española la oportunidad temporal de especular en el mercado mundial, en lugar de utilizarse para mejorar la tierra fue capitalizado en efectivo por los terratenientes a través de hipotecas. Expulsada del mercado mundial después de la guerra, la agricultura española se derrumbó. La crisis agrícola general, que precedió a la crisis mundial y luego fue parte de ella, agravada por las tarifas aduaneras que Inglaterra y Francia aplicaron a la agricultura española, provocó desocupación general y hambre.

Precisamente en lo más profundo de la crisis, en 1931, el surgimiento de la república dio nuevos ímpetus a la organización de sindicatos de obreros del campo. Los aumentos salariales conseguidos fueron mínimos. Un buen salario eran seis pesetas. Pero inclusive esto era una amenaza mortal para las ganancias de los terratenientes españoles en la época de la decadencia de la agricultura europea. Las grandes planicies de Sudamérica y Australia proveían de trigo y carne a Europa a precios que significaban para la agricultura europea un golpe muchísimo más serio que el de los productos de Norteamérica durante la época de la expansión capitalista. *Así, la existencia de los sindicatos de obreros agrícolas y las organizaciones campesinas era incompatible con la existencia futura del capitalismo terrateniente español.*

Los terratenientes tuvieron un respiro durante el *bienio negro*, los dos años negros que van de septiembre de 1933 a enero de 1936, cuando los gobiernos reaccionarios de Lerroux y Gil

Robles aterrorizaron a las masas y aplastaron la insurrección de octubre de 1934. Durante ese periodo el salario del trabajador agrícola bajó a dos o tres pesetas. Pero las masas no tardaron en reaccionar. El intento de Gil Robles de crear una organización fascista de masas fracasó, tanto por su propia incapacidad como por los golpes de los obreros. La Comuna de Asturias, de octubre de 1934, aunque fue aplastada por moros y legionarios, inspiró a las masas, y Lerroux y Gil Robles, en vez de aguardar un ataque más decisivo de los obreros, cedieron ante el Frente Popular en febrero de 1936. Entre febrero y julio de 1936 los obreros agrícolas y los campesinos construyeron sindicatos aún más poderosos y la situación precaria de las ganancias agrícolas llevó a los terratenientes y sus aliados, la jerarquía de la Iglesia católica y los bancos, a recurrir a las armas para destruir las organizaciones obreras.

Los capitalistas de la industria y el transporte se hallaban igualmente en un impasse.

La era de expansión de la industria española había sido corta: 1914-1918. Su propio desarrollo durante la guerra dio origen a dificultades mayores. El fin de ésta hizo que la industria española, infantil y carente del respaldo de un fuerte poder estatal, pronto quedara rezagada en la carrera imperialista por los mercados. Ni siquiera el mercado interno español pudo ya ser preservado para su propia industria. Cuando Primo de Rivera trató de protegerlo mediante insalvables barreras arancelarias, Inglaterra y Francia respondieron tomando represalias contra la agricultura española. La crisis agrícola resultante provocó el derrumbe del mercado interno industrial. En 1931, este país de 24 millones de habitantes tenía casi un millón de obreros y campesinos, jefes de familia, desempleados; antes del fin de 1933 la cifra había subido al millón y medio.

Con el fin del *bienio negro* las luchas económicas de los obreros alcanzaron una envergadura impresionante. Conscientes de haberse librado por sus propios esfuerzos de Gil Robles, las masas no aguardaron a que Azaña cumpliera sus promesas. En los cuatro días que mediaron entre las elecciones de febrero 1936 y la apresurada toma del poder de Azaña, las masas hicieron efectivo el decreto de amnistía derrumbando las puertas de las cárceles. Tampoco los obreros esperaron el decreto ni su ratificación constitucional – expedida por el Tribunal de Garantías Constitucionales justo el 6 de septiembre, dos meses después de la rebelión de Franco – para devolver al trabajo a los despedidos después de la insurrección de octubre de 1934. En talleres y fábricas, los obreros pusieron a trabajar a los desempleados. A partir de la huelga general madrileña del 17 de abril de 1936, comenzó una gran movilización de masas, que a menudo incluía consignas políticas, pero fundamentalmente pedían aumentos de salarios y mejoras en las condiciones de trabajo.

Sólo podemos dar una idea aproximada de la magnitud de la gran oleada huelguística. Las huelgas abarcaron tanto a las ciudades como al campo. De febrero a julio de 1936 todas las ciudades y provincias de cierta importancia conocieron al menos una huelga general. El 10 de junio había un millón de huelguistas, medio millón el 20 de junio, un millón el 24 de junio, más de un millón en las primeras jornadas de julio.

El capitalismo español casi no podía albergar esperanzas en solucionar sus problemas expandiendo sus mercados para los bienes manufacturados. Las grandes potencias imperialistas le habían cerrado ese camino. La única manera de expandirse internamente era por medio de la creación de un campesinado próspero, pero esto exigía el reparto de la tierra. A menudo el capitalista urbano y el propietario terrateniente eran la misma persona, o estaban unidos por lazos de parentesco. Sea como fuere, la cúpula del capitalismo español, los bancos, estaban indisolublemente ligados a los intereses de los terratenientes a través de las hipotecas. El capitalismo español no tenía un solo camino abierto al desarrollo. Pero podría solucionar sus problemas temporalmente por un único camino: destrozando los sindicatos que amenazaban sus beneficios.

La democracia burguesa es la forma del Estado capitalista que se basa en el apoyo de los obreros, garantizado por sus líderes reformistas. Los capitalistas españoles llegaron a la conclusión de que la democracia era intolerable, lo que significaba el fin de la democracia burguesa y el reformismo para España.

Mussolini aseguraba haber salvado a Italia del bolchevismo. La triste verdad es que el auge obrero de posguerra había entrado en retroceso, lo que facilitó la toma del poder por Mussolini. Hitler dijo lo mismo, en un momento en que los obreros estaban irremediabilmente divididos y desorientados. Franco necesitó del mismo mito para justificar el haber recurrido a las armas. Lo que era cierto en Italia y Alemania, y ahora lo es en España, es que la democracia ya no puede existir. Precisamente, el hecho de que el fascismo haya tenido que tomar el poder, aunque no existía el peligro inmediato de una revolución proletaria, constituye la mejor prueba de que la democracia estaba liquidada.

La insurrección de Franco dejó sólo dos puertas abiertas: el fascismo conquistaba el poder o la clase obrera, ganando al campesinado después de entregarle la tierra, destruía el fascismo y, con él, el capitalismo que lo engendró.

Los estalinistas y socialistas, buscando una justificación teórica para su colaboración con la burguesía liberal, declaran que el fascismo español tiene raíces feudales. Para los estalinistas es una teoría enteramente nueva, elucubrada *ad hoc*. El fascismo español no es más feudal que el italiano. No puede superarse el atraso industrial de ninguno de los dos países en el marco del capitalismo, puesto que ninguno de los dos puede competir con los países industriales adelantados en la época de declive de los mercados mundiales. Sólo podían lograr una estabilización temporal reduciendo los costos del trabajo a un nivel inferior al resto de Europa, para lo cual era necesario aplastar la organización obrera en todas sus formas. La agricultura española es atrasada y “feudal” en sus métodos de funcionamiento. Pero la tierra ha sido comprada, vendida e hipotecada como cualquier otra mercancía durante dos siglos. De ahí que el problema agrario es un problema *capitalista*.

Los estalinistas recurren tranquilamente al “feudalismo” para explicar la guerra civil española y denuncian como agente fascista a quien se atreva a discrepar. En cambio los periodistas estalinistas que no escriben para la prensa partidista tienen menos suerte. Tienen que referirse a ciertos fenómenos obvios. Si la única lucha es contra el feudalismo, ¿por qué la burguesía industrial es partidaria de Franco?

El periodista estalinista Louis Fischer escribe lo siguiente:

“Por extraño que parezca, la pequeña clase industrial española apoyó la postura reaccionaria de los terratenientes. Los industriales deberían acoger de buen grado una reforma agraria que les crearía un mercado interno para sus productos. Pero creyeron que el problema trascendía el plano meramente económico. Temieron que la entrega de la tierra al campesinado quitara a las clases poseedoras poder político. Por eso los industriales, en lugar de ayudar a la república en su esfuerzo por concretar una revolución en paz que hubiera enriquecido a todo el país, se aliaron en realidad a los terratenientes reaccionarios para impedir toda mejora y reforma. (“La guerra en España,” publicado en *The Nation*).

A Fischer no se le ocurre preguntarse si el terrateniente y el capitalista no suelen ser la misma persona, o pertenecer a la misma familia: o si el fabricante, que depende de los bancos, no teme por las hipotecas de los mismos sobre la tierra. Pero aun tal como plantea Fischer el problema, la respuesta surge sola. El fabricante teme la disminución del poder político de las clases poseedoras. ¿Por qué? Porque el debilitamiento del poder policial permite que los obreros de su fábrica se organicen y le quiten algo de sus ganancias. La misma explicación tan rebuscada de Fischer desvela todo el misterio. El fascismo español no es un arma del

“feudalismo” sino del capitalismo. Sólo la clase obrera y el campesinado, y nadie más, pueden combatirlo con éxito.

II. Los “aliados” burgueses en el Frente Popular

¿Qué se jugaban los partidos obreros y los sindicatos en la lucha contra el fascismo? Nada menos que su propia existencia. Al igual que sus predecesores, Hitler y Mussolini, Franco destruiría físicamente a la dirección y los cuadros activistas de sus organizaciones y obligaría a los obreros a disgregarse, a quedar atomizados frente a un capital concentrado. La lucha contra el fascismo era, por tanto, un problema de vida o muerte no sólo para las masas obreras sino también para los dirigentes obreros reformistas. Pero eso no equivale a afirmar que esos dirigentes supieran combatir al fascismo. Su peor error fue suponer que sus aliados burgueses en el Frente Popular también se jugaban su existencia en la lucha contra el fascismo.

La Izquierda Republicana de Azaña, la Unión Republicana de Martínez Barrios y la Izquierda Catalana de Companys se habían unido a los partidos socialista y comunista, y a la UGT – con el consentimiento tácito de los anarquistas, cuyas bases votaron por las candidaturas conjuntas – para las elecciones del 16 de febrero de 1936. A ellos se unieron también los nacionalistas vascos. Por eso, estos cuatro grandes grupos burgueses, el 17 de julio, se encontraban al otro lado de la barricada de la gran burguesía. ¿Podía contarse con su colaboración leal en la lucha contra el fascismo?

Hemos dicho que no, porque los fascistas no amenazaban ninguno de los intereses vitales de la burguesía liberal. Los obreros corrían el peligro de perder sus sindicatos, sin los cuales morirían de hambre. ¿Qué peligro comparable amenazaba a la burguesía liberal? Es indudable que en un estado totalitario los políticos profesionales tendrían que buscar otra profesión; la prensa liberal burguesa tendría que desaparecer (si partimos de que los políticos y periodistas burgueses no se pasarían totalmente al bando franquista). Tanto Italia como Alemania han demostrado que el fascismo se niega a hacer las paces con políticos democráticos aislados; algunos van a la cárcel y otros al exilio. Pero son todos inconvenientes menores. *Los estratos fundamentales* de la burguesía liberal siguen su vida como antes del surgimiento del fascismo. Si bien no comparten las prebendas que el estado fascista otorga a quienes se le unieron antes de su victoria, al menos, disfrutaban de las ventajas de pagar salarios bajos y pocos beneficios sociales. Solamente en la misma medida que los demás capitalistas, deben satisfacer las demandas fascistas, sea a través del gobierno o del partido, que son los honorarios elevados que abona el capitalismo por los servicios del fascismo. La burguesía liberal española no tenía más que mirar a Italia y Alemania para no temer por su futuro. Los funcionarios sindicales han sido exterminados, mientras que la burguesía liberal ha encontrado la forma de asimilarse. Lo que impera aquí es un *criterio de clase*: el fascismo es enemigo principalmente de la clase obrera. *De ahí que es totalmente falso y funesto suponer que para los elementos burgueses del Frente Popular la lucha contra el fascismo es cuestión de vida o muerte.*

En segundo lugar, para demostrar que Azaña, Barrios, Companys y sus congéneres no pueden ser aliados leales de la clase obrera, no nos basamos exclusivamente en análisis deductivos, sino también en las experiencias concretas: la trayectoria de estas eminentes personas. Puesto que los socialistas y estalinistas del Frente Popular no divulgan estas cuestiones relacionadas con sus aliados, nosotros sí debemos dedicar algún espacio a esta cuestión.

Desde 1931 hasta 1934, la Comintern calificó a Azaña como un fascista, lo cual, ciertamente, era una equivocación, por cierto, aunque sí señalaba muy correctamente su opresión sistemática de las masas. En enero de 1936 la Comintern todavía decía:

“El Partido Comunista conoce el peligro de Azaña tanto como los socialistas que colaboraron con él cuando estaban en el poder. Saben que es un enemigo de la clase obrera [...] Pero también saben

que la derrota de la CEDA (Gil Robles) traería aparejado automáticamente cierto alivio de la represión, al menos por un tiempo”. (*Inprecorr*, vol. 15, p. 762)

La última frase es un reconocimiento de que la represión vendrá de la dirección del propio Azaña. Y así fue, como tuvo que admitir José Díaz, secretario general del Partido Comunista, justo antes de que estallara la guerra civil:

“El gobierno, al cual apoyamos lealmente en la medida en que cumpla con el pacto del Frente Popular, empieza a perder la confianza de los obreros, y yo le digo al gobierno republicano de izquierda que su camino es el camino equivocado de abril de 1931”. (*Mundo Obrero*, 6 de julio de 1936.)

Es necesario recordar el “camino equivocado de 1931” para comprender la magnitud de lo que admitían los estalinistas, después de todos sus esfuerzos por diferenciar el gobierno de coalición de 1931 del Frente Popular de 1936. La coalición de 1931 había prometido la entrega de tierras a los campesinos y no había cumplido porque no se podía repartir la tierra sin socavar el capitalismo. La coalición de 1931 se había negado a pagar un seguro al obrero desempleado. Azaña, desde el Ministerio de Guerra, había dejado intacta la casta reaccionaria de oficiales y había reforzado la infame ley por la cual toda crítica del ejército procedente de un civil era un crimen contra el Estado. Como primer ministro Azaña había dejado intacta la inmensa riqueza y el poder de la jerarquía eclesiástica. Azaña había dejado a Marruecos en manos de los legionarios y mercenarios moriscos. Azaña sólo había sido duro con los obreros y campesinos. Los anales de 1931-1933 son los anales de su represión a los obreros y campesinos desde el gobierno. Ya he hablado de esta cuestión largo y tendido en *La guerra civil en España*.

Como reconoció *Mundo Obrero*, Azaña no fue mejor como jefe del gobierno del Frente Popular de febrero a julio de 1936. Una vez más, su régimen rechazó la idea de reparto de la tierra y reprimió a los campesinos que trataron de ocuparlas. Una vez más, la Iglesia retuvo plenamente el control de su gran riqueza y poder. Una vez más, Marruecos quedó en manos de la Legión Extranjera, hasta que ésta se adueñó por completo de la colonia, el 17 de julio. Nuevamente, se prohibieron las huelgas, se impuso la ley marcial modificada, se rompieron asambleas y manifestaciones obreras. Baste decir que en los últimos días críticos, después del asesinato del dirigente fascista Calvo Sotelo, se ordenó el cierre de los locales obreros. *¡El día antes del estallido fascista, la prensa obrera apareció con enormes espacios en blanco allí donde la censura estatal había censurado editoriales y partes de artículos previniendo contra el golpe de Estado!*

En los tres meses que precedieron al 17 de julio, en un intento desesperado de detener el movimiento huelguístico, el gobierno arrestó a cientos de huelguistas en masa, declaró ilegales las huelgas generales locales y cerró por varias semanas los locales regionales de la UGT y la CNT.

El hecho que más delata a Azaña es su actitud hacia el ejército. La casta de oficiales era, con relación a la república, desleal hasta la médula. Estos perritos falderos de la monarquía no habían perdido oportunidad, desde 1931, de llevar a cabo represalias sangrientas contra los obreros y campesinos sobre los cuales se apoyaba la república. Las atrocidades que cometieron en el aplastamiento de la insurrección de octubre de 1934 fueron tan horribles que una de las promesas de la campaña electoral de Azaña fue el castigo de los responsables. Pero en los meses posteriores ni un solo oficial fue a juicio. A Mola, director de Seguridad Pública de Madrid bajo la dictadura de Berenguer – que huyó con Alfonso cuando las calles de Madrid retumbaban con los gritos de las masas de “abajo Mola”~, a este mismo Mola, Azaña le restituyó su grado de general del ejército y, a pesar de sus vínculos estrechos con Gil Robles durante el bienio negro, lo nombró comandante militar de Navarra. Ocupaba ese

puesto en el momento de producirse la insurrección de Franco y fue luego el principal estratega de los ejércitos franquistas. Franco, Goded, Queipo de Llano: todos tenían la misma trayectoria maloliente de deslealtad a la república, sin embargo Azaña dejó el ejército en sus manos. Más aun, exigió a las masas que se sometieran a ellos.

El coronel Julio Mangada, que actualmente combate en las filas antifascistas y que había sido juzgado en corte marcial y dado de baja por estos generales en virtud de su republicanismo, da fe de que había advertido repetidas veces a Azaña, Martínez Barrios y otros dirigentes republicanos acerca de los planes de los generales. En abril de 1936 Mangada publicó un folleto absolutamente documentado que no sólo denunciaba la conspiración fascista, sino que demostraba en forma tajante que el presidente Azaña estaba plenamente informado de la conspiración cuando el 18 de marzo de 1936, a petición del Estado Mayor, su gobierno otorgó al ejército un certificado de buena conducta. Con respecto a “ciertos rumores que circulan con insistencia que conciernen al estado de ánimo de oficiales y subalternos del ejército”, “el gobierno se ha enterado con pena e indignación de los ataques injustos a los que se han visto sometidos los oficiales del ejército”. El gabinete de Azaña no sólo repudió dichos rumores, describiendo a los conspiradores como “ajenos a toda lucha política, fieles servidores del poder constituido y garantía de obediencia a la voluntad popular”, sino que agregó que “sólo un deseo criminal y tortuoso de socavarlo (al ejército) puede explicar los insultos y ataques verbales y escritos que se han dirigido en su contra”. Por último, “el gobierno de la república aplica y aplicará la ley contra quienes persistan en actitud tan antipatriótica”.

No es de extrañar que los dirigentes reaccionarios ensalzaran a Azaña. El 3 de abril de 1936 Azaña pronunció un discurso donde prometió a los reaccionarios que pondría fin a las huelgas y tomas de tierras. Calvo Sotelo lo alabó en los siguientes términos: “Fue la expresión de un verdadero conservador. Su declaración de respeto por la ley y la constitución impresionará muy bien a la opinión pública”. “Apoyo el 90% del discurso”, dijo el portavoz de la organización de Gil Robles. “Azaña es el único hombre capaz de ofrecerle al país la seguridad y defensa de todos los derechos legales”, declaró Ventosa, portavoz de los terratenientes catalanes. Alababan a Azaña porque les allanaba el camino.

Aunque el ejército estaba dispuesto a alzarse en mayo de 1936, la mayoría de los reaccionarios dudaba de que ello fuera posible en el momento. Azaña les ofreció su solución: que los dirigentes reformistas detengan las huelgas. Aceptaron su oferta. Miguel Maura, representante de los industriales y terratenientes de extrema derecha, exigió un gobierno fuerte de “todos los republicanos y de aquellos socialistas no afectados por la locura revolucionaria”. De modo que, una vez que llegó a la presidencia, Azaña ofreció el puesto de primer ministro al socialista de derecha Prieto. Los estalinistas, la Esquerra catalana, la Unión Republicana de Barrios y la burguesía reaccionaria apoyaron el candidato de Azaña.

Los socialistas de izquierda, sin embargo, impidieron que Prieto aceptara. Para la burguesía reaccionaria, Prieto como primer ministro hubiera significado, en el mejor de los casos, un respiro mientras seguían con sus preparativos. Perdida esa oportunidad, se lanzaron a la guerra civil.

Esta es la trayectoria de la Izquierda Republicana de Azaña. La trayectoria de los demás partidos burgueses liberales fue, si cabe, peor aún. La Esquerra catalana de Companys gobernaba Cataluña desde 1931. Su nacionalismo catalán sirvió para contener a los estratos más atrasados del campesinado mientras Companys empleaba la fuerza armada contra la CNT. En vísperas de la insurrección de octubre de 1934 había reducido a la CNT a la semilegalidad y encarcelado a cientos de dirigentes. Fue por eso que la CNT tomó la decisión errónea de no unirse a la insurrección contra Lerroux y Gil Robles, argumentando que

Companys era tan tirano como aquellos; mientras que Companys, ante la alternativa de armar a los obreros o capitular ante Gil Robles escogió el segundo camino.¹

En cuanto a la Unión Republicana de Martínez Barrio, no era sino un grupo formado por los retales de los viejos aliados de Gil Robles, los radicales de Lerroux. El propio Barrio había sido el principal lugarteniente de Lerroux y uno de los primeros ministros durante el bienio negro, responsable del cruel aplastamiento de la insurrección anarquista de diciembre de 1933. Con gran astucia abandonó el barco semihundido de los radicales cuando quedó claro que el aplastamiento de la insurrección de octubre de 1934 no había logrado frenar a las masas, y debutó como “antifascista” en 1935 firmando una petición de amnistía para los presos políticos. Cuando un escándalo financiero derribó a Lerroux, sus seguidores se volvieron hacia Barrio.

El cuarto partido burgués, el de los nacionalistas vascos, había sido colaborador estrecho de los reaccionarios más extremistas del resto de España hasta que Lerroux trató de poner coto a los antiguos privilegios provinciales. Partido católico dirigido por grandes terratenientes y capitalistas de las cuatro provincias vascas, los nacionalistas vascos habían apoyado a Gil Robles en el aplastamiento de la Comuna de Asturias, en octubre de 1934. De entrada se sintieron incómodos en su alianza con las organizaciones obreras. Si no pasaron inmediatamente al otro lado de la barricada, se debe a que Vizcaya tradicionalmente pertenecía a la esfera de influencia del imperialismo anglo-francés y, en ese sentido, vacilaba en entrar a la alianza con Hitler y Mussolini.

Tales eran, pues, los aliados “leales”, “dignos de confianza”, “honorables” de los dirigentes estalinistas y reformistas en la lucha contra el fascismo. Si en tiempos de paz la burguesía liberal se había negado a tocar la tierra, la Iglesia o el Ejército por no socavar las bases de la propiedad privada, ¿era concebible que ahora la burguesía liberal apoyara lealmente la lucha a muerte, armas en mano, contra la reacción? De resultar derrotado el ejército de Franco, ¿qué sucedería con la burguesía liberal, que en última instancia mantenía sus privilegios sólo gracias al ejército? Fue precisamente en base a dichas consideraciones que las fuerzas franquistas se lanzaron al ataque con toda audacia, dando por sentado que Azaña y Companys capitularían. Fue precisamente por estas consideraciones que Azaña y la burguesía liberal *intentaron llegar a un acuerdo con Franco*.

Los estalinistas y reformistas, atados por su política frentepopulista, en complicidad con la burguesía liberal, han logrado ocultar casi totalmente al mundo exterior los hechos que revelan la traición de la que fueron culpables Azaña y compañía desde los primeros días de la insurrección. He aquí los hechos, tal como sucedieron: En la mañana del 17 de julio de 1936 el general Franco, dueño ya de Marruecos, había teleografiado su manifiesto a las guarniciones españolas, dándoles instrucciones de tomar las ciudades.

Un radiooperador leal captó las comunicaciones de Franco en una estación naval cercana a Madrid, e inmediatamente lo puso en conocimiento del ministro de Marina: Giral. Sin embargo, el gobierno no divulgó la noticia hasta la mañana del 18, y aún entonces, lo hizo en forma de un comunicado tranquilizador: “El gobierno declara que el movimiento se limita exclusivamente a ciertas ciudades de la zona del Protectorado [Marruecos] y que nadie, absolutamente nadie en la Península [España], se ha sumado a tan absurda aventura”. Ese mismo día, a las tres de la tarde, cuando el gobierno estaba en pleno conocimiento de la

¹ El Estat Catalá, grupo que rompió con la Esquerra y que unía el extremismo separatista al matonismo antiobrero, había enviado a sus camisas pardas a romper huelgas, y había desarmado a los obreros durante la insurrección de octubre de 1934. ¡Después del 19 de Julio esta organización también apareció en el campo “antifascista”.

magnitud de la insurrección y de la caída de Sevilla, Navarra y Zaragoza, emitió el siguiente comunicado:

“El gobierno se hace oír nuevamente para confirmar que reina absoluta tranquilidad en toda la Península.

El gobierno reconoce los ofrecimientos de apoyo recibidos [de las organizaciones obreras] y, agradeciéndolos, declara que la mejor ayuda que puede prestarse al gobierno es garantizar la normalidad de la vida diaria, para dar así un alto ejemplo de serenidad y de confianza en los medios del poder militar del Estado.

Gracias a las medidas clarividentes adoptadas por las autoridades, se puede considerar que un vasto movimiento de agresión contra la república ha sido destruido; no encontró apoyo en la Península y sólo logró algunos seguidores entre ciertos sectores del ejército de Marruecos [...]

Estas medidas, junto con las órdenes de rutina a las tropas marroquíes que luchan por sofocar el alzamiento, nos permiten afirmar que la acción del gobierno bastará para restablecer la normalidad”. (*Claridad*, 18 de julio de 1936.)

Con esta nota increíblemente deshonesto se buscaba justificar la negativa del gobierno a armar a los obreros, como habían pedido los sindicatos. Pero eso no es todo. A las cinco y veinte de la tarde, y nuevamente a las siete y veinte de la tarde, el gobierno expidió comunicados similares; el último decía que “En Sevilla [...] hubo actos de rebelión de elementos militares que fueron aplastados por las fuerzas leales al gobierno”. Sevilla había estado en manos de Queipo de Llano durante casi todo el día.

Después de engañar a los obreros respecto de la verdadera situación, el gabinete se reunió durante toda la noche. Azaña hizo renunciar al primer ministro Casares Quiroga, miembro de su propio partido, y lo reemplazó por el más “respetable” Barrio, y el resto de la noche transcurrió en la búsqueda de dirigentes burgueses ajenos al Frente Popular susceptibles de ser convencidos de entrar al gabinete. Con esta combinación derechista, Azaña trató desesperadamente de ponerse en contacto con los dirigentes militares para llegar a un acuerdo con ellos. Pero los líderes fascistas consideraron las propuestas como síntomas de su victoria segura y negaron toda posibilidad de llegar a un acuerdo que le salvara la ropa a Azaña. Exigieron que los republicanos dejaran el paso libre para la dictadura militar total. Cuando esto llegó a conocimiento de Azaña y sus ministros, no hicieron el menor intento de organizar la resistencia. Mientras tanto, una guarnición tras otra, conocida la parálisis del gobierno, se envalentonaba y desplegaba el estandarte de la rebelión.

Así, durante dos días decisivos, los rebeldes marcharon mientras el gobierno les rogaba que le permitieran salvar la cara. No hizo el menor esfuerzo por decretar la disolución de los regimientos rebeldes ni librar a los soldados de toda obligación para con sus oficiales. Los obreros, recordando el bienio negro, recordando la suerte del proletariado de Italia y Alemania, pedía armas a gritos. Hasta los dirigentes reformistas golpeaban a las puertas del palacio presidencial, rogando a Azaña y a Giral que armaran a los obreros. Los sindicatos de las zonas cercanas a las guarniciones habían declarado la huelga general para paralizar la rebelión. Pero los brazos cruzados no bastaban para detener al ejército enemigo. Un silencio huraño rodeaba los cuarteles de la Montaña en Madrid. Los oficiales de los mismos, según el plan de la rebelión, esperaban que las guarniciones que rodean Madrid llegaran a la ciudad para unir fuerzas. Azaña y Giral esperaban impotentes el golpe final.

¿Podría ser de otra manera? El bando franquista decía: Nosotros, los auténticos amos del capital, los verdaderos portavoces de la sociedad burguesa os decimos que hay que liquidar a la democracia para que el capitalismo viva. Escoge, Azaña, entre la democracia y el capitalismo. ¿Qué estaba más arraigado en Azaña y la burguesía liberal? ¿Su “democracia” o su capitalismo? Respondieron inclinándose ante la marcha del fascismo.

En la tarde del 18 de julio los principales aliados obreros de la burguesía, los comités nacionales de los partidos socialista y comunista, emitieron una declaración conjunta:

“El momento es difícil, pero de ninguna manera desesperante. El gobierno está convencido de que posee los recursos suficientes como para superar la asonada criminal [...] En la eventualidad de que los recursos del gobierno no sean suficientes, el Frente Popular, que cobija bajo su disciplina a la totalidad del proletariado español, promete solemnemente a la república que ha resuelto serena y fríamente intervenir en la lucha apenas se requiera dicha intervención [...] El gobierno ordena y el Frente Popular obedece”.

¡Pero el gobierno jamás dio la señal!

Afortunadamente, los obreros no la aguardaron.

III. La revolución del 19 de julio

El proletariado de Barcelona impidió que la república se rindiera a los fascistas. El 19 de julio se lanzaron, casi desarmados, al asalto de los primeros cuarteles y los tomaron. A las 14 del día siguiente eran amos de Barcelona. No es casual que el proletariado de Barcelona haya tenido el honor de lanzar la guerra armada contra los fascistas. Como principal puerto marítimo y centro industrial de España, que concentra en la ciudad y en los pueblos circundantes de Cataluña a casi la mitad del proletariado industrial español, Barcelona siempre ha sido la vanguardia revolucionaria. El reformismo parlamentario de la UGT jamás había hecho pie allí. Los partidos socialista y estalinista unificados (el PSUC) tenían, el 19 de julio, menos militantes que el POUM. La gran mayoría de los obreros estaba agrupada en la CNT, organización cuyas masas, en virtud de los sufrimientos y persecuciones padecidos tanto bajo la monarquía como bajo la república, estaban imbuidas de una activa tradición anticapitalista, aunque su filosofía anarquista las hacía carecer de dirección coherente. Pero antes de que dicha filosofía revelara su trágica ineficacia, la CNT alcanzó cumbres históricas en su lucha victoriosa contra las fuerzas del general Goded.

El gobierno catalán, al igual que el madrileño, se negó a armar a los obreros. A los enviados de la CNT y el POUM que fueron a exigir armas, se les respondió, con sonrisas, que podían ir a recoger las que abandonarían los guardias de asalto caídos.

Pero los obreros de la CNT y el POUM, durante la tarde del 18, asaltaron armerías deportivas en busca de fusiles, obras en construcción para conseguir cartuchos de dinamita y hogares fascistas para requisar armas ocultas. Con la ayuda de unos cuantos guardias de asalto simpatizantes, requisaron algunos depósitos de rifles del gobierno. (Los obreros revolucionarios venían juntando pacientemente algunas pistolas y fusiles desde 1934). Esos – más todos los automóviles que pudieron encontrar– eran los pertrechos con que contaban los obreros cuando, a las cinco de la mañana del día 19, los oficiales fascistas comenzaron a movilizar los destacamentos de los cuarteles.

Los choques aislados en barricadas de adoquines se transformaron en una batalla generalizada al promediar la tarde. Y aquí las armas políticas compensaron con creces el armamento superior de los fascistas. Obreros heroicos salieron de las filas a pedir explicaciones a los soldados de por qué disparaban contra sus compañeros trabajadores. El fuego de los fusiles y ametralladoras los barrió, pero otros ocuparon sus lugares. Algún que otro soldado comenzó a disparar al aire. Luego los más audaces se volvieron contra sus oficiales. Algún genio militar anónimo –quizás murió allí– aprovechó la circunstancia y la masa de obreros abandonó la trinchera para avanzar. Se tomaron los primeros cuarteles. Esa tarde cayó preso el general Goded. Con las armas tomadas de los arsenales los obreros limpiaron Barcelona. En pocos días toda Cataluña estaba en sus manos.

Simultáneamente se movilizó el proletariado de Madrid. Los socialistas de izquierda distribuyeron las pocas armas que les quedaban de octubre de 1934. Levantaron barricadas en arterias claves y en torno a los cuarteles de la Montaña. Grupos de obreros salieron a la caza de dirigentes reaccionarios. En la madrugada del 19 las primeras patrullas milicianas ocuparon sus puestos. A medianoche se cruzaron los primeros disparos con los cuarteles. Pero no los asaltaron hasta el día siguiente, cuando llegaron las grandes noticias desde Barcelona.

Los obreros también salvaron pronto a Valencia de caer en manos fascistas. Cuando el gobernador impuesto por Azaña se negó a repartir armas, los obreros se dispusieron a enfrentarse a las tropas con barricadas, adoquines y cuchillos de cocina... hasta que sus compañeros en el cuartel fusilaron a los oficiales y repartieron armas. Los mineros de Asturias, combatientes de la comuna de octubre de 1934, armaron una columna de 5.000 dinamiteros para la marcha sobre Madrid. La columna llegó el 20, al día siguiente de la toma de los cuarteles y empezó a hacer guardia en la calles.

En Málaga, puerto estratégico ubicado frente a Marruecos, los obreros ingeniosos, sin armas al comienzo, habían rodeado la guarnición reaccionaria con un muro de casas y barricadas en llamas.

En una palabra, sin el menor aviso al gobierno, el proletariado lanzó una guerra a muerte al fascismo. La iniciativa se había escapado de las manos de la burguesía republicana.

Casi todo el ejército estaba en el bando fascista. Había que enfrentarlo con un nuevo ejército. Cada organización obrera procedió a organizar milicias, a pertrecharlas y enviarlas al frente. El gobierno no tenía contacto directo con la milicia obrera. Las organizaciones presentaban sus solicitudes y nóminas al gobierno, el que les entregaba provisiones y fondos para repartir a la milicia. Los pocos oficiales que permanecieron en el campo leal fueron asignados como “técnicos” a las milicias. Los oficiales obreros transmitían sus propuestas militares a los milicianos. Los guardias civiles y de asalto que todavía se adherían al gobierno desaparecieron pronto de las calles. La atmósfera prevaleciente obligó al gobierno a enviarlos al frente. Policías obreros y milicianos asumieron sus tareas policiales.

Los marineros, tradicionalmente más radicalizados que los soldados, salvaron buena parte de la flota fusilando a sus oficiales. Los marineros eligieron comités para controlar la flota leal y establecer contactos con los comités obreros en tierra.

Comités de obreros armados desplazaron a los funcionarios de aduana en las fronteras. Era más fácil entrar al país con un carnet sindical o de partido que con un pasaporte. Pocos reaccionarios lograron atravesar el cordón obrero.

Las medidas revolucionarias militares vinieron acompañadas de medidas revolucionarias económicas contra el fascismo. Los estalinistas y demócratas deben todavía la explicación de cómo pudo ser esto, si el esquema histórico mundial exigía simplemente la “defensa de la república”.

Esto se dio sobre todo en Cataluña donde, a una semana del 19 de julio, el transporte y la industria ya estaban en manos de los comités obreros de la CNT o, allí donde existían las dos organizaciones, de comités conjuntos de la CNT y la UGT. Los comités sindicales se adueñaban sistemáticamente de las fábricas, restablecían el orden y aceleraban la producción para satisfacer las necesidades de la guerra. A través de las industrias nacionales que tenían su centro en Barcelona, el proceso se extendió a Madrid, Valencia, Alicante, Almería y Málaga, aunque en ningún lugar se generalizó tanto como en Cataluña. En cambio en las provincias vascas, donde la gran burguesía se había pronunciado a favor de la república democrática, ésta mantuvo las fábricas en sus manos. Un comité de la CNT y la UGT se hizo cargo de todo

el transporte de España. No tardaron en organizar comités de fábricas para viajar al exterior y negociar la importación y exportación.

No era necesario llamar a los campesinos a tomar la tierra. Habían tratado de hacerlo desde 1931; pero Casas Viejas, Castelblanco, Yeste eran nombres gloriosos de aldeas donde las tropas de Azaña habían masacrado a los campesinos por tomar las tierras. Ahora Azaña no los podía frenar. A medida que llegaban las noticias de las ciudades, los campesinos tomaban las tierras. Sus guadañas y hachas dieron buena cuenta de los funcionarios del gobierno y terratenientes republicanos que fueron lo suficientemente incautos como para ponerse en el camino. Allí donde les habían llegado las enseñanzas de los anarquistas y socialistas de izquierda, los campesinos se organizaron directamente en cooperativas. Los comités de campesinos se encargaron de alimentar a las milicias y ciudades, entregando o vendiendo directamente a los comités de aprovisionamiento, columnas milicianas y sindicatos.

En todas partes los organismos gubernamentales y organizaciones obreras existentes resultaron inadecuadas para organizar la guerra y la revolución. Cada distrito, aldea y ciudad creaba sus comités milicianos para armar y adiestrar a las masas. Los comités de fábrica de la UGT y la CNT, al dirigir a todos los obreros, incluidos los que jamás se habían organizado antes, adquirieron una envergadura mucho mayor que la que jamás tuvieron las organizaciones sindicales existentes. Los viejos gobiernos municipales desaparecieron y fueron reemplazados generalmente por comités integrados, bajo acuerdo, por todos los partidos y sindicatos antifascistas. Pero los políticos de la Esquerra y la Izquierda Republicana casi no aparecían. Los reemplazaron obreros y campesinos que, aunque formalmente se adherían a los partidos republicanos, seguían a los obreros más avanzados.

El más importante de estos nuevos organismos de poder fue el “Comité Central de las Milicias Antifascistas de Cataluña”, creado el 21 de julio. De sus quince miembros, cinco eran anarquistas de la CNT y la FAI, y dominaban el comité. A pesar de su debilidad numérica, la UGT tenía tres miembros porque los anarquistas esperaban estimular la formación de organizaciones similares en otras partes. El POUM tenía uno, la Unión Campesina (Rabassaires) uno y los estalinistas del PSUC uno. Los partidos burgueses tenían cuatro.

A diferencia de un gobierno de coalición, que en realidad descansa sobre la vieja maquinaria estatal, el Comité Central, dominado por los anarquistas, descansaba sobre las organizaciones y milicias obreras. La Esquerra y las organizaciones más cercanas a la misma –los estalinistas y la UGT– se limitaban a seguir la corriente por el momento. Los decretos del Comité Central eran la única ley en Cataluña. Companys obedecía sus requerimientos y órdenes financieras sin cuestionarlas. Comenzando, probablemente, como centro de organización de milicias, inevitablemente debió asumir cada vez más funciones de gobierno. Rápidamente organizó un departamento de policía obrera, luego un departamento de aprovisionamiento cuya palabra era ley en las fábricas y el puerto.

Durante los meses de existencia del Comité Central, sus campañas militares estuvieron indisolublemente ligadas a actos revolucionarios. Esto se demuestra en la campaña en Aragón, a donde marcharon las milicias catalanas en cinco días. Conquistaron Aragón como un ejército de liberación social. Se formaron comités antifascistas en las aldeas, que tomaron las grandes propiedades, cosechas, provisiones, ganado, herramientas, etcétera, de los terratenientes y reaccionarios. Inmediatamente el comité de la aldea organizaba la producción sobre nuevas bases, generalmente cooperativistas, y creaba una milicia aldeana para realizar la socialización y combatir a la reacción. A los reaccionarios que se capturaba se los llevaba ante la asamblea general de la aldea para juzgarlos. Todos los títulos de propiedad, hipotecas, documentos de deudas y registros oficiales iban a la hoguera. ¡Habiendo cambiado de

semejante manera el mundo aldeano, la columna catalana podía avanzar, segura de que cada aldea así transformada era una fortaleza de la revolución!

Los estalinistas han difundido mucha propaganda maliciosa respecto de la debilidad de la actividad militar de los anarquistas. Era inevitable que entraran muchos factores fortuitos en la creación apresurada de las milicias y la organización de la industria para la guerra por manos no idóneas. Pero en esos primeros meses los anarquistas, con el apoyo del POUM, compensaron en buena medida su falta de experiencia militar con su audaz política social. El arma decisiva en la guerra civil es la política. Tomando la iniciativa, confiscando las fábricas, instando al campesinado a tomar la tierra, las masas de la CNT aplastaron a las guarniciones catalanas. Entrando en Aragón como libertadores sociales, levantaron al campesinado y paralizaron la movilidad de las fuerzas fascistas. En los planes de los generales, Zaragoza, sede de la Academia Militar y quizás la guarnición más grande del ejército, debía ser para el oriente de España lo que fue Burgos para el occidente. En cambio, Zaragoza quedó inmovilizada en los primeros días.

En torno al Comité Central se agruparon los comités multitudinarios de fábricas, aldeas, aprovisionamiento, alimentación, policía, etcétera, formalmente comités conjuntos de las distintas organizaciones antifascistas pero que en la realidad ejercían una autoridad mucho mayor que las de sus integrantes. Desde luego que, pasada la primera oleada de la revolución, los comités revelaron su debilidad fundamental: se basaban en el acuerdo mutuo de las organizaciones que los integraban y, después de algunas semanas, la Esquerra, apoyada por los estalinistas, recuperó su audacia y volvió a levantar su programa. Los dirigentes de la CNT comenzaron a hacer concesiones en detrimento de la revolución. De ahí en adelante, los comités sólo podrían haber funcionado progresivamente si abandonaban el método de acuerdo mutuo y adoptaban el de las decisiones mayoritarias por delegados elegidos democráticamente en las milicias y fábricas.

Valencia y Madrid también desarrollaron un sistema de comités milicianos antifascistas conjuntos, patrullas obreras, comités de fábricas y comités de distritos para liquidar a los reaccionarios en las ciudades y enviar las milicias al frente.

Así, junto a los gobiernos oficiales de Madrid y Cataluña, habían surgido organismos dominados por obreros, por cuyo intermedio las masas organizaban la lucha contra el fascismo. La lucha militar, política y económica avanzaba independientemente del gobierno y, en realidad, a su pesar.

¿Cómo hemos de caracterizar semejante régimen? En esencia era idéntico al que existió en Rusia de febrero a noviembre de 1917: un régimen de *poder dual*. Un poder, el de Azaña y Companys, carente de ejército, policía u otra fuerza armada, era ya demasiado débil para cuestionar la existencia del otro. El otro, el del proletariado armado, aún no era lo suficientemente consciente de la necesidad de liquidar el poder de Azaña y Companys. Este fenómeno de poder dual acompaña a todas las revoluciones proletarias. Significa que la lucha de clases está por llegar al punto en que uno u otro ha de convertirse en amo indiscutido. Es el equilibrio crítico de las alternativas sobre el filo de la navaja. No puede ni pensarse en un equilibrio prolongado: ¡uno u otro deberá imponerse rápidamente! La “revolución del 19 de julio” fue incompleta, pero el hecho de haber creado un régimen de poder dual demuestra que fue una revolución.

IV. Hacia una coalición con la burguesía

En todos los demás períodos de doble poder – Rusia en febrero a noviembre de 1917, Alemania en 1918-1919 son los más importantes – el gobierno burgués siguió existiendo únicamente en virtud de la entrada al mismo de representantes de las organizaciones obreras

reformistas que se convirtieron con ello en los principales puntales de la burguesía. Los mencheviques y socialrevolucionarios no sólo defendieron al gobierno provisional en el seno de los soviets, sino que también se sentaron con los ministros burgueses en el gobierno. Ebert y Scheidemann tenían mayoría en los Consejos de Soldados y Obreros y al mismo tiempo ocupaban puestos en el gobierno. En cambio en España, durante siete semanas críticas, no hubo un solo representante obrero en el gabinete.

¡No es que la burguesía no los quisiera; tampoco faltaban dirigentes obreros dispuestos a hacerlo! En la noche del 19 de julio, cuando llegó la confirmación definitiva de la conquista obrera de Barcelona, Azaña abandonó por fin todo intento de integrar un “gabinete de paz” encabezado por Barrio. Nombró a Giral primer ministro. Azaña y Giral pidieron a Caballero y Prieto que entraran al gabinete. Prieto estaba más que dispuesto. Caballero rechazó la petición de Giral y Prieto no se atrevió a dar el paso sin él.

En Cataluña, en los últimos días de julio, Companys incorporó a tres estalinistas al gabinete. Tres días más tarde se vieron obligados a renunciar ante la exigencia de los anarquistas, que los acusaron de minar el papel dirigente del Comité Central de las Milicias.

Así, durante siete semanas, los gobiernos burgueses permanecieron aislados de las masas, sin la protección de ministros reformistas. La conducta de los republicanos tampoco sirvió para incrementar su prestigio. Los funcionarios más cobardes huyeron a París. El periódico de la CNT, *Solidaridad Obrera*, publicaba una lista diaria de los republicanos que habían huido, bajo el título de “Galería de Hombres Ilustres”. El gobierno poseía una de las mayores reservas de oro fuera de las potencias imperialistas – más de seiscientos millones de dólares – pero durante los dos primeros meses no hizo el menor intento de comprar armas en el extranjero. Ensalzó a Francia por tratar de organizar la “no intervención”. Puso el grito en el cielo cuando los obreros tomaron las fábricas y organizaron la producción bélica. Denunció a los comités de barrio y patrullas obreras que barrían la retaguardia de reaccionarios.

El régimen burgués de Cataluña, liderado por el astuto Companys (había sido abogado de la CNT y conocía íntimamente al movimiento obrero), montado en la cresta de una ola revolucionaria mucho más poderosa que la de Madrid, se condujo de forma mucho más inteligente que el de Azaña-Giral. Durante las primeras semanas rojas, aprobaba todas las resoluciones obreras. Pero se encontraba más aislado aun que el régimen madrileño.

Los gobiernos de Barcelona y Madrid carecían de la herramienta indispensable de soberanía: la fuerza armada. El ejército regular estaba en el bando franquista. La policía regular ya no llevaba una verdadera existencia independiente, puesto que la había absorbido la oleada de obreros armados. Aunque desprovista de su policía, que había ido voluntariamente o había sido enviada bajo presión obrera al frente, la burguesía madrileña no miraba con buenos ojos el hecho de que el gobierno catalán hubiese otorgado *status* oficial a la dirección obrera de la milicia. La explicación discreta que dio Jaime Miravittles, dirigente de la Esquerra, habla por todo un libro:

“El Comité Central de las Milicias nació dos o tres días después del movimiento [subversivo], ante la ausencia de una fuerza pública regular y cuando no había ejército en Barcelona. Tampoco quedaban guardias civiles ni de asalto. Porque todos ellos lucharon con tanto ardor con las fuerzas populares, que forman parte de la misma masa y están compenetradas con ella. En esas circunstancias, pasaron semanas sin que fuera posible reunir y reagrupar las fuerzas dispersas de los guardias civiles y de asalto”. (*Heraldo de Madrid*, 4 de septiembre de 1936).

Sin embargo, es un hecho que, a pesar del doble poder, a pesar de la envergadura del poder proletario en las milicias y en su control de la vida económica, el estado obrero seguía siendo embrionario, atomizado, disperso en las distintas milicias y comités de fábricas, y en los comités locales de defensa antifascista constituidos conjuntamente por las distintas

organizaciones. Jamás se centralizó en Consejos de Obreros y Soldados nacionales, como en la Rusia de 1917 y la Alemania de 1918-1919. Cuando el poder dual llega a ese punto, justo entonces se pone a la orden del día la opción entre el régimen imperante y el nuevo orden revolucionario, del cual los consejos devienen forma estatal. La revolución española jamás llegó a ese punto a pesar de que el poder real del proletariado era mucho mayor que el poder ejercido por los obreros en Alemania e, inclusive, que el de los obreros rusos antes de noviembre. Los obreros dominaban *localmente* y en cada columna miliciana, ¡pero en la cumbre sólo estaba el gobierno! Esta paradoja tiene una explicación sencilla: no existía en España un partido revolucionario capaz de organizar a los soviets con política audaz y unidad de miras.

Pero, ¿acaso no hay una gran diferencia entre negarse a crear los órganos para derrocar a la burguesía y aceptar la colaboración de clases con la burguesía? Absolutamente no. En un período revolucionario las alternativas se balancean en el filo de la navaja: una o la otra. Cada día que pasa equivale a una década en tiempos de paz. El “realismo” de hoy se convierte mañana en la vía hacia la colaboración con la burguesía. Hay una guerra civil. La burguesía liberal ofrece su ayuda para combatir al fascismo. Es evidente que los obreros deben aceptar esa ayuda. ¿Cuáles son los límites de esa colaboración? En la lucha contra Kornilov, los bolcheviques “sectarios” pusieron límites extremadamente estrechos. Sobre todo, concentraron el poder en los soviets.

Al calor de la lucha contra la contrarrevolución de Kornilov en septiembre de 1917, cuando Kerensky y sus ministros burgueses del gobierno de coalición llamaban a aplastar a Kornilov, así como Azaña y Companys clamaban contra Franco, los bolcheviques advirtieron a los obreros que el Gobierno Provisional era impotente y que sólo los soviets podían derrotar a Kornilov. En una carta especial dirigida al Comité Central bolchevique, Lenin criticaba a quienes proferían frases sobre la “defensa del país y de apoyo al gobierno provisional”. “Lucharemos, luchamos contra Kornilov, como lo hacen las tropas de Kerensky, pero no apoyamos a Kerensky”, dijo Lenin. “Por el contrario, denunciamos su debilidad. Allí está la diferencia. Es una diferencia más bien sutil, pero esencial, y nadie debe olvidarla”. Y ni siquiera se pensaba en esperar al fin de la lucha contra Kornilov para tomar el poder. Por el contrario, decía Lenin, “es posible que mañana los acontecimientos pongan el poder en nuestras manos, y no lo rechazaremos”. (*Obras Completas*, vol. XXI, libro 1, pág. 137).

Lenin estaba dispuesto a colaborar con el mismo Kerensky desde el punto de vista técnico-militar. Pero con una condición, ya existente: la organización de las masas en organismos de clase, elegidos democráticamente, donde los bolcheviques pudieran disputar la mayoría.

Sin el desarrollo de los soviets – consejos obreros – era inevitable que hasta los anarquistas y el POUM acabaran por colaborar con la burguesía. ¿Qué significa, en la práctica, negarse a construir soviets en medio de la guerra civil? Significa reconocer el derecho de la burguesía liberal a *dirigir* la lucha, es decir, a imponer sus límites sociales y políticos.

Así fue como todas las organizaciones obreras, sin excepción, se acercaron cada vez más a la burguesía liberal. En pocas semanas Azaña y Companys se recuperaron, cuando comprendieron que las conquistas obreras no se consolidarían con la toma del poder estatal. Azaña reunió en torno a sí a todos los oficiales atrapados en la retaguardia que se proclamaron partidarios de la república. Al principio estos oficiales sólo podían tratar con las milicias a través de los comités de milicias. Pero el método bolchevique de utilizar los conocimientos técnicos de los oficiales sin darles poder sobre los soldados sólo puede aplicarse en la transición del doble poder al estado obrero o a un régimen soviético. Poco a poco los oficiales se hicieron con el mando directo.

El control gubernamental del Tesoro y los bancos – ya que los obreros, incluidos los anarquistas, se habían limitado a crear una especie de control obrero sobre los bancos que impedía la entrega de fondos a los fascistas y daba préstamos de capital a las fábricas colectivizadas – fue una poderosa palanca para estimular a gran cantidad de empresas extranjeras (que no habían sido expropiadas), para poner representantes del gobierno en las fábricas, para intervenir en el comercio exterior, para permitir la rápida expansión de fábricas y talleres pequeños que no habían sido expropiados. El gobierno de Madrid utilizó su control sobre las reservas de oro en Cataluña como argumento inapelable en los momentos en que Companys carecía de poder. Bajo el capitalismo contemporáneo el capital financiero domina la producción y el transporte. La toma de las fábricas y ferrocarriles por los obreros no derogó esta ley de la economía. Lo único que hicieron los obreros al tomar esas fábricas fue transformarlas en *cooperativas de productores*, sometidas aún a las leyes de la economía capitalista. Para liberarlas de esas leyes toda la industria y la tierra *junto con* el capital bancario y las reservas de oro y plata tendrían que haber pasado a ser propiedad del estado obrero. Pero ello requería el derrocamiento del estado burgués. La manipulación del capital financiero para frenar al movimiento obrero es una fase de la lucha española que merecerá un estudio profundo y detallado, que indudablemente arrojará nueva luz sobre la naturaleza del estado burgués. Este arma fue utilizada con toda su fuerza mucho más adelante, pero aun en las primeras siete semanas su utilización cautelosa permitió al régimen recuperar mucho terreno perdido.

En las primeras semanas el gobierno, a tientas, volvió a utilizar uno de los instrumentos de poder estatal más odiados por el movimiento obrero: la censura de prensa. Lo odiaba sobre todo porque el gobierno lo había utilizado en los últimos días que precedieron a la rebelión fascista para eliminar de la prensa las denuncias anarquistas y socialistas de la inminencia de la guerra civil. Azaña se apresuró a aclarar a la prensa que la censura no afectaría sino las noticias de orden militar; pero no fue más que un puente a la censura general. Los partidarios incondicionales del Frente Popular, los estalinistas y los socialistas del ala de Prieto, lo aceptaron sin chistar. Un artículo cuestionado del periódico estalinista *Mundo Obrero* del 20 de agosto provocó el secuestro de esa edición. *Claridad*, el periódico de Caballero, aceptó de mala gana. Los anarquistas y el POUM los siguieron. Sólo el órgano madrileño de la Juventud Anarquista se negó a franquearle la puerta al censor. Pero la censura no era un problema aislado: se convertiría inevitablemente en prerrogativa del poder estatal.

En agosto la CNT entró en la Junta de Defensa vasca, que no era una organización militar sino un gobierno regional en el que el gran partido burgués vasco controlaba las finanzas y la industria. Era la primera vez en la historia que una organización anarquista participaba en gobierno alguno, pero la prensa anarquista informó del hecho sin comentarios. Al POUM se le presentó la gran oportunidad de ganar a los obreros de la CNT para luchar por un estado obrero, pero el POUM – al igual que en Valencia – no planteó ninguna oposición al gobierno vasco.

En Valencia se constituyó un gobierno regional, el Ejecutivo Popular, con participación burguesa. El POUM entró a ese gobierno. En esos días *La Batalla*, órgano central del POUM, llamaba a la constitución de gobiernos obreros en Madrid y Barcelona pero no hizo el menor comentario respecto de la contradicción entre dicha consigna y su política en Valencia.

El Comité Central de las Milicias Catalanas, constituido a los dos días de iniciada la insurrección como organismo militar centralizador, comenzó a colaborar con la burguesía también en el terreno económico. La transformación del Comité Central en un cuerpo de delegados elegidos democráticamente en las fábricas y milicias le hubiera dado a este organismo mayor poder y autoridad, a la vez que hubiera reducido la fuerza de la burguesía en

las milicias y fábricas a su verdadera dimensión. Era la única salida. Pero ante este problema la CNT permaneció ciega y el PUOM mudo.

Por último, el 11 de agosto, se formó, por iniciativa de Companys, un Consejo Económico para centralizar la actividad económica. ¡He aquí, a pesar de la carnada de un programa económico radical, la franca colaboración socioeconómica con hegemonía burguesa! Pero la CNT y el POUM entraron.

Así, en todas las esferas, la burguesía recuperó terreno. Así los obreros fueron llevados por sus organizaciones, paso a paso, hacia la coalición gubernamental con la burguesía.

Para comprender este proceso más claramente, debemos examinar más de cerca las concepciones políticas de las organizaciones obreras.

V. La política de la clase obrera española

Los socialistas de derecha

Prieto, Negrín y Besteiro se aferraban a la teoría de que a España le aguardaba un largo periodo de desarrollo capitalista. Besteiro y otros habían caído en desgracia al repudiar la toma de las armas por el movimiento obrero en octubre de 1934.

Pero Prieto, Negrín y compañía se habían comportado tan bien como Caballero en los combates en Asturias y la huelga general, aunque sin cambiar su posición política. A pesar de la oposición del ala de izquierdas, habían logrado arrastrar al partido a la coalición electoral de febrero de 1936. Sin embargo, los socialistas de izquierda habían impedido el ingreso de Prieto al gabinete. Prieto había dado muestras inequívocas de su disposición a ligarse a la Izquierda Republicana de Azaña en caso de que el ala izquierda tomara el control del partido. En los meses que precedieron a la guerra civil, había llegado hasta a unirse a Azaña para condenar la epidemia huelguística. Por sus concepciones políticas los socialistas de derecha no eran sino republicanos pequeño burgueses que, en la lucha contra la monarquía, habían llegado a la conclusión correcta de que sólo un tinte socialista podría granjearles el apoyo de las masas. En la etapa republicana que se abrió en 1931, la primera prueba demostró que eran hermanos de sangre de Azaña.

Prieto era un empresario industrial vasco de considerable fortuna, su órgano *El Liberal*, publicado en Bilbao, gozaba de gran influencia en los círculos burgueses. Las décadas de colaboración de clase le habían ganado la confianza de la burguesía vasca. Más que cualquier otro personaje, Prieto fue el eslabón que unió a los capitalistas vascos, católicos intolerantes, con los intelectuales cosmopolitas y cínicos de Azaña y las fuerzas estalinistas. Hombre sin escrúpulos, implacable y capaz, Prieto no compartía ninguno de los temores subjetivos de los dirigentes socialistas escandinavos e ingleses. Comprendió plenamente el significado de la política de Stalin al comenzar la guerra civil y, de ahí en adelante, reconoció en los portavoces estalinistas a sus hermanos ideológicos.

Los estalinistas

El programa político del estalinismo en 1936 utilizaba un lenguaje muy distinto al que habían utilizado en 1931, al denunciar de una manera ultraizquierdista a Azaña, Prieto, Caballero y los anarquistas tildándoles de “fascistas” y “socialfascistas”. Pero la política, en lo esencial, seguía siendo la misma. Tanto en 1936 como en 1931 los estalinistas no querían la revolución proletaria en España.

Walter Duranty, apologista oficioso del Kremlin, describió así su actitud en 1931:

“El primer comentario soviético sobre los acontecimientos de España aparece en el editorial principal del *Pravda* de la fecha, pero el órgano del Partido Comunista Ruso no parece alegrarse por las perspectivas de la lucha revolucionaria que, piensan ellos, se desencadenará con la caída de Alfonso [...].

Quizás lo que mejor explica el tono inesperadamente pesimista de *Pravda* [...] es la preocupación soviética de que los acontecimientos de España perturben la paz europea en estos primeros años críticos del plan quinquenal. Con razón o sin ella, aquí se cree que la paz de Europa pende de un hilo, que la acumulación de armamentos y de odios nacionales es mucho mayor que antes de la guerra, y hace que la situación sea al menos tan peligrosa como la de la primavera de 1914, y que la chispa española bien puede provocar el incendio de toda Europa”. (*New York Times*, 17 de mayo de 1931).

“Paradójicamente, parecería que a Moscú esa posibilidad no lo entusiasma: casi podría decirse que si, como piensa Moscú, la revolución española “vira a la izquierda”, Moscú sentirá más molestia que agrado. [...] Porque, en primer lugar, la Unión Soviética se siente excesiva y quizás innecesariamente nerviosa ante la posibilidad de una guerra y “contempla alarmada” cualquier acontecimiento en cualquier lugar que perturbe el *statu quo* europeo [...]. En segundo lugar, la política actual del Kremlin se basa mucho más en el éxito de la construcción del socialismo en Rusia que en la revolución mundial. [...] (*New York Times*, 18 de mayo de 1931).

En 1931 el Kremlin había logrado sus objetivos mediante una política de no colaboración con el resto de los partidos proletarios. De esa manera los comunistas quedaron aislados del movimiento de masas, dividían sindicatos, se negaban a hacer frente único con otras organizaciones, atacaban los mítines de otras organizaciones obreras, etcétera. El único objetivo del Kremlin en 1931 era mantener el *status quo* en Europa. En 1936, sin embargo, la Comintern adoptó una nueva política, que tomó cuerpo en su VII Congreso. El nuevo curso consistía en mantener el *status quo* europeo en la medida de lo posible, esta vez no sólo impidiendo revoluciones, sino también a través de la colaboración de clases activas con la burguesía de los “países democráticos”. El objeto de dicha colaboración era que, en caso de guerra, Rusia pudiera contar con Inglaterra y Francia como aliados. El precio que Rusia estaba dispuesta a pagar por semejante alianza con el imperialismo anglo-francés era la subordinación del proletariado a la burguesía. De esa manera la política del “socialismo en un solo país” reveló su pleno significado: “el socialismo en ningún otro país”.

Lenin y los bolcheviques eran lo suficientemente realistas como para permitir que el estado soviético utilizara los distintos conflictos entre las potencias imperialistas, hasta el punto de utilizar a unos contra otros en caso de guerra. Pero, en su política revolucionaria, la doctrina más importante era que cualesquiera que fueran las alianzas militares soviéticas, el proletariado de cada país tenía el deber inalienable de combatir a “su” propia burguesía en la guerra, de derrocarla en el curso de la guerra y reemplazarla con un gobierno obrero revolucionario que sería el único aliado genuino de la Unión Soviética.

El VII Congreso de la Comintern rechazó esta premisa fundamental del marxismo. El Partido Comunista Francés ya se proclamaba abiertamente dispuesto a apoyar a su burguesía en la guerra que se estaba gestando. A pesar de ello, la frialdad inglesa había invalidado en gran medida el pacto franco-soviético. Ni siquiera bajo el gobierno de Blum había habido reuniones conjuntas de ambos estados mayores. La guerra civil española dio al Kremlin la oportunidad de demostrarles a los imperialistas franceses e ingleses, de una vez por todas, que no sólo no pensaba estimular revolución alguna, sino que inclusive estaba dispuesto a aplastar una revolución ya iniciada.

Aparentemente, ni siquiera los corresponsales estalinistas en Barcelona comprendían, en los primeros días de la guerra civil, que la Comintern se había impuesto la tarea de frenar esta revolución casi triunfante. El 22 de julio el *Daily Worker* de Londres publicó el siguiente

editorial: “En España, los socialistas y comunistas libraron hombro a hombro la lucha armada para defender sus organizaciones políticas y sindicales, salvaguardar la república española y defender las libertades democráticas para avanzar hacia una República Soviética Española”. Y el mismo día su corresponsal Frank Pitcairn envió el siguiente cable desde Barcelona: “Milicia Roja aplasta fascistas, victoria en Barcelona [...]. Las fuerzas unificadas de la clase obrera ya son los amos. Automóviles con obreros armados recorren las calles para mantener el orden y la disciplina. Ya se están realizando los preparativos para la creación de una milicia obrera permanente.”

Sin embargo, los estalinistas españoles unieron sus voces a las de Prieto y Azaña para llamar a los obreros a no tomar propiedades. Los estalinistas fueron los primeros en someterse a la censura de prensa. Fueron los primeros en exigir la liquidación de las milicias obreras y los primeros en entregar sus milicianos a los oficiales de Azaña. No habían transcurrido dos meses de guerra civil y ya habían lanzado –cosa que el gobierno no se atrevió a hacer hasta casi un año más tarde– una campaña feroz contra el POUM y la Juventud Anarquista. Los estalinistas exigían subordinación a la burguesía, no sólo para el periodo de la guerra civil sino también después. “Es totalmente falso – declaró Jesús Hernández, editor de *Mundo Obrero* (6 de agosto de 1936) – que el objetivo de esta movilización obrera sea la instauración de una dictadura proletaria al fin de la guerra. No puede decirse que tengamos un motivo social para participar en la guerra. Los comunistas somos los primeros en repudiar semejante suposición. Nos motiva únicamente el deseo de defender la república democrática”.

L'Humanité, órgano del Partido Comunista Francés, publicó, a principios de agosto, la siguiente declaración:

“El Comité Central del Partido Comunista Español nos solicita que informemos al público, en respuesta a los informes fantásticos y tendenciosos de ciertos diarios, que el pueblo español no busca la instauración de la dictadura del proletariado, sino que conoce un solo objetivo: la defensa del orden republicano, respetando la propiedad”.

Conforme pasaban los meses, los estalinistas se afirmaban más en su posición de oponerse a todo lo que no fuera el mantenimiento del sistema capitalista. José Díaz, “amado líder” del partido español, declaró ante la sesión plenaria del Comité Central del 5 de marzo de 1937:

“Si bien al comienzo los distintos intentos prematuros de “socialización” y “colectivización”, fruto de la falta de claridad en cuanto al carácter de esta lucha, pueden haber estado justificados por el hecho de que los grandes terratenientes e industriales habían abandonado sus tierras y fábricas y había que seguir produciendo a toda costa, ahora no existe la menor justificación. En la actualidad, cuando existe un gobierno de Frente Popular, representativo de todas las fuerzas empeñadas en la lucha contra el fascismo, estas cosas no solamente son indeseables, sino absolutamente intolerables. (*Communist International*, mayo de 1937).

Reconociendo que el peligro de revolución proletaria provenía, ante todo, de Cataluña, los estalinistas concentraron enormes recursos en Barcelona. Carentes prácticamente de organización propia en ese lugar, incorporaron a su servicios a los dirigentes obreros conservadores y a los políticos pequeñoburgueses mediante la fusión del Partido Comunista Catalán con la sección catalana del Partido Socialista, la Unión Socialista (organización nacionalista restringida a Cataluña) y el Catalá Proletari, fracción que había roto con la Esquerra burguesa. El producto de dicha fusión, llamado Partido Socialista Unificado de Cataluña (PSUC) se afilió a la Comintern. Al principio de la guerra civil contaba con unos pocos miles de militantes pero fondos ilimitados y una horda de funcionarios de la Comintern. Copó la moribunda sección catalana de la UGT y, cuando la Generalitat decretó la afiliación sindical obligatoria de todos los empleados, captó a los obreros atrasados y a los oficinistas, que preferían esta institución respetable antes que la radicalizada CNT. Pero lo que conformaba la mayoría de la base estalinista en Cataluña eran los pequeños comerciantes e

industriales de la Federación de Gremios y Entidades de Pequeños Comerciantes e Industriales (GEPCI), declarada sindicato y afiliada a la UGT catalana en julio. La autotitulada sección catalana actuaba en forma totalmente independiente del Ejecutivo Nacional de la UGT controlado por Caballero. De allí que, en tanto que defensor principal y más enérgico de la burguesía, el PSUC captaba grandes sectores de la Esquerra catalana.

La política de los estalinistas en el resto de España era similar. Desde el comienzo la Unión Agrícola de la CNT y la Federación de Campesinos y Trabajadores Rurales de la UGT – partidarias ambas de la colectivización de la tierra– acusaron a los estalinistas de organizar “sindicatos” de campesinos ricos contrarios a la colectivización. Al abrir sus puertas de par en par, el partido estalinista creció como ninguna otra organización. Elementos burgueses dudosos buscaban protección en su seno. Ya el 19 y 20 de agosto *Claridad*, el órgano de Caballero, acusaba a la Alianza de Escritores Antifascistas de los estalinistas de cobijar elementos reaccionarios.²

Cuando, tras tres largos meses de boicot, por fin llegaron en la tercera semana de octubre los primeros aviones y fusiles soviéticos, el Partido Comunista –que hasta entonces había estado a la defensiva, incapaz de responder a las duras críticas del POUM a Stalin por negarse a enviar armas– recibió un tremendo ímpetu. De ahí en adelante sus propuestas venían ligadas indisolublemente a la amenaza de que Stalin no enviaría más aviones y armas. El embajador Rosenberg en Madrid y Valencia, y el Cónsul general Antonov-Ovseenko en Barcelona pronunciaban discursos políticos donde expresaban claramente sus posiciones. Cuando en la celebración de noviembre en conmemoración de la Revolución Rusa (¡con un desfile en el que participaron todos los partidos burgueses!), Ovseenko finalizó su discurso con la consigna “viva el pueblo catalán y su héroe, el presidente Companys”, a ningún obrero le quedó la menor duda acerca de quien era el favorito del Kremlin.³

Hemos trazado la política estalinista lo suficiente como para colocarla en el contexto. La veremos volverse más abierta e implacablemente contrarrevolucionaria al año siguiente.

Caballero: La izquierda socialista y la UGT

Largo Caballero y Prieto pertenecían a la misma generación. Ambos habían alcanzado la madurez bajo la monarquía, y se habían educado en el espíritu del ala derecha de la

² H. N. Brailsford, socialista y frentepopulista inglés, dice: El Partido Comunista “ya no es principalmente un partido de los obreros industriales, ni siquiera un partido marxista”, y “esa característica se volverá permanente. Baso mi predicción en la composición social del PC, tanto en España como en Cataluña”. (*New Republic*, 9 de junio de 1937).

³ Hay un incidente extraordinario que merece analizarse. El 27 de noviembre de 1936, *La Batalla* pudo demostrar que la CNT, la UGT, el Partido Socialista, la Izquierda Republicana: todos estaban a favor de darle representación al POUM en la Junta de Defensa de Madrid; sin embargo el POUM no estaba representado. ¿Cómo era posible que la oposición estalinista bastara para negarle representación al POUM, con sus columnas milicianas en todos los frentes? ¿Era posible que sólo los estalinistas tuvieran poder de veto? La respuesta es que la embajada soviética había intervenido. “Es intolerable que, en virtud de la ayuda que nos proporcionan, traten de imponernos normas políticas definidas, vetos, intervenir en nuestra política y aun dirigirla”, se quejó *La Batalla*. El incidente de la Junta de Defensa de Madrid, el discurso de Ovseenko en noviembre, los discursos de Rosenberg, fueron los hechos públicos que soliviantaron al POUM. Su puesto ministerial en la Generalitat los familiarizaba con incidentes aún mas graves, a los que no podían referirse mientras permanecían en el gobierno.

La carta a la prensa del cónsul general Ovseenko en respuesta al POUM probablemente no tiene parangón en la historia diplomática. Apareció en la columna editorial de *Mundo Obrero* como denuncias de las “maniobras fascistas” del POUM, al que calificaba de “enemigo de la Unión Soviética”. Ovseenko se hizo sentir nuevamente antes de finalizar el año. El 7 de diciembre el POUM hizo un llamamiento a la Generalitat para que le ofreciera asilo a León Trotsky. Antes de que la Generalitat pudiera responder, el cónsul general soviético declaró a la prensa (*La Prensa* lo informó aquí) que si se permitía el ingreso de Trotsky a Cataluña, el gobierno soviético cortarían toda ayuda a España. ¡Es, por cierto, la muestra mas acabada del despotismo burocrático!

socialdemocracia alemana. Como líder de la UGT, Caballero había aceptado con su silencio la liquidación de la CNT anarquista bajo la dictadura de Primo de Rivera. Más aun, la había sancionado al aceptar un puesto oficial que le ofreció el dictador. Había entrado al gabinete de coalición de 1931-1933 en calidad de Ministro de Trabajo y había formulado una ley que continuaba los consejos arbitrales mixtos de Rivera como método para solucionar las huelgas. El 23 de julio de 1931 declaró: “Introduciremos el arbitraje obligatorio. Las organizaciones obreras que no se sometan a él quedarán fuera de la ley”. Bajo su ministerio era ilegal hacer huelga por motivos políticos o sin notificarlo al empleador con diez días de antelación. No se podía celebrar ningún mitin sindical u obrero sin la presencia de testigos policiales. Junto a Prieto, había defendido la represión de los campesinos hambrientos de tierra y los miles de arrestos políticos.

Después del derrumbe de la coalición de 1931-1933, se formó una poderosa corriente de izquierdas a partir de las Juventudes Socialistas, esta corriente de izquierdas exigió la revisión de la política del partido. En 1934, inesperadamente, Caballero se declaró partidario de la misma. Según sus amigos, había empezado a leer a Marx y Lenin por primera vez después de su destitución del gobierno. Sin embargo, el grupo de Caballero no hizo ningún preparativo serio para la insurrección de octubre de 1934. En Madrid, su principal baluarte, la insurrección no pasó nunca de una huelga general. Al ser juzgado por incitar a la insurrección – resultó absuelto – Caballero negó el cargo.

A pesar de haberse pronunciado contra toda coalición y a favor de la revolución proletaria, Caballero aceptó integrar la coalición electoral de febrero de 1936 y, en las Cortes, apoyó al gabinete de Azaña en todas las cuestiones importantes. En efecto, Caballero planteó que no repetiría su rol como ministro de Trabajo en la coalición de 1931-1933, sino que apoyaría a Azaña desde afuera, para mantener su libertad de crítica. No puede llamarse a esto intransigencia revolucionaria. No es más que una forma de lealtad crítica, que de ninguna manera amenaza el régimen burgués. Durante la oleada huelguística de febrero-julio de 1936, Caballero fue blanco de duras críticas por parte de la CNT y de su propia base por tratar de frenar las huelgas. Ardiente partidario de la fusión de los partidos socialista y comunista, fue el principal responsable de la fusión de las juventudes socialista y estalinista. Había recuperado su prestigio con el ala izquierda del partido al conducir la lucha que impidió a Prieto aceptar el puesto de primer ministro. En la lucha que siguió el Ejecutivo de Prieto había desautorizado a *Claridad* (el órgano de Caballero), reorganizado las agrupaciones del partido que apoyaban a Caballero y postergado el congreso partidario por tiempo indeterminado. La ruptura hubiera sido un hecho de no mediar el estallido de la guerra civil, ante lo cual, en aras de una apariencia de armonía partidaria, la fracción de Caballero cedió a Prieto la dirección nacional del partido.

En el apogeo de la movilización obrera de las primeras semanas de la guerra civil, Caballero entró en conflicto con el bloque de Azaña, Prieto y los estalinistas. Mientras la disciplina en los cuarteles, la administración de provisiones, alojamiento y sueldos estuvieran en manos de las organizaciones obreras y las milicias discutieran libremente sobre cuestiones políticas, la casta militar burguesa no podía abrigar esperanzas de asegurarse el mando real. Por ello el gobierno llamó, como experiencia piloto, al reclutamiento de diez mil soldados de reserva para que quedaran como fuerza aparte y bajo su control directo. Los estalinistas se pronunciaron a favor del llamamiento. *Mundo Obrero* del 21 de agosto declaró que: “Algunos camaradas han querido ver en la creación del nuevo ejército voluntario algo así como una amenaza al papel de las milicias”. Los estalinistas negaron la posibilidad de que fuera así, concluyendo: “Hoy, como ayer, nuestra consigna es la misma. Todo por el Frente Popular y todo a través del Frente Popular.

Claridad, órgano de la UGT, denunció esta posición totalmente reaccionaria en los siguientes términos:

“Crear que se puede sustituir a quienes verdaderamente combaten y, en cierto modo, controlan su propio accionar revolucionario, por otro tipo de ejército, es pensar en términos contrarrevolucionarios. He aquí lo que dijo Lenin (*El Estado y la Revolución*): “Cada revolución, al destruir el aparato estatal, nos muestra muy a las claras cómo la clase dominante se esfuerza por restaurar los destacamentos especiales de hombres armados a su servicio, cómo la clase oprimida se esfuerza por crear una nueva organización de este tipo que sea capaz de servir no a los explotadores sino a los explotados.

Debemos [...] cuidar que las masas y la dirección de las fuerzas armadas, sobre todo el pueblo en armas, no escape de nuestras manos”. (*Claridad*, 20 de agosto de 1936.)

Sin embargo, Caballero y el resto de la dirección socialista de izquierda, en esas primeras semanas críticas, se acercó a Azaña, Prieto y los estalinistas. El poder dual resultaba una forma torpe e ineficaz para combatir al fascismo. La alternativa era inexorable: entrar al gobierno de coalición o derribar el poder burgués e instaurar un régimen obrero.

Pero he aquí que los errores programáticos produjeron, en la práctica, resultados desastrosos. En abril de 1936, el grupo más importante de la izquierda socialista, la organización de Madrid, había formulado un programa nuevo, declarándose a favor de la dictadura del proletariado. ¿Cuál sería su forma organizativa? Luis Araquistáin, asesor teórico de Caballero, sostuvo que España no necesitaba soviets. Por eso el programa de abril contenía la concepción de que “el órgano de la dictadura proletaria será el Partido Socialista”. Pero Prieto, al postergar el congreso, impidió a la izquierda socialista asumir el control formal del partido, y ésta a su vez había desistido de seguir la lucha por ese control cuando estalló la guerra civil. Además, según su programa, tendrían que esperar hasta que el partido agrupara a la mayoría del proletariado. Este error programático de no llamar a la unidad de acción en consejos obreros (soviets) donde los socialistas, comunistas, anarquistas, pumistas, etcétera, se encontrarían junto a las capas más amplias de la población, esa concepción distorsionada de las lecciones de la Revolución Rusa, fue un error fatal para los socialistas, sobre todo en España, con su tradición anarquista. Caían justamente en lo que la vieja acusación anarquista decía que era la dictadura del proletariado para los comunistas y socialistas revolucionarios.

El camino a la dictadura proletaria se desplegaba claramente ante el proletariado. Lo que se necesitaba era otorgar a los comités de fábrica, de milicia y campesinos un carácter democrático, convirtiéndolos en cuerpos elegidos por todos los trabajadores de cada unidad: juntar a estos delegados electos en consejos aldeanos, urbanos y regionales que, a su vez, enviaran delegados a un congreso nacional. Es cierto que la forma soviética no basta por sí sola para solucionar todos los problemas. Una mayoría reformista en su comité ejecutivo se negaría a tomar el poder. Pero los obreros podrían encontrar en los soviets sus órganos naturales de lucha hasta tanto los elementos revolucionarios de todos los partidos se hubiesen reunido para ganar una mayoría revolucionaria en el congreso e instaurar un Estado obrero.

Ese era el camino planteado claramente ante el proletariado, pero no es casual que el programa del mismo no fuera patrimonio de los socialistas de izquierdas. Caballero criticaba, se quejaba, denunciaba, pero no planteó alternativa alguna a la coalición con la burguesía. Finalmente, él mismo terminó por encabezarla.

CNT-FAI: La Confederación Nacional del Trabajo y la Federación Anarquista Ibérica

Las raíces de los seguidores de Bakunin estaban más profundamente arraigadas en España que las de los marxistas. La dirección de la CNT era tradicionalmente anarquista. Durante un

tiempo la había arrastrado la marejada de la Revolución de Octubre. Había enviado un delegado al II Congreso de la Comintern en 1921. Posteriormente los anarquistas se dedicaron al trabajo fraccional hasta recuperarla. De ahí en adelante, a pesar de seguir lanzando sus conocidos epítetos contra todos los partidos políticos, el anarquismo español contaba, en la FAI, con un aparato partidario altamente centralizado mediante el cual mantenía el control sobre la CNT.

La feroz represión sufrida bajo Alfonso y Primo de Rivera había disuelto a la CNT durante un tiempo, pero de 1931 en adelante, tuvo mayoría indiscutida en los centros industriales de Cataluña y organizaciones fuertes en otros lugares. Antes de la guerra civil, contaba indudablemente con fuerzas mayores que la UGT (algunas de cuyas secciones más grandes estaban en territorio fascista).

Hasta ahora, en la historia del movimiento obrero, el anarquismo jamás había sido puesto a prueba en gran escala. Ahora, a la cabeza de las grandes masas, iba a pasar por la prueba definitiva.

El anarquismo se ha negado consecuentemente a trazar las diferencias entre un Estado burgués y un Estado obrero. Incluso en los días de Lenin y Trotsky, el anarquismo denunciaba a la Unión Soviética como un régimen de explotadores. Precisamente, el no poder distinguir entre Estado burgués y proletario había llevado a la CNT, en los días de luna de miel de la revolución de 1931, a cometer los mismos errores oportunistas que cometen los reformistas quienes, a su manera, tampoco diferencian el Estado burgués del Estado obrero. Viéndose superado por el “calor de la revolución”, la CNT saludó a la república burguesa con agrado: “Bajo un régimen de libertad, la revolución incruenta es más posible y más fácil que bajo la monarquía”. (*Solidaridad Obrera*, 23 de abril de 1923). En octubre de 1934 se pasó al otro extremo, igualmente erróneo, de negarse a la unidad de acción con los republicanos y socialistas en la lucha armada contra Gil Robles (con la honrosa excepción de la regional asturiana de la CNT).

Ahora, en el calor más fuerte aún de la “revolución del 19 de julio”, cuando las líneas que habitualmente separan al proletariado de la burguesía se vieron momentáneamente borradas, la negativa tradicional de los anarquistas a distinguir entre un Estado burgués y un Estado obrero los llevó, lenta pero decisivamente, a formar parte del gobierno de un Estado burgués.

Parecería que las erróneas enseñanzas anarquistas acerca de la naturaleza del Estado deberían haberlos llevado, lógicamente, a negarse a participar en cualquier tipo de gobierno. Pero, controlando la industria y milicia catalanas, los anarquistas se encontraron en la posición insostenible de poner objeciones a la necesaria coordinación y centralización administrativa del trabajo iniciado. Debieron desechar su antiestatalismo “en sí”. Lo que sí quedó, y provocó un desastre al final, fue su incapacidad para distinguir entre un Estado obrero y un Estado burgués.

La colaboración de clases yace oculta en el seno de la filosofía anarquista. Su odio a la opresión capitalista, la mantiene oculta en periodos de reacción. Pero en un periodo revolucionario de poder dual, aflora necesariamente a la superficie. Porque entonces, el capitalista aparece con una sonrisa ofreciéndose a participar en la construcción del mundo nuevo. Y el anarquista, que se opone a “todas las dictaduras”, incluida la dictadura del proletariado, sólo le exigirá al capitalista que abandone su enfoque capitalista, lo que éste naturalmente aceptará, para mejor aplastar al movimiento obrero más adelante.

Las enseñanzas anarquistas tienen otra premisa fundamental que conduce en la misma dirección. Desde Bakunin los anarquistas acusaban a los marxistas de sobrestimar la importancia del poder estatal, caracterizándolo como el mero reflejo del ansia del intelectual

pequeñoburgués por obtener puestos administrativos bien remunerados. El anarquismo llama a los obreros a volverle la espalda al Estado y obtener el control de las fábricas, verdadera fuente del poder. Con las fuentes últimas de poder (las relaciones de propiedad) aseguradas, el poder estatal se derrumbará, y no habrá nada que lo reemplace. Así, los anarquistas españoles no comprendieron que lo que les había permitido tomar las fábricas fue el derrumbe del poder estatal, con el paso del ejército al bando franquista, y que si Companys y sus aliados tenían la oportunidad de reconstruir el Estado burgués no tardarían en quitarles las fábricas a los obreros. Intoxicados con el control de las fábricas y la milicia, los anarquistas supusieron que el capitalismo ya había desaparecido en Cataluña. Hablaban de la “nueva economía social” y Companys estaba más que dispuesto a hacerles el coro, porque los enceguecidos eran ellos, no él.

EL POUM

Ésta era una hermosa oportunidad para un partido revolucionario, aunque fuese pequeño. Los *soviets* no se construyen a voluntad. Sólo se los puede organizar en un periodo de poder dual, de convulsión revolucionaria. Pero en un periodo que exige su formación, un partido revolucionario puede estimular el proceso, aunque se estrelle contra la oposición de los partidos burgueses más reformistas. En Rusia los mencheviques y socialrevolucionarios, sobre todo después de julio, trataron de canalizar la fuerza de los *soviets* hacia el gobierno, trataron de frenar el funcionamiento u organización de nuevos *soviets*, y no lo lograron, a pesar de tener mayoría en ellos. En Alemania, la dirección socialdemócrata se esforzó aun más, con las lecciones rusas, por impedir la creación de *soviets* de obreros y soldados. En España, la hostilidad de los estalinistas y de Prieto y la oposición “teórica” de Caballero y los anarquistas, no hubiera servido, puesto que las unidades básicas de los *soviets* ya existían en los comités de fábrica, milicia y campo, y sólo necesitaban democratizarse y centralizarse en las localidades. Un solo ejemplo, en ciudades industriales controladas por el POUM como Lérida o Gerona, de delegados de fábricas y talleres reunidos con delegados de las patrullas y milicias obreras para crear un parlamento obrero que funcionara como organismo gobernante de la zona, hubiera estimulado a toda Cataluña e iniciado un proceso idéntico en otras partes.

El POUM era la única organización que parecía apta para tomar la tarea de la construcción de *soviets*. Sus dirigentes habían sido fundadores del movimiento comunista español. Sin embargo, tenía debilidades de fondo. La mayoría de sus militantes provenía del Bloque Obrero y Campesino de Maurín, cuyos cuadros habían colaborado con Stalin en 1924-1928 en la formación del “bloque de cuatro clases” del Partido Comunista Chino con el Kuomintang; en la creación de partidos de “dos clases”, con “obreros y campesinos” (nombre elegante para designar el bloque con los reformistas y la burguesía liberal), en fin, en todo el curso oportunista de esos años desastrosos. Maurín y sus correligionarios no habían roto con la Comintern en base a esas cuestiones fundamentales sino a otras –la cuestión nacional catalana, etcétera– cuando la Comintern se volcó al sindicalismo paralelo, el “social-fascismo”, etcétera, en 1929. Además, la fusión de los maurinistas con la ex Oposición Comunista (trotskista) de Andrés Nin y Juan Andrade –que al no diferenciarse tajantemente de la ideología maurinista habían ocasionado una polémica de años en la Oposición de Izquierda Internacional– era una amalgama sin principios en la que los elementos de la Izquierda Comunista habían aprobado un programa “conjunto” que no era más que las viejas concepciones de Maurín. De ellas había dicho Trotsky ya en junio de 1931 que:

“Todo lo que he escrito en mi último trabajo, *La revolución española en peligro*, contra la política oficial de la Comintern en España se aplica perfectamente a la Federación Catalana (Bloque Obrero y Campesino) [...] es “kuomintangismo” puro, trasladado al suelo español. Las ideas y métodos que la Oposición combatió implacablemente cuando se trató de la política china del Kuomintang, encuentran su expresión más desastrosa en el programa de Maurín [...]. Durante una revolución un

punto de partida erróneo se traduce inevitablemente al lenguaje de la derrota”. (*The Militant*, 1º de agosto de 1931).

Los primeros frutos de la fusión no fueron tranquilizadores. Después de una campaña de meses contra toda coalición con la burguesía, el POUM entró de la noche a la mañana en la coalición electoral de febrero de 1936. Renunció a la coalición después de las elecciones pero en vísperas de la guerra civil (*La Batalla*, 17 de julio) llamó a la formación de un “auténtico gobierno del Frente Popular con la participación directa [ministerial] de los partidos Socialista y Comunista”, como medio de “agotar la experiencia democrática de las masas” y acelerar la revolución: consigna totalmente errónea, que nada tiene que ver con el método bolchevique de explicar a las masas la necesidad de instaurar un Estado obrero y la imposibilidad de reformar el Estado burgués, obligando a los reformistas a tomar el poder sin los ministros burgueses.

De todas maneras, muchos albergaban la esperanza de que el POUM encabezara la organización de soviets. Nin era ahora el jefe del partido. Había estado en Rusia en los primeros años de la revolución, como dirigente de la Internacional Sindical Roja. ¿Acaso no resistiría el provincianismo de los cuadros maurinistas? Los obreros del POUM, mejor educados políticamente que los anarquistas, desempeñaron un gran papel, mucho más grande que sus pequeñas fuerzas, en las primeras semanas revolucionarias, tomando tierras y fábricas. A partir de los 8.000 militantes con que contaba en vísperas de la guerra civil, el POUM creció rápidamente, a pesar de seguir siendo una organización esencialmente catalana. En los primeros meses sus números se cuadruplicaron. Su influencia creció aún más rápidamente, como lo demuestra el hecho de haber agrupado a más de diez mil milicianos bajo su bandera.

Sin embargo, la oleada creciente de coalicionismo ahogó al POUM. Ya estaban las premisas teóricas de ese fenómeno en el programa maurinista, que Nin había firmado. La dirección del POUM se aferraba a la CNT. En lugar de disputar audazmente a los anarco-reformistas la dirección de las masas, Nin buscó ilusoriamente poseer fuerzas identificándose con ellos. El POUM envió sus militantes a la pequeña y heterogénea UGT catalana en lugar de disputar la dirección de los millones de obreros agrupados en la CNT. Organizó sus propias columnas milicianas y así circunscribió sus fuerzas en lugar de enviarlas a las inmensas columnas de la CNT que ya agrupaban a los sectores decisivos del proletariado. *La Batalla* denunció la tendencia de la CNT a apropiarse de las tierras colectivizadas. Jamás atacó las teorías anarcosindicalistas que dieron origen a dicha tendencia. Al año siguiente no hizo un solo ataque principista a la dirección anarco-reformista, ni siquiera cuando los anarquistas aceptaron que el POUM fuese expulsado de la Generalitat. En lugar de llevar a la unidad de acción con la CNT, esa política errónea le permitió a la CNT-FAI volverle la espalda al POUM con toda impunidad.

Más de una vez en los días de Marx y Engels, y en los primeros años revolucionarios de la Comintern, la colaboración internacional había corregido a una dirección nacional débil. Pero los vínculos internacionales del POUM estaban a la derecha de los del partido español. El Comité Internacional de la Unidad Socialista Revolucionaria – principalmente el ILP inglés y el SAP alemán – emitió un manifiesto al proletariado español con fecha del 17 de agosto de 1936: ¡ni una palabra de crítica al Frente Popular! El SAP se pasaría al frentepopulismo poco después, mientras que el ILP abrazó al PC en una “Campaña Unitaria”. Tales eran los hermanos ideológicos por quienes Nin y Andrade renunciaron al trotskismo, al movimiento por la Cuarta Internacional. Bien es verdad que la Cuarta Internacional eran pequeñas organizaciones en relación a los grandes partidos reformistas de Europa. Pero ofrecían al POUM el tipo más raro y valioso de ayuda: un análisis marxista coherente de los acontecimientos españoles y un programa revolucionario para derrotar al fascismo. Nin era un

tipo más “práctico”: de esa manera renunció a la oportunidad de dirigir la revolución española.

VI. El programa del gobierno de coalición de Caballero

¿Es necesario a estas alturas, explicar que el gabinete de tres hombres de Caballero, tres de Prieto, dos estalinistas y cinco burgueses, instaurado el 4 de septiembre de 1936, era un gobierno burgués, un típico gobierno de colaboración de clases?

Aparentemente lo es, porque todavía el 9 de mayo de 1937 una resolución del Comité Ejecutivo Nacional del Partido Socialista de EEUU caracterizaba este régimen como “gobierno provisional revolucionario”. Al entregar la primera magistratura, Giral declaró: “Sigo siendo ministro de este gabinete para demostrar que el nuevo gobierno es una ampliación del viejo desde el momento en que el presidente del gobierno saliente sigue formando parte del nuevo”.

Caballero sintetizó su programa de gobierno ante las Cortes de manera harto concisa:

“Este gobierno se constituyó, con la renuncia previa de todos sus integrantes a la defensa de sus principios, y tendencias particulares, para permanecer unidos en una sola aspiración. defender a España en su lucha contra el fascismo”. (*Claridad*, 1 de octubre de 1936).

Es cierto que Caballero había renunciado a sus principios, pero no así la burguesía y los estalinistas. Porque el terreno común sobre el cual construyeron el gobierno junto con Caballero fue la continuación del viejo orden burgués.

La declaración programática del nuevo gabinete no contenía nada que el gobierno anterior no hubiera firmado. Su esencia está contenida en el punto II:

“El programa ministerial significa esencialmente la firme decisión de garantizar el triunfo sobre la rebelión, coordinando las fuerzas populares, mediante la necesaria unidad de acción. A ello se subordinan todos los demás intereses políticos, dejando de lado las diferencias ideológicas, puesto que en la actualidad no puede haber otra tarea que la de asegurar el aplastamiento de la insurrección”. (*Claridad*, 5 de septiembre de 1936).

¡Ni una palabra sobre la tierra! ¡Ni una palabra sobre los comités de fábrica! ¡Y estos “demócratas” reunieron, para “representar al pueblo” a las viejas Cortes, elegidas el 16 de febrero por un acuerdo electoral que le daba la mayoría en las listas conjuntas a la burguesía!

Pocas semanas antes de asumir la primera magistratura, Caballero se había pronunciado (a través de *Claridad*) en contra de separar la guerra de la revolución. Había protestado por el desplazamiento de las milicias. Ahora encabezaba la reconstrucción del Estado burgués. ¿Qué pasó?

No necesitamos especular acerca de lo que ocurría en su cabeza. El cambio que se observa, y que se refleja en *Claridad*, es que en lugar de confiar en la clase obrera española y en la solidaridad obrera internacional, Caballero había puesto sus esperanzas en ganar la ayuda de las “grandes democracias”, el imperialismo anglo-francés.

El 2 de septiembre, en una entrevista concedida a la agencia *Havas*, Prieto se declaró “satisfecho porque el gobierno francés había tomado la iniciativa en la propuesta de no intervención”, aunque “no tiene todo el valor que Francia quisiera darle [...]. Cada día que pasa se hace más urgente que Francia obre con gran energía para evitar los peligros que acechan a todos”.

“¿Por qué actúa la CNT como si nos halláramos ante una revolución acabada? “, se quejaba *El Socialista*:

“Nuestra ley geográfica de ninguna manera es la misma de la inmensa Rusia. Y debemos tener en cuenta la actitud de los estados que nos rodean para determinar nuestra propia actitud. Que no todo se apoye en la fuerza o razón espiritual, sino en saber renunciar a cuatro para ganar cien. Todavía esperamos que la evaluación que han hecho ciertas democracias de los acontecimientos españoles cambie, y sería una lástima, una tragedia, comprometer esas posibilidades impulsando la velocidad de la revolución, que en la actualidad no nos lleva a ninguna solución positiva”. (*El Socialista*, 5 de octubre de 1936).

Los socialdemócratas clásicos de la escuela de Prieto podían decir con toda claridad lo que Caballero, el “Lenin español”, y los ex leninistas, la Stalintern, debían oscurecer: buscaban los favores del imperialismo anglo-francés y para ello estrangulaban la revolución. Todavía el 24 de agosto Caballero esperaba que la intransigencia de Hitler impediría la formación del comité de no intervención. Pero con el “embargo” de los envíos de armas que Hitler dispuso en esa fecha y la declaración de adhesión de los soviets, quedaba claro que el bloqueo de España sería de larga duración. La alternativa estaba planteada: combatir el bloqueo no intervencionista y denunciar a Blum y a la Unión Soviética por apoyarlo o aceptar la línea estalinista de ganar gradualmente el alejamiento de Francia e Inglaterra del bloqueo, demostrando la respetabilidad y estabilidad burguesas del gobierno español. En otras palabras, aceptar la perspectiva de revolución proletaria y la necesidad de despertar al proletariado internacional para que ayude a España y transporte la revolución a Francia o aceptar la colaboración de clases en España y el extranjero. Cuando la alternativa resultó inevitable, Caballero eligió el segundo camino. En pocos días su camarada Álvarez del Vayo ya estaba hincado ante los imperialistas de la Liga de las Naciones.

Bien comprendía Caballero que para llevar a las masas españolas a efectuar tremendos esfuerzos, era necesario ofrecerles un programa de reconstrucción social. Una circular del ministerio de Guerra de Caballero dirigida a los comisionados políticos en el frente remarca que:

“Es necesario convencer a los combatientes que defienden el régimen republicano con sus vidas de que al terminar la guerra la organización estatal sufrirá modificaciones profundas. De la estructura actual pasaremos a otra que beneficie a las masas social, económica y jurídicamente. Debemos impregnar el espíritu de las tropas con estas concepciones mediante ejemplos sencillos y claros”. (*Gaceta de la República*, 17 de octubre de 1936).

Pero es posible pensar que Caballero esperaba apaciguar a las masas con palabras, mientras que a los astutos imperialistas de Inglaterra y Francia sólo se les satisface con hechos.

Para mover al campesinado a la lucha, para que entregue sus mejores hijos para la guerra, no como reclutas desganados y desmoralizados, sino como soldados con corazones de león, para cultivar el alimento y la fibra necesaria para mantener y vestir al ejército y la retaguardia, para todo ello hay que entregar la tierra al campesino, la tierra al que la trabaja, la tierra como propiedad nacional entregada en usufructo al campesino. La propaganda por la libertad, etcétera, es absurda e insuficiente. Estos no son los granjeros estadounidenses o franceses, que ya poseen tierra suficiente como para no pasar hambre:

“La miseria azota Extremadura, Albacete, Andalucía, Cáceres y Ciudad Real. No es una metáfora decir que los campesinos mueren de hambre. Hay aldeas en Las Hurdes y La Mancha donde los campesinos, están tan desesperados, que ya no se alzan en rebelión. Comen raíces y frutas. Los acontecimientos de Yeste [ocupaciones de tierra] son dramas provocados por el hambre. En Navas de Estena, a unos veinte kilómetros de Madrid, no se sabe lo que es un tenedor o una cama. La dieta fundamental de los aldeanos consiste en una sopa de pan, agua, aceite y vinagre”.

Estas palabras no pertenecen a un agitador trotskista, sino al testimonio involuntario de un funcionario estalinista (*Inprecorr* 1 de agosto de 1936). ¿Cómo es posible levantar a la gente desde semejante abismo sino no es con un acto que los convenza de que ha llegado la nueva

era: entregándoles la tierra? ¿Puede esperarse que “defiendan a la república” – la república de Azaña – que los mató como perros por tomar las tierras o los cereales almacenados?

Ahora los campesinos y obreros agrícolas habían tomado la tierra – no toda – pero no tenían la menor seguridad de que el gobierno no lo permitiera ahora como una medida provisional para llevar adelante la guerra, y que después no anulara todo. Lo que los campesinos querían era un decreto general de nacionalización de todas las tierras de España, entregándolas en usufructo a los que la trabajaban, de modo que ningún usurero pudiera volver a arrebatárselas. Asimismo los trabajadores de la tierra querían el poder que les garantizara la tenencia de su tierra, y eso sólo podía hacerlo un gobierno de su propia carne y sangre: un régimen obrero y campesino.

¿Se requiere mucha imaginación para comprender el efecto que tendría semejante decreto de la tierra sobre las fuerzas fascistas? No sólo sobre los campesinos hambrientos de tierra de las zonas controladas por los fascistas sino, sobre todo, sobre los hijos de campesinos que componen los ejércitos fascistas, a quienes los oficiales han engañado respecto de las causas del conflicto. Unos cuantos millares de panfletos arrojados desde el aire sobre los frentes fascistas con el anuncio del decreto de la tierra, valdrían por un ejército de un millón de hombres. Ninguna otra jugada del bando leal podría sembrar tanta desmoralización y descomposición en las fuerzas fascistas.

Pero treinta años como “dirigente responsable” habían marcado a Caballero demasiado profundamente. Durante demasiado tiempo la fuerza propia de las masas había sido para Caballero objeto de temor y desconfianza, algo para frenar y canalizar hacia vías más seguras. El decreto sobre la tierra del 7 de octubre de 1936 no hacía más que dividir las tierras de conocidos fascistas; no tocaba a otros terratenientes ricos, explotadores campesinos. Se ahogaban las esperanzas que había alentado el campesinado.

Los obreros de la UGT en las fábricas, talleres y ferrocarriles creaban sus comités de fábrica, tomaban las plantas. ¿Qué les diría Caballero? En Valencia y Madrid el gobierno intervino rápidamente para poner directores nombrados por el gobierno, que relegaron a los comités de fábrica a tareas de rutina. Justo el 23 de febrero de 1937 se promulgó un decreto (firmado por el ministro de industria Juan Peiró, anarquista), que abarcaba toda la industria. No daba a los obreros seguridad alguna en cuanto al futuro régimen de la industria; implantaba el estricto control gubernamental. El “control obrero”, según sus términos, era poco más que un convenio colectivo como, por ejemplo, el que rige para el Sindicato de Trabajadores del Vestido de EEUU, es decir, de ninguna manera el verdadero control obrero.

Caballero había denunciado al gabinete de Giral por construir un ejército aparte de las milicias obreras y por reconstruir la vieja Guardia Civil. (La gran columna “Caballero” en el frente de Madrid, con su periódico no censurado, había llamado a la resistencia directa a la propuesta de Giral.) Ahora Caballero respaldaba los planes de Giral con su prestigio. Los decretos de llamadas a filas seguían las normas tradicionales y no mencionaban a los comités de soldados. Eso significaba revivir el ejército burgués con el mando supremo en manos de una casta militar.

¿Libertad a Marruecos? Delegaciones de árabes y moros se presentaban ante el gobierno para solicitar un decreto. El gobierno permanecía inmutable. El temible Abd-el Krim, exiliado por Francia, rogó a Caballero que intercediera ante Blum para que éste le permitiera volver a Marruecos para dirigir una insurrección contra Franco. Caballero no quería interceder, ni Blum conceder. Alzar al Marruecos español podía poner en peligro la dominación imperialista en toda África.

Así Caballero y sus aliados estalinistas le volvieron la cara a los métodos revolucionarios de lucha contra el fascismo. A su debido tiempo, a fines de octubre, recibieron su premio: un módico cargamento de pertrechos militares, enviado por Stalin. En los meses subsiguientes llegaron más cargamentos, sobre todo después de grandes derrotas: el cerco de Madrid, la caída de Málaga, la caída de Bilbao; provisiones suficientes como para salvar a las fuerzas leales por el momento, jamás como para permitirles librar una ofensiva continua que provocara el derrumbe total de Franco.

¿Cuál era la lógica política que apuntaba este continuo abrir y cerrar el grifo de armas? Si se tratara de los recursos limitados de la Unión Soviética, ello no explica, por ejemplo, por qué no se enviaron todos los aviones de una sola vez para una lucha decisiva. La explicación del grifo no es técnica sino política. Se dio lo suficiente como para impedir una temprana derrota de los leales y el derrumbe consiguiente del prestigio soviético ante la clase obrera internacional. Y ello conjugaba bien, en el fondo, con la política anglo-francesa, contraria a la victoria inmediata de Franco. Pero no se dio lo suficiente como para facilitar una victoria que pudiera resultar – una vez destruido el espectro de Franco – en una España soviética.

Tal el programa del “gobierno provisional revolucionario” de Caballero. Nada agregó ni quitó a ello la entrada de ministros de la CNT el 4 de noviembre de 1936. Para entonces las “grandes democracias” habían tenido la oportunidad, observando a la CNT en el gobierno catalán formado el 26 de septiembre, de asegurarse de la “responsabilidad” de estos anarquistas.

Quedaba un problema: el Consejo de Defensa de Aragón, controlado por los anarquistas, que ejercía su autoridad sobre el terreno arrancado a los fascistas por las milicias catalanas en el frente aragonés, tenía la terrible reputación de ser un organismo archirrevolucionario. El precio de algunos puestos del gabinete para la CNT fue alguna garantía sobre Aragón. Consecuentemente con ello, el Consejo de Aragón se reunió con Caballero el día 31 de octubre. “Hemos venido – declaró Joaquín Ascaso en su carácter de presidente del Consejo – a visitar al jefe de Estado y asegurarle nuestra adhesión al gobierno popular. Estamos dispuestos a aceptar todas las leyes que dicte y, por nuestra parte, solicitamos al ministro toda la ayuda que necesitamos. El Consejo de Aragón está integrado por elementos del Frente Popular, de modo que están representadas todas las fuerzas que apoyan al gobierno.” “Las entrevistas con el presidente Azaña, con el presidente Companys y con Largo Caballero – agregó una declaración de la Generalitat de fecha 4 de noviembre– han destruido toda sospecha que pudiera haber surgido de que el gobierno de Aragón fuera de carácter extremista, desligado de los demás organismos gubernamentales de la república y contrario al gobierno de Cataluña.” Ese mismo día, los anarquistas asumieron sus cargos en el gabinete de Caballero.

VII. El programa del gobierno de coalición de Cataluña

El 7 de septiembre de 1936, en un discurso de crítica a la coalición de Madrid, Nin lanzó la consigna “Abajo los ministros burgueses”, y la multitud la recibió con entusiasmo. Pero *La Batalla* del 18 de septiembre publicó una resolución del Comité Central del POUM, donde se aceptaba el gobierno de coalición:

“El Comité Central, ahora al igual que siempre, cree que este gobierno debe estar integrado exclusivamente por representantes de los partidos obreros y las organizaciones sindicales. Pero si esta posición no es compartida por las demás organizaciones obreras, queremos dejar el tema abierto a discusión, sobre todo porque el movimiento republicano de izquierda [catalán] es profundamente popular – cosa que lo distingue claramente del republicanismo de izquierda español – y las masas campesinas y los sectores obreros sobre los que se basa se mueven hacia la revolución, influenciados por los partidos y organizaciones proletarias. Lo importante es el

programa y la hegemonía proletaria, que deben ser garantizados. No puede quedar dura sobre una cosa: el nuevo gobierno debe hacer una declaración de principios inviolable, afirmando su intención de convertir el impulso de las masas en legalidad revolucionaria y dirigirlo hacia la revolución socialista. En cuanto a la hegemonía proletaria, la mayoría absoluta de las organizaciones obreras la garantizará”.

La dirección de la Esquerra, políticos burgueses redomados con veinte o treinta años de lucha contra el proletariado, se transformó para el POUM, del día a la noche, en un movimiento “de carácter profundamente popular”. ¡Y a esta otra muestra de prestidigitación el POUM añadió el principio estratégico, hasta ahora desconocido, de que la forma de ganar a los obreros y campesinos radicalizados de la Esquerra consistía en colaborar en el gobierno con sus dirigentes burgueses!

“La clase obrera no puede apropiarse de la maquinaria estatal ya creada y utilizarla en beneficio propio” afirmó Marx. Esta fue la gran lección de la Comuna de París: “No es cuestión, como en el pasado, de transferir la maquinaria burocrática y militar de unas manos a otras, *sino de destruirla*; y esa era la premisa para cualquier revolución popular en el Continente. Y eso es lo que nuestros heroicos camaradas parisinos han tratado de hacer.” ¿Con qué se reemplaza la maquinaria estatal destruida? Respecto a esto, el problema fundamental de la revolución, Lenin y Trotsky desarrollaron completamente la inmensa experiencia de la Comuna. Había que destruir el parlamentarismo, en su lugar, había que crear comités obreros en las fábricas, comités campesinos en el campo, comités de soldados en el ejército, centralizados en soviets locales, regionales y nacionales. Así, el nuevo estado, un estado obrero, se basa en la representación industrial que automáticamente le quita a la burguesía todos sus derechos hasta que, consolidado el poder obrero, los burgueses entran individualmente al trabajo productivo y se les permite participar en la elección de soviets. Entre el viejo estado burgués y el nuevo estado obrero hay un abismo que la burguesía no puede cruzar para volver al poder a menos que derroque el estado obrero.

Este fue el principio fundamental, esencia de la experiencia acumulada durante un siglo de lucha revolucionaria, que el POUM violó al entrar a la Generalitat.⁴ El presidente Companys les entregó su ministerio. El nuevo gabinete no hizo más que continuar la obra del antiguo y, al igual que éste, podía ser reemplazado por uno más reaccionario. Tras el manto protector del gabinete POUM-CNT-PSUC-Esquerra, la burguesía podía aguantar el temporal revolucionario, reunir sus devastadas fuerzas y, con ayuda de los reformistas, retomar totalmente el poder en el momento oportuno. Para ello la burguesía no necesitaba siquiera entrar al gabinete. Alemania, Austria, Inglaterra conocieron gabinetes “obreros” que permitieron a la burguesía capear situaciones críticas, y luego echar los ministros obreros a patadas.

El estado obrero, la dictadura del proletariado, no puede existir hasta tanto se destruya el viejo Estado burgués. Sólo lo puede originar la intervención *política* directa de las masas organizadas en consejos de fábrica y pueblo (soviets) en el momento en que la mayoría en los soviets es controlada por el partido o partidos obreros decididos a derrocar el estado burgués. Este fue el principal aporte teórico de Lenin. Pero precisamente el POUM distorsionó esta teoría. El mismo discurso de Nin donde pedía la destitución de los ministros burgueses desarrollaba una concepción que sólo podía conducir al mantenimiento del estado burgués:

“La dictadura del proletariado. Otra concepción que nos diferencia de los anarquistas. La dictadura del proletariado significa que la clase obrera ejerce la autoridad. En Cataluña podemos afirmar que la dictadura del proletariado es ya un hecho (*aplausos*) [...] Hace pocos días la FAI emitió un comunicado en el que sostenía que se opondría a toda dictadura, ejercida por cualquier partido. En

⁴ Quienes defendieron esa violación – partidarios de Lovestone, del socialista Norman Thomas, el ILP, etcétera – mostraron con ello cual sería después su propia conducta en una crisis revolucionaria.

eso estamos de acuerdo. La dictadura del proletariado no la puede ejercer un sector, sino todo el proletariado. Ningún partido ni central sindical tiene el derecho de ejercer una dictadura. Que los presentes sepan que si la CNT o los partidos comunista y socialista intentan ejercer una dictadura de un partido nos oponemos. Todos deben ejercer la dictadura del proletariado. (*La Batalla*, 8 de septiembre de 1936).

Aquí Nin sustituía la dictadura del proletariado como forma estatal que descansa sobre los amplios cimientos de una red de consejos de obreros, campesinos y combatientes a través de la industria, el campo y el frente de batalla, por una concepción totalmente distinta: un acuerdo entre las direcciones máximas de las organizaciones obreras de asumir conjuntamente la responsabilidad de gobierno. ¡Falso, y nada tiene que ver con la concepción marxista de la dictadura proletaria! ¿Cómo ejercer la dictadura proletaria conjuntamente con los demócratas, estalinistas y socialdemócratas que quieren la democracia burguesa? ¿Cómo sustituir la necesaria gran red de consejos obreros con acuerdos entre partidos?

El 19 de julio confirmó la predicción leninista de que toda revolución pasa por una situación de *doble poder*: surgieron comités de milicias, de abastecimiento, patrullas obreras, etc., La estrategia leninista exigía la centralización de esos organismos de doble poder en un centro nacional y la toma del poder a través de éste. La disolución de los órganos de doble poder, como en Alemania en 1919, fue llamada por Lenin “la liquidación de la revolución”.

Molestos con este recuerdo, los dirigentes del POUM, al anunciar su ingreso a la Generalitat, dijeron:

“Estamos en un estado transitorio en que la fuerza de los acontecimientos nos obliga a colaborar directamente en el Consejo de la Generalitat, junto con otras organizaciones obreras... A partir de los comités de obreros, campesinos y soldados, por cuya formación luchamos, surgirá la representación directa del nuevo poder proletario”.

Pero éste fue el canto del cisne de los comités de doble poder. Una de las primeras medidas del nuevo gabinete de la Generalitat fue *disolver todos los comités revolucionarios que surgieron el 19 de julio*.

Fue disuelto el Comité Central de Milicia y sus poderes traspasados a los ministerios de Defensa y de Seguridad Interior. Los comités milicianos y antifascistas locales, de composición casi exclusivamente proletaria, que venían gobernando las ciudades y pueblos, fueron disueltos y reemplazados por consejos municipales, integrados en la misma proporción que el gabinete (Esquerra, tres; PSUC, dos; CNT, tres; Unión Campesina, uno; POUM, uno; y Acció Catalá, organización burguesa derechista, uno). Y para asegurar que no se habían olvidado de un solo organismo revolucionario, se promulgó un decreto complementario que merece reproducirse entero:

“Artículo 1. Se disuelven en Cataluña todos los comités locales, cualesquiera sean sus nombres o títulos, junto con todas las organizaciones locales que pudieran haber surgido para aplastar el movimiento subversivo, sean sus objetivos culturales, económicos o de cualquier otra especie.

Artículo 2. Cualquier resistencia a dicha disolución será considerada un acto fascista y sus instigadores serán entregados a los Tribunales de Justicia Popular”. (Decreto del 9 de octubre de 1936.)

La disolución de los comités marcó el primer gran avance de la contrarrevolución. Liquidó el incipiente peligro soviético y permitió a la burguesía comenzar a recuperar, en todas las esferas, el poder que había caído de sus manos el 19 de julio. Totalmente desorientado, el POUM no hizo el menor intento de conjugar su llamamiento a la creación de comités con su aprobación de la ley de disolución de los mismos. Por otra parte, la burguesía mantenía en sus manos la palanca tradicional de su autoridad: el parlamento. Porque el POUM ni siquiera consiguió, en retribución por su participación en el gobierno, el decreto de disolución del

parlamento. Por el contrario, los decretos financieros del nuevo gabinete llevaban, como siempre, el artículo que requería la rendición de cuentas ante el parlamento catalán. El parlamento ha muerto, aseguró el POUM a los obreros, pero el gobierno que el POUM integraba no decía lo mismo. Es cierto que, a diferencia de Caballero, Companys no se atrevió a convocarlo durante varios meses, pero este instrumento legal de la dominación burguesa permaneció intacto. La reunión de los diputados el 9 de abril de 1937 durante una crisis ministerial, asustó tanto a la CNT que volvió a entrar en el gobierno. Después de la derrota de los obreros durante las jornadas de mayo, Companys convocó a ese parlamento ¡que el POUM había jurado que estaba muerto!

Otro paso importante hacia la consolidación del poder del estado burgués se dio el 27 de octubre de 1936, se promulgó un decreto para desarmar a los obreros:

“Artículo 1. Todas las armas largas (fusiles, ametralladoras, etc.,) que se encuentren en poder de los ciudadanos deberán ser entregadas a las municipalidades, o requisadas por ellas, dentro de los ocho días subsiguientes a la promulgación de este decreto. Las mismas serán depositadas en el Cuartel General de la Artillería y el Ministerio de Defensa de Barcelona para cubrir las necesidades del frente.

Artículo 2. Quienes aún retengan las armas al fin del periodo mencionado, serán considerados fascistas y juzgados con todo el rigor que su conducta merece”. (*La Batalla*, 28 de octubre de 1936.)

¡El POUM y la CNT publicaron el decreto sin una palabra de explicación a sus seguidores!

Así se salvó el estado burgués. Después de haber utilizado al POUM durante los meses críticos, la burguesía lo echó a patadas en la reorganización ministerial del 12 de diciembre de 1936. La CNT, con su gran masa de afiliados, fue utilizada durante más tiempo, sobre todo porque se adaptaba cada vez más a la dominación de la burguesía, y por tanto la echaron justo en julio del año siguiente. Pero el poder que el POUM y la CNT habían entregado al gobierno siguió en manos de éste.

El programa económico de la coalición

La otra justificación que dio el POUM de su entrada al gobierno, aparte de la “mayoría obrera”, fue la “orientación socialista” del programa económico del gobierno. Criterio totalmente falso, puesto que el marxismo revolucionario siempre ha enseñado que la necesaria premisa de la economía socialista es la dictadura del proletariado.

Los bolcheviques de 1917 estaban dispuestos, sobre la base del estado obrero, a permitir que siguiera existiendo, durante un tiempo, la industria privada en ciertas ramas, modificada por el control obrero de la producción. Pero la coalición catalana no actuó precisamente en esos campos de la vida económica en que los bolcheviques actuaron primero: la nacionalización de los bancos y de la tierra.

El capital financiero, en la España atrasada como en cualquier otro país, domina todo el capital en sus distintas formas. Sin embargo, en lo único que se puso de acuerdo la coalición fue en el punto 8 del programa económico: “Control obrero de las empresas bancarias hasta llegar a la nacionalización de la banca”. En la práctica, el “control obrero” fue impedir la entrega de fondos a los simpatizantes del fascismo y a personas no autorizadas. El “hasta” postergaba indefinidamente la nacionalización de la banca: jamás llegó a realizarse. Esta gran palanca significaba, y los meses subsiguientes lo demostrarían, que las industrias colectivizadas quedaban a merced de quienes pudieran cortarles el crédito. Con ello el Estado burgués pudo reducir, poco a poco, el poder económico de la clase obrera.

Los bolcheviques habían *nacionalizado* la tierra y la habían entregado a los soviets locales: esto significó *el fin de la propiedad privada de la tierra*. No se obligaba al campesino a ingresar a las tierras colectivas; pero no podía ya comprar ni vender tierra, y ningún acreedor podía arrebátarsela.⁵

El programa “radical” de los catalanes, “colectivización de la gran propiedad rural y respeto hacia la pequeña propiedad agrícola”, ocultaba una perspectiva reaccionaria: todavía se podía comprar y vender la tierra. Más aún: según el estatuto de autonomía catalana, la última palabra sobre problemas económicos que involucraran a toda España la tenía el gobierno central, y éste sólo había autorizado la toma de *propiedades pertenecientes a los fascistas*. La coalición “ignoró” la discrepancia entre ambos decretos. El POUM no tuvo la sensatez de llevar a esa discrepancia a la luz pública para obligar al gobierno central a reconocer el decreto catalán, ni para obligar a la Generalitat a proclamar su total autonomía en todas las cuestiones económicas. El significado de eso era que, una vez recuperado su poder, la burguesía impondría el decreto de Madrid.

El 24 de octubre se promulgó un decreto largo y complicado donde se concretaba la concepción gubernamental de “colectivización de las grandes industrias, servicios públicos y transporte”. Antes de entrar al gobierno el POUM había criticado la “colectivización” industrial, señalando que los sindicatos y hasta los obreros trataban las fábricas como si fueran de su propiedad. El “capitalismo sindicalista” convertía a las fábricas en meras cooperativas de productores, en las que los obreros dividían las ganancias. Pero la industria sólo se puede administrar con eficiencia como entidad nacional, junto con las facilidades bancarias y el monopolio del comercio exterior. Ahora el POUM aceptaba la “colectivización”, que no era más que cooperativas de productores, aunque la verdadera planificación era imposible sin el monopolio de las finanzas y el comercio exterior. El “control del comercio exterior” fue una promesa jamás materializada. Se rechazó la propuesta del POUM de incluir en el decreto un “Banco Industrial y de Crédito de Cataluña para atender a las necesidades y requerimientos de la industria colectivizada”. Así se sentaron las bases para hacer pedazos las industrias colectivizadas por los obreros.

Otro golpe mortal para las fábricas “colectivizadas” fue el pago de indemnizaciones a sus antiguos dueños. Contrariamente de lo que se suele creer, los marxistas revolucionarios no desechan de plano la cuestión de la compensación por la propiedad confiscada. Lenin ofrecía indemnizaciones parciales a los burgueses que no ofrecían resistencia. El POUM llegó a la conclusión correcta de que la burguesía española ya se había pasado al bando franquista o – en el caso de los que permanecieron leales a la República – no estaban en condiciones de exigir nada que no fuera “la oportunidad de trabajar o, en caso de incapacidad, de exigir los mismos beneficios sociales acordados a los demás trabajadores”. (No se discutía el problema de la compensación a los extranjeros, puesto que todos coincidieron, correctamente, en que había que acordarla; pero, bajo el manto de esta fórmula correcta pero abstracta, el gobierno iba a “indemnizar” a los extranjeros... ¡devolviéndoles sus fábricas!). El resto de la coalición, incluidos los anarquistas, rechazaron la propuesta del POUM. Tampoco se fijaron normas claras para la compensación. Tampoco la compensación – como en el caso del capital extranjero – corrió por cuenta del gobierno. En cambio “el balance crediticio inventariado de cualquier firma” quedaría acreditado al beneficiario [el antiguo dueño] 'como compensación social' “, y “queda suspendida la compensación de los empresarios españoles, para ser estudiada más adelante”. Lo cual significa, en lenguaje liso y llano, que la compensación

⁵ Louis Fischer, con su ignorancia fortalecida por la insolencia, arguye contra la colectivización en España que la colectivización rusa fue efectuada muchos años después de la revolución. Olvida el pequeño “detalle” de que el primer decreto de Lenin fue la nacionalización y la liquidación de la propiedad privada de la tierra.

correría por cuenta de la empresa colectivizada, es decir, de los obreros, y el monto se fijaría después. Con la reconstrucción del poder burgués, la burguesía quitaría a los obreros las empresas en favor de sus antiguos propietarios sobre la base del simple criterio del recargo de pagos forzosos de intereses sobre la deuda de capital. El POUM tildó correctamente, el problema de “fundamental” lo cual no le impidió, sin embargo, permanecer en el gobierno de coalición.

El decreto de colectivización instrumentaba la participación del gobierno en cada fábrica a través de un agente en el Consejo de Fábrica. En todas las empresas de más de 500 obreros el director debía ser ratificado por el gobierno. Una vez elegido por los obreros de la fábrica, el Consejo de Fábrica permanecía en funciones durante dos años, pudiendo ser destituido únicamente por sabotaje directo. De esa manera se “congelaba” la composición política de los consejos y se impedía a los partidos revolucionarios ganar el control de las fábricas. Los Consejos Generales, que abarcaban a ramas enteras de la industria, eran menos flexibles aún. Los integraban doce miembros, ocho elegidos por la UGT y la CNT y, el resto (los que los presidían) por el gobierno. Estas medidas, que frenaban toda “rebelión desde abajo”, contaron con el aval de todos, incluido el POUM.

¿No resulta obvio que el programa económico de la Generalitat simplemente aceptaba algunas de las conquistas logradas por los obreros mismos, combinándolas con una serie de medidas económicas y políticas que eventualmente las liquidarían? Sin embargo, con ello y por un asiento en el gabinete, el POUM vendió su oportunidad de dirigir la revolución española. Al aceptar el programa del gobierno globalmente, la CNT reveló la bancarrota total del anarquismo como camino hacia la revolución social.⁶

La política interna de la coalición

Al igual que sus compinches madrileños, la Esquerra y el PSUC buscaban ayuda en la Liga de las Naciones y las “grandes democracias”. El papel de la CNT no fue mucho mejor. Después de la caída del gobierno de Caballero, Juan Peiró declaró ingenuamente que se le había asegurado a la CNT que el programa moderado del gobierno era únicamente para consumo de los gobiernos extranjeros.⁷

Esto explica indudablemente por qué la CNT no envió delegaciones organizadas al exterior para hacer una campaña entre los obreros.

También el POUM cayó víctima de esa política oportunista. A pesar de comprender correctamente en abstracto el papel internacional reaccionario de la burocracia soviética, y de criticar a Stalin por negarse a enviar armas durante los tres primeros meses críticos, el POUM no comprendió que la nota soviética del 7 de octubre de 1936 – “si no se frena

⁶ Después de las jornadas de mayo la Generalitat repudió la legalidad del decreto de colectivización de la industria.

⁷ “[...] la burguesía internacional se negó a proveer nuestros pedidos [armas]. Fue un momento trágico. Debíamos crear la impresión de que los amos no eran los comités revolucionarios sino el gobierno legal; de no lograrlo, no habríamos recibido nada [...] Debemos adaptar nuestras necesidades a las circunstancias inexorables del momento, es decir, aceptar la colaboración gubernamental [...]” (García Oliver, ex ministro de Justicia, discurso pronunciado en París, publicado en el periódico anarquista inglés *Spain and the World* (España y el Mundo), 2 de julio de 1937.)

“España ofrece a todas las naciones liberales y democráticas del mundo la oportunidad de lanzar una fuerte ofensiva contra las fuerzas fascistas, y si esto significa guerra, deben aceptarlo antes de que sea demasiado tarde. No deben esperar a que el fascismo perfeccione su maquinaria bélica”. (Edición oficial en inglés n° 107, 8 de diciembre de 1936. Comisariado de Propaganda de la Generalitat). Federica Montseny (gran dirigente de la CNT): “Creo que un pueblo de tanta inteligencia [Inglaterra] comprenderá que la creación de un Estado fascista al sur de Francia [...] atentaría contra sus intereses. El destino del mundo, al igual que la suerte de esta guerra, dependen de Inglaterra [...]”. (Ibíd. n° 108, 10 de diciembre de 1936)

inmediatamente la violación del acuerdo, se considerará libre de todas las obligaciones que se desprenden del mismo” – no significaba abandonar el comité de no-intervención y de ninguna manera garantizaba el envío de armas suficientes como para contrarrestar la ofensiva. “No cabe duda de que el paso que dio recientemente el gobierno soviético al romper el pacto de no-intervención tendrá consecuencias políticas extraordinarias. Es, probablemente, el acontecimiento político de mayor importancia desde el comienzo de la guerra civil”, declaró *La Batalla*. Peor aún, el POUM planteaba la posibilidad de que el gobierno francés enviara armas:

“¿Cómo responderá el gobierno francés a esta nueva situación? ¿Mantendrá su actitud neutral? Eso provocaría su total impopularidad y descrédito. Blum caería del poder en medio de la repulsa general [...] No creemos que León Blum cometa semejante error. Puesto que el único obstáculo que le impedía corregir su política era la actitud del gobierno soviético, el cambio de éste debe determinar un cambio total en la política de Blum.” (*La Batalla*, 11 de octubre de 1936).

Aquí, como en todo lo demás, el POUM perdió la brújula. No es casual que, durante los meses en que ejerció el puesto ministerial, no enviara delegación alguna al exterior para hacer una campaña entre los obreros avanzados.

VIII. Renacimiento del estado burgués: septiembre de 1936-abril de 1937

La contrarrevolución económica

A ocho meses de haber ingresado los representantes obreros a los gabinetes de Madrid y Barcelona se veía que las conquistas proletarias en el terreno económico se habían ido desgastando lentamente. Con el control del Tesoro y los bancos, el gobierno podía imponer su voluntad a los obreros amenazando con la retirada de los créditos.

En Cataluña, el principal centro industrial, el proceso fue más lento pero tuvo el mismo fin. Alrededor de cincuenta y ocho decretos financieros promulgados por la Generalitat en enero restringieron enormemente el margen de actividad de las fábricas colectivizadas. El 3 de febrero, por primera vez la Generalitat se atrevió a decretar la ilegalidad de la colectivización de una rama de la industria: la láctea. Durante la crisis de gabinete de abril, la Generalitat anuló el control obrero de la aduana, al negarse a certificar la propiedad obrera de materiales exportados y detenidos en aduanas extranjeras por juicios entablados por los ex dueños; de ahí en adelante, las fábricas y establecimientos agrarios colectivos que exportaban mercancías quedaron a entera merced del gobierno.

Comorera, dirigente del PSUC, se había hecho cargo del Ministerio de Abastecimientos el 15 de diciembre, cuando el POUM fue expulsado del gabinete. El 7 de enero decretó la disolución de los comités obreros de abastecimiento, encargados hasta el momento de adquirir alimentos a los campesinos. Por esta brecha penetraron los especuladores y mercaderes del GEPCI (Corporaciones y Unidades de Pequeños Comerciantes e Industriales) – ¡con tarjetas de la UGT! – y el consiguiente acaparamiento y aumento de los precios de los alimentos provocaron la desnutrición general de la población. Cada familia recibía tarjetas de racionamiento pero las provisiones no se racionaban de acuerdo a la cantidad de personas atendidas en cada depósito. En los barrios obreros de Barcelona había largas colas durante todo el día y las provisiones se agotaban antes que la cola, mientras que en los distritos burgueses reinaba la abundancia. Los restaurantes privados tenían de todo y en cantidad para quien pudiera pagar sus precios. Los obreros no tenían leche para sus niños, pero sí la había en los restaurantes. Solía haber escasez de pan (precio fijo), mientras que había tortas en abundancia (precio móvil). En el sexto aniversario de la República (14 de abril, boicoteada por la CNT-FAI y el POUM), las movilizaciones esquerrista y estalinista se vieron

ampliamente superadas por las manifestaciones femeninas de protesta contra los precios de los alimentos. Sin embargo, los estalinistas encontraban utilidad política inclusive para sus crímenes. Se dio a entender a las masas que la afiliación al PSUC y la UGT redundaba en mejoras en el racionamiento. Pasquines anónimos echaban la culpa del aumento de precio a las granjas y transportes colectivizados.

Vicente Uribe, ministro de agricultura, estalinista, desempeñó aquí el mismo papel que el ministro de agricultura estalinista durante el régimen de Wang Ching-wei en Wuhan en 1927, combatiendo a los campesinos. El departamento de Uribe dismanteló los establecimientos colectivos, organizó a los dueños que recibieron nuevamente sus tierras en un organismo de “coadministración” con el Estado, prohibió a los colectivos vender sus productos sin intermediarios.

Una campaña nacional de “control estatal” y “municipalización” de la industria fue la base para arrancar todo control a los comités de fábrica.

Sin embargo, la contrarrevolución económica avanzaba en forma relativamente lenta. Porque el bloque estalinista burgués, a diferencia de los anarquistas, comprendió que la premisa necesaria para la destrucción de las conquistas económicas obreras era el aplastamiento de la milicia y policías obreras y el desarme de los obreros en la retaguardia. Pero la fuerza no bastaba para lograr ese fin. Había que combinarla con la propaganda.

La censura

Para facilitar el éxito de su propaganda, el bloque burgués reformista recurrió, por intermedio del gobierno, a la censura sistemática de la prensa escrita y oral de la CNT-FAI y el POUM.

La principal víctima fue el POUM. Mientras permaneció en la Generalitat, la *Hoja Oficial* catalana boicoteó toda mención de mítines y transmisiones de radio del POUM. El 26 de febrero la Generalitat prohibió la realización de un mitin de masas de la CNT y el POUM en Tarragona. El 5 de marzo se le aplicó a *La Batalla* una multa de 5.000 pesetas por no obedecer al censor militar sin especificar en qué. El 14 de marzo *La Batalla* fue suspendida durante cuatro días, esta vez por un editorial político. Al mismo tiempo la Generalitat negó al POUM el uso de la estación de radio oficial para sus transmisiones. Los diarios poumistas de Lérida, Gerona, etcétera, sufrían un hostigamiento constante.

Sin embargo, el POUM sufrió los peores golpes fuera de Cataluña. La Junta de Defensa de Madrid, controlada por los estalinistas, suspendió el semanario *POUM* por tiempo indeterminado. La misma autoridad suspendió y requisó la edición de *Combatiente Rojo*, diario miliciano del POUM, el 10 de febrero, y poco después suspendió la emisora de radio del POUM, clausurándola definitivamente en abril. La Junta también prohibió la publicación de *La Antorcha* a la juventud del POUM (Juventud Comunista Ibérica) afirmando cínicamente que “la JCI no necesita un órgano de prensa”. En marzo fue sometido a una severa censura *Juventud Roja*, órgano del POUM juvenil de Valencia. El único órgano del POUM que permaneció intacto fue *El Comunista*, de Valencia, semanario del ala derecha, ferozmente antitrotskyista y semiestalinista.

Al POUM se le cerró otro campo importante de trabajo entre las masas al ser excluida la Ayuda Roja del POUM del Comité Permanente de Ayuda a Madrid, a instancias del PSUC. La CNT aprobó este acto criminal en aras de la unidad. La medida adquirió alcances nacionales en abril, cuando se le prohibió a la Ayuda Roja participar en la Semana de Madrid.

Esta síntesis de la ilegalización del POUM por el gobierno antes de mayo refuta definitivamente la afirmación estalinista de que se persiguió al POUM por su participación en los acontecimientos de mayo.

La censura contra el POUM fue realizada por gabinetes integrados por ministros de la CNT. La única protesta pública provino de la Juventud Libertaria, organización juvenil anarquista. También la prensa de la CNT sufrió una persecución sistemática. ¿Conoce la historia otro caso en que ministros de un gabinete aceptaran la represión de su propia prensa?

El diario de la FAI, *Nosotros*, de Valencia, fue suspendido el 27 de febrero por tiempo indeterminado por atacar la política de guerra de Caballero. El 26 de marzo el gobierno vasco suspendió *CNT del Norte*, arrestó al consejo de redacción y el Comité Regional de la CNT y entregó la imprenta al Partido Comunista Vasco. Del 11 al 18 de abril fueron suspendidas varias ediciones de los periódicos madrileños *CNT* y *Castilla Libre*. *Nosotros* volvió a ser suspendido el 16 de abril.

La censura y las suspensiones eran medidas formales. Al menos igualmente eficaces eran las medidas “informales” por las cuales los paquetes de periódicos de la CNT- FAI y el POUM “no llegaban” al frente o llegaban con semanas de retraso. Mientras tanto, enormes tiradas de la prensa estalinista y burguesa, no tocadas por el censor, se distribuían gratuitamente a las milicias de la CNT, UGT y el POUM. Las radios oficiales estaban siempre al servicio de los Neskens y las Pasionarias. Casi todos los llamados comisionados políticos eran estalinistas o burgueses. Con ello el engaño completaba las medidas de fuerza abiertas.

La policía

En los primeros meses posteriores al 19 de julio, las tareas policiales quedaron casi por completo en manos de las patrullas obreras de Cataluña y las “milicias de retaguardia” de Madrid y Valencia. Pero se dejó pasar para siempre la oportunidad de disolver la policía burguesa.

Caballero rebautizó Guardia Nacional Republicana a la Guardia Civil. Los remanentes de ésta y de las Guardias de Asalto fueron retirados gradualmente del frente. Los que se pasaron a Franco fueron reemplazados con creces. El paso más importante hacia la recreación de la policía burguesa fue el veloz crecimiento de la pequeña fuerza policial aduanera, los Carabineros, que, bajo el ministro de Finanzas, Negrín, se convirtieron en una guardia pretoriana de 40.000 hombres fuertemente armados.⁸

El 28 de febrero se promulgó el decreto que prohibía a los carabineros afiliarse a partidos o sindicatos, o asistir a sus mítines. Poco después se extendió el decreto a los guardias civiles y de asalto. Con ello se aislaba a la fuerza policial de la clase obrera. ¡Los ministros anarquistas, irremediabilmente desorientados, votaron a favor de esta medida basándose en que frenaría el proselitismo estalinista!

Para abril las milicias madrileñas y valencianas habían sido relevadas de toda autoridad policial.

En el baluarte proletario de Cataluña este proceso se estrelló contra la oposición férrea de las masas afiliadas a la CNT. Hubo también un “incidente desafortunado” que demoró la realización del plan burgués. El primer Jefe de Policía de toda Cataluña nombrado por el gabinete –André Reberter– resultó ser uno de los cabecillas de una conspiración para asesinar a los dirigentes de la CNT, instaurar una Cataluña independiente y hacer las paces por

⁸ Lenta pero seguramente se está construyendo una fuerza policial. El gobierno de Valencia ha descubierto el instrumento ideal en los Carabineros. Se trata de ex funcionarios y guardias de la Aduana, y siempre tuvieron una buena reputación de lealtad. Se dice de buena fuente que ya se han reclutado 40.000 hombres para esa fuerza, de los cuales 20.000 ya están armados y equipados [...] Los anarquistas ya lo han notado y presentaron sus quejas por el incremento de esta fuerza en un momento en que hay poco tráfico en las fronteras, por tierra o mar. Comprenden que serán utilizados en su contra”. (James Minifie, *New York Herald Tribune*, 28 de abril de 1937.).

separado con Franco.⁹ Este descubrimiento fortaleció a las patrullas obreras, controladas en gran medida por la CNT.

Pero entonces se atacó a las patrullas desde dentro. El PSUC ordenó a sus afiliados retirarse de ellas (la mayoría no lo hizo y fue expulsada del PSUC). También la Esquerra se retiró de las patrullas. De ahí en adelante los estalinistas emplearon todos los métodos usuales de difamación contra las patrullas, sobre todo cuando éstas arrestaban a empresarios del PSUC y el GEPCI por acaparar y especular con alimentos.

El 1 de marzo la Generalitat decretó la unificación de toda la policía en un solo cuerpo bajo control estatal. Se prohibió a sus miembros afiliarse a partidos y sindicatos y se eligieron los oficiales por antigüedad. Con ello se abolían las patrullas obreras y se obstaculizaba el ingreso de sus miembros a la policía unificada. Aparentemente los ministros de la CNT votaron a favor del decreto. Pero las protestas consiguientes de las masas catalanas obligaron a la CNT a unirse al POUM para declarar que no aceptaría la medida. El 15 de marzo Jaime Ayguade, ministro de Orden Público, trató sin éxito de suprimir por la fuerza las patrullas obreras en los distritos de los alrededores de Barcelona. Ese fue uno de los problemas que provocó la disolución del gabinete catalán el 27 de marzo. Pero no hubo cambios cuando se reunió el nuevo gabinete, con ministros pertenecientes a la CNT, el 16 de abril. Ayguade no cejó en sus intentos de desarmar a las patrullas, mientras los ministros de la CNT permanecían en sus puestos y sus periódicos se limitaban a llamar a los obreros a no ceder a las provocaciones.

Liquidación de las milicias

Desde luego que ni podía pensarse en revivir un régimen burgués estable mientras la organización y administración de las fuerzas armadas permaneciera en manos de los sindicatos y partidos obreros, que presentaban las listas, pagos de salarios, los pedidos de aprovisionamiento, etcétera a los gobiernos de Madrid y Cataluña, y se interponían entre las milicias y los gobiernos.

Los estalinistas trataron de dar el “ejemplo” entregando sus milicias al control del gobierno, instituyendo el saludo militar, la supremacía de los oficiales sobre los soldados rasos, etcétera. “Nada de discusión, nada de política en el ejército”, clamaba la prensa estalinista, queriendo decir, desde luego, nada de discusión ni política obrera.

Las masas de la CNT hicieron caso omiso. Un tercio, al menos, de las fuerzas armadas eran miembros de la CNT, que sospechaban de los oficiales que les enviaba el gobierno, los relegaban al puesto de “técnicos” y les prohibían inmiscuirse en la vida social y política de las milicias. El POUM tenía diez mil milicianos que hacían lo mismo. El POUM reimprimió y repartió entre los milicianos el *Manual del Ejército Rojo* de Trotsky, que sentaba las bases para un régimen interno democrático y la vida política en el ejército. La campaña estalinista de liquidación de la vida interna democrática de las milicias bajo la consigna de “comando unificado” chocaba contra un simple interrogante, para el que no había respuesta: ¿por qué un comando unificado requiere necesariamente el restablecimiento del viejo régimen del cuartel y la supremacía de una casta burguesa de oficiales?

⁹ El servicio de inteligencia de la CNT descubrió el complot y *Solidaridad Obrera* lo dio a conocer al público el 27 y 28 de noviembre. Los estalinistas y la Esquerra se burlaron al principio, pero se vieron obligados a ordenar una investigación. El resultado fue que se descubrió que la principal fuerza tras el complot era el separatista Estat Catalá, organización de camisas pardas que había roto con la Esquerra. El secretario general y más de un centenar de afiliados fueron arrestados. El jefe de policía Reberter, miembro del Estat Catalá, fue juzgado y ejecutado. Casanovas, presidente del Parlamento Catalán, “coqueteó con el complot y luego lo rechazó”, dijo un comunicado oficial. ¿Se le permitió exiliarse a Francia... y volver a la vida política después de las jornadas de mayo!.

Pero el gobierno eventualmente encontró la forma de imponerse. Los decretos de militarización y movilización aprobados en septiembre y octubre con el consentimiento de la CNT y el POUM reglamentaron el reclutamiento de regimientos regidos por el viejo código militar. La selección sistemática de candidatos para los colegios de oficiales dio preponderancia a burgueses y estalinistas, y éstos se hicieron cargo de los nuevos regimientos.

Cuando los primeros reclutas del nuevo ejército estuvieron listos y el gobierno los envió al frente, se los opuso a las milicias, exigiéndose la reorganización de éstas según los mismos cánones. Entrado el mes de marzo el gobierno ya había logrado en gran medida sus propósitos en el frente de Madrid, controlado por los estalinistas. En los frentes de Aragón y el Levante, controlados por las milicias de CNT-FAI y el POUM, el gobierno preparó la liquidación de las milicias mediante una política implacable, sistemática, de no entregar armas. Se les informó que recibirían armas como para lanzar una ofensiva en estos frentes justo después de la reorganización. Pero las milicias de la CNT, con la sola fuerza de su masividad, impidieron el logro de los objetivos gubernamentales hasta después de las jornadas de mayo, cuando el general Pozas, ministro de Guerra bajo Azaña, se hizo cargo del frente de Aragón.

Pero en última instancia, el gobierno logró sus objetivos no en base a sus propios esfuerzos sino gracias a la consigna políticamente errónea de la CNT y el POUM, de “mando unificado bajo control de las organizaciones obreras”.

Los estalinistas y sus plumíferos “sin partido”, al estilo de Louis Fischer y Ralph Bates, han distorsionado deliberadamente la controversia CNT-POUM y el gobierno en torno a la reorganización militar. Los estalinistas presentan las cosas como si el POUM y la CNT hubiesen querido mantener las milicias mal organizadas en contra de un ejército eficaz y centralizado. Es ésta una mentira fantástica, como lo demuestran los miles de artículos en la prensa de la CNT y el POUM llamando a la creación de un ejército disciplinado bajo un mando centralizado. La verdadera discusión era: ¿quién controlará el ejército? El POUM y la CNT no eran los únicos que planteaban el problema. Al oponerse al plan original de Giral, de crear un ejército especial, *Claridad*, órgano de la UGT, había declarado: “Debemos cuidar que las masas y la dirección de las fuerzas armadas, que deben ser ante todo el pueblo en armas, no escapen de nuestras manos” (20 de agosto de 1936).

Ese era el verdadero problema. La burguesía logró imponerse porque la UGT, el POUM y la CNT-FAI cometieron el irreparable error de tratar de crear un ejército bajo control proletario dentro de un Estado burgués. Tan a favor estaban de la centralización y el mando unificado que votaron por los decretos del gobierno que sirvieron en los meses subsiguientes para liquidar todo control obrero del ejército. El consentimiento de la UGT, el POUM y la CNT a estas medidas no fue el menor de sus crímenes contra la clase obrera.

Su consigna de mando unificado bajo control de las organizaciones obreras era errónea porque no proponía ningún método para alcanzar ese objetivo. La consigna que había que levantar, desde el primer día de la guerra, era la de unificación de todas las milicias y los pocos regimientos existentes en una sola fuerza, con elección democrática de comités de soldados en cada unidad, centralizados en la elección de delegados para un consejo nacional. A medida que se reclutaban nuevos regimientos, sus comités de soldados ingresarían a los consejos regionales y nacional. De esa manera, haciendo ingresar a las masas armadas a la vida política cotidiana, se hubiera impedido efectivamente el control burgués de las fuerzas armadas.

El POUM tuvo una oportunidad extraordinaria de mostrar la eficacia de ese método. Durante ocho semanas ejerció el control organizativo directo de unos nueve mil milicianos en el frente de Aragón. Tuvo la oportunidad única de educarlos políticamente, elegir comités de soldados para dar el ejemplo a las demás milicias y luego exigir una unificación, donde sus fuerzas

entrenadas hubieran sido un poderoso fermento. *Nada de esto* se hizo. La prensa del POUM informaba de un congreso de representantes del frente de Aragón. En realidad no eran sino reuniones de funcionarios enviados por la dirección nacional. De hecho, el POUM *prohibió* la elección de comités de soldados. ¿Por qué? Porque, entre otras cosas, la política oportunista del POUM había provocado descontento en la base y la burocracia temía que la creación de comités daría a la Oposición de Izquierda un campo de acción en el que podía ganar.

La consigna sencilla, concreta de comités electivos de soldados era la única vía para asegurar el control obrero del ejército. Además, esta consigna no era más que un *paso transicional*, porque un ejército con control obrero no puede existir indefinidamente mano a mano con el Estado burgués. De seguir existiendo, el Estado burgués terminaría por liquidar inexorablemente el control obrero del ejército.

Los partidarios del control obrero en la UGT-CNT-POUM no levantaron una consigna concreta ni programa alguno para el desplazamiento del Estado burgués. Por tanto, su orientación básica condenó su oposición a la dominación burguesa del ejército a la impotencia.

El desarme de los obreros en la retaguardia

En las jornadas revolucionarias que siguieron al 19 de julio, los gobiernos de Madrid y Cataluña se habían visto obligados a aprobar el armamento de los obreros que ya se habían armado. Las organizaciones obreras recibieron el poder de entregar permisos de exportación de armas a sus afiliados. Para los obreros no sólo se trataba de resistir los intentos contrarrevolucionarios del gobierno, sino también la necesidad diaria de proteger a los comités campesinos de los elementos reaccionarios, custodiar fábricas, ferrocarriles, puentes, etcétera, contra las bandas fascistas, proteger la costa, descubrir nidos ocultos de fascistas, etcétera.

En octubre llegó el primer decreto de desarme, con la orden de entregar todos los fusiles y ametralladoras al gobierno. En la práctica se lo interpretó como un permiso para seguir entregando armas largas a los guardas industriales y comités campesinos. Pero sentó el precedente fatal.

El 15 de febrero el gobierno central exigió la requisita de *todas* las armas largas, además de las armas cortas sin permiso. El 12 de marzo el gabinete ordenó a las organizaciones obreras requisar las armas largas y cortas de sus afiliados, y entregarlas en 48 horas. El 17 de abril se aplicó directamente este decreto en Cataluña. La Guardia Nacional Republicana comenzó a desarmar a los obreros que veía en las calles, en nombre del gobierno. La policía desarmó a trescientos obreros miembros de la CNT y ostentando permisos emitidos por dicha organización en la última semana de abril.

Cualquier obrero con dos dedos de frente podía darse cuenta de que el pretexto de la necesidad de enviar armas al frente era una mentira cínica. Porque a la vez que se les quitaba los fusiles y pistolas, algunos de los cuales estaban en posesión de la CNT desde la época de la monarquía, las calles se llenaban de policías, armados hasta los dientes con fusiles, ametralladoras, obuses y carros blindados, nuevos, de fabricación rusa.

Métodos de represión extralegales: la GPU española

El 17 de diciembre de 1936 el órgano personal de Stalin, *Pravda*, declaró:

“En cuanto a Cataluña, ya ha comenzado la purga de trotskistas y anarcosindicalistas; se realizará con la misma energía que en la URSS”.

Sin embargo, los “métodos legales” eran demasiado lerdos. Se los complementó con bandas terroristas, equipadas con cárceles y salas de torturas propias, a las que se denominó

“preventorios”. No hay palabras para describir las buenas gentes reclutadas para este trabajo: ex militantes de la CEDA fascista, gánsteres cubanos, tratantes de blancas, falsificadores de pasaportes, sádicos.¹⁰ Originadas en la composición pequeñoburguesa del Partido Comunista, nutridas por su programa contrarrevolucionario, estas bandas organizadas de la GPU española utilizaron con los obreros los mismos métodos que los perros sanguinarios de Hitler entrenados, al igual que ellos, para exterminar la revolución,

Rodríguez, miembro de la CNT y Comisionado Especial de Prisiones en abril acusó formalmente a José Cazorla, miembro del Comité Central estalinista y Jefe de Policía en la Junta de Madrid, y a Santiago Carrillo, miembro también del Comité Central, de apoderarse ilegalmente de obreros arrestados por Cazorla pero absueltos por los tribunales revolucionarios y “llevar a dichas personas absueltas a cárceles secretas o a batallones milicianos comunistas del frente para usarlos como 'fortificaciones'“. Fue en vano que la CNT exigiera una investigación. Recién cuando quedó demostrado que la pandilla de Cazorla, como complemento, trabajaba con chantajistas que soltaban a fascistas importantes de las cárceles sin permiso gubernamental, Cazorla fue relevado. Lo reemplazó Carrillo, otro estalinista, y la GPU extralegal y sus cárceles privadas siguieron funcionando como antes.

“Está quedando claro que las organizaciones de la Checa¹¹ descubiertas recientemente en Madrid [...] están directamente vinculadas a centros parecidos que operaban bajo una dirección unificada sobre la base de un plan preconcebido de alcances nacionales”, escribió *Solidaridad Obrera* el 25 de abril de 1937. El 8 de abril, la CNT logró, pruebas en mano, el arresto de una pandilla estalinista y la remoción del gobernador civil de Murcia, por mantener cárceles privadas y salas de tortura. El 15 de marzo, 16 miembros de la CNT fueron asesinados por los estalinistas en Villanueva de Alcardete, provincia de Toledo. Cuando la CNT exigió el castigo, *Mundo Obrero* respondió en defensa de los asesinos, calificándolos de antifascistas revolucionarios. La investigación judicial demostró que una pandilla de estalinistas, entre ellos los alcaldes estalinistas de Villanueva y Villamayor, operando como “Comité de Defensa”, había asesinado a sus opositores políticos, saqueado, exigido tributos y violado a mujeres indefensas de la zona. Cinco estalinistas fueron condenados a muerte, otros ocho a prisión.

El pandillismo organizado de la GPU española es cosa probada en los tribunales del propio gobierno español. Aquí nos hemos limitado a exponer algunos casos confirmados jurídicamente. Pero la prensa de la CNT está llena de cientos de casos en que la GPU complementó la contrarrevolución “legal”.

¹⁰ *Culture Proletaria*, periódico antirracista de Nueva York, publicó el siguiente informe, proveniente de Cuba: “El PC [...] envió 27 oficiales del viejo ejército que no tienen nada que ver con los obreros, son mercenarios del ejército de Machado [...] En su último viaje, el ‘Mexique’ llevó un contingente de estos falsos milicianos (con pocas excepciones), entre ellos, los tres hermanos Álvarez, ex matones de Machado que participaron en la represión de la huelga de Bahía. El 29 de este mes [...] también viaja como miliciano comunista el ‘Sargento del Toro’. Es un asesino cabal de la época de Machado, guardaespaldas del presidente del Senado en esa época. Fue uno de los que participó en la masacre de la movilización obrera del 27 de agosto”. El ex secretario del CEDA valenciano es ahora militante del PC. Hasta Louis Fischer reconoce que los “generales y los políticos burgueses y muchos campesinos que aprueban la política del PC de proteger a los pequeños propietarios, se le han unido [...] su nueva filiación política refleja esencialmente la desesperación del viejo sistema y la esperanza de salvar algunos de sus restos”. Como señala Anita Brenner, es una buena descripción del grupo social que acudió a la filas de Hitler. Para mayores detalles acerca de la GPU y la represión española, véase el excelente artículo de Anita Brenner “Informe sobre la contrarrevolución”, *Modern Monthly*, septiembre de 1937.

¹¹ Los anarquistas se refieren a la GPU. En general no quieren comprender que existe un abismo entre la Cheka, que reprimía implacablemente a los Guardias Blancos y sus partidarios en los primeros años de la Revolución Rusa, y la GPU estalinista, que reprime y asesina sin piedad a los revolucionarios proletarios.

IX. La contrarrevolución y las masas

Pensar que las masas socialistas y anarquistas no estaban alarmadas por el avance de la contrarrevolución sería calumniarlas. El descontento, sin embargo, no basta. Es necesario, además, encontrar la salida. Sin una estrategia firme y bien elaborada para rechazar la contrarrevolución y llevar a las masas al poder estatal, el descontento puede acumularse indefinidamente y sólo aflorar en estallidos esporádicos, desesperados, condenados al fracaso. En otras palabras, las masas requieren una dirección revolucionaria.

El descontento cundía especialmente entre las bases de la CNT y la FAI. Se filtraba en cientos de artículos y cartas en la prensa anarquista. Aunque los ministros anarquistas en Valencia y la Generalitat votaban a favor de los decretos del gobierno o se sometían a ellos sin protestar, su prensa no osaba asumir la defensa de la política gubernamental. Con el incremento de la represión gubernamental, aumentaba la presión de los obreros de la CNT sobre su dirección.

El 27 de marzo los ministros de la CNT renunciaron a sus puestos en el gobierno catalán. La crisis de gabinete subsiguiente duró tres semanas. “No podemos sacrificar la revolución en aras de la unidad – declaró la prensa de la CNT~. Basta de concesiones al reformismo”. “La unidad se ha hecho hasta ahora en base a nuestras concesiones”. “Ya no podemos retroceder más”.

Pero qué proponía ahora exactamente la dirección de la CNT era un misterio. Companys desinfló prolijamente sus posiciones con un resumen de la acción del gabinete desde diciembre, demostrando que los ministros de la CNT habían votado a favor de todo: el desarme de los obreros, los decretos de movilización y reorganización del ejército, disolución de las patrullas obreras, etcétera. Terminad con esta farsa y volved a vuestros puestos, decía Companys. Y, en realidad, los ministros de la CNT estaban dispuestos a volver al cabo de la primera semana. Pero en ese momento los estalinistas exigieron una nueva capitulación: las organizaciones que contaran con puestos ministeriales debían firmar una declaración conjunta, juramentándose a llevar a cabo una serie de tareas fijadas. Los ministros de la CNT protestaron que bastaría con una declaración ministerial habitual después de la constitución del nuevo gabinete: la propuesta estalinista hubiera dejado a los ministros de la CNT totalmente indefensos ante las masas. Así, la crisis de gabinete se prolongó durante dos semanas más.

Luego se produjo una pequeña escena que no fue más que una división del trabajo, por la cual los dirigentes de la CNT quedaron más atados que nunca a la Generalitat. Companys aseguró a la CNT que estaba con ellos, no con los estalinistas, y ofreció sus servicios para “obligar” a los estalinistas a retirar su demanda. Al mismo tiempo el primer ministro Tarradellas, lugarteniente de Companys, defendió la administración de las industrias bélicas (en manos de la CNT) contra un ataque del órgano del PSUC, *Treball*, acusándolo de contener “las mentiras más arbitrarias”. Por estos pequeños servicios, la CNT dio a Companys un abyecto apoyo político incondicional:

“Declaramos públicamente que la CNT se encuentra al lado del presidente de la Generalitat, Luis Companys, a quien hemos ofrecido todas las facilidades necesarias para la solución de la crisis política. Estamos al lado del presidente que, sin ninguna clase de alabanza servil –procedimiento que sería incompatible con la moral de nuestro movimiento revolucionario– sabe que puede contar con nuestro más profundo respeto y nuestro más sincero apoyo”. (*Solidaridad Obrera*, 15 de abril de 1937, p. 12.)

Desde luego que Companys logró convencer a los estalinistas de que retiraran su exigencia de un nuevo pacto y, para el 16 de abril, la crisis de gabinete quedaba “resuelta”. Al igual que su predecesor, el nuevo gabinete daba la mayoría a la burguesía y los estalinistas, y, desde luego, no difería en nada de aquél.

Las masas de la CNT no podían ser tan “flexibles”. Tenían una tradición heroica de lucha a muerte contra el capitalismo. Cada vez más el renacimiento del Estado burgués se producía sobre sus espaldas. La inflación y el manipuleo incontrolado de los precios por los comerciantes que “mediaban” entre el campesinado y las masas urbanas provocó un alza vertical de los precios. En este periodo el alza de los precios es el *leit motif* de toda la actividad. La prensa dedica páginas y páginas al problema. La situación de las masas se vuelve más intolerable con cada día que pasa y los dirigentes de la CNT no proponen salida alguna.

Muchas voces empezaban a clamar por la vuelta al apoliticismo tradicional de la CNT. “¡No más gobiernos!” Sus periódicos locales rompieron la disciplina para corear la consigna. Era el fruto de la desesperación inconsciente

Mucho más significativo fue el surgimiento de la organización Amigos de Durruti. En nombre del dirigente asesinado, surgió un movimiento que había asimilado la necesidad de participar en la vida política pero que rechazaba toda colaboración con la burguesía y los reformistas. Los Amigos de Durruti se organizaron para arrancarle la dirección a la burocracia de la CNT. En los últimos días de abril empapelaron toda Barcelona con sus consignas de ruptura abierta con la dirección de la CNT. Las consignas abarcaban todos los puntos esenciales de un programa revolucionario: todo el poder a la clase obrera, organismos democráticos de obreros, campesinos y combatientes, como expresión del poder obrero.

Los Amigos de Durruti reflejaban un fermento profundo en el movimiento libertario. El primero de abril la Juventud Libertaria de Cataluña (*Ruta*, 1 de abril de 1937) denunciaba en un manifiesto a las “Juventudes Socialistas Unificadas [estalinista] quienes primero ayudaron a reflotar las acciones de Azaña –que tan bajo habían caído en los primeros días de la revolución, cuando trató de huir del país– y que llamaban a la Juventud Católica Unida e inclusive a los simpatizantes del fascismo”; acusaba al bloque burgués-estalinista de “apoyar abiertamente las intenciones de los gobiernos inglés y francés de cercar la revolución española”; denunciaba furiosamente los asaltos contrarrevolucionarios a las editoriales y la emisora de radio del POUM en Madrid. Señalaba que “al frente de Aragón se le niega armas porque es decididamente revolucionario, para luego echar tierra sobre las columnas que operan en dicho frente”; “el Gobierno Central boicotea la economía catalana para obligarnos a renunciar a nuestras conquistas revolucionarias”; “envían al frente a los hijos del pueblo pero mantienen en la retaguardia fuerzas uniformadas con propósitos contrarrevolucionarios”; “han ganado terreno para una dictadura: ¡pero no proletaria!, sino burguesa”.

Para diferenciar claramente a la Juventud Anarquista de los ministros de la CNT, el manifiesto terminaba diciendo: “Estamos firmemente dispuestos a no responsabilizarnos por los crímenes y traiciones de que es objeto la clase obrera [...]. Estamos dispuestos a volver, de ser necesario, a la lucha clandestina contra los mentirosos, contra los tiranos del pueblo y contra los miserables mercaderes de la política”. Un editorial en la misma edición de *Ruta* decía: “Que no vengan ciertos camaradas a apaciguarnos con palabras. No renunciaremos a nuestra lucha. Los automóviles oficiales y la vida sedentaria de la burocracia no nos deslumbran”. ¡Esto decía la organización oficial de la juventud anarquista!

Pero el reagrupamiento no se produce en un día o un mes. La CNT poseía una larga tradición y el descontento de su base sólo podía convertirse en una movilización por un programa y dirección nuevos a paso lento. Sobre todo porque no existía una organización revolucionaria que estimulara el proceso.

La respuesta del POUM a la contrarrevolución

Se estaba abriendo un abismo entre la dirección y las masas de la CNT. ¿Entraría el POUM en la brecha para ponerse a la cabeza de las masas combativas?

El predominio de una tendencia muy difundida en las filas de la CNT a volver al apoliticismo tradicional constituía una crítica mortífera al POUM, que nada había hecho para ganar a esos obreros para una vida política revolucionaria. Asimismo, sin ayuda de la dirección del POUM, estaba surgiendo una corriente verdaderamente revolucionaria en los Amigos de Durruti y la Juventud Libertaria. Si alguna vez el POUM iba a independizarse de la dirección de la CNT, ¡éste era el momento!

El POUM no hizo nada por el estilo. Por el contrario, durante la crisis de gabinete del 26 de marzo al 16 de abril reveló que nada había aprendido de su participación en la Generalitat. El Comité Central del POUM aprobó la siguiente resolución:

“Se necesita un gobierno que canalice las aspiraciones de las masas, proponiendo una solución radical y concreta a todos los problemas mediante la creación de un nuevo orden que garantice la revolución y la victoria en el frente. Este gobierno sólo puede ser un gobierno formado por representantes de todas las organizaciones políticas y sindicales de la clase obrera que propondría como tarea inmediata la realización del siguiente programa. (*La Batalla*, 30 de marzo.)

El programa de quince puntos que propone no sería malo... para un gobierno revolucionario. Pero lo absurdo de proponérselo a un gobierno que por definición incluye a los estalinistas y a la Unión de Rabassaires (campesinos independientes), controlada por la Esquerra, aparece en el último punto del programa: convocatoria de un congreso de delegados de los sindicatos, campesinos y combatientes que a su vez elija a un gobierno obrero y campesino permanente.

Durante seis meses el POUM había dicho que los estalinistas eran los organizadores de la contrarrevolución.

¿Cómo, entonces, podía proponer colaborar con ellos en el gobierno y en la convocatoria del congreso? La única conclusión que los obreros podían sacar de dicha propuesta era que la caracterización que hacía el POUM de los estalinistas era mera cháchara fraccional, y ya no tomaría en serio las acusaciones del POUM a los estalinistas. ¿Y Companys y su Esquerra? Un gabinete nuevo debe recibir el mandato de Companys, y el POUM no proponía quebrantar esta ley. ¿Era concebible que Companys aceptara un gobierno que pudiera convocar semejante congreso? También de aquí las masas sólo podían sacar la conclusión de que las críticas del POUM al papel obligatoriamente contrarrevolucionario de la Esquerra de Companys, no eran serias.

De hecho, las masas no podían llegar a la conclusión de que el POUM otorgaba importancia fundamental a dicho congreso. Mucho más importante parecía la entrada del POUM a la Generalitat. *La Batalla* (30 de marzo) publicaba dos columnas paralelas con este título: “Balance de dos periodos de gobierno”. Una, “El gobierno en que participó el POUM”; la otra, “El gobierno en que no participó el POUM”. Al gobierno del 26 de septiembre al 12 de diciembre se lo describe líricamente como un periodo de construcción revolucionaria. De esa manera el POUM todavía se negaba a comprender cómo el gobierno en el cual había participado comenzó el avance a pasos agigantados hacia la reanimación del Estado burgués. De esas tablas el obrero podía sacar una única conclusión: lo único que hacía falta era readmitir al POUM en el gobierno.

La propuesta del POUM no era más que una cínica propuesta de retorno al gobierno del 26 de septiembre. El órgano del POUM de Lérida, *Adelante* (13 de abril), lo dice claramente, al hablar más abiertamente de un gobierno donde las organizaciones obreras ocupen los

primeros puestos y las burguesas los secundarios. ¡La dirección del POUM había echado en saco roto las lecciones de ocho meses!

Veamos más de cerca la propuesta del POUM de convocar a un congreso de delegados sindicales, campesinos y combatientes. Suena “casi” a soviets; en efecto, se trataba de engañar a la inquieta ala izquierda del POUM. Pero no tiene nada que ver con la concepción leninista de los soviets.

No hay que olvidar – los estalinistas lo han enterrado totalmente – que los soviets *no aparecen* como órganos de poder estatal. Surgieron en Rusia en 1905 y 1917, y en Alemania y Austria en 1918 más bien como poderosos comités de huelga y representativos de las masas para tratar problemas concretos mediatos y negociar con el gobierno. Mucho antes de estar en condiciones de tomar el poder actúan como órganos de defensa de los intereses cotidianos de los obreros. Mucho antes de que los diputados obreros, campesinos y soldados se reúnan en congreso nacional, se deben formar los soviets por ciudad, aldea y regimiento que después se unificarán en un organismo nacional. La forma de comenzar a crear tal congreso consiste en elegir comités de obreros, campesinos y soldados allí donde se les pueda enseñar a los trabajadores a funcionar a través de sus propios comités. El ejemplo de unos cuantos comités en algunas fábricas y regimientos ganará a las masas para estos organismos, el método de representación más democrático que conozca la humanidad. Recién entonces puede convocarse a un congreso para tratar de tomar el poder.

Más aún, en ese momento el congreso reflejará inevitablemente, y en forma más precisa que cualquier otro organismo, el nivel político de las masas. Si las organizaciones estalinistas, anarquistas, reformistas en general, siguen siendo poderosas, el gobierno reflejará su línea política. En fin, no hay ninguna magia en los soviets: son simplemente la forma más precisa de representación política de las masas, la que más rápido las refleja y la que más responde a sus cambios.

La mera convocatoria del congreso no resolvería la tarea fundamental del POUM: *arrancarles a los estalinistas y anarquistas la dirección política de la mayoría de la clase obrera*. El congreso concentraría los pensamientos y deseos políticos de las masas como ningún otro organismo podría hacerlo. Sería el escenario en que el partido revolucionario podría ganar el apoyo de la clase obrera, pero sólo en la lucha más intransigente contra las líneas políticas falsas de los reformistas de todo pelaje.

Si el POUM propusiera seriamente la convocatoria al congreso, no le pediría al gobierno que lo convocara sino que llamaría a la elección de tales comités donde fuera posible. Pero el POUM no eligió tales comités siquiera en las fábricas y milicias bajo su control. Sus diez mil milicianos eran dirigidos burocráticamente por funcionarios elegidos en el Comité Central del partido, prohibiéndose expresamente la formación de comités de soldados. A medida que se intensificaba la vida interna del partido y los obreros del ala izquierda exigían un nuevo curso, el control del partido sobre obreros y milicianos se volvía más burocrático. ¡Lindo ejemplo para inspirar a los obreros de otros lados a la creación de comités!

La forma soviética de organización se basa directamente en las fábricas, mediante la representación directa de cada fábrica de las localidades. Esto le permite al soviet el contacto directo con las fábricas, para renovarse mediante nuevas elecciones y reducir al mínimo el tiempo de concienciación política. Esta característica de los soviets también permite a los revolucionarios dialogar directamente con las fábricas, sin la mediación de burócratas sindicales. Pero, precisamente en esta característica fundamental, la propuesta del POUM difiere de los soviets: el POUM propone darles representatividad a los *sindicatos*. Esta fue simplemente otra concesión a los prejuicios de la dirección de la CNT que concibe a los sindicatos, y no a los soviets amplios de obreros, campesinos y soldados, como los

organismos que gobernarán la industria en la sociedad socialista y – ¡dicho sea de paso! – objetan el que los revolucionarios se acerquen a los obreros en las fábricas.

De modo que el proyecto utópico del POUM era un fraude, una falsificación destinada a existir únicamente en los papeles, una concesión carente de contenido al ala izquierda.

Quien busque una defensa sistemática de la política oportunista del POUM en los documentos de la organización, lo hará en vano. Aquí y allá aparece algún párrafo que podría ser el germen de una nueva teoría. Por ejemplo, Nin aparentemente creía que la única forma genuina de dictadura del proletariado debe basarse en la dirección de más de un partido obrero:

“La dictadura del proletariado no es lo que impera en Rusia, que es la dictadura de un partido. Los partidos obreros reformistas trabajaron en los soviets por la lucha armada contra los bolcheviques, y esto creó las condiciones para que el Partido Bolchevique tomara el poder. En España nadie puede pensar en una dictadura de un partido sino en un gobierno de plena democracia obrera”. (*La Batalla*, 23 de marzo de 1937)

De esa manera Nin liquida de un plumazo la democracia soviética de los primeros años que siguieron a la Revolución de Octubre y la historia del proceso de reacción, fruto del aislamiento de la revolución respecto de Europa, que en Rusia condujo a la dictadura, pero no de un partido sino de una burocracia. Si hemos de tomar en serio sus palabras, en España no podría haber dictadura del proletariado, por grande que fuese la influencia del POUM, a menos que otras organizaciones (la CNT y la FAI) estuviesen de acuerdo en luchar por imponerla; en caso contrario, ¡España está condenada a sufrir la explotación capitalista! Así racionaliza Nin su seguidismo a los dirigentes de la CNT.

El quid del problema reside en que Nin abandonó la concepción leninista de los soviets, explícitamente:

“En Rusia no había tradición democrática. No existía una tradición de organización y de lucha en el proletariado. Nosotros contamos con ella. Tenemos sindicatos, partidos, publicaciones. Un sistema de democracia obrera.

Se comprende, pues, que en Rusia los soviets alcanzaran la importancia que tuvieron. El proletariado no tenía sus organizaciones propias. Los soviets fueron una creación espontánea que en 1905 y en 1917 tomaron carácter político.

Nuestro proletariado tenía ya sus sindicatos, sus partidos, sus organizaciones propias. Por esto, los soviets no han surgido entre nosotros.” (“El problema del poder en la revolución”, *La Batalla*, 27 de abril de 1937.)

Una vez embarcados en una línea errónea, oportunista, los revolucionarios degeneran a un ritmo asombroso. ¿Quién hubiera creído, hace unos años, que Nin sería capaz de escribir estas líneas? Se le “escapa” la inmensa “tradición de organización y lucha” acumulada por el proletariado ruso en la Revolución de 1905, en base al estudio y análisis de la cual se prepararon los cuadros que hicieron la Revolución de Octubre. ¿Qué tiene de particularmente “rusa” la organización de tipo soviético? En 1918 surgieron soviets en países de tradición proletaria muchísimo más rica que España: Alemania y Austria. Más aun, ¿qué eran en realidad los comités de fábrica, los comités de milicia, los comités de aldea, los comités obreros de aprovisionamiento, las patrullas obreras, los comités obreros de investigación, etcétera, etcétera, que surgieron en España en 1936? ¿no eran acaso piedras basales que sólo requerían una mayor politización y coordinación, representación directa de las masas en lugar de sus organizaciones, para crear el poder soviético? La racionalización de Nin es lastimosa; no resiste el menor análisis. En septiembre Nin se había unido a la burguesía y los estalinistas para abolir explícitamente el poder dual soviético (una “duplicación innecesaria”)... y nueve

meses mas tarde decía con toda desfachatez que “los soviets no han surgido en nuestro medio”.

Así, la dirección del POUM iba a la cola de la CNT. En lugar de asimilar las lecciones del leninismo, las denunciaron como... trotskismo. ¿Por qué los estalinistas nos llaman trotskistas? : he ahí la eterna queja de la dirección del POUM. El siguiente artículo, de la pluma de Gorkin, es típico:

“En todo caso, Trotsky no ha dado motivos para que se nos llame trotskistas. En 1931 publicó dos artículos sobre el Bloque Obrero y Campesino y su jefe Maurín. Segin él [Trotsky] nuestra línea política era un “mezcla de prejuicios pequeñoburgueses, ignorancia, 'ciencia' provinciana y bellaquería política...”

Con la guerra civil española se ha manifestado una vez más el sectarismo de Trotsky [...] El representante actual de la Cuarta Internacional en España, a dos horas de arribar y a un cuarto de hora de conversar con nosotros, sacó de su bolsillo un programa preparado a priori y nos aconsejó sobre la táctica que debíamos aplicar. Le sugerimos cortésmente que paseara por Barcelona y estudiara un poco mejor la situación. Este ciudadano [...] es el símbolo perfecto del trotskismo: de un doctrinarismo sectario, de una gran autosuficiencia, seguro de poseer la piedra filosofal revolucionaria”. (*La Batalla*, 24 de abril de 1937.)

No sólo Trotsky criticó esa autosuficiencia provinciana, herencia de Maurín. En agosto de 1931 el propio Nin había declarado que el peligro mayor que acechaba al Bloque Obrero y Campesino era el desprecio de Maurín por las lecciones de la revolución rusa. Al heredar el cetro de Maurín, Nin había tomado esa tradición de ceguera provinciana.

No todos los que siguieron a Nin en 1931 aceptaron su renuncia del leninismo. Siendo la sección más castigada por la represión estalinista burguesa, la organización madrileña del POUM aprobó por abrumadora mayoría un programa de oposición basado en la política leninista. El 15 de abril de 1937, el sector más importante del partido, la sección de Barcelona, votó a favor de la creación inmediata de soviets. Nin y Gorkin debieron recurrir a maniobras burocráticas para impedir la expansión del ala izquierda. Los disidentes fueron traídos bajo guardia desde el frente y expulsados. Se prohibió la formación de fracciones. Más importante que la represión de la dirección fue, naturalmente, la represión gubernamental de los obreros que se destacaban en las bases y en las fábricas. Los obreros del ala izquierda del POUM – los expulsados que se constituyeron en Bolchevique-leninistas de España (Cuarta Internacional) – se ligaron estrechamente a los obreros anarquistas, sobre todo a los “Amigos de Durruti”. Pero el reagrupamiento fue demasiado lento. Antes de que las fuerzas revolucionarias pudieran agruparse y ganar la confianza de las masas, transformar ese descontento en pugna por el poder, sustituir la desesperación subjetiva de las masas por una estrategia objetiva de dirección, la amargura de los obreros sin dirección se había salido de madre: el 3 de mayo se alzaron las barricadas.

X. Las jornadas de mayo: barricadas en Barcelona

Barcelona siempre había sido el gran centro industrial de España; lo fue aún más después del estallido de la guerra civil; y esas fuerzas económicas estaban ahora en manos de obreros y campesinos (así lo creían ellos). Allí estaba toda la industria textil española. Sus obreros proveían al ejército y la población civil de ropa y mantas, y también de las vitales exportaciones. Con el virtual aislamiento de las plantas metalúrgicas y siderúrgicas de Bilbao del resto de España, los obreros metalúrgicos y químicos de Cataluña habían creado, con heroico esfuerzo, una gran industria bélica para pertrechar a los ejércitos antifascistas. Las granjas colectivas, con las mejores cosechas de la historia de España, alimentaban a los ejércitos y ciudades y exportaban frutos cítricos. Los marineros de la CNT llevaban las exportaciones con las que España conseguía créditos en el extranjero y volvían con preciosas cargas para la

lucha contra Franco. Las masas de la CNT mantenían los frentes de Aragón y Teruel; habían enviado a Durruti y lo mejor de sus milicias para salvar a Madrid en el momento preciso. En una palabra, el proletariado catalán era la espina dorsal de las fuerzas antifascistas, y lo sabía.

Más aún, después del 19 de julio el propio Companys reconoció este poder. El presidente de Cataluña había dirigido la palabra a la CNT y la FAI en las jornadas de julio:

“Siempre se os ha perseguido con gran severidad y yo, con gran dolor pero obligado por la realidad política, yo, quien alguna vez estuve con vosotros, me vi obligado a oponerme a vosotros y perseguiros. Hoy sois amos de la ciudad y de Cataluña, porque vosotros solos vencisteis a los soldados fascistas. Espero que no os desagrade que os recuerde que no os faltó la ayuda de algunos o muchos hombres de mi partido y de las guardias [...] Habéis conquistado y todo está en vuestro poder. Si no me necesitáis o queréis como presidente, decídmelo, y seré otro soldado en la lucha antifascista. Si, por el contrario, me creéis cuando digo que sólo abandonaré este puesto al fascismo victorioso cuando sea un cadáver, quizás, con mis camaradas, y mi nombre y prestigio, pueda servir”. En consecuencia, la alarma y rabia de las masas catalanas ante las conquistas contrarrevolucionarias eran las emociones de hombres liberados, amos de su destino, ante el peligro de volver a ser esclavos. ¡Nada de someterse sin luchar!

El 17 de abril – al día siguiente del reingreso de los ministros de la CNT a la Generalitat – una fuerza de carabineros llegó a Puigcerdá y exigió que las patrullas obreras de la CNT entregaran la aduana. Mientras los dirigentes máximos de la CNT acudían a Puigcerdá a negociar una solución pacífica, es decir, a convencer a los obreros de que entregaran el control de la frontera, guardias de asalto y civiles fueron a Figueras y otras ciudades de la provincia a arrancar el control de la policía de manos de las organizaciones obreras. Al mismo tiempo, en Barcelona, guardias de asalto procedían a desarmar obreros en la calle. Durante la última semana de abril informaron haber desarmado trescientos obreros. Todas las noches había choques entre obreros y guardias. Camiones cargados de guardias desarmaban a los obreros solitarios. Los obreros respondían. Al obrero que no se entregaba, lo fusilaban. A su vez, francotiradores obreros mataban guardias.

El 25 de abril fue asesinado en Molins de Llobregat el dirigente sindical del PSUC Roldán Cortada. Hasta el día de hoy no se conoce al asesino. La CNT denunció el asesinato y propuso una investigación. El POUM señaló como hecho notable que, antes de la fusión, Cortada había sido correligionario de Caballero y se oponía al espíritu pogromista que trataban de imponer los estalinistas. Pero el PSUC utilizó la ocasión para denunciar a los “incontrolables”, “agentes fascistas ocultos”, etcétera. El 27 de abril los representantes de la CNT y el POUM asistieron al funeral de Cortada, para encontrarse con una demostración de las fuerzas contrarrevolucionarias. Durante tres horas y media el “cortejo” – soldados y policías del PSUC y del gobierno, traídos desde los lugares más distantes y armados hasta los dientes – atravesó los distritos obreros de Barcelona. Era un desafío que las masas de la CNT no dejaron de ver. Al día siguiente el gobierno envió una expedición punitiva a Molins de Llobregat, arrestó a los dirigentes anarquistas locales y los llevó esposados a Barcelona. Esa noche y la siguiente, grupos de la CNT y la PSUC-Guardia de Asalto se desarmaban mutuamente en las calles. En las calles de los suburbios obreros aparecieron las primeras barricadas.

Los carabineros, reforzados por el PSUC, atacaron las patrullas obreras en Puigcerdá. Antonio Martín, alcalde y dirigente de la CNT, popular en toda Cataluña, fue fusilado por los estalinistas.

El Primero de Mayo, la más vieja y querida de las celebraciones proletarias, amaneció con la prohibición gubernamental de realizar demostraciones y mítines en toda España.

En esas últimas jornadas de abril los obreros de Barcelona supieron por primera vez, por las páginas de *Solidaridad Obrera*, qué les había ocurrido a sus camaradas en Madrid y Murcia a manos de la GPU estalinista.

* * *

La Telefónica, edificio central de teléfonos que dominaba la plaza más importante de Barcelona, había sido ocupada por las tropas fascistas el 19 de julio de 1936. Los guardias de asalto enviadas por el gobierno la habían entregado sin luchar. Su reconquista le había costado muchas bajas a la CNT: tanto más valiosa era la posesión del edificio. Desde el 19 de julio ondeaba en su torre la bandera roja y negra de la CNT. Todos los obreros de la ciudad la veían. Desde el 19 de julio las comunicaciones telefónicas habían estado en manos de comités de la CNT-UGT con la presencia de una delegación gubernamental en el edificio. El personal era de la CNT en su casi totalidad y guardias armadas de la CNT lo defendían contra asaltos fascistas.

El control de la Telefónica era un caso concreto de poder dual. La CNT podía escuchar las llamadas del gobierno. El bloque burgués-estalinista jamás sería amo de Barcelona mientras los obreros estuviesen en condiciones de interrumpir la coordinación telefónica de las fuerzas gubernamentales.

El lunes 3 de mayo, a las 15 horas, tres camiones repletos de guardias de asalto llegaron a la Telefónica, bajo el mando del PSUC.¹² Tomados por sorpresa, los guardias de los pisos bajos fueron desarmados. Un poco más arriba, una ametralladora impedía el ascenso. Salas pidió refuerzos. Los dirigentes anarquistas le rogaron que abandonara el edificio. Se negó. La noticia corrió como un reguero de pólvora a las fábricas y los barrios obreros.

¹² La prensa estalinista “solucionó” el problema espinoso de justificar la toma armada de la Telefónica con al menos cuatro explicaciones distintas: 1) “Salas envió a la policía republicana a desarmar a los empleados, casi todos afiliados a los sindicatos de la CNT. Durante bastante tiempo se había manejado el sistema telefónico de manera sumamente criticable, y era decisivo para todo el curso de la guerra eliminar las deficiencias del servicio. (Daily Worker, Londres, 11 de mayo). 2) La policía “ocupó la central telefónica. No era intención de la policía infringir los derechos que la ley garantiza a los obreros (como sostuvieron posteriormente los provocadores trotskistas). El objetivo de la policía era poner las comunicaciones telefónicas bajo control directo del gobierno”. (*Inprecorr*, 22 de mayo). ¡Sin embargo, lo que “la ley garantiza” es el control obrero, sancionado en el decreto de la colectivización del 24 de octubre de 1936! 3) Una semana después, una nueva historia: “El camarada Salas fue a la Telefónica que, en la noche anterior, había sido ocupada por 50 militantes del POUM y varios elementos incontrolables. La guardia forzó la entrada del edificio y expulsó a sus ocupantes., El asunto quedó solucionado rápidamente. Sorprendidos por la rápida acción de los guardias, las 50 personas abandonaron el edificio y la Telefónica a quedó nuevamente (!) en manos del gobierno”. (*Inprecorr*, 29 de mayo). 4) Esta es la versión final, la historia contada por Salas, según la sección catalana de la Comintern: “En primer lugar, no hubo ocupación de la Telefónica, ni se trataba de ocuparla. Recibí una orden firmada por Ayguade, ministro de Orden Público, que había que instalar allí un delegado gubernamental, quedando yo responsable de hacerlo. Entré en el edificio con el capitán Menéndez y mi guardia personal de hombres. Explicué cuál era mi misión y pedí hablar con algún miembro responsable del Comité. Se nos dijo que no había ninguno. Sin embargo, quedamos esperando en la planta baja mientras subían a ver. Dos minutos después, ciertos individuos empezaron a tirotearnos desde la escalera. No hubo heridos. Inmediatamente llamé para que enviaran guardias, no para ocupar el edificio, al que ya habíamos ingresado, sino para montar un cordón a su alrededor e impedir la entrada. [...] Eroles (funcionario policial anarquista) y yo subimos a la planta superior del edificio, donde ya se habían instalado con una ametralladora, granadas de mano y fusiles. Subimos sin escolta ni armas. Arriba explicué el motivo de mi visita. Bajaron. Se instaló el delegado conforme a las órdenes. Se retiraron las fuerzas. No hubo bajas ni arrestos”. Según la CNT, esta historia es mentira: Salas desarmó a la guardia del edificio y obligó a los trabajadores telefónicos a levantar las manos; los guardias de los pisos altos justo se retiraron al día siguiente, luego de un acuerdo general de retirada de ambos bandos, que el gobierno se apresuró a violar. Las cuatro versiones estalinistas demuestran las dificultades para encubrir la sencilla verdad: querían poner fin al control obrero de la Telefónica y lo hicieron.

En dos horas, a las 17, los obreros ya acudían a los locales de la CNT- FAI y el POUM para armarse y levantar barricadas. Desde los calabozos de la dictadura de Rivera hasta el día de hoy, la CNT-FAI siempre ha mantenido sus comités de defensa locales, con su tradición de iniciativa local. Mientras no hubo dirección, hasta la semana siguiente, esos comités lo fueron. En la primera noche casi no hubo disparos, puesto que los obreros eran incomparablemente más fuertes que las fuerzas gubernamentales. En los barrios obreros, muchos policías gubernamentales, que no tuvieron estómago para presentar pelea, entregaban sus armas pacíficamente. Un testigo ocular, Lois Orr, escribe:

“Para la mañana siguiente (martes, 4 de mayo), los obreros armados dominaban casi toda Barcelona. Todo el puerto, y con él la fortaleza de Montjuich, cuyos cañones dominan el puerto y la ciudad, lo tenían los anarquistas, todos los suburbios estaban en sus manos; las fuerzas gubernamentales, exceptuando algunos cuarteles aislados, estaban totalmente superadas en número y concentradas en el centro de la ciudad, el distrito burgués, donde se los podía atacar desde todos los ángulos como atacaron a los rebeldes el 19 de julio de 1936”.

Las crónicas de la CNT, el POUM y otras fuentes lo confirman.

En Lérida los guardias civiles entregaron sus armas a los obreros en la noche del lunes; lo mismo ocurrió en Hostafranchs. El POUM y la CNT tomaron, como “medida preventiva”, los locales del PSUC y el Estat Catalá en Tarragona y Gerona. Esto no era sino un comienzo de lo que podía hacerse, porque las masas catalanas se agruparon en su abrumadora mayoría en torno al estandarte de la CNT. La toma formal de Barcelona, la constitución de un gobierno revolucionario, hubiera llevado, del día a la noche, al poder obrero. Ni la CNT ni el POUM sostienen seriamente lo contrario.¹³

Es por eso que las bases izquierdistas del POUM y la CNT, más algunos sectores de la Juventud Libertaria, los Amigos de Durruti y los Bolcheviques Leninistas llamaban a la toma del poder por los obreros a través de la creación de órganos democráticos de defensa (soviets). El 4 de mayo los bolcheviques-leninistas sacaron este panfleto y lo repartieron por las barricadas:

“VIVA LA OFENSIVA REVOLUCIONARIA

Nada de compromisos. Desarmar a la Guardia Nacional Republicana y las Guardias de Asalto reaccionarias. Este es el momento decisivo. Después será demasiado tarde. Huelga general en todas las industrias salvo las relacionadas con la prosecución de la guerra, hasta que renuncie el gobierno reaccionario. Sólo el poder proletario puede garantizar la victoria militar.

Total armamento de la clase obrera.

Viva la unidad de acción de CNT-FAI-POUM

Viva el frente revolucionario del proletariado.

Comités de defensa revolucionaria en talleres, fábricas y barrios.

Sección Bolchevique-Leninista de España (por la Cuarta Internacional)

Los panfletos de Amigos de Durruti, que exigían la creación de “una *Junta* revolucionaria, desarme total de las Guardias de Asalto y la Guardia Nacional Republicana”, saludaban al POUM por unirse a los obreros en las barricadas y caracterizar la situación en los mismos términos que los bolchevique-leninistas. Manteniendo la disciplina de sus respectivas organizaciones, la izquierda de la CNT, la izquierda del POUM y la Juventud Libertaria estaban potencialmente de acuerdo con los bolchevique-leninistas.

¹³ Hasta Fenner Brockway, dirigente del ILP, siempre a la derecha del POUM, sostiene que “durante dos días los obreros estuvieron en la cúspide. Una acción audaz y unificada de la dirección de la CNT hubiese derrocado al gobierno”.

Sin duda, estaban en lo cierto. Ningún exegeta de las direcciones de la CNT y el POUM ha podido presentar un argumento contra la toma del poder que resista el menor análisis. Ninguno se atreve a negar que los obreros podrían haber tomado fácilmente el poder en Cataluña. Defienden su capitulación con tres argumentos principales: que la revolución habría quedado aislada, circunscripta a Cataluña y habría sido derrotada desde afuera; que los fascistas podrían haber aprovechado esta brecha para irrumpir triunfantes; que la intervención directa de Inglaterra y Francia habría aplastado la revolución. Examinemos estos argumentos de cerca:

1. Aislamiento de la revolución: La forma más radical y plausible que recibe este argumento se basa en una analogía con la “movilización armada” de julio de 1917 en Petrogrado. “Hasta los bolcheviques, en julio de 1917, no se decidieron a tomar el poder y se limitaron a mantenerse a la defensiva, sacando a las masas de la línea de fuego para que hubiera el menor número de bajas posible”. Bastante irónicamente, quienes usan este argumento son los partidarios del POUM, del ILP y de Pivert, precisamente los que no se cansan de recordarles a los “trotskistas sectarios” que “España no es Rusia” y que, por tanto, la política bolchevique no es aplicable:

El análisis trotskista, bolchevique, de la revolución española, siempre se ha basado en la situación concreta de España. En 1931 advertimos que el desenvolvimiento veloz de los acontecimientos de la Rusia de 1917 no se repetiría en España. Por el contrario, utilizamos la analogía de la gran revolución francesa que, iniciada en 1789, pasó por una serie de etapas antes de llegar a su culminación en 1793. Justamente porque no esquematizamos los acontecimientos históricos, los trotskistas no tomamos en serio la analogía con julio de 1917.¹⁴

La movilización armada de Petrogrado estalló sólo cuatro meses después de la Revolución de Febrero, tres meses después de que las *Tesis de Abril* de Lenin dieran una orientación revolucionaria al Partido Bolchevique. “La abrumadora mayoría de la población de ese gigantesco país recién empezaba a salir de las ilusiones de febrero. En el frente había un ejército de doce millones de hombres, a los que justo entonces les llegaban los primeros rumores acerca de los bolcheviques. En esas condiciones, la insurrección aislada del proletariado petrogradense hubiera provocado inevitablemente su aplastamiento. Había que ganar tiempo. Fueron estas las circunstancias que determinaron la táctica bolchevique”.

En cambio, el mayo de 1937 español vino después de seis largos años de revolución que permitieron a las masas de todo el país adquirir una experiencia enorme. Las ilusiones democráticas de 1931 ya se habían hecho humo. Podemos citar testimonios de los dirigentes de la CNT, el POUM y los socialistas que demuestran que las ilusiones democráticas recreadas por el Frente Popular jamás prendieron entre las masas: en febrero de 1936 no votaron por el Frente Popular sino contra Gil Robles y por la liberación de los presos políticos. Las masas habían demostrado una y otra vez que estaban dispuestas a seguir hasta el fin: ¡las numerosas movilizaciones armadas de los anarquistas, los seis años de tomas de tierras, la insurrección de octubre de 1934, la Comuna de Asturias, la toma de las fábricas y la tierra después del 19 de julio! La analogía con el Petrogrado de julio de 1917 es infantil.

Doce millones de soldados rusos casi no tocados por la propaganda bolchevique podían ser lanzados sobre Petrogrado en 1917. Pero en España más de un tercio de las fuerzas armadas llevaban sus carnés de afiliados a la CNT; casi otro tercio eran afiliados de la UGT, en su mayoría socialistas de izquierda o bajo su influencia. Aun suponiendo que la revolución no se

¹⁴ Véase, de León Trotsky, *The Revolution in Spain* (La revolución en España) y *The Spanish Revolution in Danger* (La revolución española en peligro), Nueva York. Pioneer Publishers, 1931. [La mayoría de textos por Trotsky sobre España existen en castellano: *La revolución española* (2 vol.), Editorial Fontanella, 1977 - N. del Ed.]

extendiera inmediatamente a Madrid y a Valencia: ¡eso es una cosa muy distinta de decir que el gobierno de Valencia habría contado con tropas como para aplastar la República Obrera de Cataluña! Inmediatamente después de las jornadas de mayo, las masas de la UGT se mostraron claramente hostiles a la represión del proletariado catalán. Fue una de las razones que tuvo Caballero para abandonar el gobierno. Tanto menor la posibilidad de utilizarlas contra una república obrera triunfante. Ni siquiera las bases estalinistas hubieran provisto un ejército para ese propósito: una cosa es lograr que obreros y campesinos atrasados se contenten con una lucha por una república democrática; es otra cosa muy distinta conseguir que aplasten una república obrera. Cualquier intento por parte del bloque burgués-estalinista de reclutar una fuerza proletaria hubiera precipitado directamente la extensión del estado obrero al resto de la España leal.

Más aún: podemos decir que el ejemplo de Cataluña hubiera encontrado imitadores inmediatamente. ¿La prueba? A pesar de que trataba de consolidar la república burguesa, el bloque burgués estalinista se veía obligado por la atmósfera revolucionaria a levantar la consigna “Primero aplastemos a Franco, luego hagamos la revolución”. Era una consigna astuta, bien pensada para mantener a raya a las masas. Pero el hecho mismo de que la contrarrevolución se viera obligada a levantar semejante consigna demuestra que sus esperanzas de triunfo sobre la revolución no se basaban en el acuerdo de las masas sino en su amarga tolerancia. Las masas rechinaban los dientes y se decían: “debemos esperar hasta liquidar a Franco, luego liquidaremos a la burguesía y sus lacayos”. Este sentimiento, indudablemente muy difundido, hubiera desaparecido ante el ejemplo de Cataluña. Ese ejemplo hubiera puesto fin al sentimiento de “debemos esperar”.

El ejemplo catalán no hubiera afectado únicamente a la España leal. Una España obrera hubiera lanzado una guerra revolucionaria contra el fascismo que habría desintegrado las filas franquistas con armas políticas, antes que militares. Todas las armas políticas contra el fascismo, prohibidas por el Frente Popular, las habría utilizado la república obrera para enfrentar a Franco. Pocos días después del 19 de julio, Trotsky escribió:

“Como es sabido, una guerra civil se dirige no sólo con medios militares, sino también políticos. En el plano puramente militar, la revolución española es mas débil que sus enemigos. Pero su fuerza consiste en que es capaz de arrastrar a amplias masas. Incluso es capaz de privar a los oficiales reaccionarios de su ejército. Sólo hace falta avanzar seria y sagazmente el programa de la revolución socialista.

Es preciso proclamar la necesidad de que la tierra, los talleres, las fábricas, deben pasar desde ahora mismo de las manos de los capitalistas a las del pueblo. En las zonas donde el poder está en manos de los obreros, hay que avanzar hacia la realización práctica de este programa. El ejército fascista no resistiría más de veinticuatro horas a la atracción de un programa semejante. Los soldados atarían de pies y manos a los oficiales para llevarlos al más cercano Estado Mayor de las milicias obreras. Pero los ministros burgueses no podrían aceptar un programa de este tipo. Al frenar la revolución, están obligando a los obreros y campesinos a derramar diez veces más sangre en la guerra civil.”

La predicción de Trotsky se cumplió. Al temer a la revolución más que a Franco, el gobierno frentepopulista no dirigió propaganda alguna a los campesinos del ejército y la retaguardia de Franco. El gobierno se negó totalmente a prometer la entrega de la tierra a esos campesinos, y esa promesa no hubiera surtido el menor efecto a menos que el gobierno decretara la entrega de la tierra a los comités de campesinos en sus propias regiones, desde las cuales la noticia habría llegado por miles de vías a los campesinos del resto de España. Temiendo a la revolución más que a Franco, el gobierno rechazó todas las propuestas (inclusive la de Abd-el Krim y otros moros) de incitar a la revolución en Marruecos mediante una declaración de independencia para Marruecos. Temiendo a la revolución más que a Franco, el gobierno llamó al

proletariado internacional a conseguir que “sus” gobiernos apoyaran a España... pero jamás llamó al proletariado a ayudar a España a pesar de sus gobiernos y contra éstos.

No somos doctrinarios. No proclamamos la revolución todos los días. Juzgamos a partir de nuestro análisis concreto de la situación de España en mayo de 1937: Si se hubiera instaurado una república obrera en Cataluña, no habría sido aplastada ni aislada. Se habría extendido rápidamente al resto de España.

2. *Los fascistas habrían aprovechado la brecha*: la segunda excusa para no tomar el poder en Cataluña se superpone con la primera en la medida en que niega implícitamente el toma del poder sobre las fuerzas de Franco.¹⁵

Aun reconociendo que una revolución proletaria en mayo se hubiera extendido al resto de la España leal, los dirigentes de la CNT sostienen que “es obvio que, si lo hubiésemos deseado, podríamos haber transformado el movimiento defensivo en un movimiento puramente libertario. Todo esto está muy bien, pero [...] los fascistas habrían aprovechado esa circunstancia para romper las líneas de resistencia”. (García Oliver)¹⁶

Aunque esta clase de argumentación se dirige aparentemente a la situación de mayo en Cataluña, es, en realidad, mucho más profunda: *es un argumento contra la toma del poder por la clase obrera durante la guerra civil*. Esa era también la línea del POUM. El Comité Central sostenía que, en la eventualidad de que el gobierno se negara a firmar su propia sentencia de muerte convocando a una Asamblea Constituyente (Congreso de delegados de soldados, campesinos y sindicatos), sería un error arrancarle el poder por la fuerza.

Creía que, con el tiempo, los obreros protestarían contra la contrarrevolución que realiza el gobierno, que la reivindicación de una Asamblea Constituyente se volvería tan fuerte que el gobierno se vería obligado a aceptarla. Sostenía que sería un error desaconsejable lanzar una insurrección hasta tanto fueran derrotados los fascistas y había diferencias de opinión sobre si aun entonces sería necesaria una insurrección.¹⁷

En otras palabras, la CNT y el POUM llamaban al gobierno a realizar el socialismo. Si el gobierno no cede, debemos esperar al menos hasta que termine la guerra. En la práctica, esto se reduce a la aceptación encubierta de la consigna estalinista: “Liquidemos primero a Franco, luego haremos la revolución”.

La táctica POUM-CNT de esperar hasta que Franco fuese liquidado significaba, concretamente, el fin de la revolución. Porque, como ya lo hemos señalado, el objetivo de la consigna burgués-estalinista de “esperar” era frenar a las masas hasta que estuviera consolidado el Estado burgués. Precisamente por ello, el bloque burgués-estalinista y sus aliados anglo-franceses no tenían la menor intención de liquidar a Franco ni (más probablemente) negociar con él un armisticio hasta tanto la contrarrevolución hubiese consolidado plenamente su poder en la España leal.

¹⁵ Un conocido dirigente anarquista me dijo: “Ustedes los trotskistas son más utópicos de lo que nosotros fuimos nunca. Franco gobierna Marruecos con mano de hierro. Nuestra declaración de la independencia de Marruecos no tendría el menor efecto”. Le recordé que Lincoln proclamó su Declaración de Emancipación de los esclavos mientras todo el sur seguía en manos de la Confederación. Al menos los marxistas recordarán que Marx y Engels dieron enorme importancia a este acto político para la derrota del Sur. Otro anarquista dijo: “Nuestros campesinos ya han tomado muchas tierras, pero ello no ha afectado a los campesinos bajo Franco”. Luego reconoció que el temor de los campesinos era que el gobierno recuperara la tierra después de la guerra. En noviembre de 1917 los campesinos rusos también tomaron muchas tierras. Sin embargo, la labraban con suspicacia y temor. El decreto soviético de nacionalización de la tierra transformó la psicología de los campesinos y los convirtió en partidarios ardientes del régimen soviético.

¹⁶ Discurso en París, *Spain and the World* (Anarquista) 2 de julio de 1937.

¹⁷ Fenner Brockway, dirigente del Independent Labour Party, *The Truth about Barcelona*, Londres, 1937.

Ya hemos visto cómo el Frente Popular y su gobierno se negaron a lanzar una campaña de propaganda revolucionaria con el fin de desintegrar las fuerzas franquistas. Pero en el campo puramente militar el gobierno tampoco luchó consecuentemente contra Franco. Digamos, para ser más precisos, que en una guerra civil no hay un muro entre las tareas políticas y las tareas militares. Temiendo más a la revolución que a Franco, el gobierno concentraba grandes contingentes de tropas y policías escogidas en las ciudades, retirando así tropas y pertrechos que hacían falta en el frente. Temiendo más a la revolución que a Franco, el gobierno aplicaba una estrategia militar dilatoria que no podía llevar a la guerra a conclusión alguna, mientras llevaba a cabo la contrarrevolución. Temiendo a la revolución más que a Franco, el gobierno subordinaba a los obreros vascos y asturianos al mando de la traicionera burguesía vasca, que pronto iba a entregar el frente norte. Temiendo a la revolución más que a Franco el gobierno sabotaba los frentes de Aragón y el Levante, controlados por la CNT. Temiendo más a la revolución que a Franco, el gobierno daba a los agentes fascistas (Asensio, Villalba, etcétera) la oportunidad de entregar fortalezas leales a Franco (Badajoz, Irún, Málaga).¹⁸

La contrarrevolución golpeó terriblemente la moral de las tropas antifascistas. “Para qué morir luchando contra Franco cuando el gobierno fusila a nuestros camaradas”. Este era el sentimiento, tan peligroso en la lucha contra el fascismo, que prevalecía después de las jornadas de mayo, y era muy difícil combatirlo.

Con todo esto, por lo tanto, la política gubernamental facilitaba las incursiones militares de Franco. La instauración de una república obrera hubiera puesto fin a toda esta traición, sabotaje y atentado a la moral. Con el instrumento de la planificación estatal, la república obrera hubiera utilizado, como ningún régimen capitalista podía hacerlo, todos los recursos materiales y morales de la España leal.

El poder obrero, lejos de permitir el triunfo fascista, era lo único que podía llevar a la victoria sobre Franco.

3. *La amenaza de intervención.* La CNT hablaba oscuramente de barcos de guerra ingleses y franceses en el puerto el 3 de mayo, de planes de desembarcar tropas anglo-francesas. “En caso de triunfo del comunismo libertario, la intervención de las potencias capitalistas y democráticas lo hubiera aplastado poco después”. (García Oliver.)

Las referencias de la CNT a barcos de guerra concretos, a un complot concreto, oscurecía deliberadamente el carácter fundamental del planteamiento: *toda revolución social debe enfrentar el peligro de una intervención capitalista*. La revolución rusa sobrevivió a una guerra civil financiada por el capitalismo y a la intervención directa del imperialismo. La intervención imperialista aplastó a la revolución húngara tanto como sus propios errores. Cuando los socialdemócratas de Alemania y Austria justificaron la estabilización de sus repúblicas burguesas con el pretexto de la intervención de los Aliados contra los estados socialistas, los socialistas revolucionarios – y los anarquistas – del mundo entero denunciaron a los Kautskys y Bauers como traidores, y con razón.

El proletariado alemán y el austriaco, decían entonces los revolucionarios, deben tener en cuenta la posibilidad de la intervención anglo-francesa porque toda revolución enfrenta ese peligro, y esperar el momento hipotético en que los Aliados estén demasiado preocupados con otra cosa como para intervenir, significaría perder una coyuntura favorable a la revolución. Pero los socialdemócratas se impusieron... y acabaron en los campos de concentración de Hitler y Schuschnigg.

¹⁸ La política militar del gobierno está analizada en detalle en los capítulos XV y XVI.

Ni la CNT ni el POUM osan aducir que había una situación coyuntural concreta que hacía más posible la intervención capitalista en mayo de 1937 que en cualquier otro momento. Se limitan a hacer referencias al peligro de intervención sin aportar un análisis específico. Preguntamos: ¿era más peligrosa la intervención en mayo de 1937 que, por ejemplo, en la revolución de abril de 1931? La situación favorecía más a los obreros en 1937 que en 1931. En 1931 el proletariado europeo estaba postrado en el fondo del pozo de la crisis mundial. Si bien los dirigentes obreros alemanes todavía no se habían entregado a Hitler sin pelear, el proletariado francés estaba tan aletargado como si lo hubiera aplastado un dictador. Francia linda con España, lo que ocurre en aquel país es decisivo para éste. Y en mayo de 1937 el proletariado francés entraba en el segundo año de esa alza que se había iniciado con las huelgas revolucionarias de junio de 1936. Es inverosímil que los millones de obreros socialistas y comunistas franceses, irritados por la neutralidad y frenados por sus dirigentes con la mayor dificultad, permitirían la intervención capitalista en España, sea por parte de la burguesía francesa o por cualquier otra. La transformación de la lucha en España de conflicto por el mantenimiento de una república burguesa en revolución social, estimularía al proletariado francés, belga e inglés mucho más que la revolución rusa: ¡esta vez, la revolución estaría en sus propias puertas!

Ante un proletariado alerta, ¿qué haría la burguesía? La burguesía francesa abriría las fronteras a España, no para la intervención, sino para el comercio, para permitirle al nuevo régimen conseguir provisiones... o enfrentarse a una revolución en su propia casa. ¡A diferencia de Caballero y Negrín, la República Obrera Española no ayudaría y apoyaría la “no intervención”! El destino de Inglaterra está indisolublemente ligado al de Francia: todo el peso de Francia, y el de su propia clase obrera, para la cual la Revolución Ibérica abriría una nueva etapa, le impediría intervenir. Portugal tendría una revolución propia inmediatamente. Desde luego que Alemania e Italia incrementarían su ayuda a Franco. Pero la política anglo-francesa seguiría siendo: ni España socialista ni España hitlero-mussoliniana. Con la esperanza de desgastar eventualmente a ambos bandos, el imperialismo anglo-francés se vería obligado a ponerle límites a la intervención ítalo-germana para impedir que el eje Roma-Berlín domine todo el Mediterráneo.

No necesitamos que nos digan que todas las potencias capitalistas tienen el objetivo común de liquidar toda amenaza de revolución social. Sin embargo, resulta claro que los dos factores que impidieron que la intervención liquidara a la revolución rusa hubieran vuelto a actuar en mayo de 1937: en 1917 la clase obrera mundial, inspirada por la revolución, frenó la intervención, a la vez que los imperialistas no podían soslayar sus diferencias hasta el punto de elaborar un plan común para el aplastamiento de la república obrera. Con la nueva alza del proletariado europeo, los imperialistas correrían peligro al tratar de sofocar el incendio español. ¡Sí, antes que nada, invocamos la ayuda de los obreros del mundo! ¡Vosotros, los estalinistas, para quienes las masas ya no son más que cadáveres a los que se sacrifica ante el altar de la alianza con los imperialistas democráticos; vosotros, los burócratas, cuyo desprecio por las masas os hace olvidar que dichas masas realizaron la Revolución de Octubre y la guerra civil victoriosa, de cuyo capital moral y material vivís; capital que disminuye con vuestro desgobierno incompetente! Sabemos que no os gusta que se os recuerde que en 1921-1922 la clase obrera mundial salvó a la Unión Soviética de los imperialistas. La capacidad revolucionaria del proletariado es un factor que habéis llegado a odiar y temer, porque amenaza vuestros privilegios. No somos nosotros sino los estalinistas los que creen en la posibilidad de coexistencia pacífica entre estados capitalistas y obreros. Es cierto que el capitalismo europeo no podría soportar una España socialista por tiempo indeterminado. Pero la coyuntura específica en mayo de 1937 era lo suficientemente favorable como para permitir a una España obrera establecer su régimen interno y *prepararse para resistir al imperialismo*

extendiendo la revolución a Francia y a Bélgica y librar luego la guerra revolucionaria contra Alemania e Italia bajo condiciones que precipitaran la revolución en los países fascistas. Esta es la *única* perspectiva de revolución en Europa en este periodo previo a la guerra, partiendo sea de Francia o de España. Quien no acepte esta perspectiva rechaza la revolución socialista.

¿Los riesgos? “Sería muy fácil hacer la historia mundial si se saliera a la lucha únicamente cuando se presentara la posibilidad de triunfar infaliblemente”, escribió Marx durante la Comuna de París. Con su clarividencia comprendió “el accidente decisivo, desfavorable [...] de la presencia de los prusianos en Francia emplazados en las afueras de París. Los obreros parisinos lo sabían bien. Pero la *canaille* burguesa de Versalles también lo sabía. Precisamente por eso presentaron a los parisinos la alternativa de aceptar la lucha o sucumbir sin luchar. En este último caso, la desmoralización de la clase obrera hubiera sido mucho más infortunada que la pérdida de una buena cantidad de 'dirigentes'. La lucha de la clase obrera contra la clase capitalista y su Estado ha entrado en una nueva fase con la lucha de París. Cualesquiera que sean los resultados inmediatos, se ha ganado un nuevo punto de partida de importancia histórica mundial”. (*Carta a Kugelmann*, 17 de abril de 1871.) Berneri tenía razón. Atrapada entre los prusianos-Franco y el Versalles-Valencia, la comuna de Cataluña podría haber sido una antorcha que encendiera al mundo. ¡Y bajo condiciones incomparablemente más favorables que la Comuna!

Hemos tratado de analizar con toda seriedad las razones que dio la dirección centrista para no entablar la lucha por el poder con la contrarrevolución. Como centristas, y no como reformistas redomados, trataron de justificar su capitulación con referencias a la situación especial y específica de España en mayo de 1937, sin dar detalles precisos. Examinando los argumentos, descubrimos que, como suele suceder con tales pretextos, las referencias a hechos específicos son falsas y ocultan un apartarse fundamentalmente del camino revolucionario. Lo que separa a los revolucionarios de los dirigentes reformistas y centristas no son errores sino diferencias principistas, de perspectiva mundial y de clase.

En la mañana del martes, 4 de mayo, los obreros armados de las barricadas se sintieron nuevamente, como el 19 de julio, amos de su mundo. Al igual que el 19 de julio, los elementos pequeño-burgueses y burgueses se ocultaron, aterrorizados, en sus casas. Los sindicalistas del PSUC permanecieron pasivos. Sólo parte de la policía, las guardias armadas del PSUC y los matones armados del Estat Catalá, permanecieron en las barricadas del gobierno. Esas barricadas estaban únicamente en el centro de la ciudad, rodeada por los obreros armados. El primer discurso por radio de Companys da un índice de la situación: declaró que la Generalitat no se responsabilizaba por lo ocurrido en la Telefónica. Todos los suburbios de la ciudad estaban en manos de los obreros, dirigidos por sus comités de defensa locales y con la ayuda de la CNT, el POUM y la Juventud Libertaria. Tan completo era el control obrero que en la noche del lunes casi no hubo disparos. Lo único que faltaba para imponer la supremacía era la coordinación y la acción conjunta dirigida desde el centro... En ese centro, la Casa CNT, los dirigentes prohibieron toda movilización y ordenaron a los obreros abandonar las barricadas.¹⁹

A los dirigentes de la CNT no les preocupaba organizar a las masas armadas. Se ocupaban de negociaciones interminables con el gobierno. Era el juego que más le convenía al gobierno: retener a las masas sin dirección en las barricadas engañándolas con la esperanza de que se

¹⁹ La crónica crítica de los acontecimientos de los dos días subsiguientes se basa en datos suministrados por dos camaradas norteamericanos, Lois y Charles Orr (éste fue editor de *Spanish Revolution*, el periódico del POUM en inglés), y al largo y documentado informe de los bolcheviques-leninistas españoles publicado en *La Lutte Ouvriere*, del 10 de junio de 1937.

hallaría una solución digna. La reunión en el Palacio de la Generalitat se prolongó hasta las seis de la mañana. Esto dio a las fuerzas gubernamentales el respiro necesario como para fortificar los edificios de gobierno y, al igual que los fascistas en julio, ocupar las torres de la catedral. A las once de la mañana del martes se reunieron los funcionarios, no para organizar la defensa sino para elegir un nuevo comité de negociación con el gobierno. En ese momento Companys presentó una nueva exigencia. Por supuesto que podemos llegar a un acuerdo amistoso, todos somos antifascistas, etcétera, etcétera, dijeron Companys y el primer ministro Tarradellas, pero no podemos negociar sin limpiar las calles de hombres armados. El Comité Regional de la CNT apareció el martes en las barricadas con un micrófono para repetir el siguiente llamamiento: “Os llamamos a deponer las armas. Pensad en nuestro gran objetivo, común a todos... ¡La unidad ante todo! Deponed las armas. Una sola consigna: ¡Luchar para batir al fascismo!” *Solidaridad Obrera* tuvo el descaro de publicar la noticia del ataque del lunes a la Telefónica en la página ocho –para no alarmar a los milicianos en el frente, que lo recibían por cientos de miles– sin mencionar las barricadas y sin dar ninguna directiva, salvo la de “mantener la calma”. A las cinco de la tarde llegaron delegaciones de los Comités Nacionales de UGT y CNT de Valencia y dirigieron un llamamiento conjunto al “pueblo”: deponer las armas. Vázquez, secretario general de la CNT hizo un llamamiento por radio conjunto con Companys. La noche pasó en medio de nuevas negociaciones –¡el gobierno siempre estaba dispuesto a hacer acuerdos que obligaran a los obreros a abandonar las barricadas!– en las que se acordó crear un gabinete provisional de cuatro miembros: CNT, PSUC, Unión Campesina y Esquerra tendrían un representante cada uno. Se acordó que dirigentes importantes de la CNT concurrieran a los lugares de ofensiva obrera, como Coll Blanch, donde tuvieron que persuadir a los obreros de que desistieran de tomar los cuarteles locales. Mientras tanto, llegaban otras llamadas – del local central de Trabajadores del Cuero, del Sindicato Médico, de la Juventud Libertaria – pidiendo ayuda al Comité Regional, la policía atacaba...

Miércoles: ni los numerosos llamamientos por radio, ni el llamamiento conjunto de la CNT-UGT, ni la creación de un nuevo gabinete habían servido para desalojar a los obreros armados de las barricadas. Allí los obreros anarquistas rompieron ejemplares de *Solidaridad Obrera* y agitaron puños y pistolas en dirección a las radios cuando Montseny – la habían llamado urgentemente a Valencia cuando Vázquez y García Oliver fracasaron – exhortó a las barricadas a dispersarse. Los comités de defensa locales informaron a la Casa CNT: los obreros no se dispersarán incondicionalmente. Bien, les daremos condiciones. La CNT enviaba por radio sus propuestas al gobierno: cese de hostilidades, cada partido mantendrá sus posiciones, la policía y civiles que combaten en el bando de la CNT (es decir, los no afiliados) se retirarán, los comités correspondientes se informarán inmediatamente de cualquier ruptura del pacto, no se responderá al fuego aislado, los defensores de los locales sindicales permanecerán en los mismos aguardando instrucciones. El gobierno no tardó en manifestarse de acuerdo con las propuestas de la CNT, ¿por qué no? El único objetivo del gobierno era poner fin a los combates de las masas, para así quebrar su resistencia para siempre. Por otra parte, el “acuerdo” no obligaba al gobierno a cosa alguna. No es casual que no se mencionara el control de la Telefónica ni el desarme de las masas. Durante la noche la CNT y la UGT (controlada por los estalinistas) complementaron el acuerdo con llamados a volver al trabajo. “Las organizaciones y partidos antifascistas reunidos en sesión en el Palacio de la Generalitat han resuelto el conflicto que creó esta situación anormal – decía el manifiesto conjunto~. Estos acontecimientos nos enseñan que de aquí en adelante deberemos establecer relaciones de camaradería y cordialidad, cuya falta durante los últimos días, lamentamos profundamente”. Sin embargo, como reconoce Souchy, las barricadas estuvieron defendidas durante la noche del miércoles.

Pero en la mañana del jueves el POUM ordenó a sus miembros abandonar las barricadas, muchas de las cuales soportaban aún el asedio. El martes, el manifiesto de los Amigos de Durruti, que hasta el momento había tenido una actitud de frialdad para con el POUM, había saludado su presencia en las barricadas, calificándolo de “fuerza revolucionaria”. *La Batalla* del martes había permanecido en el marco de la teoría de que no había que derrocar al gobierno por la fuerza mientras durara la guerra civil, pero llamaba a la destitución de Salas y Aiguade y a la derogación de los decretos de disolución de las patrullas obreras, llamando a los obreros a permanecer en las barricadas. Por limitado que fuese, este programa contrastaba tanto con el llamamiento del Comité Regional de la CNT de abandonar las barricadas, que el prestigio del POUM entre las masas anarquistas creció a pasos agigantados. El POUM tuvo la oportunidad sin precedentes de ponerse a la cabeza del movimiento.

En cambio, la dirección del POUM puso su destino en manos de la dirección de la CNT una vez más. No hizo propuestas públicas a la CNT para actuar en forma conjunta ante las masas, propuestas que darían a la revolución incipiente un eje de exigencias específicas para plantear a sus direcciones – en todo un año el POUM, con su actitud consecuentemente servil hacia la dirección de la CNT no había hecho una sola propuesta de frente único~, sino una conferencia entre bambalinas con el Comité Regional de la CNT. Cualesquiera que fuesen las propuestas del POUM, la CNT las rechazó. ¿No estáis de acuerdo? Nada diremos. Y a la mañana siguiente (5 de mayo) *La Batalla* ni mencionaba las propuestas del POUM a la CNT, la cobardía de los dirigentes de la CNT, su negativa a organizar la defensa, etcétera.²⁰ En lugar de ello, decía: “El proletariado de Barcelona ha ganado una batalla parcial a la contrarrevolución”. Veinticuatro horas más tarde: “rechazada la provocación contrarrevolucionaria, es necesario abandonar las calles. Trabajadores, volved al trabajo”. (*La Batalla*, 6 de mayo.)

Las masas habían exigido la victoria sobre la contrarrevolución. Los burócratas de la CNT se habían negado a pelear. ¡Los centristas del POUM cerraron el abismo entre las masas y los burócratas... asegurándoles que la victoria era un hecho!

Los Amigos de Durruti habían acudido al frente el miércoles, llamando a los obreros de la CNT a repudiar las órdenes de abandono de las barricadas emanadas de la Casa CNT y a seguir la lucha hasta tomar el poder. Habían acogido calurosamente la colaboración del POUM. Las masas seguían en las barricadas. El POUM, que tenía cuanto menos treinta mil obreros en Cataluña, podía inclinar la balanza inestable hacia cualquier lado. Su dirección inclinó la balanza hacia la capitulación.

Otro golpe terrible para los aguerridos obreros: el Comité Regional de la CNT denunció a toda la prensa – incluida la estalinista y la burguesa – que los Amigos de Durruti eran agentes provocadores; desde luego que el jueves a la mañana todos los diarios publicaron esta noticia en primera plana. La prensa del POUM no defendió de ningún modo a la izquierda anarquista de las viles calumnias.

* * *

²⁰ El Boletín en idioma inglés del POUM, *Spanish Revolution* (19 de mayo de 1937), dice: “Atrapada en las riendas del gobierno (la CNT) trató de salvar la valla proponiendo la 'unión' de fuerzas opuestas [...] La actitud de la CNT provocó, como era de esperar, resistencia y protestas. El grupo Amigos de Durruti trajo a la superficie el deseo unánime de las masas de la CNT pero no pudo asumir la dirección [...] Los obreros, profundamente heridos por la capitulación de su federación sindical, buscan nuevas direcciones. La encontrarán en el POUM”. Estas palabras revolucionarias son sólo para exportación. Nada de ello apareció en la prensa regular del POUM. En general, *Spanish Revolution* ha dado a los lectores de habla inglesa, que no pueden seguir la prensa española del POUM, un panorama distorsionado de la conducta del POUM; una “faz de izquierda”. Con ello no queremos poner en duda la integridad revolucionaria del editor, camarada Charles Orr, a quien no se puede responsabilizar por la disparidad existente entre el boletín inglés y la voluminosa prensa española del POUM.

El jueves estuvo repleto de instancias de esa “victoria” en cuyo nombre el POUM llamó a los obreros a abandonar las barricadas.

En la mañana se descubrió el cadáver de Camillo Berneri allí donde lo habían arrojado los guardias del PSUC, que lo habían secuestrado enfermo en su casa la noche anterior. Berneri, dirigente espiritual del anarquismo italiano desde la muerte de Malatesta, dirigente de la insurrección de Ancona en 1914, escapado de las garras de Mussolini, había combatido a los reformistas (incluida la CNT) desde su influyente periódico *Guerra di Classe*. En cuatro palabras definió la política estalinista: “Esto huele a Noske”. En tono enérgico desafió a Moscú: “Aplastada entre los prusianos y Versalles, la Comuna de París encendió un fuego que incendió el mundo. Recuérdenselo los generales Goded de Moscú”. A las masas de la CNT les había dicho: “El dilema 'guerra o revolución' ya no tiene significado. El único dilema es: victoria sobre Franco gracias a la guerra revolucionaria, o derrota”. ¡Cuán terriblemente acertada fue su identificación de los estalinistas con Noske! Así como el socialdemócrata Noske hizo secuestrar y asesinar a Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht, los estalinodemócratas asesinaron a Camillo Berneri.

Honor a nuestro camarada Camillo Berneri. Recordémoslo con el mismo amor que sentimos por nuestros Karl y Rosa. En el momento de escribir estas líneas, no puedo dejar de llorar, camaradas, de llorar por Camillo Berneri. La lista de nuestros mártires es tan larga como la vida de la clase obrera. Afortunados de aquellos que cayeron en lucha abierta con el enemigo de clase, en medio de la batalla, al lado de sus camaradas. Es más terrible morir acuchillado por quienes se dicen socialistas o comunistas, como murieron Karl y Rosa, como mueren nuestros camaradas en el exilio en Siberia. La angustia de Camillo Berneri fue algo especial. Murió a manos de los “marxistas leninistas estalinistas” mientras sus mejores amigos, Montseny, García Oliver, Peiró, Vázquez, entregaban el proletariado de Barcelona a sus verdugos. *Jueves 6 de mayo de 1937*. Recordemos ese día.

Los dirigentes gubernamentales y anarquistas habían acudido a Lérida el miércoles para salir al paso de una fuerza escogida de cinco mil efectivos del POUM y la CNT que venían a marcha forzada desde Huesca, con artillería liviana. Representantes de Valencia y la Generalitat habían prometido que si las tropas obreras no avanzaban, el gobierno no llevaría más tropas a Barcelona. Esta promesa y las palabras de los dirigentes anarquistas detuvieron las tropas obreras. Sin embargo, el jueves, militantes de la CNT de los pueblos que alinean la ruta de Valencia a Barcelona habían telefoneado: hay cinco mil guardias de asalto en camino. ¿Debemos detenerlos?, preguntaban. Los dirigentes de la CNT ordenaron que se franqueara el paso a los guardias, no llamaron a las tropas obreras acantonadas en Lérida y suprimieron la noticia de que los guardias estaban en camino.

El jueves a las 3, la Casa de la CNT ordenó a sus guardias evacuar la Telefónica. El gobierno y la CNT habían llegado a un acuerdo: ambos bandos retirarían sus fuerzas armadas. Apenas se fueron los guardias de la CNT, la policía ocupó todo el edificio y trajo partidarios del gobierno para ocupar los puestos técnicos de los obreros de la CNT. La CNT se quejó al gobierno: habéis roto vuestra promesa. La respuesta de la Generalitat: es un hecho consumado y no puede remediarse. “Si se hubiera informado inmediatamente a los trabajadores de los suburbios – reconoce el portavoz de la CNT, Souchy – hubieran insistido en que se tomaran medidas más firmes y hubieran vuelto al ataque”. ¡De modo que los dirigentes anarquistas ultrademocráticos de la CNT simplemente se limitaron a suprimir la noticia!

Bajo las órdenes de la Casa de la CNT, los trabajadores anarquistas habían atendido todas las llamadas durante la lucha: revolucionarias y contrarrevolucionarias. Una vez que el gobierno se hizo cargo, los locales del FAI y la CNT quedaron totalmente aislados del centro.

En las calles por las que los obreros iban y venían del trabajo tal como les había ordenado la CNT-UGT, guardias de la policía y el PSUC registraban a todos, confiscaban carnés de la CNT, arrestaban a los militantes.

A las 4 el PSUC y los guardias de asalto atacaron la estación ferroviaria central de Barcelona, en manos de la CNT desde el 19 de julio, con ametralladoras y granadas de mano. La pequeña guardia de la CNT trató de solicitar ayuda por teléfono... A las 4 el general Pozas se presentó en el Ministerio de Defensa de Cataluña (el ministro era de la CNT) e informó amablemente a los camaradas ministros que el puesto de Ministro de Defensa de Cataluña había dejado de existir, que los ejércitos catalanes eran ahora la Cuarta Brigada del Ejército Español, al mando del general Pozas. El gabinete de Valencia había adoptado esa decisión en cumplimiento de decretos militares que exigían un mando unificado, y que habían sido refrendados por los ministros de la CNT. La CNT, desde luego, entregó el mando a Pozas.

Noticias terribles provenientes de Tarragona. En la mañana del miércoles una gran fuerza policial se había apoderado de la central telefónica. La CNT inmediatamente solicitó la inevitable reunión. Mientras proseguían las negociaciones, los estalinistas y republicanos se armaban; al día siguiente tomaron por asalto el local central de la Juventud Libertaria. Entonces la CNT solicitó otra reunión donde se le informó que habían llegado órdenes estrictas de la Generalitat de destruir las organizaciones anarquistas que no entregaran sus armas. (Recordemos que esas instrucciones provenían de un gobierno integrado por ministros anarquistas). Los representantes de la CNT acordaron entregar sus armas si el gobierno ponía en libertad a todos los presos, reemplazaba a los guardias del PSUC y la policía con efectivos del ejército regular y garantizaba la inmunidad de todos los afiliados y locales de la CNT.

Por supuesto el delegado gubernamental, capitán Barbeta, estuvo de acuerdo. La CNT depuso las armas y durante la noche los guardias de asalto ocuparon los edificios de la CNT y asesinaron a varias decenas de anarquistas, entre ellos al escritor uruguayo Pedro Rúa, que había venido a combatir al fascismo y había ascendido a comandante de milicias. Casa CNT hizo notar que esto “rompía la palabra de honor empeñada por las autoridades el día anterior”. Mientras tanto, ni una palabra del asunto llegaba a las masas barcelonesas, aunque la FAI-CNT estaba informada hora a hora de los acontecimientos.²¹

Jueves, a las 6 de la tarde: A la Casa de la CNT llega la noticia: el primer destacamento de Valencia, mil quinientos guardias de asalto, arribaron a Tortosa, en camino a Barcelona. La Casa de la CNT envió la orden de no oponérseles, todo estaba arreglado, etcétera. Los guardias de asalto ocuparon todos los locales de CNT-FAI Juventud Libertaria de Tortosa, arrestaron a todo el que encontraron, y llevaron a algunos, esposados, a las cárceles de Barcelona.

La masas nada sabían de Tarragona, Tortosa, la Telefónica, Pozas, la llegada de los guardias valencianos. Pero los ataques a los trabajadores en las calles, en la estación de ferrocarril, el fuego abierto contra las barricadas, hicieron que muchos de los que se habían ido volvieron a las barricadas.

En respuesta a los cataclismos del jueves, la Casa de la CNT “envió una nueva delegación al gobierno para conocer sus intenciones” (Souchy), pero, sin esperar respuesta, emitió un nuevo manifiesto llamando a la calma. Mientras las barricadas tronaban, la Casa de la CNT declaraba:

“Ahora que hemos vuelto a la normalidad, y los responsables del estallido han sido destituidos de toda función pública, que los obreros han vuelto al trabajo y Barcelona vuelve a la calma [...] la

²¹ La historia apareció justo en la edición del 15-16 de mayo de *Solidaridad Obrera*.

CNT y la FAI siguen colaborando lealmente, como en el pasado, con todos los sectores políticos y sindicales del frente antifascista. La mejor prueba de ello es que la CNT sigue colaborando lealmente con el gobierno central, el gobierno de la Generalitat y todas las municipalidades [...] La prensa de la CNT llamó a la calma y pidió a la población que volviera al trabajo. Las noticias enviadas por radio a los sindicatos y comités de defensa fueron otros tantos llamamientos a mantener la calma.

Una prueba más de que la CNT no quiso romper el frente antifascista, y no lo hizo, es que, cuando se formó el nuevo gobierno de la Generalitat el 5 de mayo, los representantes de la CNT de Cataluña le ofrecieron todas las facilidades y el secretario de la CNT integró el gobierno.

Los miembros de la CNT que controlaban el Consejo de Defensa (Ministerio) de la Generalitat dieron órdenes, a sus fuerzas, de no intervenir en el conflicto a favor de bando alguno. Garantizaron el cumplimiento de dichas órdenes.

El Comité de Defensa de la CNT también dio órdenes a todos los distritos de Barcelona de que nadie viniera al centro a responder a las provocaciones. También se cumplieron esas órdenes, porque nadie vino a responder a las provocaciones.

[...] Muchas trampas acecharon a la CNT hasta el fin, pero la CNT permaneció firme en su posición y no se dejó provocar”.

Jueves a la noche: Guardias del PSUC y de asalto prosiguieron con los arrestos, asaltos, tiroteos. De modo que la Casa CNT-FAI envió una nueva delegación al gobierno con la propuesta de cese de hostilidades: todos los grupos deberán retirar sus guardias armadas y patrullas de las barricadas; libertad a todos los presos; nada de represalias.

Noticias de Tarragona y de Reus, “donde miembros del PSUC y el Estat Catalá, aprovechando [!] la presencia de algunos guardias de asalto que pasaban camino de Barcelona, utilizaron su ventaja circunstancial para desarmar y matar a los obreros” (Souchy).

“La CNT trató de obtener del gobierno en Valencia y Barcelona la promesa de que los guardias de asalto no entrarían inmediatamente [!] en la ciudad sino que se detendrían en las afueras hasta que se aclarara la situación... Sentían cierto escepticismo respecto de las garantías de que las tropas que vinieran serían leales a los obreros”. Pero ese escepticismo (¿cuándo surgió?) no lo compartían los ministros de la CNT en los gabinetes de Valencia y Cataluña *que habían votado a favor de que el gobierno central se hiciera cargo del orden público en Cataluña*. Con ello, el Ministerio de Orden Público de Cataluña había dejado de existir el 5 de mayo.

La noche del 6 al 7 de mayo: “Una y otra vez, los anarquistas, ansiosos de poner fin al conflicto, pidieron negociar”. Desde luego, el gobierno siempre estaba dispuesto a negociar mientras sus fuerzas quebraban la resistencia de la clase obrera, encubiertas por la Casa de la CNT. Los obreros anarquistas de la vecindad acudieron en defensa de Tarragona y Tortosa. A las cuatro, el Comité Provincial – dirección de la CNT en Cataluña, fuera de Barcelona – informó a Casa CNT-FAI que estaban dispuestos a detener los guardias provenientes de Valencia. No lo hagáis, respondió la Casa de la CNT. A las cinco y cuarto el gobierno y la Casa de la CNT llegaron a otro acuerdo: armisticio, todos a abandonar las barricadas, ambos bandos a poner a los respectivos prisioneros en libertad, las patrullas obreras a reanudar sus funciones... Nuevamente, el Comité Regional informó a los obreros: “Habiendo logrado un acuerdo [...] queremos notificaros [...] que se ha establecido la paz y la calma [...] mantened la calma y la presencia de ánimo [...]”.

Viernes: Cumpliendo órdenes de la Casa de la CNT-FAI, algunos obreros empezaron a dismantelar las barricadas. Pero las barricadas de la Guardia de Asalto, PSUC y Estat Catala permanecieron intactas. Los guardias de asalto desarmaban sistemáticamente a los obreros. Una vez más, apenas vieron que el gobierno seguía la ofensiva, los obreros volvieron a las

barricadas, contra la voluntad de CNT y POUM. Pero la desilusión y el desaliento habían hecho presa de muchos; numerosos obreros anarquistas confiaron en la Casa de la CNTFAI hasta el final; otros, a medida que perdían su fe, buscaban una dirección en el POUM hasta que éste ordenó a sus militantes abandonar las barricadas. Los Amigos de Durruti y los Bolchevique-leninistas pudieron arrastrar a los obreros a las barricadas el jueves y viernes a la noche, pero sin la suficiente fuerza ni influencia entre estas masas como para organizarlas para una lucha prolongada.

Los guardias valencianos llegaron el viernes por la noche. Inmediatamente se apoderaron de la prensa y de los dirigentes de Amigos de Durruti. Grupos de guardias patrullaban las calles para impresionar a los obreros. “El gobierno de la Generalitat ha aplastado la insurrección con sus propias fuerzas”, anunció Companys. Vamos, respondió la CNT, usted sabe que no fue una insurrección, usted mismo lo dijo. “Debemos eliminar a los incontrolables”, respondió Companys.

No se cumplió la promesa de liberar los presos; por el contrario, comenzaron los arrestos en masa. Otra promesa era la de no tomar represalias; durante las semanas subsiguientes se descargaron represalias brutales sobre las ciudades y barrios que habían osado resistir. El gobierno mantuvo el control de la Telefónica, desde luego: ése había sido el origen del conflicto. El control de la policía estaba ahora en Valencia; ¡sería entregado poco después... a los estalinistas! El Ministerio de Defensa y el Ejército catalanes habían quedado en manos de Valencia: pronto serían entregados a Prieto. Poco después serían disueltas las patrullas obreras, mediante la aplicación del decreto de orden público de Aiguade. Con el torrente de tropas valencianas se acabó la autonomía de Cataluña. Aiguade, “destituido” según la CNT, sería, una semana más tarde, representante de la Generalitat en el gobierno central en Valencia... en el que seguiría participando la CNT.

Cuando los guardias de asalto entraron en Barcelona, *La Batalla* se quejó: “Esto es una provocación. Tratan de convertir nuestra victoria en derrota mediante una demostración de fuerza.” Y lloriqueó: “Fue el POUM el que aconsejó abandonar las calles y volver al trabajo; fue él –nadie puede dudarlo– quien más aportó a la normalización de la situación”. Sin embargo, la docilidad de la oveja poumista no la salvó del lobo.

¡Lamentables políticos los que no pueden distinguir la victoria de la derrota!

“No nos sentimos moral ni físicamente fuertes como para organizar a las masas para la resistencia”, declaró un miembro del Ejecutivo Central del POUM a Charles Orr el martes. De modo que... convirtieron su impotencia en “victoria”, para justificar el poner fin a la lucha.

Supongamos que el POUM se hubiese puesto al frente y, a pesar de la CNT, hubiese tratado de dirigir a los obreros hacia un verdadero armisticio, esto es, con los obreros armados en las calles y las fábricas, listos para repeler cualquier ofensiva futura. Supongamos que ello no hubiera ocurrido, que el POUM y los obreros hubieran sido vencidos por la fuerza de las armas. “En el peor de los casos, –señala la oposición del POUM–, se hubiera podido organizar un comité de defensa, basado en representantes de las barricadas. Para eso hubiera bastado con celebrar una reunión de delegados de las barricadas del POUM y de los que quisieran venir de la CNT, para nombrar un comité central provisional. El comité local del POUM trató de poner en práctica esa línea el martes a la tarde, pero no despertó el menor entusiasmo en la dirección central”. Semejante organismo central, enraizado en las masas, hubiera podido organizar, al menos, la resistencia a lo que vino después: asaltos, arrestos, represión de la prensa, ilegalización de Amigos de Durruti y del POUM.

Ese intento de organizar la resistencia no hubiera causado más víctimas, por cierto, de las que causó la capitulación: quinientos muertos, mil quinientos heridos, bajas producidas en su

mayoría una vez que la CNT ordenó la retirada el martes por la tarde; cientos de muertos y heridos durante la “barrida” de las semanas posteriores; la “limpieza” de las tropas poumistas y anarquistas, enviadas durante las semanas siguientes a la primera línea de fuego sin protección de la artillería ni la aviación; el asesinato de Nin, Mena y otros dirigentes del POUM, el arresto de miles y decenas de miles de militantes en el periodo subsiguiente. La capitulación provocó, por lo menos, la misma cantidad de víctimas que hubiera provocado la lucha y la derrota.

La oposición del POUM –y no es una oposición trotskysta– tuvo toda la razón cuando afirmó en su Boletín del 29 de mayo:

“Esta retirada, ordenada sin condiciones, sin obtener el control del orden público, sin la garantía de las patrullas obreras, sin órganos de frente [único] obrero y sin una explicación satisfactoria a la clase obrera, colocando a todos los elementos en pugna –revolucionarios y contrarrevolucionarios– en la misma bolsa, es una de las mayores capitulaciones y traiciones al movimiento obrero”.

La lógica de hierro de la política es inexorable. El camino erróneo lleva a quienes lo emprenden a extremos insospechados. Decidida a continuar su política de colaboración con el Estado burgués, la dirección anarquista –parece que fue sólo ayer que estos mismos combatieron a la monarquía a muerte–sacrificó las vidas y el futuro de sus partidarios de la manera más cobarde. Aferrados a la cola de la CNT, los dirigentes del POUM alejaban a los obreros de las barricadas mientras éstas se hallaban aún bajo el fuego. Ni ellos mismos se hubieran creído capaces, hace un año, de caer tan bajo... Los dirigentes que han traicionado a los obreros como lo hicieron éstos están perdidos irremediablemente para la causa revolucionaria; no pueden volver atrás, reconocer su terrible complicidad... Pero dan lástima, porque a la mañana siguiente de su traición, la burguesía, fortalecida por ellos, los liquidará también.

Recordemos a los exegetas del POUM otro aspecto en que la analogía con el julio de 1917 en Petrogrado no es válida. Con la derrota de la “movilización armada” la burguesía salvajemente a cazar bolcheviques: Trotsky a la cárcel, Lenin y Zinoviev a ocultarse, los periódicos bolcheviques clausurados. Surgió el clamor: los bolcheviques son agentes alemanes. Cuatro meses más tarde los bolcheviques dirigieron la revolución de octubre. En el momento de escribir estas líneas, han pasado seis meses desde las jornadas de mayo y el POUM sigue aplastado, muerto. La analogía no es válida en virtud de la siguiente diferencia: los bolcheviques se colocaron, sin miedo, a la cabeza de la movilización de julio, convirtiéndose así en carne y sangre de las masas. El POUM volvió la espalda a las masas y éstas, a su vez, no se sintieron obligadas a salvar el POUM.

XI. La destitución de Largo Caballero

La derrota del proletariado catalán marcó una nueva etapa en el avance de la contrarrevolución. Hasta entonces, la reacción había avanzado al abrigo de la colaboración con las direcciones de la CNT y la UGT e inclusive, de septiembre a diciembre en la Generalitat, con el POUM. De esa manera los centristas²² habían servido de puente entre el programa netamente burgués del bloque burgués-estalinista y las aspiraciones revolucionarias de las masas. Había llegado el momento en que el bloque burgués-estalinista podía prescindir de los centristas.

La historia reciente conoce bien el proceso. Cuando los golpes dirigidos a la izquierda han fortalecido a la derecha, ésta puede, entonces, volverse contra los centristas, cuyos servicios le fueron indispensables para aplastar a la izquierda. El resultado de la derrota de los obreros revolucionarios es un gobierno más a la derecha del que los derrotó. Tal fue el resultado de la

²² Este es el término marxista con que se designa a la gama de formaciones políticas que, sin ser revolucionarias, no aceptan las doctrinas de colaboración de clases del reformismo clásico.

sangrienta represión de los espartaquistas en 1919 por Noske y Scheidemann. Tal fue la secuela de la “estabilización” de Austria por Renner y Bauer. Les tocaba ahora a los centristas españoles pagar el precio de haber permitido el aplastamiento del proletariado catalán.

El primer punto de la cuenta que los estalinistas presentaron al gabinete valenciano fue la liquidación total del POUM. ¿Por qué el POUM? Como todos los renegados, los estalinistas comprenden mejor que sus aliados, reformistas desde siempre, la dinámica del proceso revolucionario. A pesar de su política vacilante, el POUM contaba con muchos combatientes revolucionarios de la causa del proletariado. Hasta los dirigentes del POUM, no preparados para la revolución, se verían obligados a resistir la contrarrevolución abierta. Stalin comprendió que hasta los capituladores, los Zinoviev y Kámenev, constituirán un peligro el día que las masas se rebelen. La fórmula de Stalin es: liquidar todo foco potencial, toda figura capaz, en torno al cual las masas pueden agruparse. Esa fórmula sangrienta, llevada a la práctica en los juicios de Moscú de agosto y enero, se aplicaba ahora a España y al POUM

Los socialistas de izquierda reaccionaron. Uno de sus órganos, *Adelante* (de Valencia) dijo en un editorial del 11 de mayo:

“Si el gobierno de Caballero aplicara las medidas de represión que pretende la sección española de la Comintern se aproximaría a un gobierno tipo Gil Robles o Lerroux; destruiría la unidad de la clase obrera y nos expondría al peligro de perder la guerra y hundir la revolución [...] Un gobierno compuesto mayoritariamente de elementos provenientes del movimiento obrero no puede utilizar los métodos reservados a los gobiernos reaccionarios y semi-fascistas”.

El gabinete se reunió el 15 de mayo y Uribe, ministro de agricultura estalinista, planteó el problema sin tapujos: ¿estaba Caballero dispuesto a disolver el POUM, expropiar sus emisoras de radio, prensa, edificios, bienes, etc., encarcelar al Comité Central y los comités locales que habían apoyado la insurrección de Barcelona? Federica Montseny se despertó lo suficiente como para presentar un informe que demostraba que tanto en el exterior como en España se había elaborado un plan para estrangular la guerra y la revolución. Acusó a Lluhi y Vallesca y a Gassol (Esquerra) y a Comorera (PSUC), junto con un representante vasco, de haber participado de una reunión en Bruselas en la que se había acordado aniquilar las organizaciones revolucionarias (CNT-FAI y POUM) para preparar el fin de la guerra civil mediante la intervención de “potencias amigas” (Francia e Inglaterra).

Caballero declaró que no podría presidir la represión de otras organizaciones obreras, y que era necesario destruir la falsa teoría de que había habido una movilización contra el gobierno catalán, y mucho menos un movimiento contrarrevolucionario.²³

Mientras los estalinistas presionaban con sus demandas, Federica Montseny mandó traer un paquete que contenía cientos de bufandas con el escudo de la monarquía. Se habían encontrado miles de ellas en manos de los provocadores del PSUC y de los miembros del Estat Catalá, quienes iban a colocarlas en edificios pertenecientes al POUM y la CNT. Los dos ministros estalinistas abandonaron el recinto: comenzó la crisis de gobierno.

Caballero miró a los otros. Les pidió que clarificaran sus posiciones. Los ministros burgueses y prietistas se solidarizaron con los estalinistas y abandonaron la sala. Así fue la última reunión del gabinete de Largo Caballero.

²³ El 4 de mayo *Adelante* de Valencia (hablando, obviamente, en nombre de Caballero) resolvió el problema del bando a apoyar negando toda la significación real de la lucha: “Comprendemos que no se trata de una movilización contra el poder legítimo [...] Y, aunque de eso se trata, cosa que no reconocemos, en lugar de ser un choque inoportuno y mal preparado entre organizaciones con distintas orientaciones e intereses políticos y sindicales dentro del frente general antifascista en que se mueven todas las agrupaciones proletarias de Cataluña, la responsabilidad por las consecuencias correspondería, naturalmente, a quienes provocaron los choques.”

* * *

La ilegalización del POUM fue la primera exigencia de la contrarrevolución, pero los estalinistas presentaron inmediatamente otras exigencias, por las que Caballero y los socialistas de izquierda se negaron a asumir la responsabilidad.

Los roces entre los estalinistas y los socialistas de izquierda se venían incubando desde hacía varios meses. La prensa estalinista venía librando una campaña solapada contra el propio Caballero desde el mes de marzo, y se cortó el flujo de telegramas aduladores al “líder del pueblo español” de “los obreros de Magnitogorsk” como si alguien la hubiera cerrado con llave. La campaña estalinista había provocado comentarios en la prensa del POUM y de la CNT, y amargas polémicas en los periódicos socialistas de izquierda. Los anarquistas, confundidos, interpretaron la campaña estalinista como una manifestación del pecado original de la política: esa es la forma en que actúan los partidos políticos entre sí. El POUM trató de capitalizar la situación entre los obreros socialistas, acusando a los estalinistas de tratar de absorber a los socialistas. Juan Andrade, comentarista del POUM, con una visión más clara, comprendió que Caballero se resistía a aceptar las consecuencias más profundas de las directrices anglofrancesas. Pero la línea principal del POUM siguió siendo la de gritar “absorción”, perdiendo así la oportunidad de utilizar los conflictos reales entre Caballero y el bloque estalinista-burgués. Porque *existían* conflictos reales. Por supuesto que no se trataba del conflicto fundamental entre reforma y revolución; pero era lo suficientemente importante como para permitirle que una política revolucionaria audaz introdujera una cuña entre los estalinistas y las masas que seguían a Caballero, y despertar a los obreros de la UGT ante lo que había significado realmente de la política seguida por Caballero durante ocho meses.

Son un hecho las incursiones estalinistas en las filas de Caballero. Es un fenómeno bastante usual en el movimiento obrero que cuando dos organizaciones emplean la misma política la que cuenta con el aparato más fuerte absorberá a la otra. Al tener una posición ante el Frente Popular idéntica a la de los estalinistas: ganar la guerra antes de hacer la revolución, conciliar con la opinión pública extranjera, construir un ejército burgués regular, etc., para las masas ya no había diferencias entre Caballero y los estalinistas. Con el aparato estalinista local fortalecido tremendamente con funcionarios y fondos de la Comintern – las Brigadas Internacionales trajeron consigo a miles de estos funcionarios~, los estalinistas estaban en situación de reclutar militantes a costa de Caballero.

Este proceso se vio con mayor claridad en la juventud. Las Juventudes Socialistas habían sido el gran baluarte de Caballero, pero al fusionarse con las juventudes estalinistas, que no contaban ni con la décima parte de sus fuerzas, Caballero quedó en situación de perdedor. Los conocidos métodos estalinistas de corrupción – viajes a Moscú, relaciones amistosas con las Ligas Juveniles Comunistas de Rusia y Francia, ofertas de puestos en el Comité Central del Partido, etcétera – habían tenido éxito. Poco después de la fusión, la dirección juvenil socialista ingresó al Partido Comunista y la organización juvenil “unificada” quedó bajo el rígido control de los estalinistas. Se “reorganizaron” las agrupaciones disidentes y se expulsó a la izquierda bajo la acusación de “trotskismo”. Caballero no estaba en situación de protestar contra el desenlace: él mismo había sido cómplice de los métodos burocráticos de la fusión efectuada sin un congreso de las juventudes socialistas que aprobara la decisión. Bajo la consigna de “unificar a toda la joven generación”, la dirección estalinista se fortaleció captando a quien quisiera aceptar el carné. En un pleno del Comité Central comunista, Santiago Carrillo no tuvo empacho en llamar a la captación de “simpatizantes fascistas” entre la juventud. Apoyados en elementos atrasados, entre ellos muchos católicos, los estalinistas pudieron, durante algún tiempo, amordazar a los miles de izquierdistas que quedaban en la organización juvenil.

De todas maneras, las pérdidas que sufrió a manos de los estalinistas no llevaron a Caballero a romper con ellos. La absorción de sus seguidores sólo lo hizo sentirse más débil y lo llevó a otorgar mayores concesiones.

Justo cuando descubrió que los estragos de los estalinistas en sus filas eran menores de lo que suponía, y que su base tendía más hacia la izquierda que al estalinismo, Caballero decidió enfrentarse seriamente a los estalinistas. Las dos agrupaciones provinciales más importantes de la juventud socialista, las organizaciones de Valencia y Asturias, repudiaron a la máxima dirección estalinista y se negaron a aceptar puestos en el Comité Nacional “unificado”. En la reunión de delegados de la regional Madrid de la UGT, la lista de Caballero venció a la lista estalinista, obteniendo los ocho escaños correspondientes a la UGT en el Consejo Municipal. En el congreso asturiano de la UGT el grupo de Caballero obtuvo 87.000 votos frente a 12.000 de los estalinistas. Estos datos, que precedieron a la crisis de gobierno, demostraron que Caballero tenía la mayoría en la UGT y que en el periodo siguiente tendría que calmar a sus partidarios antes que a los estalinistas.

Había una medida, por encima de todas, que Caballero se negaba a aceptar la responsabilidad: liquidar el control obrero de las fábricas. Ocurriera lo que ocurriese, las bases de la UGT estaban convencidas a muerte: jamás debían entregar el control de las fábricas. El órgano madrileño de la UGT no se cansaba de repetir: “El fin de la guerra debe traer el fin del capitalismo”.

“Bastó que el pueblo tomara las armas por la independencia nacional para que los explotadores de toda la vida dejaran de ser amos de los medios de producción. De los más grandes establecimientos financieros hasta los más pequeños talleres, todo está, efectivamente, en manos de la clase obrera [...] ¿Qué vestigios quedan del viejo sistema económico? La revolución ha eliminado todos los privilegios de la burguesía y de la vieja aristocracia”. (*Claridad*, 12 de mayo de 1937).

*Claridad*²⁴ publicaba continuamente en sus páginas citas de Lenin. No es necesario recalcar que esas citas se contradecían frecuentemente con las concepciones políticas de Caballero. Aparecían citas de *El estado y la revolución* a la vez que Caballero reconstruía y fortalecía el estado burgués que inevitablemente arrancararía las fábricas de las manos obreras. Pero, a menos que estuviera dispuesto a perder el apoyo de las masas de la UGT, el propio Caballero no podía ser partícipe del proceso de arrancar las fábricas del control obrero. Caballero era un político del movimiento obrero, lo bastante como para comprender que el estado que él había revitalizado era ajeno a los obreros y que la consigna estalinista-burguesa de “control estatal de las fábricas” significaba aplastar el poder de las comisiones fabriles.

Podemos resumir las diferencias fundamentales entre Caballero, es decir la burocracia ugetista, y el bloque estalinista-burgués así: Caballero quería una república democrático burguesa (con algún tipo de control obrero de las fábricas coexistiendo con la propiedad privada) que triunfara sobre Franco. El bloque burgués-estalinista estaba dispuesto a aceptar cualquier propuesta del imperialismo anglo-francés, y eso significaba, en el momento del derrocamiento de Caballero, un régimen burgués estable con participación de los sectores capitalista-terratenientes alineados con Franco, formalmente parlamentario pero, dado que las masas lo repudiaban, esencialmente bonapartista.

La perspectiva de Caballero no era tan diferente de la burguesa-estalinista como para no permitirles recorrer un trecho bastante largo juntos. Lo habían hecho durante ocho meses. ¿Era el 15 de mayo una buena fecha para que la derecha rompiera con Caballero? ¿Acaso no le hubiese convenido más al bloque estalinista burgués aguardar unos meses mientras la

²⁴ Bajo el gabinete de Negrín, *Claridad* quedó en manos del estalinismo, aunque siguió autotitulándose “órgano de la UGT”, aunque el Comité Ejecutivo Nacional de la UGT la repudió en dos oportunidades.

policía y el ejército se consolidaban como instituciones burguesas? ¿No les hubiera convenido arrastrar a los ministros de la CNT un poco más hacia el pantano? ¿No arriesgaban un reagrupamiento de las fuerzas expulsadas del gabinete? ¿No revelaban los estalinistas su rol reaccionario al ser el único grupo obrero, aparte del odiado grupo de Prieto, en participar en el gobierno?

Es probable que los estalinistas sobrestimaran su capacidad para conseguir el apoyo para el nuevo gobierno del número suficiente de agrupaciones de la UGT, suficientes como para encubrir el hecho de que el conjunto de los sindicatos se oponían al nuevo gobierno. Hasta en la UGT catalana, férreamente controlada por su burocracia, los estalinistas fueron incapaces de impedir que la mayoría de los sindicatos se declararan a favor de Caballero. En todas partes lograron que tan sólo un puñado de sindicatos aprobara la destitución de Caballero.

Pero si bien calcularon mal su capacidad de proveerle una “fachada” obrera a Negrín, los estalinistas acertaron en otros cálculos. Los acontecimientos de Barcelona les demostraron que los ministros de la CNT ya eran incapaces de controlar a sus bases; los combates del 3 al 8 de mayo revelaron el abismo que había entre las masas y la dirección de la UGT. La participación de la CNT en el gobierno ya no serviría para frenar a las masas, antes bien sólo podría acelerar la ruptura entre éstas y sus direcciones. En el periodo subsiguiente, los Montseny y García Oliver eran más útiles como “oposición leal” fuera del gobierno. Como opositores podrían retener su control sobre las bases, pero su oposición no molestaría demasiado al gobierno de Negrín.

En cuanto a la oposición de Caballero, ya conocían su carácter y cualidad: su “crítica revolucionaria” del gobierno frentepopulista de febrero-julio de 1936 y sus declaraciones aún más revolucionarias durante el primer gabinete de guerra de 19 de julio - 4 de septiembre de 1936. En esos periodos Caballero había canalizado el descontento y entrado al gobierno. Si surgían obstáculos imprevistos que hicieran peligrar el gobierno, el bloque estalinista burgués siempre podía volver a la situación del 15 de mayo, puesto que los centristas no pedían otra cosa: “No se puede gobernar sin la UGT y la CNT”, tal era la consigna de Caballero y la cúpula de la CNT. Mientras tanto, podía predecirse con certeza que la oposición de Caballero no se cristalizaría en la reanimación de la red de comités obreros y la coordinación de los mismos en soviets. Y eso era lo único que podría amenazar seriamente el bloque burgués-estalinista.

La eliminación de UGT y CNT no entrañaba peligros serios, pero sí ventajas enormes y de gran alcance para el bloque burgués-estalinista. Sus necesidades inmediatas eran:

1. Control absoluto del ejército. Desde el Ministerio de Guerra, Caballero había implementado en buena medida los decretos de movilización y reorganización del ejército. Los regimientos de soldados de reemplazo se construyeron en base al viejo modelo burgués, comandados por oficiales del viejo ejército o graduados de las escuelas militares gubernamentales elegidos a dedo. Cualquier intento de los conscriptos de elegir comités de oficiales o soldados había sido aplastado. Pero las milicias obreras que habían aguantado el peso mayor de la lucha durante los primeros seis meses no estaban completamente “reorganizadas”; las masas resistían con uñas y dientes todo intento de reemplazar sus oficiales, la mayoría de los cuales provenían de sus propias filas. Hasta las milicias UGT y CNT del frente de Madrid, a pesar de la reorganización parcial, mantenían a la mayoría de sus oficiales y seguían publicando sus periódicos políticos en el frente. En los frentes catalanes, las milicias anarquistas se negaban a obedecer los decretos refrendados por los ministros de la CNT. Tan importante como eso fue el hecho de que, después de la caída de Málaga, Caballero arrestó al general Asensio y al comandante de Málaga, Villalba, por traición, y barrió de los estados mayores a muchos amigos burgueses de Prieto y los estalinistas. La precaución que

empleó Caballero para reorganizar al ejército fue un obstáculo importante para el programa Prieto-estalinistas. Para reorganizar las milicias convirtiéndolas implacablemente en regimientos burgueses, comandadas por oficiales elegidos por la burguesía en consonancia con el viejo código militar, y purgar a los comandantes de izquierda surgidos durante las jornadas de julio, había que desplazar a Caballero del control del ejército.

El Ministerio de Guerra era el mejor puesto desde donde comenzar a liquidar el control obrero de las fábricas. En nombre de las necesidades de la guerra, el Ministerio podía intervenir y quebrar la posición obrera en las industrias más estratégicas: ferrocarriles y demás transportes, minería, metalurgia, textiles, carbón y petróleo. Los estalinistas ya se venían preparando desde abril, con un ataque frontal a las fábricas de aprovisionamiento bélico. Desgraciadamente para ellos, organizaron la campaña (una debilidad recurrente en las campañas realizadas dócilmente bajo órdenes de representantes de la Comintern enviados por Moscú) en un momento en que la atmósfera no era propicia para un pogromo. Sus acusaciones fueron refutadas por declaraciones conjuntas de las organizaciones catalanas de la CNT y UGT en las fábricas afectadas y, como hemos visto, las repudió el mismísimo primer ministro Tarradellas quien, desde el Ministerio de Finanzas, enviaba a las fábricas los fondos del tesoro de Valencia. Resultaba claro, pues, que el bloque burgués-estalinista no podía realizar esta campaña desde afuera, sino que necesitaba al Ministerio de Guerra para incrementar sus incursiones contra el control obrero de las fábricas.

En el gabinete de Caballero, el Ministerio del Interior, que controlaba las dos grandes fuerzas policiales (Guardia de Asalto y Guardia Nacional Republicana) y la prensa, estaba en manos de Ángel Galarza, miembro del grupo de Caballero. Los obreros revolucionarios denunciaban su política, y con razón. Lo más irritante era el decreto Caballero-Galarza que prohibía la afiliación de la policía a organizaciones políticas y sindicales; y separar a la policía del movimiento obrero sólo puede desembocar en lanzar a la policía contra el movimiento obrero.

De todas maneras, el grupo de Caballero comprendía que la represión de la CNT sería un golpe fatal para su base, la UGT. Además, Caballero necesitaba a la CNT para contrapesar al bloque burgués-estalinista. Galarza envió cinco mil efectivos policiales a Barcelona, pero se negó a realizar la propuesta de Prieto y los estalinistas de liquidar totalmente al POUM y tomar represalias contra la CNT-FAI. Una vez más, en esta instancia, el grupo de Caballero había sido el artífice del instrumento de represión obrera pero se había negado a utilizarlo a fondo. Una vez que Caballero y Galarza convencieron a la Generalitat, durante los combates en Barcelona, de que permitiera que el gobierno central extendiera el control del orden público a Cataluña, había llegado el momento de destituir a Galarza e imponer el control estalinista de policía y prensa en Cataluña y en otras partes.

El programa Prieto-estalinista de conciliación con la Iglesia –a mitad de camino de la conciliación con Franco– había encontrado resistencia en Caballero. Como espina dorsal de la monarquía y del bienio negro de Lerroux y Gil Robles, las iglesias habían sido baluartes de la insurrección fascista. En España, ser afiliado a una organización obrera ha significado siempre ser anticlerical, porque para el catecismo oficial el “voto liberal” ha sido siempre un pecado mortal. Las masas obligaron al cierre de las iglesias católicas en julio. No podría haber medida más antipopular que el permitirle a la organización eclesiástica volver a operar libremente... ¡en medio de la guerra civil! Además, era peligroso para el movimiento antifascista, puesto que el Vaticano apoyaba a Franco e inevitablemente utilizaría a la Iglesia para ayudarlo. Sin embargo, esto era lo que proponía el gobierno vasco y sus aliados, Prieto y los estalinistas. Caballero había hecho muchas cosas para obtener los favores del imperialismo anglo-francés, pero permitir el libre funcionamiento de la organización eclesiástica en medio de la guerra civil era demasiado para él.

Estas causas de conflicto entre Caballero y el bloque reaccionario aparecen claramente en las demandas elevadas por los distintos partidos el 16 de mayo, durante las acostumbradas visitas al presidente Azaña para hacerle conocer la posición de cada grupo en torno a la crisis de gabinete.²⁵

Manuel Cordero, portavoz de los socialistas prietistas, declaró devotamente que la posición de su organización favorecía a un gobierno de todas las fracciones, pero “subrayó insistentemente la necesidad de un cambio total en la política del Ministerio del Interior”.

Pedro Corominas declaró, en nombre de la Esquerra catalana, “Cualquiera que sea la solución que se adopte, será necesario fortalecerla y liquidar las dificultades de origen personal, asegurando un contacto mayor y más frecuente con las Cortes de la República.” En otras palabras, ¡la política del gobierno debía ser dictada por los remanentes de las Cortes elegidas en febrero de 1936 bajo un acuerdo electoral que daba la abrumadora mayoría de las Cortes a los partidos burgueses!

Manuel Irujo habló con bastante claridad, en nombre de los capitalistas vascos:

“He aconsejado a Su Excelencia que forme un gobierno de concentración nacional presidido por un ministro socialista que goce de la confianza de los republicanos [burgueses]. Puesto que Caballero [...] ha perdido la confianza de los grupos que integran el Frente Popular, opinamos que sería conveniente formar un gobierno de Negrín, Prieto o Besteiro con la colaboración de todos los grupos políticos y sindicales que acepten las bases propuestas.

En cuanto a demandas específicas, me veo obligado a plantear, por ahora, dos. La primera es proceder, con las garantías y restricciones que dicte el orden público y la guerra, al restablecimiento del régimen constitucional de libertad de conciencia y religión.

La segunda se refiere a Cataluña. Los republicanos catalanes hubiesen preferido una intervención más temprana y enérgica del Gobierno de la República en apoyo de la Generalitat. Más aún, al cumplir estas obligaciones, pienso que el gobierno debe arrancar de cuajo el problema que aqueja la vida catalana, liquidando con firmeza las causas de desorden e insurrección, sean circunstanciales o endémicas”.

A este mismo Irujo el bloque Prieto-estalinistas encomendaría el ministerio de Justicia.

Salvador Quemades, de los republicanos de izquierda, el partido de Azaña, sostuvo que el próximo gabinete “debe tener una política enérgica en materia de orden público y reconstrucción económica, y que se unifiquen los mandos de guerra, marina y fuerza aérea”. Prieto ya era ministro de Marina y Aire. Con esto se agregaba a sus puestos el control del ejército (cosa que se realizó).

Los estalinistas propusieron:

- a) Que el Presidente del Consejo se ocupara exclusivamente de asuntos de la presidencia. El ministerio de Guerra debía ser encomendado a otro ministro.
- b) Eliminación de Galarza del nuevo gabinete por “su blandura en problemas de orden público”.
- c) Los ministerios de Guerra e Interior “deben ocuparlos personas que gocen del apoyo de todos los partidos y organizaciones que conforman el gobierno”. Es decir, que dichos ministerios, esenciales para los planes del bloque vasco-Prieto-estalinista deben quedar en sus manos.

La CNT declaró que no apoyaba a gobierno alguno donde Caballero no fuera primer ministro y ministro de Guerra. La UGT emitió una declaración similar. El presidente Azaña, a sabiendas de que las suertes estaban echadas, delegó a Caballero la formación de un nuevo gabinete con representación de todos los grupos. Caballero, como buen centrista, procedió a

²⁵ La prensa publicó las declaraciones de todos los partidos.

aserrarse él mismo el piso. Ya había debilitado a su aliado principal, la CNT, por su comportamiento durante los acontecimientos de Cataluña. Ofreció bajar la representación de la CNT de cuatro ministros a dos, Justicia y Sanidad. Al grupo de Prieto ofreció dos ministerios, pero resultantes de la combinación de Finanzas y Agricultura, Industria y Comercio. Educación y Trabajo fueron los dos ministerios para los estalinistas. La burguesía, que en el gabinete anterior había tenido únicamente ministros sin cartera, recibiría los ministerios de Obras Públicas y Propaganda (republicanos de izquierda), Comunicaciones y Marina Mercante (Unión Republicana) y sin cartera para la Esquerra y los nacionalistas vascos. De modo que este gobierno estaba más a la derecha que su predecesor. El conciliacionismo de Caballero con la derecha sólo podía significar para las masas que la intransigencia de ésta demostraba su fuerza superior, y le allanaba el camino para que tomara el poder con toda impunidad.

Los estalinistas rechazaron el compromiso de Caballero y se negaron a participar en el gabinete si no era bajo sus propios términos. El grupo de Prieto se apresuró a declarar que no ingresaría al gabinete sin los estalinistas. Los partidos burgueses se hicieron eco. Ahora Caballero podía optar entre formar un gobierno de la UGT y CNT o entregarlo al bloque estalinista-burgués.

Caballero se condujo, a través de la crisis de gabinete, según los cánones tradicionales de la política burguesa, es decir, no informó a las masas de lo que ocurría y no movilizó a los trabajadores contra la derecha. La CNT hizo lo propio. Después se supo que, el día en que el gabinete se derrumbó, Caballero había asegurado a la CNT que estaba dispuesto, de ser necesario, a entregar el poder a la UGT y la CNT. Pocas horas después se había retractado, aduciendo que había oposición en la UGT. “Durante la crisis gubernamental, la UGT hizo un doble juego”, declaró, poco después, la FAI en un manifiesto. “En esta organización las influencias burguesa y estalinista son tan fuertes que el sector revolucionario, es decir, el que estaba dispuesto a colaborar con nosotros, estaba paralizado [...] Fue una victoria no sólo para el bloque burgués-comunista sino también para Francia, Inglaterra y Rusia, que consiguieron lo que buscaban”. En otras palabras, los anarquistas se apoyaron en Caballero, él señaló a la oposición y, con la parálisis que los dirigentes provocaron en las masas, el gobierno derechista llegó al poder.

Es posible que, en sus numerosas divergencias con Azaña durante la crisis, Caballero haya planteado la posibilidad de un gobierno UGT-CNT y se haya visto contrariado. Azaña poseía el poder constitucional de rechazar a todo gabinete que no le conviniese. La constitución de 1931 otorga al presidente poderes verdaderamente bonapartistas. Azaña lo había sufrido en carne propia siendo primer ministro cuando, a pesar de contar con la mayoría en las Cortes, el presidente Zamora había disuelto su gabinete en 1933 para abrirle paso al gobierno semifascista de Lerroux. La insurrección del 19 de julio no había liquidado esos poderes bonapartistas. Azaña se había retirado a una residencia de campo en Cataluña y había permanecido tranquilo durante casi todo el transcurso del gobierno de Caballero. Cuando se reprochaba a los militantes del grupo de Caballero el no haber liquidado a la presidencia en todos esos meses, habían respondido paternalmente que la constitución y la presidencia ya no existían, que decir lo contrario era formalismo puro y que, por otra parte, el constitucionalismo formal era muy útil para obtener ayuda exterior... y helo aquí bien vivo al presidente Azaña, dignándose a recibir a los portavoces de los distintos partidos, recibiendo los informes de Caballero sobre los progresos en la formación de un nuevo gobierno mientras el partido de Azaña, los Republicanos de Izquierda, están en el bloque burgués-estalinista... En todo caso, Caballero le ahorró al bloque las molestias de una polémica pública en torno a las prerrogativas presidenciales. Informó a Azaña que había fracasado en su gestión de formar

un gabinete y Azaña inmediatamente designó a Negrín para formar un gobierno de la burguesía, Prieto y los estalinistas.

XII. “El gobierno de la victoria”

La Pasionaria bautizó al nuevo gabinete como “el gobierno de la victoria”. “Nos hemos preparado – dijo – para ganar la guerra rápidamente, aunque nos cueste una polémica con nuestros camaradas más queridos”. Los estalinistas lanzaron una campaña mundial para demostrar que el gobierno de Caballero había retrasado la victoria y que ésta vendría rápidamente.

Sin embargo, los anales del gobierno de Negrín no son la crónica de una victoria militar, ni siquiera de un intento serio de obtenerla, sino de la represión implacable de obreros y campesinos. El gobierno actuaba siguiendo los dictados de los gobernantes anglo-franceses, a quienes acudía en busca de ayuda. *Le Temps*, portavoz de la Quai D'Orsay, señaló el verdadero significado de la crisis de gabinete:

“El gobierno republicano de Valencia ha llegado a un punto en que debe tomar decisiones. Ya no puede vivir, como hasta ahora, en un estado de ambigüedad. Debe optar entre democracia y dictadura proletaria, entre orden y anarquía”. (17 de mayo).

Al día siguiente se formó el gabinete de Negrín. *Le Temps* dio su visto bueno, pero señaló perentoriamente la senda por la que el nuevo gobierno debía transitar resueltamente:

“Es demasiado pronto como para llegar a la conclusión de que Valencia por fin se orienta hacia un gobierno más moderado, dispuesto a deshacerse al fin del control de los anarco-sindicalistas. Pero el intento habrá que hacerlo, no importa cuánto se resistan los extremistas”.

¡Más claro, imposible!

El gobierno – según escribe un ardiente partidario de su curso reaccionario~, el corresponsal Matthews del *New York Times*:

“[...] piensa mantener el orden interno con mano de hierro [...] Con ello, el gobierno espera granjearse las simpatías de las dos democracias más importantes para España – Gran Bretaña y Francia – y retener el apoyo de una nación que le ha sido de gran ayuda: Rusia. El problema principal que enfrenta el gobierno actualmente es cómo pacificar o aplastar la oposición anarquista”. (19 de mayo de 1937).

“En pocas palabras, el gobierno desató una maquinaria totalmente represiva, sin tener en cuenta el estado de guerra ni la necesidad de mantener alta la moral de guerra”, decía una declaración de la FAI del 6 de julio. “Los anarquistas están siendo eliminados como factor activo. Si los socialistas de Caballero mantienen sus tácticas, es posible que se los ilegalice en tres meses”, escribió el estalinista Louis Fischer. (*Nation*, 17 de julio).

En el gabinete de Caballero, García Oliver, el “anarquista cien por cien”, había desempeñado una ardua labor, creando tribunales democráticos y promulgando decretos judiciales mientras la contrarrevolución avanzaba a sus espaldas. La Generalitat había utilizado a Nin con el mismo propósito durante los primeros meses de la revolución. Ahora el gobierno puso al frente del Ministerio de Justicia a un nacionalista vasco, católico devoto, Manuel Irujo. El hecho de que semejante individuo hubiese llegado a ocupar ese cargo significaba: ya pasó el momento de mentir. En 1931 Irujo había votado contra la constitución republicana, por considerarla un documento izquierdista y ateo. ¿No era, pues, el hombre indicado para ocupar el cargo de ministro de Justicia?

El primer paso de Irujo fue disolver los tribunales populares creados después del 19 de julio de 1936 y que funcionaban con un juez presidente y quince miembros designados por las

organizaciones antifascistas. Los miembros de la FAI quedaron fuera de los tribunales en virtud de un decreto que sólo permitía la participación de las organizaciones legalizadas el 16 de febrero de 1936. ¡Quién había ilegalizado a la FAI era el bienio negro, por supuesto! Casi todos los jueces presidentes eran abogados de izquierda. Roca, ex subsecretario del ministerio relata como, en septiembre de 1936, el Ministerio de Justicia convocó a una reunión de todos los viejos jueces y magistrados, solicitando voluntarios que instalaran tribunales en las provincias. Ni uno se ofreció. Sabían que tendrían que sentenciar a los fascistas. Ahora se había limpiado los tribunales de abogados izquierdistas, y los viejos jueces, antes tan renuentes, los reemplazaban, puesto que los tribunales ya no se encargaban de buscar fascistas sino de reprimir obreros. El ministerio de Irujo publicaba *boletines diarios* con las listas de fascistas y reaccionarios puestos en libertad.

Las quejas que esta medida provocó fueron ignoradas durante meses. Por fin – cuando su partido entregó Bilbao y Santander – *Frente Rojo* (30 de agosto) denunció a Irujo por “proteger a los fascistas”. “Es ridículo e intolerable que, en el momento mismo de la conquista de Santander por los fascistas, Valencia publique vergonzosas listas de fascistas y reaccionarios absueltos y pues-tos en libertad”. Pero esto era nada más que una fachada. Los ministros estalinistas siguieron en el mismo gabinete con este hombre.

El 23 de junio se promulgó un decreto gubernamental por el cual se creaban cortes especiales para tratar a los asuntos de sedición. Entre los “actos de sedición” figuraban: “Dar información de tipo militar, diplomática, sanitaria, económica, industrial o comercial a un estado, organización armada o individuo extranjero” y todos los delitos tendentes a “deprimir la moral pública y la disciplina militar”. La elección de los jueces quedaba en manos de los ministerios de Justicia y Defensa, que podían celebrar juicios secretos e impedir la presencia de terceros. El decreto termina:

“Ofensas, conspiraciones y planes, intentados o frustrados, al igual que la complicidad resultante de dar ayuda a personas afectadas por el presente decreto, serán castigadas de la misma forma que si se hubiera cometido la infracción. Quien, siendo culpable de tales infracciones, las denuncie a las autoridades, quedará libre de culpa y cargo. Se pueden imponer sentencias de muerte sin darlas a conocer formalmente al gabinete”.

La cláusula de confesión, el castigo por actos no cometidos, los juicios secretos, eran traducción directa de las leyes de Stalin. La definición amplia de sedición convertía a cualquier opinión, oral o escrita, o indicada por evidencia circunstancial, que se pudiera interpretar como crítica al gobierno, en delito de traición. Este decreto, aplicable a cualquier obrero que hiciera agitación por mejoras, a los huelguistas, a la crítica del gobierno en los diarios, a cualquier declaración, acción o actitud que no fuera de adoración al régimen, no sólo no tenía precedentes en una democracia, sino que era más cínico que los procedimientos jurídicos de Hitler y Mussolini. El 29 de julio el Ministerio de Justicia anunció que diez miembros del Comité Ejecutivo del POUM serían juzgados bajo este decreto. Se los había arrestado el 16 y 17 de junio, antes de la promulgación del mismo. ¡O sea que, como broche de oro, el decreto *era una ley ex post facto* que castigaba crímenes cometidos *antes de la promulgación de la misma!* De esta manera se repudiaba expresamente el principio jurídico más sagrado de los tiempos modernos.

Irujo propuso otro decreto, que el gobierno sancionó y promulgó el 12 de agosto:

“Quienquiera tache de fascista, traidor o contrarrevolucionario a una persona o grupo de personas, sin razón o sin base suficiente, sin que la autoridad [la corte] haya producido sentencia [contra el acusado]... Quien denuncie a un ciudadano por ser sacerdote o administrar los sacramentos [...] perturba innecesariamente el orden público cuando no comete un crimen irreparable, pasible de castigarse judicialmente”.

Este decreto no sólo prohibía toda crítica ideológica del bloque gubernamental, sino que prohibía a los obreros perseguir a los fascistas. También ponía fin a toda vigilancia del clero católico, justamente cuando el Vaticano acababa de pronunciarse plenamente a favor de Franco. En la práctica, las denuncias “sin que la corte haya sentenciado” se aplicaba a la crítica de izquierda. Los estalinistas siguieron denunciando al POUM como organización fascista, sin que nadie la hubiera sentenciado.

La censura de prensa funcionaba bajo un sistema tal, que no sólo destruía la libertad de crítica sino que ocultaba al pueblo los actos mismos de censura. Así, el 7 de agosto *Solidaridad Obrera* sufrió una suspensión de cinco días por desobedecer al censor. La orden desobedecida – según Gómez, Delegado General de Orden Público en Barcelona, quien la había dado – era la de “no publicar espacios en blanco”. ¡Es decir, que las secciones eliminadas por el censor de las galeras no debían quedar en blanco, sino cubiertas por otros textos! La prensa de la CNT, como forma de protesta por la censura, dejaba en blanco los espacios correspondientes a noticias censuradas.

El 14 de agosto el gobierno promulgó un decreto ilegalizando toda crítica al gobierno soviético en la prensa:

“Con repeticiones que permiten descubrir un plan deliberado de ofender a una nación excepcionalmente amistosa, creándole así dificultades al gobierno, distintos diarios se han ocupado de la URSS en forma que no corresponde [...] El consejo de censores no debe permitir esa licencia totalmente repudiable [...] El diario que desobedezca será suspendido por tiempo indeterminado, aunque el censor lo haya aprobado; en tal caso, el censor que lee las pruebas de galera será juzgado por el Tribunal Especial que trata el crimen de sabotaje”.

Los decretos de la censura ya no se aplicaban a la radio. El 18 de junio la policía se había presentado en todas las estaciones de radio pertenecientes a sindicatos y partidos políticos y las había cerrado. Desde entonces, el gobierno monopolizaba todas las transmisiones de radio.

Una de las aplicaciones más brutales de la censura de prensa se dio el 1 de octubre, cuando el bloque de los estalinistas y Prieto rompió la UGT, en una reunión de algunos sindicatos que depusieron al ejecutivo de Caballero. Mientras el nuevo “ejecutivo” publicaba libremente una serie de calumnias infamantes, las declaraciones del Comité Ejecutivo de Caballero eran destrozadas por la censura, al igual que los titulares de la CNT, que lo consideraban, con razón, el verdadero ejecutivo. Las protestas formales de la prensa de la CNT contra el gobierno no surtieron el menor efecto.

A pesar de haber casos terribles – en ciudades ocupadas por los fascistas – de contingentes de guardias civiles y de asalto pasándose al bando fascista durante el sitio, el Ministerio del Interior procedió a limpiar a la policía, no de elementos viejos, sino de obreros enviados por sus organizaciones después del 19 de julio. Se decretaron exámenes para todos los que habían ingresado durante el año anterior. Los Consejos de Seguridad, formados por policías antifascistas para limpiarla de fascistas, fueron disueltos por orden del gobierno. Más aún, el director general de la policía Gabriel Morón, estalinista, ordenó a la base no hacer denuncias de fascistas, so pena de ser dados de baja. (*CNT* 1 de septiembre).

Frenada mientras las premisas políticas maduraban, la contrarrevolución económica se aceleraba. En agricultura la senda estaba trazada por el primer decreto, del 7 de octubre de 1936, que se limitaba a expropiar las propiedades fascistas, dejando intacto el sistema de propiedad privada de la tierra, incluido el derecho a poseer grandes extensiones y explotar el trabajo asalariado.

A pesar del decreto, la agricultura colectivizada se había difundido durante los primeros meses de la revolución. La UGT al principio estaba en contra, pero el movimiento cundió y

echó raíces en la base, obligándola a cambiar de actitud. Existían diversos factores que aceleraban el desarrollo de la explotación colectiva de la tierra. A diferencia del viejo mujik ruso, los campesinos y obreros agrícolas españoles tenían una tradición sindical de décadas, conformando buena parte de la base de la CNT-FAI, la UGT, el POUM y el Partido Socialista. Este fenómeno político surgía en parte del hecho económico de la división de la tierra, más desigual en España que en Rusia, y de que la casi totalidad del campesinado español dependía total o parcialmente del trabajo en las grandes propiedades. De allí que aun los que poseían algo no tenían la gran preocupación tradicional del campesino por su propia tierra. El trabajo colectivo se fortalecía por la necesidad casi universal del trabajo común de riego. A estos factores se agregaba la solidaridad de muchas fábricas con la tierra colectivizada, expresada en la entrega de equipos y fondos, la compra a precios justos de los productos de las mismas por los comités obreros de aprovisionamiento y los mercados colectivos, la colaboración de los ferrocarriles y camiones colectivizados en el transporte de dichos productos a la ciudad. Otro factor importante fue que el campesino comprendió que ya no estaba solo. “Si alguna localidad pierde o ve reducida su cosecha por sequías, etcétera – dijo el presidente de la Federación Agraria de Castilla (CNT) en nombre de 230 establecimientos colectivos – nuestros campesinos no tienen por qué preocuparse, no tienen que temer al hambre, porque los colectivos de otras localidades o regiones consideran que es su deber ayudarles”. Muchos eran los factores que se conjugaban para estimular el desarrollo veloz de la colectivización.

Cuando el estalinista Uribe se hizo cargo del Ministerio de Agricultura, primero con Caballero y luego con Negrín, el gobierno arrojó todo su peso contra la colectivización. “Nuestros colectivos no recibieron la menor ayuda oficial. Por el contrario, fueron blanco de impedimentos y calumnias de todo tipo de parte del ministro de agricultura y de las instituciones dependientes de ese ministerio”, señaló la federación agraria de Castilla de la CNT (*Tierra y Libertad*, 17 de julio). Ricardo Zabalza, dirigente nacional de la Federación de Campesinos y Trabajadores Rurales de la UGT declaró:

“Los reaccionarios de ayer, ex agentes de los grandes terratenientes, reciben toda clase de ayuda del gobierno, mientras que a nosotros no se nos proporciona la más mínima ayuda, y se nos desaloja de nuestras pequeñas propiedades [...]

Quieren aprovecharse de que nuestros mejores camaradas están luchando en el frente. Esos camaradas verterán lágrimas de rabia cuando, al venir con licencia desde el frente, vean que sus esfuerzos y sacrificios fueron en vano, que sólo llevaron a la victoria de los enemigos de antaño, quienes ahora ostentan carnés de una organización proletaria [el Partido Comunista]”.

Estos agentes de los terratenientes, los odiados *caciques* – capataces y jefes de aldea – habían sido la columna vertebral de la máquina política de Gil Robles y los terratenientes. Ahora se los encontraba militando en las filas del Partido Comunista. Si hasta un jefe destacado de la máquina de Gil Robles, el jefe de la CEDA, sobrevivió a la revolución y militaba ahora en el Partido Comunista.

Uribe justificó su asalto a los colectivos con el pretexto de que se obligaba a ingresar a los campesinos que no lo querían ¡Casi no es necesario comentar la ironía de un estalinista quejándose de la colectivización forzada, después de las masacres y exilios draconianos de la época de la “liquidación” del kulak ruso! De haber existido alguna prueba que lo demostrara, no cabe duda que Uribe la hubiese presentado, pero no la había. *Ambas* federaciones de campesinos y trabajadores rurales, las afiliadas a CNT y UGT, se opusieron a la colectivización forzada, se pronunciaron a favor de la colectivización voluntaria y denunciaron a los estalinistas por apoyar a los caciques y campesinos ricos reaccionarios. En junio, la publicación socialista *Adelante* envió un cuestionario a las distintas secciones provinciales de la organización campesina de UGT: éstas defendieron a los colectivos casi por unanimidad y denunciaron como un solo hombre que la oposición principal a los colectivos

provenía del Partido Comunista que, con este fin, organizaba a los caciques y utilizaba las instituciones gubernamentales. Todos declararon que el decreto del 7 de octubre creaba una nueva burguesía. En carta de protesta a Uribe, Ricardo Zabalza describió el sistema simple pero efectivo que utilizaban los estalinistas para atacar a los viejos colectivos: reclutaban y organizaban a viejos caciques, kulaks y terratenientes que inmediatamente exigían la disolución del colectivo local, reclamaban la tierra, equipos y granos almacenados. Cada una de esas controversias traía a los “mediadores” de Uribe, que invariablemente se pronunciaban a favor de los reaccionarios, imponiendo “arreglos” mediante los cuales se les quitaba a los colectivos sus equipos y tierra. Cuando se les pedía explicaciones, dijo Zabalza, los agentes gubernamentales declaraban que actuaban bajo las órdenes específicas de su superior, Uribe. No es de sorprenderse que la federación campesina de la UGT de la provincia de Levante tildara a Uribe de “enemigo público número uno”. Los protegidos de Irujo, los ex fascistas puestos en libertad, por el solo hecho de recuperarla, podían exigir la devolución de sus tierras. Cuando alguno de ellos volvía como terrateniente, los campesinos se resistían y el gobierno enviaba los guardias de asalto contra ellos.

También en los pueblos y ciudades industriales el gobierno procedió a destruir todo elemento de socialización. “No cabe duda que si los obreros no hubiesen tomado el control de la industria al día siguiente de la insurrección, el derrumbe económico hubiera sido total – escribió el estalinista Joseph Lash – pero los esquemas de control obrero de la industria no han dado buen resultado”. (*New Masses*, 19 de octubre). Hay algo de cierto en esto, pero toda la verdad no señala hacia atrás, a los viejos propietarios, sino hacia adelante, hacia el estado obrero. Es verdad que no puede realizarse la planificación a escala nacional sólo a través de los aparatos sindicales y de fábrica. Lo que se necesita es un aparato centralizado, es decir, un estado. Si la CNT lo hubiera comprendido, si hubiera llamado a la elección de comités de fábrica, de campesinos y de milicianos unidos en un consejo nacional que se constituyera en gobierno, eso hubiera sido un *estado obrero*, que hubiera otorgado plena vigencia a los comités obreros a la vez que alcanzado la centralización necesaria.

En lugar de ello, los dirigentes anarquistas libraron una batalla perdida, en torno a cuál es la autoridad que debe tener el estado. Por ejemplo, Peiró, ex ministro de industria, sostuvo lo siguiente: “Estaba dispuesto a nacionalizar la industria eléctrica de la única manera compatible con mis principios: dejar la administración y la dirección en manos de los sindicatos, no del estado. El estado sólo tiene derecho a actuar como contador y administrador”. Formalmente correcto: Lenin dijo que el socialismo no es sino teneduría de libros. Pero sólo un estado obrero cumpliría fielmente las funciones de administrador y tenedor de libros, mientras que el estado español, un estado burgués, *debía* combatir la socialización. Una vez más los anarquistas, al no hacer la distinción entre estado burgués y estado obrero, capitularon ante el estado burgués en lugar de combatir por un estado obrero.

El Ministerio de Defensa mandó tomar las fábricas, una por una. El 28 de agosto se promulgó un decreto otorgándole al gobierno el derecho de intervenir o tomar cualquier empresa minera o metalúrgica. El gobierno declaró explícitamente que el control obrero debía limitarse a defender las condiciones de trabajo y estimular la producción. Las fábricas que resistieron vieron negados sus pedidos de créditos o, habiendo hecho sus envíos, no se les pagó hasta que cedieron a la voluntad del gobierno. En muchas empresas extranjeras los obreros ya se habían visto despojados de toda autoridad. El Departamento de Compras del Ministerio de Defensa anunció que a partir de cierto día sólo haría contratos con empresas que funcionaran “en base a sus viejos propietarios” o “bajo la intervención correspondiente controlada por el Ministerio de Finanzas y Economía”. (*Solidaridad Obrera*, 7 de octubre).

El paso siguiente, por el cual los estalinistas venían librando una campaña de meses, fue la militarización de

todas las industrias bélicas: transporte, minería, metalurgia, municiones, etcétera. Este régimen cuartelario recuerda al de Gil Robles, bajo el cual se militarizó la industria de municiones: se prohibieron las huelgas y la afiliación sindical. El decreto de militarización estaba suavizado con el nombre de “decreto de militarización y nacionalización”. Pero militarizar fábricas que ya están en manos de los obreros, junto con la plena indemnización a sus ex dueños liquida el control obrero de las fábricas y prepara la devolución a sus ex dueños.

* * *

La sesión de las Cortes, largamente aplazada, se inició el 1 de octubre y simbolizaba adecuadamente a este gobierno. Negrín pronunció un discurso aburrido y gris, pero digno de mención por un largo párrafo donde defendió que “hay que prepararse para la paz en medio de la guerra”. (A la prensa de la CNT no se le permitió analizar el significado de dicha frase). Caballero no apareció, planteando que estaba preocupado con la crisis de la UGT. Sus seguidores se mantuvieron en silencio mientras González Peña, en nombre de la delegación socialista, declaró su apoyo incondicional al gobierno, junto con los estalinistas, desde luego. Angel Pestaña, ex dirigente de la CNT, recién readmitido a la organización, declaró su apoyo incondicional al gobierno en nombre de su Partido Sindicalista. Barrio, quien presidía la sesión, lo interrumpió dos veces: una por quejarse de los métodos estalinistas de proselitismo en el ejército; la segunda por quejarse de que en la retaguardia no se liquidaba a los elementos fascistas y de espionaje. De esa manera, ni un soplo del espíritu de las masas penetró en el recinto.

Pero el símbolo máximo del gobierno fueron sus nuevos amigos – los diputados reaccionarios – que aparecían por primera vez desde julio de 1936.

¡Estaba Miguel Maura! Jefe de la extrema derecha republicana, ministro del interior durante el primer gobierno republicano, enemigo implacable de los sindicatos, primer ministro de la república que se atrevió a reimplantar la temida “ley de fugas” para fusilar a los presos políticos: Maura había escapado del país en julio. Su hermano, el monárquico Honorio había sido fusilado por los obreros; el resto de su familia estaba con Franco. Mientras permaneció en el exilio, Maura no hizo el menor intento de ponerse en contacto con las embajadas españolas.

¡Estaba Portela Valladares! Gobernador general de Cataluña bajo Lerroux, después de la liquidación de la autonomía catalana en octubre de 1934, último primer ministro del bienio negro, hasta el momento de las elecciones de febrero de 1936. Había huido de España en julio. Qué había hecho en el exterior, nadie lo sabía. Ahora tomó la palabra en las Cortes: “Este parlamento es la razón de ser de la República; es el derecho a vivir de la República. Mi primer deber ante vosotros, ante España, ante el resto del mundo, es asegurar la legitimidad de vuestro poder [...] Hoy siento una enorme e íntima satisfacción al haber contribuido con vosotros a efectuar la transición de España hacia una seria y profunda reconstrucción”. Al término de la sesión se abrazó con Negrín. Declaró a la prensa que le encantaba “la atmósfera que impera en España”. Volvió a París mientras la prensa estalinista demostraba estadísticamente que la presencia de Valladares y Maura, otorgando el apoyo del centro al gobierno, daba una mayoría estadística del electorado al gobierno.²⁶

²⁶ Este criterio antimarxista permitió a los fascistas argumentar que los votos de la derecha, más los votos del centro, les daban mayoría popular. Las cifras se basaban, desde luego, en las elecciones de febrero de 1936. El criterio marxista sostiene que una revolución se justifica puesto que la vanguardia revolucionarla representa a la mayoría de la clase obrera apoyada por el campesinado. ¡Con el criterio de los estalinistas se podría invalidar la Revolución Rusa!

El ardor de la prensa estalinista se cortó abruptamente cuando el *Diario Vasco*, fascista, del 8 de octubre de 1937, publicó una carta de Valladares a Franco, fechada el 8 de octubre de 1936, donde éste ofrecía sus servicios a la “causa nacional”.

Los estalinistas “compensaron” su bienvenida a Maura y Valladares cuando la Pasionaria se refirió de pasada a la presencia non grata de otro reaccionario, figura menor, miembro del partido de Lerroux durante el bienio negro. El diputado Guerra del Río pidió la palabra para contestar. Dijo que si el gobierno descansaba sobre las Cortes, allí se quedaría. Pasionaria retiró sus palabras. El censor eliminó los ataques de la CNT a Maura y Valladares.

¿Y para esto las masas habían derramado su sangre?

Pero todavía debemos contar la historia de cómo el gobierno conquistó Cataluña y Aragón.

XIII. La conquista de Cataluña

El 5 de mayo dejó de existir la autonomía catalana. El gobierno central tomó los ministerios de Orden Público y Defensa. El delegado de Caballero en Barcelona transmitió un mensaje por radio: “Desde este momento todas las fuerzas se hallan bajo las órdenes del gobierno central. Dichas fuerzas no consideran enemigos a ningún sindicato u organización antifascista. Los únicos enemigos son los fascistas”. Una semana más tarde el delegado de Caballero entregó los ministerios de Defensa y Orden Público a los representantes de Negrín-Stalin y comenzó el pogromo. El POUM cayó casi sin ruido. El PSUC inició una campaña monstruosa, con el mismo lenguaje, consignas, etc., que empleó la burocracia soviética en la caza de brujas que precedió a los juicios de Moscú. “Los trotskistas del POUM iniciaron la insurrección cumpliendo órdenes de la policía secreta alemana e italiana”. ¡La respuesta del POUM fue... denunciar por difamación a los editores estalinistas ante una corte llena de jueces y funcionarios burgueses y estalinistas!

El 28 de mayo *La Batalla* fue clausurado definitivamente y la emisora del POUM cerrada. Se ocupó el local central de Amigos de Durruti y se ilegalizó la organización. Al mismo tiempo, la prensa anarquista fue puesta bajo una censura política de hierro. Sin embargo, la CNT y el POUM no se unieron para hacer un movimiento de protesta masivo. “No protestamos. Sólo publicamos los hechos”, dijo *Solidaridad Obrera* el 29 de mayo. El órgano juvenil del POUM, *Juventud Comunista* dijo en forma grandilocuente el 3 de junio: “Se trata de gritos de impotencia y pánico contra un partido revolucionario firme [...]” Y “el juicio [por calumnias] sigue su curso. El órgano del PSUC debe comparecer ante los Tribunales Populares que los mostrarán ante el movimiento obrero nacional e internacional tal cual son: calumniadores vulgares”. Naturalmente, el tribunal desestimó el recurso del POUM en base a un tecnicismo legal.

En la noche del 3 de junio los guardias de asalto trataron de desarmar a una de las pocas patrullas obreras que quedaban. Hubo un intercambio de disparos con muertos y heridos de ambos bandos. Con ello el gobierno quedó en posición de liquidar a las patrullas. Pero también era la oportunidad que necesitaba el POUM para obligar a los dirigentes de la CNT a defender los derechos elementales de la clase obrera exigiendo un frente único en base a propuestas sencillas y concretas: libertad de reunión, prensa, patrullaje, defensa de los barrios obreros contra los matones estalinistas, libertad a los presos políticos, etcétera. Los dirigentes anarquistas no podían rechazar esas propuestas sin sufrir consecuencias irreparables respecto de sus bases. Se podrían haber creado comités de frente único, inclusive contra la voluntad de los dirigentes de la CNT, para luchar por esas cuestiones sencillas y concretas.

Sin embargo, para los dirigentes del POUM elevar consignas tan sencillas significaba: nuestra evaluación de las jornadas de mayo como derrota de la contrarrevolución fue errónea, fue una

derrota de los obreros y ahora debemos luchar por los derechos democráticos más elementales. En segundo lugar, significaba: ha sido un error que nos apoyáramos en los dirigentes de la CNT, limitándonos a la propuesta general y abstracta de un “frente revolucionario” CNT-FAI-POUM, lo que implica que la CNT es una organización revolucionaria con la que podemos compartir una plataforma basada en principios fundamentales.²⁷ Debemos decir, abiertamente, que lo más que puede esperarse de la dirección anarquista es un frente único en defensa de los derechos más elementales de los obreros.

¡Ni una vez en todo el año el POUM llamó a la creación de un frente único con la CNT en torno a tareas concretas de lucha! La política de la dirección del POUM se reducía esencialmente a ganarse los favores de la dirección de la CNT. *¡Ni una sola vez* caracterizaron la política capituladora de la dirección de la CNT, ni siquiera cuando expulsó a los Amigos de Durruti, dejándolos a merced de los guardias de asalto!

En su hora más sombría el POUM quedó totalmente aislado. El 16 de junio, Nin fue arrestado en su oficina. Esa misma noche cayeron en la redada casi todos los cuarenta miembros del Comité Central. Los pocos que escaparon debieron entregarse porque tomaron a sus esposas de rehenes. A la mañana siguiente fue ilegalizado el POUM.

El Comité Regional de la CNT no acudió en defensa del POUM. *La Noche* (CNT) del 22 de junio publicó un titular “Acercas del servicio de espionaje descubierto en los últimos días” “Los más comprometidos pertenecían a la cúpula del POUM. Fueron arrestados Andrés Nin y otras personas conocidas”. Luego seguían algunas reflexiones de carácter general acerca de la calumnia, generosamente sazonadas con citas de Shakespeare, Gorki, Dostoyevski y Freud. - ¿Si la censura tenía la culpa, dónde estaban los panfletos ilegales de la CNT? El periódico madrileño *CNT* salió en defensa del POUM, seguido de *Castilla Libre* y del órgano miliciano *Frente Libertario*. El 28 de junio el Comité Nacional de la CNT envió una carta a los ministros y sus organizaciones para recordarles que Nin, Andrade, David Rey, Gorkin, etc., “han adquirido su prestigio entre las masas con largos años de sacrificios”. “Que resuelvan sus problemas con la URSS como puedan o como las circunstancias les aconsejen. No se puede trasplantar a España la misma lucha, a sangre y fuego, que libran internacionalmente a través de la prensa y aquí mediante la ley utilizada como arma”. La carta hace gala de una total falta de comprensión de la importancia de las persecuciones. “Ante todo corresponde decir que la CNT, con su fuerza intacta y poderosa, está por encima de todo temor de que este método de eliminación nos pueda alcanzar mañana. Colocados por encima de esta lucha semi-interna”, etc., Esta fraseología pomposa indica que los dirigentes no alertarían a la base de la CNT acerca del significado contrarrevolucionario de la persecución.

²⁷ Juan Andrade había justificado la posición absurda de “frente revolucionario” de la siguiente manera: “El obrero desilusionado, que se aleja de las tendencias democráticas socialistas y comunistas, tiende a unirse a una organización poderosa, tal como la CNT-FAI, que sustenta posiciones revolucionarias aunque no las aplica en los hechos, antes que unirse a un partido minoritario plagado de dificultades materiales. Los obreros que ya están en la CNT no ven la necesidad de abandonarla para ingresar a una organización marxista revolucionaria porque al comparar las posiciones superficialmente revolucionarias de CNT-FAI con las meramente democráticas de los socialistas y estalinistas, creen que las tácticas de su organización siguen siendo la garantía del desarrollo de la revolución hasta la implantación de una economía socialista. En este sentido, quienes mantienen una concepción sectaria y esquemática de que una minoría con una línea política correcta puede convertirse rápidamente en una fuerza decisiva, pueden aprender en España una lección valiosa [...] Las dificultades que impiden la formación de un gran partido de masas que tome la dirección efectiva de la lucha pueden resolverse en gran medida mediante la creación de un Frente Revolucionario de ambas organizaciones [...]” En otras palabras, es imposible construir el partido de la revolución; el Frente Revolucionario es el sustituto. Pero el principal obstáculo para la creación del partido revolucionario, además del programa erróneo del POUM, era que el POUM no criticaba sistemática y públicamente el radicalismo superficial de la CNT. De esa manera el POUM se autoimpidió el crecimiento, y utilizó ese impedimento para seguir justificándose.

Sobre todo, las grandes masas no estaban educadas en el significado del sistema estalinista del fraude y la calumnia. Al buscar los favores de Stalin, los dirigentes anarquistas eran culpables de frases tales como la siguiente, de Montseny: “El verdadero constructor de Rusia no fue Lenin, sino Stalin con su realismo práctico”. La prensa anarquista no había hecho el menor comentario acerca de los juicios de Moscú, limitándose a publicar los informes oficiales dados a la prensa. Los dirigentes de la CNT abandonaron la defensa de sus camaradas anarquistas rusos. Cuando Hitler asesinó al anarquista Erich Mühsam y Stalin arrestó a su viuda, que había buscado refugio en la Unión Soviética, la dirección de la CNT ahogó el movimiento de protesta que se inició en la base. Incluso durante el fusilamiento de los generales rojos, los órganos de la CNT se limitaron a publicar los boletines oficiales.

Para mediados de julio los dirigentes y cuadros activistas del POUM estaban todos en la cárcel. En sus edificios flameaban las banderas violeta-amarillo-rojas de la burguesía. El “Ejército Popular” republicano ocupó el Cuartel Lenin. El PSUC se apropió de las imprentas no destruidas. El boletín de *Batalla* apareció con una nota tomada de *Julio*, órgano juvenil del PSUC, con el titular “el trotskismo es sinónimo de contrarrevolución”. Los dormitorios del POUM, el antiguo Hotel Falcón, fue convertido en una cárcel para los miembros del POUM y allí se instaló la GPU española. Sus miembros estaban dispersos, desorientados, vivían bajo el temor de los allanamientos nocturnos de la Guardia de Asalto. “Grupos pequeños militan por propia iniciativa”, dijo un testigo presencial en julio. “Recuerda el derrumbamiento del Partido Comunista Alemán en enero de 1933. La clase obrera permanece pasiva y permite todo. La prensa de la CNT publica tan solo los boletines oficiales. ¡Ni una protesta! ¡Ni sombra de protesta! El POUM ha sido barrido como una mota de polvo. ‘Como ocurrió bajo Hitler’, dicen los camaradas alemanes. Los bolchevique-leninistas rusos agregarían: ‘como ocurrió bajo Stalin’”. En julio los comités locales de la FAI comenzaron a difundir propaganda ilegal. Desgraciadamente el eje de la misma no era movilizar a los trabajadores con la tarea concreta de liberar a los presos políticos. Un panfleto típico recordaba la propaganda socialdemócrata alemana en vísperas de la toma del poder por Hitler, exigiendo la ayuda del estado – *Staat greif zu!* – contra sus propias bandas. Un panfleto patético decía, en protesta por los asaltos perpetrados a la Juventud Anarquista: “¿Hasta cuándo? Es hora de que hable el Consejo de Gobierno o, en su defecto, el Delegado General de Orden Público y el Jefe de Policía”.

Y los panfletos ilegales del POUM que comenzaron a aparecer no eran mucho mejores. Ellos que siempre habían acusado a los bolchevique-leninistas de considerar al estalinismo como el único enemigo, se volvieron antiestalinistas y nada más. Por ejemplo, un folleto se dirigía a todo el mundo, de derecha e izquierda, tanto a los anarquistas como a los “separatistas” del Estat Catalá. “Los hombres de la Izquierda no pueden traicionar sus postulados. Los separatistas no pueden vender Cataluña con su silencio”. ¡Y la consigna final! “Impedir la instauración de la dictadura de un solo partido”. ¿Y qué hay del Estat Catalá y la Esquerra, Prieto y Azaña, cómplices, mejor dicho beneficiarios, de la política estalinista? Así se facilitaba con una política errónea el avance mortífero de la contrarrevolución. Sólo las pequeñas fuerzas de los bolchevique-leninistas españoles, expulsados del POUM por “trotskistas”, que habían creado su organización en la primavera de 1937, sólo este pequeño grupo, operando bajo la triple ilegalidad declarada por el estado, la dirección estalinista y las direcciones de CNT-FAI y POUM, señalaron claramente el camino que debían seguir los obreros. No sólo el objetivo último, el estado obrero, sino también la tarea inmediata de defender los derechos democráticos de los trabajadores. ¿Era posible llevar a las masas de la CNT a la lucha? Sí, tal como lo demuestra la protección acordada a los bolchevique-leninistas cuando repartían sus panfletos ilegales. En un mitin de los obreros de la madera, se hicieron presentes varios camiones de la Guardia de Asalto y trataron de arrestar a los activistas que

repartían panfletos. El mitin declaró que los que los repartían estaban bajo su protección y que rechazaría con las armas todo intento de arrestarlos. La policía debió retirarse sin arrestar a nuestros camaradas.

Un panfleto bolchevique-leninista del 19 de julio señala el camino: frente único de CNT-FAI, POUM, Bolchevique-Leninistas y anarquistas disidentes:

“Obreros: exigid a vuestras organizaciones y dirigentes un pacto de frente único que abarque lo siguiente:

¡Libertad a la prensa obrera! ¡Abajo la censura política!

¡Libertad a todos los presos revolucionarios! ¡Libertad al camarada Nin, trasladado a Valencia!

Protección conjunta de todos los centros y empresas en manos de nuestras organizaciones.

Reconstitución de las patrullas obreras. Cese del desarme de la clase obrera.

Igual salario para oficiales y soldados. Retorno al frente de las fuerzas armadas enviadas desde Valencia. Ofensiva general en todos los frentes.

Control de precios y distribución a través de comités de obreros y obreras.

Arrestar a los provocadores del 3 de mayo: Rodríguez Salas, Ayguade, etcétera.

Para lograr esto, ¡que todos los obreros formen el frente único! ¡Organizar comités de obreros, campesinos y combatientes en todas las empresas, cuarteles y distritos en la retaguardia y el frente!”

Pero una organización nueva no accede a la dirección de las masas en un día, ni en un mes. El camino es largo y difícil... pero es el único.

* * *

En julio, según las cifras oficiales de la CNT, había, tan sólo en Barcelona, ochocientos anarquistas presos y sesenta “desaparecidos”, léase asesinados. La prensa socialista de izquierda informaba que decenas de sus principales activistas estaban en la cárcel en toda España. Una de las fases más repugnantes de la contrarrevolución fue la persecución implacable de los revolucionarios extranjeros que acudieron a España a combatir en las filas milicianas. Un solo informe de la CNT, fechado el 24 de julio, hablaba de ciento cincuenta revolucionarios en una cárcel de Valencia... arrestados por “ingresar ilegalmente a España”. Cientos de ellos fueron expulsados del país y la CNT envió telegramas a las organizaciones obreras de París, rogándoles que impidieran la entrega de los exiliados alemanes, italianos y polacos a sus consulados.

Pero los extranjeros arrestados y deportados no sufrieron la peor suerte. Otros fueron utilizados para completar la amalgama entre el POUM y los fascistas. Maurín estaba en manos fascistas, aguardando la muerte. Las masas españolas conocían a Nin, Andrade y Gorkin demasiado bien. El POUM tenía a miles de sus mejores militantes combatiendo en el frente. Demasiados dirigentes poumistas habían muerto combatiendo al fascismo: Germinal Vidal, secretario de la Juventud, en la toma del Cuartel de Atarazanas el 19 de julio; su sucesor, Miguel Pedrola, comandante del frente de Huesca; Etchebehere, comandante de Sigüenza; Cahué y Adriano Nathan, comandantes en el frente de Aragón; Jesús Blanco, comandante en el frente de Pozuelo, etcétera. El POUM con-tababa entre sus combatientes a Rovira y José Alcantarilla, famosos en toda España. Se necesitaban unos cuantos extranjeros desconocidos, combatiendo en los batallones del POUM, para dar verosimilitud a los estrambóticos cargos.

Georges Kopp, ex oficial belga, combatiente de la División Lenin del POUM, acababa de retornar a Barcelona desde Valencia, donde lo habían ascendido a mayor – la más alta

graduación que se podía acordar a un extranjero – cuando los estalinistas lo arrestaron. Entonces, la propaganda estalinista entró en funcionamiento. Robert Minor, dirigente estalinista estadounidense, anunció haber hallado una explicación para la carencia de armas en el frente de Aragón – era la primera vez que los estalinistas reconocían esta vieja acusación de la CNT~: “¡El general trotskista Kopp ha transportado cargamentos enormes de armas y municiones a través de la tierra de nadie al territorio fascista!” (*Daily Worker*, 31 de agosto y 5 de octubre).

Sin embargo, la elección de Kopp fue una torpeza mayúscula de la GPU, comparable a la historia de la reunión de Roman con Trotsky en París o el vuelo de Piatakov a Noruega. Porque Georges Kopp, de cuarenta y cinco años de edad, era un viejo militante del movimiento revolucionario belga. Cuando estalló la guerra española, era jefe de ingenieros de una gran empresa belga. Era habitual que hiciera experimentos de noche. Hizo circular el cuento de que estaba probando una nueva máquina, perfeccionándola en el proceso de producción. Sin embargo, lo que producía eran los ingredientes para millones de municiones. Los socialistas de izquierda los hacían llegar clandestinamente a Barcelona. Cuando Kopp descubrió que estaba bajo sospecha, se despidió de sus cuatro hijos y se dirigió a la frontera. Ese mismo día, la policía asaltó su laboratorio. Los tribunales belgas lo sentenciaron *in absentia* a quince años de trabajos forzados: cinco por fabricar explosivos para una potencia extranjera, cinco por abandonar el país sin permiso siendo oficial de reserva del ejército belga y cinco por alistarse en un ejército extranjero. Herido en dos oportunidades en el frente de Aragón no tardó en ascender a comandante.²⁸

Kopp no puede responder a los calumniadores estalinistas porque lo han asesinado. Estuvo en la cárcel de Barcelona con nuestro camarada norteamericano Harry Milton. Lo vinieron a buscar a su celda a medianoche. Eso fue en julio y, desde entonces, nada más se supo.

El 17 de abril un grupo de militantes del POUM fue puesto en libertad en Valencia. La mayoría pertenecía a la extrema derecha del partido, por ejemplo, Luis Portela, editor de *El Comunista*, Jorge Arquer, etc., En consecuencia, su testimonio posterior fue sumamente convincente. Al ser liberados, fueron a entrevistar al ministro del interior Zugazagoitia, quien les informó que Nin había sido trasladado de Barcelona a una de las cárceles privadas de los estalinistas en Madrid. Arquer inmediatamente solicitó un salvoconducto para buscar a Nin. El ministro, prietista, le respondió: “No le puedo garantizar nada; más aún le aconsejo que no vaya a Madrid porque con mi salvoconducto o sin él su vida estaría en peligro. Estos comunistas no me respetan, y hacen lo que les viene en gana. No sería nada raro que ellos lo prendieran y fusilaran”. Públicamente, empero, Zugazagoitia decía que Nin se hallaba en una prisión gubernamental. El 19 de julio, Montseny, en nombre de la CNT, dijo públicamente que Nin había sido asesinado. Molestos por las numerosas preguntas provenientes del exterior acerca del paradero de presos específicos que el gobierno no podía contestar porque se hallaban en los “preventorios” estalinistas, se dispuso que la mayoría de los más prominentes fueran sacados de las cárceles estalinistas de Madrid y Valencia y puestos formalmente bajo la custodia del ministro de Justicia. Nin no estaba entre ellos. Irujo declaró que Nin había “desaparecido”.

Según los estalinistas, había huido al campo fascista. Pero la verdad finalmente estalló. El *New York Times* del 8 de agosto informó que “hace casi un mes un grupo de hombres armados ‘secuestró’ a Nin de una cárcel de Madrid. Aunque se trató de acallar el asunto por todos los medios, es de conocimiento público que su cadáver fue hallado en las afueras de Madrid”. El gran novelista italiano Ignazio Silone, amigo personal de Nin y Andrade, había tratado de

²⁸ El periódico inglés *New Leader* publicó dos artículos exhaustivos sobre la carrera de Kopp, 3 de agosto de 1937.

salvarlos. “Pero – advirtió – que el proletariado de los demás países se mantenga alerta porque los estalinistas son capaces de cualquier crimen”. Alvarez del Vayo, ministro de relaciones exteriores del gabinete de Caballero, conocido agente estalinista infiltrado en el grupo de Caballero, tuvo el descaro de decirle a la esposa de Andrade que sus propios camaradas habían asesinado a Nin. (Hay que decir, como acto de justicia, que la organización socialista de Madrid – dirigida por Caballero – expulsó a del Vayo de sus filas). El primer ministro Prieto lavó su alma de éste y otros pecados destituyendo al jefe de policía, el estalinista Ortega y reemplazándolo... con el estalinista Morón.

Cubrir a los revolucionarios eliminados con calumnias no es nada nuevo. Ahogada en sangre la insurrección de París de junio de 1848, el demócrata de izquierda Flaucon aseguró a la Asamblea Nacional que los insurrectos habían actuado respaldados por el oro de monárquicos y representantes extranjeros. Cuando liquidó a los espartaquistas, Ludendorff los acusó – ¡junto con los socialdemócratas que los fusilaron! – de ser agentes de Inglaterra. Cuando la contrarrevolución se enseñoreó en Petrogrado después de las jornadas de julio, se acusó a Lenin y Trotsky de ser agentes del Kaiser. Stalin está liquidando a la generación de 1917, acusándolos de agentes de la Gestapo.

El paralelo va más allá. Mientras Kerenski se desgañitaba acusando a Lenin y Trotsky de ser agentes alemanes, Tseretelli y Lieber – en los soviets – se desvinculaban de la acusación, limitándose a exigir la ilegalización de los bolcheviques por organizar la insurrección. Pero, como las acusaciones de Kerenski los beneficiaban, los mencheviques no subieron a la tribuna para proclamar la inocencia de los bolcheviques.

Lo mismo ocurrió en España. Los estalinistas no tuvieron el mismo éxito que Kerenski: no se acusaba al POUM de colaborar con Franco y con la Gestapo. Se los acusaba de organizar los acontecimientos de mayo y otros actos de subversión y oposición.

Prieto y otros colaboradores de los estalinistas declararon ante la delegación del ILP que no creían en la acusación estalinista que vinculaba al POUM a los fascistas. “Simplemente” no salieron en defensa del POUM. Companys no sólo no creyó en la acusación, sino que lo dijo públicamente. Así se efectuó la división del trabajo: si uno no cree en las calumnias, entonces cree que el POUM organizaba la insurrección, es decir, son contrarrevolucionarios o revolucionarios, como guste. La prensa estalinista mundial hizo una división del trabajo más sutil; algunos repetían las calumnias “trotsko-fascistas” y otros se hacían eco de la propaganda anti POUMCNT de Louis Fischer, Ralph Bates, Ernest Hemingway, Herbert Matthews, etcétera que se “limitaban” a repetir el cuento de que los milicianos del POUM jugaban al fútbol en la tierra de nadie con los fascistas.

* * *

Ya para fines de junio la autonomía catalana, aunque garantizada por ley, estaba totalmente suprimida. Las autoridades desconfiaban de cualquiera que tuviera vinculaciones con las masas catalanas, por tenues que fuesen. Con la única excepción del sector más reaccionario, la vieja Guardia Civil, la policía catalana fue transferida a otras partes del país. Hasta los bomberos fueron transferidos a Madrid. Se prohibieron las marchas, y los mítines sindicales sólo podían realizarse con autorización del delegado de orden público, solicitada con tres días de anticipación: ¡exactamente igual que bajo la monarquía!

Las patrullas obreras, eran liquidadas, sus miembros más activos estaban en la cárcel y sus dirigentes “desaparecidos”.

Hecho todo esto tras la cortina de los ministros de la CNT que todavía integraban la Generalitat, el bloque burgués-estalinista prescindió de sus servicios.

Un boletín de la FAI fechado 7 de junio publicó un comunicado estalinista interceptado:

“Basándose en la composición provisional del gobierno, nuestro partido exigirá la presidencia. El nuevo gobierno tendrá las mismas características que el de Valencia; un gobierno fuerte del Frente Popular cuya *tarea principal* será calmar los ánimos y exigir el castigo de los autores del último movimiento contrarrevolucionario. Se ofrecerá a los anarquistas puesto, en este gobierno, pero de manera tal que se vean obligados a negarse a colaborar, de esta manera nos presentaremos ante el público como los únicos dispuestos a colaborar con todos los sectores”.

Los anarquistas desafiaron al PSUC a que negaran la autoridad del documento, pero nadie salió al paso.

A fines de junio llegó la crisis ministerial. La CNT aceptó todas las exigencias y se formó el nuevo gabinete. Sin embargo, la lista de ministros publicada el 29 de junio reveló a la CNT que se había agregado, sin su conocimiento, un ministro sin cartera: un “independiente” llamado Dr. Pedro Gimpera, conocido reaccionario y provocador de anarquistas. Companys, dócilmente, se negó cesarlo. La CNT por fin se retiró dejando el gobierno en manos de estalinistas y burgueses.

La única diferencia entre el boletín estalinista denunciado por la FAI y el curso real de los acontecimientos fue que, en la crisis de gabinete, los estalinistas no exigieron la presidencia... pero seis semanas más tarde, sin previo aviso, chocaron con Companys.

En noviembre de 1936, cuando el servicio de inteligencia de la CNT aprehendió al jefe de policía Reberter, y lo juzgó y fusiló por organizar un golpe de estado, la investigación había demostrado la complicidad de Casanovas, presidente del parlamento catalán. Pero los estalinistas y Companys lograron convencer a la CNT de que permitiera a Casanovas abandonar el país y éste huyó a París. Después de las jornadas de mayo volvió a Barcelona impunemente. Durante los tres meses subsiguientes reingresó fácilmente a la vida política. En estos nueve meses los estalinistas no dijeron una palabra en su contra (Stalin ha empleado este método sistemáticamente: se descubren los crímenes de algún burócrata; se le permite continuar y éste será tanto más servil, sabiendo que se conocen sus crímenes; entonces – años después quizás – Stalin necesita un chivo expiatorio y cae sobre el infeliz. El 18 de agosto se iniciaron las sesiones del parlamento catalán. Sin previo aviso a sus aliados – aunque lo podrían haber arreglado a puertas cerradas – la delegación del PSUC acusó a Casanovas de traidor. Había puesto a la Esquerra en posición de verse obligada a rechazar la renuncia de Casanovas. Con este excelente latiguillo, los estalinistas empezaron a llevar a la Esquerra en la dirección que querían; ello culminó cuando Companys anunció su renuncia a la presidencia, cuando los estalinistas boicotearon la sesión del 1 de octubre.

¿Por qué rompieron los estalinistas con Companys? ¿Había sido tan dócil a sus órdenes! ¿Por qué, pues, lo pusieron en la lista negra?*

Les había hecho algo imperdonable. Companys había declarado públicamente que desconocía los planes para la ilegalización del POUM; había protestado por la transferencia de los presos de Barcelona; y había enviado a Madrid al jefe de la oficina de prensa catalana, Jaime Miravittles, para interceder por Nin ante el jefe de policía Ortega. Cuando Ortega le mostró las “pruebas irrefutables” – un documento “hallado” en un centro fascista que vinculaba a un tal “N” a un grupo de espionaje~, Miravittles – en sus propias palabras – se echó a reír y declaró que la falsificación era tan obvia que nadie se tomaría el documento en serio. Companys escribió luego en Valencia que la opinión pública catalana no creería en el cuento de que Nin era un espía fascista.

No es que Companys estuviera dispuesto a luchar por los presos del POUM. Salvada su conciencia –y hecha la salvedad histórica para cualquier vuelco inesperado! – Companys

Nota: * La rapidez con
que los fascistas
destrozaron el

volvió de nuevo al silencio. Si su silencio no lo salvó de los ataques, ello se debe a que los estalinistas no pueden perdonar a un aliado que desenmascara sus fraudes: el fraude es la piedra basal del estalinismo contemporáneo.

Pero la ruptura con la Esquerra obedecía a una razón más profunda. El incidente de Nin demostró simplemente que Companys no estaba lo suficientemente endurecido como para soportar las maniobras futuras de los estalinistas. Él era, en última instancia, un nacionalista que deseaba devolverle su autonomía a Cataluña. Y para el estalinismo, España y Cataluña eran meros peones que estaba dispuesto a sacrificar en aras de la alianza militar del imperialismo anglo-francés con Stalin para la guerra que se avecinaba. Es por eso que se imponía hacer una selección, inclusive entre los socialistas de Prieto y los republicanos de Azaña: sólo los elementos más embrutecidos, corruptos y cínicos serían capaces de capear las tormentas que los estalinistas preparaban, y seguir colaborando con ellos.

La contrarrevolución económica en Cataluña se abatió sobre los colectivos. Hay que decir en salvaguarda del honor de las secciones locales del movimiento libertario que se mantuvieron firmes sobre el terreno conquistado. Por ejemplo, el poderoso movimiento anarquista de Bajo Llobregat (corazón de la lucha armada contra la monarquía y la república) declaró en la edición del 20 de mayo de su semanario *Ideas*:

“¡Obreros, he aquí lo que debemos hacer! Tenéis la oportunidad de ser libres. Por primera vez en nuestra historia social, las armas están en nuestras manos: no las dejéis caer. ¡Obreros y campesinos! Cuando escucháis que el gobierno u otra persona os dice que las armas deberían estar en el frente, responded que es cierto, que los miles de fusiles, ametralladoras, obuses, etcétera, que se guardan en los cuarteles, que utilizan los carabineros, guardias nacionales y de asalto, y demás deberían estar en el frente porque nadie puede defender los campos y las fábricas mejor que vosotros.

Recordad siempre que lo que se necesita en el frente para aplastar rápidamente al fascismo Son aviones, cañones y tanques... que lo que quieren los políticos es desarmar a los obreros, tenerlos a su merced y quitarles lo que ha costado tanta sangre y vidas proletarias. Que nadie permita el desarme de nadie; que ninguna aldea permita que se desarme a otra aldea; desarmaremos a quienes intenten desarmarnos. Esta debería ser, debe ser, la consigna revolucionaria del momento”.

El abismo que existe entre la pusilanimidad de los órganos centrales de la CNT y el espíritu combativo de los periódicos locales, estrechamente vinculados a las masas, es tan amplio como el que separa a los cobardes de los obreros revolucionarios.

Pero en la retaguardia decenas de miles de guardias de asalto golpeaban sistemáticamente a los colectivos.

Carentes de una dirección centralizada, las aldeas cayeron una por una. *Libertad*, uno de los periódicos anarquistas disidentes ilegales publicado en Barcelona (que, dicho sea de paso, saludó con desprecio a *Solidaridad Obrera* cuando éste denunció a los órganos ilegales), describió la situación del campo, en su edición del 1 de agosto, así:

“Es inútil que la censura, en manos de un solo partido, impida que se diga una palabra acerca de los golpes descargados sobre las organizaciones obreras, los colectivos campesinos. En vano prohíben la mención de la terrible palabra, contrarrevolución. Las masas trabajadoras saben perfectamente bien que la cosa existe, que la contrarrevolución avanza amparada por el gobierno y que las bestias negras de la reacción, los fascistas disfrazados, los viejos caciques, vuelven a levantar cabeza.

¿Y cómo no iban a saberlo, si no hay una sola aldea de Cataluña donde no se haya producido el ataque punitivo de los guardias de asalto, donde no hayan asaltado a los obreros de la CNT, destruido sus locales o, peor aún, destruido las obras portentosas de la revolución, los colectivos campesinos, para devolver la tierra a los viejos propietarios, casi todos fascistas conocidos, ex caciques de la época negra de Gil Robles, Lerroux o Primo de Rivera?

Los campesinos tomaron las propiedades de los patrones – que en justicia no les pertenecían – para ponerlas al servicio del trabajo colectivo, permitiéndoles a los viejos patrones dignificarse, si así lo querían, mediante el trabajo. Los campesinos creían que una obra tan noble estaba garantizada por su propia eficiencia si el fascismo no triunfaba, como no podía triunfar. No podían sospechar que en medio de la guerra contra el terrible enemigo, con hombres de la izquierda en el gobierno, la fuerza pública [la policía] vendría a destruir lo que se construyó con tanta fatiga y alegría. Para que ocurriera este hecho inconciliable, tuvieron que llegar al poder, con métodos sucios, los autotitulados comunistas. Y los obreros, siempre dispuestos a hacer los mayores sacrificios para batir al fascismo, no dejan de preguntarse cómo es posible que se los ataque por la espalda, que se los humille y traicione cuando aún falta tanto para conquistar al enemigo común [...]

La técnica represiva es siempre la misma: camiones de guardias de asalto entran a la aldea como conquistadores. Allanamientos siniestros de los locales de la CNT. Disolución de los consejos municipales donde está representada la CNT. Pillaje, pesquisas y arrestos. Toma de los alimentos de los colectivos. Devolución de la tierra a los anteriores propietarios”.

Esta declaración, tan conmovedora en su sencillez, venía acompañada de una larga lista de aldeas, la fecha del asalto, la nómina de arrestados y muertos... y en los meses subsiguientes la lista creció y creció.

En la industria y el comercio, la base jurídica para la colectivización descansaba sobre la base insegura del decreto de colectivización del 24 de octubre de 1936. Pero, inmediatamente después de las jornadas de mayo, ¡la Generalitat repudió el decreto! La ocasión que aprovecharon fue que la CNT trató de liberar a las fábricas de las garras de los oficiales de la aduana, sin cuya certificación de propiedad los bienes llegados al exterior eran secuestrados por reclamo de ex propietarios emigrados. El Consejo de la Industria (del Ministerio de Industrias), dirigido por los anarquistas, elaboró un proyecto de decreto para registrar a las empresas colectivizadas como propietarias en el Registro Mercantil. La mayoría burguesa-estalinista de la Generalitat rechazó el proyecto en virtud de que el decreto de colectivización del 24 de octubre “fue dictado sin competencia de la Generalitat” porque “no hubo ni hay legislación del estado [español] al respecto” y “el artículo 44 de la Constitución [española] declara que la expropiación y la socialización son funciones del estado [español]”, decir, ¡que trascendía el estatuto de autonomía de Cataluña! La Generalitat esperaba la respuesta de Valencia. ¡Pero si Companys había firmado el decreto de socialización! Eso fue durante la revolución...

La principal agencia de la contrarrevolución económica era la GEPCI, la vieja organización patronal incorporada por los estalinistas a la sección catalana de la UGT pero repudiada por la UGT nacional. Portando carnés sindicales; estos hombres hacían impunemente lo que jamás se habían atrevido a hacer antes del 19 de julio contra los obreros organizados. Muchos ya no eran pequeños manufactureros sino grandes empresarios. Recibían trato preferencial para el otorgamiento de créditos, materias primas, servicios de exportación, etc., a diferencia de las fábricas colectivizadas. Un botón bastará para mostrar la falsedad del mito estalinista, de que se trataba de pequeños tenderos, establecimientos de una sola persona. En junio de 1937, los trabajadores catalanes del vestido de la UGT elaboraron una escala de salarios idéntica a la de los de las fábricas colectivizadas y trataron de negociar con las empresas en manos de capitalistas. La patronal rechazó la petición. ¿Quiénes eran los patrones? Miembros de GEPCI y, al igual que los empleados cuyas demandas denegaban, ¡afiliados a la UGT catalana! (*Solidaridad Obrera*, 10 de junio). ¿Acaso el burócrata sindical más reaccionario, de la calaña de Bill Green y Ernest Bevin, sería capaz de proponer un “sindicato” de obreros y patrones? No, ese gigantesco salto hacia atrás sólo podía provenir de los estalinistas, imitadores de la Italia fascista y la Alemania nazi.

En junio, bajo la consigna de “municipalización” el PSUC lanzó una campaña para arrancar el transporte, la electricidad, el gas y otras industrias claves del control obrero. El 3 de junio, la delegación del PSUC propuso formalmente, en el Concejo Municipal de Barcelona, la municipalización de los servicios públicos. Al día siguiente, desde luego, los estalinistas arrojarían a los consejeros de la CNT fuera de ese organismo y concentrarían los servicios públicos en sus manos, un paso más hacia la devolución de los mismos a sus antiguos dueños. Pero esta vez se enfrentaron no sólo con la contemporización de los dirigentes de la CNT – quienes plantearon que la municipalización en este terreno era prematura, que había que empezar por la vivienda – sino también con la respuesta masiva de los obreros. El Sindicato de Obreros Transportistas empapeló toda la ciudad con inmensos carteles: “Las conquistas revolucionarias pertenecen al pueblo. Los colectivos obreros son producto de estas conquistas. Debemos defenderlos. [...] Municipalizar los servicios públicos urbanos, sí: pero sólo cuando las municipalidades pertenezcan a los obreros, no a los políticos”. Los carteles demostraban que, a partir del control obrero, habían aumentado las prestaciones de servicios en un treinta por ciento, se habían reducido las tarifas, se empleaban más obreros, se habían otorgado grandes donaciones a los colectivos agrarios, subvenciones a los obreros portuarios, seguro social a las familias de obreros muertos o heridos, etc., El avance estalinista fue derrotado momentáneamente en este terreno.

Pero los estalinistas se afanaban tras su objetivo de destruir las fábricas controladas por los obreros. La Generalitat Catalana puso el 15 de septiembre como fecha límite para demostrar la legalidad de las fábricas colectivizadas. Puesto que la colectivización se efectuó del día a la noche para acelerar la guerra civil contra los fascistas, pocas fábricas habían iniciado el proceso jurídico. ¿Cuáles eran, en realidad, los problemas legales de las expropiaciones? Ya hemos discutido el decreto original del 24 de octubre de 1936 en nuestro primer capítulo sobre el gabinete de la Generalitat. Estaba destinado precisamente a tender las trampas futuras. ¡Y la Generalitat ahora lo repudiaba! Según su conveniencia y deseo la Generalitat examinaría el título legal de la revolución social y encontraría una cantidad enorme de fallos legales. ¡Qué asunto más absurdo! Pero trágico.

Los estalinistas hundieron su garra en primer término en la industria, distribución, mercado, etcétera, de la alimentación. Desde diciembre eran dueños del Ministerio de Abastecimiento de la Generalitat, donde había disuelto los comités obreros de aprovisionamiento que surtían las ciudades y controlaban los precios. A pesar de la contemporización de la CNT y los estragos de la censura, las crónicas reflejan lo que ocurrió:

“[...] Colectivos, empresas socializadas y cooperativas, donde había afiliados de CNT y UGT, han sido blanco de ataques de parte de quienes se ocultaron y desertaron el 19 de julio. [...] Los lecheros de ambas organizaciones son arrestados a diestra y siniestra. Las vacas y las granjas lecheras, organizadas como cooperativas, son confiscadas a pesar de que la Generalitat aprobó sus estatutos hace meses. Se entregan los establecimientos lecheros y las vacas a sus viejos dueños. [...] Lo mismo ocurre, aunque por ahora en pequeña escala, con la industria panadera. [...] Nuestros mercados, el mercado central del pescado, etcétera, aunque legalmente colectivizados, también sufren los ataques brutales de la vieja burguesía, se sienten estimulados por las campañas venenosas que hace la prensa diaria del partido que se ha constituido en campeón de la defensa del GEPCI (Grupos y Entidades de Pequeños Comerciantes e Industriales). Ya no es una lucha contra los colectivos de la CNT sino contra todas las conquistas revolucionarias de UGT-CNT [...].

¡Mano dura con los fascistas y contrarrevolucionarios que se ocultan tras un carné sindical!”
(*Solidaridad Obrera*, 29 de junio.)

“¿Está el Ministerio de Abastecimiento al servicio del pueblo o se ha transformado en un gran comerciante?”, preguntó la prensa de la CNT. “Los alimentos básicos son arroz, judías verdes, azúcar, leche, etc., ¿Por qué no están incluidos entre los artículos que el Comité de

Distribución, formado recientemente por UGT-CNT distribuye equitativamente entre todos los negocios de Barcelona sin distinción de organizaciones?” Dichos artículos carecían de control, estaban a merced de GEPCI. *La Noche* (26 de junio) refleja la amargura de las masas: “¡La pena de muerte para los ladrones! Abusos escandalosos de los comerciantes a expensas del pueblo”. Y después de demostrar, en base a las estadísticas oficiales, la precipitada alza de los precios entre junio de 1936 y febrero de 1937, *La Noche* añadía: “¡No hubiera sido tan malo si los precios se hubiesen mantenido a ese nivel! Hay que hablar con las amas de casa acerca del aumento del costo de la vida desde febrero. Está alcanzando niveles inaccesibles [...] Debemos crear algún tipo de protección de los intereses del pueblo contra el egoísmo de los comerciantes que se manejan con toda impunidad”.

Sí, los estalinistas hundieron sus garras sobre todo el suministro de alimentos. El resultado: el hambre, sí el hambre amenazaba Cataluña. La amargura de las masas se trasunta en *Solidaridad Obrera* (19 de septiembre):

“Madres proletarias y sus pequeños inocentes sufren estoicamente el hambre mientras sus hijos están en el frente [...] Declaramos que los sacrificios deben ser para todos, y que es inconcebible que haya lugares donde abunda todo tipo de comida a precios fuera del alcance de cualquier trabajador. Esos restaurantes lujosos son verdaderos focos de provocación y deberían desaparecer, junto con todos los privilegios de cualquier sector. La desigualdad flagrante, el privilegio es, en tales casos, un disolvente de la cohesión popular. Hay que eliminarlos a toda costa [...] Ha surgido una casta repugnante [...] protegida [...] de especuladores e inescrupulosos que trafican con el hambre del pueblo [...]

Repetimos que nuestro pueblo no teme el sacrificio, pero no tolera la desigualdad monstruosa [...] ¡Respeto para el proletariado que lucha y sufre!”

Sí, las masas no temen el sacrificio. Los obreros de Petrogrado sufrieron las privaciones más extremas: durante la guerra civil la ciudad carecía inclusive de agua corriente. Pero lo que había pertenecía a todos por igual. Lo que enfurece a los obreros de Barcelona, y a sus mujeres e hijos, no es el hambre. Es que mientras ellos sufren hambre la burguesía come con todo lujo... ¡en medio de una guerra civil contra el fascismo! Pero ésa es la consecuencia inexorable de no liquidar la “democracia” burguesa.

A quienes les impresiona el despliegue de “sentido común” de los estalinistas que se limitan a luchar por la democracia: ¿empiezan a comprender qué significa esto concretamente para el espíritu sufrido del pueblo español?

XIV. La conquista de Aragón

La fértil provincia de Aragón era la viva encarnación de la lucha victoriosa contra el fascismo. Fue la única provincia invadida por el fascismo y luego reconquistada por la fuerza de las armas. Era especialmente el orgullo de las masas catalanas, pues ellas salvaron Aragón. A tres días de la victoria en Barcelona, las milicias de la CNT y el POUM partían hacia Aragón. El PSUC era entonces una organización pequeña que hizo poco o nada. Los nombres impercederos de las batallas – Monte Aragón, Estrecho Quinto, etc., – estaban asociados exclusivamente a los héroes de la CNT y el POUM que las ganaron. Fue en la conquista victoriosa de Aragón donde Durruti adquirió su fama legendaria de dirigente militar y los efectivos que llevó a la defensa de Madrid en noviembre eran tropas escogidas cuya moral de triunfo se había forjado en las victorias de Aragón.

Una de las razones principales del éxito en Aragón era que, al mando de Durruti, las milicias entraban como un ejército de liberación social. Cada pueblo arrancado a los fascistas se transformaba en una fortaleza de la revolución. Las milicias fomentaban la elección de comités del pueblo, a los que entregaban las grandes propiedades y su equipo. Los títulos de

propiedad, las hipotecas, etc., iban a parar a la hoguera. Transformando así el mundo del pueblo, las columnas CNT-POUM podían avanzar, confiadas en que dejaban tras de sí pueblos que lucharían hasta la muerte por la tierra que ahora les pertenecía.

Con el respaldo del éxito obtenido en la liberación de Aragón, los anarquistas se encontraron en los primeros meses con poca resistencia por parte del bloque estalinista-burgués. Las comunidades elegían los consejos municipales directamente. El Consejo de Aragón era al principio en su mayoría anarquista. Cuando se formó el gabinete de Caballero, los anarquistas acordaron otorgar representatividad a los demás grupos antifascistas, pero, hasta el último día de su existencia, las masas aragonesas se agruparon en torno a las organizaciones libertarias. Los estalinistas conformaban un grupo pequeño y carente de influencia.

Los establecimientos colectivos cultivaban por lo menos las tres cuartas partes de las tierras. De cuatrocientos, tan sólo diez se adhirieron a la UGT. Los campesinos que deseaban cultivar sus tierras individualmente podían hacerlo, siempre que no tomaran trabajadores asalariados. El ganado para consumo doméstico era de propiedad individual. La comunidad subvencionaba a las escuelas. La producción agraria de la región aumentó del 30 al 50% sobre la del año anterior como resultado del trabajo colectivo. Le entregaba al gobierno voluntariamente enormes remanentes de producción, sin cargo, para su utilización en el frente.

Intentaron poner en práctica algunos principios libertarios en el campo del dinero y los salarios. Los salarios se pagaban mediante un sistema de cupones canjeables por bienes en las cooperativas. Pero no era más que una concesión a la tradición anarquista, puesto que los comités, en sus transacciones con el resto de España, se veían obligados a utilizar dinero, de modo que los cupones no eran sino un sistema de contabilidad interna basado en el dinero que tenían los comités. Los salarios se basaban en la unidad familiar: un productor soltero recibía el equivalente de 25 pesetas; un matrimonio con un solo trabajador recibía 35 pesetas y cuatro pesetas semanales por cada hijo. Este sistema tenía una debilidad fundamental, sobre todo porque el resto de España funcionaba con un sistema de gran disparidad salarial entre los trabajadores manuales y los profesionales, y eso provocó la emigración de muchos técnicos de Aragón. Sin embargo, por el momento, la convicción ideológica, que inspiraba a muchos técnicos y profesionales de las organizaciones libertarias, compensaban esa debilidad con creces. Es cierto que, con la estabilización de la revolución, se tendría que instituir un periodo de transición con salarios más elevados para trabajadores cualificados y profesionales. Pero los estalinistas que tuvieron el descaro de comparar la situación de Aragón con la monstruosa disparidad salarial imperante en la Unión Soviética, parecen olvidar que el salario familiar – que es la esencia de la frase de Marx “a cada uno según sus necesidades” – es un objetivo por el que hay que luchar, del cual la Unión Soviética se encuentra infinitamente más alejada con Stalin que con Lenin y Trotsky.

La mayoría anarquista del Consejo de Aragón, en la práctica, abandonó la teoría anarquista de la autonomía de la administración económica. El Consejo era una agencia centralizadora. La oposición estaban en una minoría tan impotente en Aragón, y las masas estaban tan comprometidas con el nuevo orden, que no se registra un solo mitin estalinista de masas de oposición al Consejo. Se celebraron muchos mítines conjuntos, con participación estalinista, incluso hubo uno el 7 de julio de 1937. Ni en dichos mítines, ni en ningún otro lugar de Aragón, se repetían las calumnias que la prensa estalinista difundía en otras zonas de España destinadas a preparar el terreno para una invasión.

Muchos dirigentes obreros extranjeros vieron Aragón y lo ensalzaron: uno de ellos, Carlo Roselli, el dirigente antifascista italiano que servía como comandante en el frente de Aragón (él y su hermano fueron asesinados por los fascistas italianos cuando se encontraban de permiso en París). El destacado socialista francés Juin escribió un poderoso elogio de Aragón

en *Le Peuple. Giustizia e Libertà*, principal órgano antifascista italiano, en él decía lo siguiente de Aragón: “Los beneficios del nuevo sistema social fortalecieron el espíritu de solidaridad entre los campesinos, animándoles a mayores esfuerzos y actividad.”

Sin embargo, los beneficios obvios de la revolución social pesaron poco en la balanza contra las implacables necesidades del programa estalinista-burgués de estabilizar un régimen burgués y ganar los favores del imperialismo anglo-francés. La condición para obtener tales favores era la destrucción de todo vestigio de revolución social. Pero las masas aragonesas se encontraban unidas. Por eso, la destrucción debía provenir desde afuera. Apenas el gobierno de Negrín llegó al poder, la prensa burguesa y estalinista lanzó una tremenda andanada propagandística contra Aragón. Luego de tres meses de preparación, lanzaron la invasión.

El 11 de agosto el gobierno decretó la disolución del Consejo de Aragón. Nombró un Gobernador General “con todas las facultades que la legislación vigente otorga a los gobernadores civiles”; legislación que se remontaba a la época de la reacción. Sin embargo, el Gobernador General, Mantecón, resultó una figura decorativa. El verdadero trabajo estuvo en manos de las fuerzas militares al mando del estalinista Enrique Lister.

Lister era uno de los héroes fabricados por los estalinistas (CNT publicó su fotografía con el epígrafe “Héroe de muchas batallas. Lo sabemos porque el Partido Comunista nos lo contó” – la ironía constituía el único método de escapar a las tijeras del censor~), y entró con sus tropas en Aragón por la retaguardia. Disolvió por la fuerza los concejos municipales elegidos por la población. Desmanteló los establecimientos colectivos y arrestó a sus dirigentes. Al igual que con los presos del POUM en Cataluña, ni siquiera el gobernador general conocía el paradero de los miembros del Comité Regional de la CNT arrestados por las pandillas de Lister. El gobernador general les había entregado salvoconductos, pero éstos no los salvó. Joaquín Ascaso, presidente del Consejo de Aragón, fue arrestado bajo el cargo... ¡de robar joyas! La censura gubernamental prohibió a la CNT publicar la noticia del arresto de Ascaso, se negó a divulgar el lugar de su detención y, desde su punto de vista suciamente reaccionario, hizo bien. Porque Ascaso, al igual que el difunto Durruti, era uña y carne con las masas y éstas hubieran derribado su cárcel con las manos vacías.

Baste decir que la prensa oficial de la CNT – nada ansiosa de soliviantar a las masas – comparó el asalto de Aragón con el sometimiento de Asturias por López Ochoa en octubre de 1934

La prensa estalinista justificó la invasión de Aragón con las historias más fantásticas. *Frente Rojo* dijo:

“Bajo el régimen del depuesto Consejo de Aragón ni los ciudadanos ni su propiedad contaban con la menor garantía [...] El gobierno hallará en Aragón gigantescos arsenales de armas y miles de bombas, cientos de ametralladoras último modelo, cañones y tanques, reservados no para combatir contra el fascismo en los frentes sino como propiedad privada de aquellos que querían convertir a Aragón en bastión desde donde combatir al gobierno de la República [...] No había un solo campesino que no fuera obligado a ingresar a los colectivos. Quien se oponía sufría en su persona y en su pequeña propiedad las sanciones del terror. Miles de campesinos optaron por emigrar de la región, prefiriendo abandonar la tierra antes que sufrir los mil métodos de tortura del Consejo [...] Confiscaron las tierras, los anillos, broches y hasta los cacharros de cocina de barro. Confiscaron los animales, cereales y hasta los alimentos cocidos y vino de consumo hogareño [...] En los Concejos Municipales se instalaban conocidos jefes fascistas y falangistas. Con sus carnés sindicales oficiaban de intendentes y consejeros, de agentes del orden público de Aragón, ex bandidos que hicieron del bandidaje una profesión y un régimen de gobierno”.

¿Esperaban acaso que alguien creyera en semejantes patrañas? La mentalidad policíaca de los estalinistas resalta en el pretexto de que se estaba preparando una insurrección.

Desgraciadamente, no era cierto. El frente de Aragón quedó totalmente bajo control del gobierno el 6 de mayo, con un miembro del partido estalinista, el general Pozas, al mando supremo. Antes de eso, la prensa del POUM, CNT y FAI había abundado en largas quejas de que se estaba privando de armas al frente de Aragón, y que a la guardia armada de los colectivos aragoneses – que en un frente irregular y variable formaban parte de las defensas del frente – se la privaba peligrosamente de armas. Durante ocho meses se lanzaron estas acusaciones desde la prensa, la tribuna y la radio, junto con la acusación de que la ayuda rusa era condicionada por el control estalinista de las armas que llegaban. Los estalinistas respondieron a estas acusaciones con un silencio completo. ¡Ahora, en medio de la atmósfera de pogromo que reinaba en 1937, su respuesta era que las armas estaban allí! Nadie podía creer semejantes estupideces, ni siquiera los propios miembros del partido.

Pero las acusaciones no requieren una contestación minuciosa. El 18 de septiembre, presuntamente, el principal culpable, que había sembrado el terror, instalado a fascistas en el gobierno, etc., Joaquín Ascaso, fue puesto en libertad. Si los estalinistas estaban preparados para fundamentar sus acusaciones contra Ascaso, inclusive en sus propios tribunales corrompidos, ¿por qué no lo hicieron? La respuesta es: las acusaciones eran patrañas. Lo que sí era real era la destrucción de los colectivos aragoneses.

Después de que el bloque estalinista-burgués conquistara Aragón y las historias de su invasión llegaran al movimiento obrero mundial donde los estalinistas no se atrevían a repetir sus fantásticas acusaciones, cambiaron de rumbo dejando de lado estos cargos para pasar a afirmar que la disolución del Consejo de Aragón era necesaria para reorganizar el frente aragonés. Así, Ralph Bates escribe:

“Se han exagerado las acusaciones contra el Consejo de Aragón, pero creo que se puede demostrar con evidencias que: la aplicación indiscriminada de medidas extremas en la reforma agraria y social había confundido y aun provocado la hostilidad de campesinos y obreros no anarquistas; el control anarquista de los comités militares de aldea había obstaculizado la conducción eficaz de las operaciones [...] El problema era, por tanto, poner esta franja de Aragón bajo el control del gobierno de Valencia, como parte de la campaña para reformar las fuerzas militares aragonesas”.
(*New Republic*, 27 de octubre de 1937.)

Este último pretexto tenía dos objetivos: uno, hacer olvidar las ridículas acusaciones que motivaron la disolución; segundo, ocultar el hecho de que, a pesar de que el gobierno controlaba el frente de Aragón desde mayo, sus llamadas ofensivas habían fracasado totalmente. La increíble infamia de todo esto se verá claramente cuando estudiemos la cuestión militar en sí y examinemos el frente de Aragón como parte del programa de estrategia militar en su totalidad.

XV. La lucha militar bajo Giral y Caballero

La guerra no es más que la continuación de la política por medio de la fuerza. El lanzamiento de una proclama sobre las filas enemigas, expresando las aspiraciones de los campesinos sin tierra, también es un arma de guerra. Una llamada eficaz a la rebelión tras las líneas enemigas puede resultar infinitamente más exitosa que un ataque frontal. El mantenimiento de la moral de la tropa es tan importante como el equipamiento. Cuidarse de oficiales traidores es tan importante como instruir a los oficiales idóneos. La creación de un gobierno obrero y campesino por el cual las masas trabajen y mueran como héroes es el mejor complemento político de la lucha militar contra el enemigo fascista en una guerra civil.

Con estos métodos, los obreros y campesinos rusos derrotaron la intervención imperialista y los ejércitos blancos en veintidós frentes, a pesar del más rígido bloqueo económico jamás impuesto sobre nación alguna. En la organización y dirección del Ejército Rojo, bajo estas

condiciones adversas, Trotsky parecía hacer milagros, pero eran milagros compuestos de política revolucionaria, capacidad de sacrificio, trabajo y heroísmo de una clase defendiendo su recién ganada libertad.

Estudiando el curso de la lucha militar se puede demostrar que la táctica política reaccionaria del gobierno leal determinó su errónea política militar.

Nota: * *Spain in Revolt*, por Gannes y Repard, p. 119.

Desde el 19 de julio hasta el 4 de septiembre de 1936 – siete semanas decisivas – estuvo al timón el gabinete frentepopulista de Giral, con el apoyo político incondicional de los estalinistas y de los socialistas de Prieto (que era miembro extraoficial del gabinete, habiendo instalado su oficina en la sede del gobierno el 20 de julio). El gobierno de Giral contaba con alrededor de seiscientos millones en oro. Recordemos que el embargo sobre la venta de municiones a España se impuso el 19 de agosto cuando la Cámara de Comercio de Inglaterra revocó todas las licencias para la exportación de armas y aviones a España. De modo que el gobierno de Giral tuvo un mes, por lo menos, para comprar armas... ¡pero la triste verdad es que no compró casi nada! Ya hemos relatado cómo Azaña y Giral hicieron un intento traicionero de llegar a un acuerdo con los fascistas. Un hecho más: Franco y sus amigos esperaron seis días antes de formar su gobierno. Gil Robles reveló después que esperaban llegar a un acuerdo satisfactorio con el gobierno madrileño. Para esa época ya habían surgido las milicias obreras y Giral no tenía el poder de satisfacer las demandas de Franco.

Los sucesos más importantes de las primeras siete semanas fueron la marcha triunfante de las milicias catalanas sobre Aragón, utilizando la socialización de la tierra tanto como sus fusiles; y el ataque de los barcos de guerra leales al transporte de tropas franquistas desde Marruecos al continente.

Según escribían dos estalinistas de la época²⁹:

“La lealtad de un gran sector de la marina le impidió a Franco transportar grandes contingentes de tropas marroquíes al continente en las dos primeras semanas de la guerra. La patrulla naval en la costa sureña hacía del transporte marítimo algo extremadamente peligroso. Franco se vio obligado a recurrir al transporte aéreo, pero éste era un trabajo lento. También esto le dio al gobierno una posibilidad mayor para organizarse y armarse”.

Se olvidaron de agregar que los buques de guerra se hallaban bajo el mando de comités de marineros los cuales, al igual que las milicias, no tenían confianza en el gobierno de Giral y realizaban operaciones a pesar de la pasividad del gobierno. La importancia de este hecho resaltaré cuando veamos la política naval del gabinete Caballero-Prieto-estalinistas.

Las terribles derrotas de Badajoz e Irún liquidaron al gabinete de Giral. Pierre van Paasen relata, en un despacho conmovedor, por qué cayó Irún:

“Los hombres de Irún pelearon hasta el último cartucho. Cuando no tenían más municiones, arrojaron cartuchos de dinamita. Acabada la dinamita, cargaron con las manos vacías, hombre a hombre, mientras el enemigo, sesenta veces más poderoso, los masacraba con sus bayonetas. Una muchacha mantuvo en jaque a dos carros blindados durante media hora arrojándoles bombas de glicerina. Luego los marroquíes asaltaron la barricada cuyo único defensor vivo era ella y la descuartizaron. Los hombres del fuerte San Marcial mantuvieron a raya a 300 legionarios durante medio día arrojándoles rocas desde la colina en cuya cima se halla el fuerte”.

Irún cayó porque Giral no hizo el menor intento de proveer municiones a sus defensores. El Comité Central de las Milicias Antifascistas de Cataluña, habiendo transformado todas las fábricas disponibles en fábricas de municiones, había enviado varios vagones de municiones por el ferrocarril que une Cataluña con Irún. Pero un tramo de ese ferrocarril transcurre por

²⁹ *Spain in Revolt*, por Gannes y Repard, p. 119.

tierra francesa. Y el gobierno del “camarada Blum”, aliado de Stalin, había detenido el convoy en la frontera durante varios días... cruzando el puente a Irún después de la victoria fascista.

El gabinete de Giral cedió ante el “verdadero, total” gobierno del Frente Popular de Caballero-Prieto-Stalin. Indudablemente gozaba de la confianza de un gran sector de las masas. Las milicias y los comités de marineros obedecieron sus órdenes desde el comienzo.

El nuevo gobierno debía lanzar tres grandes campañas militares. Había otras tareas, por supuesto, pero éstas eran las más importantes, apremiantes y, esencialmente, sencillas.

Marruecos y Algeciras

La base militar de Franco durante los primeros seis meses fue el Marruecos español. De allí debía transportar a sus moros, legionarios y provisiones militares.

Los primeros éxitos de la marina leal al mando de los comités de marineros al romper las líneas de comunicación de Franco con Marruecos fueron seguidos de otros. El 4 de agosto el crucero leal *Libertad* bombardeó la fortaleza fascista de Tarifa, en Marruecos. Para Franco fue un golpe mortal. Tan mortal que provocó el primer acto abierto de intervención por parte de Italia: un avión italiano bombardeó el *Libertad*. Cuando buques de guerra leales tomaron posición para el bombardeo de Ceuta en Marruecos donde se cargaban transportes fascistas, el buque de guerra alemán *Deutschland* se paseó descaradamente entre los buques leales y Ceuta para impedir el bombardeo. Una semana más tarde un crucero español detuvo al barco carguero alemán *Kamerun*, encontró un cargamento enorme de armas para Franco y le impidió desembarcar en Cádiz. Inmediatamente, Portugal se pasó al bando fascista, permitió al *Kamerun* descargar en puerto portugués y envió las municiones a Franco por ferrocarril. Los comandantes navales alemanes recibieron órdenes de hacer fuego contra cualquier barco español que intentara detener los cargamentos alemanes de municiones. Las operaciones navales leales, de continuar, hubieran sido fatales para Franco, y sus aliados debieron desenmascarse totalmente para salvarlo.

En este momento se formó el gabinete de Caballero y Prieto, ahora estrecho colaborador de los estalinistas y siempre el “hombre de Francia”, pasó a ocupar la cartera de Marina. Puso fin a las operaciones en la costa de Marruecos y el estrecho de Gibraltar y ordenó el regreso de las fuerzas leales que habían mantenido Mallorca. La tarea del momento consistía en impedir que los moros y legionarios desembarcaran en Algeciras y formaran ese ejército que pronto haría esa terrible marcha desde Badajoz directamente hasta Toledo, y de allí, por Talavera de la Reina, hasta las puertas de Madrid. La primera línea de esta tarea correspondía a la marina. *No se la utilizó para este fin.*

En cambio, a mediados de septiembre, la casi totalidad de la flota – incluidos el buque de guerra *Jaime I*, los cruceros *Cervantes* y *Libertad* y tres destructores – recibieron órdenes de abandonar Málaga y rodear la península hasta la costa de Vizcaya. Dejaron atrás al destructor *Ferrándiz* y el crucero *Gravina*. El 29 de septiembre, dos cruceros fascistas hundieron al *Ferrándiz*, después de bombardear y alejar al *Gravina*. Se decidió el envío de las fuerzas navales a la costa de Vizcaya a la vez que los despachos noticiosos informaban – para no dar sino un ejemplo – un dragaminas armado transportando tropas marroquíes desde Ceuta, acompañado del *Canarias* y el *Cervera*, un destructor y una lancha torpedera cruzaron los estrechos esta noche y desembarcaron sus tropas sin problemas en Algeciras. Transportaba desde Marruecos obuses y otros cañones, y abundantes municiones”. (*New York Times*, 29 de septiembre.) ¿Cuáles eran las consideraciones? No militares, por cierto, porque las fuerzas enviadas a Vizcaya eran más que suficientes como para hacer frente al convoy fascista; además, no cabe duda de que la tarea principal de la marina era impedir las comunicaciones

con Marruecos. El experto militar norteamericano Hanson W. Baldwin dijo acerca del problema naval español (*New York Times*; 21 de noviembre):

“La marina española se encuentra en gran medida descuidada, sobre todo en los años turbulentos de la historia de la república, y jamás fue dirigida y aprovisionada adecuadamente. Pero con tripulaciones suficientes y bien adiestradas, el puñado de cruceros y destructores de España sería una fuerza a tener muy en cuenta, sobre todo en la estrecha cuenca del Mediterráneo, *donde buques bien dirigidos podrían haber cortado hace mucho la línea de comunicación del general Franco con sus reservas humanas en África [...]*

A juzgar por los oscuros informes, *la mayoría de los barcos* – a pesar de los esfuerzos de los oficiales – continuaron enarbolando la bandera roja, amarilla y malva de España [leal] o izaron las banderas rojas en sus mástiles...

... pero, a pesar de todo, el papel de la marina en la guerra civil ha carecido hasta la fecha de importancia. Los encuentros ocasionales en los que han participado los barcos, en la mayoría de los casos, han tenido las características de una ópera bufa y han demostrado la falta de puntería y adiestramiento de las tripulaciones”.

Sin embargo, las operaciones leales del 27 de septiembre en Zumaya, vecina a Bilbao, demostraron buena puntería. Sin embargo, lo esencial es que hubiera sido fácil formar tripulaciones adecuadas para los buques de guerra leales. Tolón, Brest y Marsella estaban llenos de marineros socialistas y comunistas, veteranos de la marina, incluso tiradores expertos y oficiales. Hubieran podido mandar la flota con creces y se podrían haber construido nuevos barcos en los astilleros de Cartagena, que estaban en manos leales.

Al volver de la costa norte, la flota ancló cerca de Cartagena y allí permaneció salvo unos pocos viajes sin rumbo por la costa. Justo nos enteramos de su existencia el 22 de noviembre, cuando submarinos extranjeros entraron al puerto de Cartagena y lanzaron torpedos que dañaron el *Cervantes*. El mismo día, el Ministerio de Marina anunció una reorganización de la flota para combatir los intentos de bloqueo... y nada más se dijo del asunto. Los transportes de Franco cruzaban de Ceuta a Algeciras a voluntad, transportando decenas de miles de hombres con su armamento.

En una carta a Montseny, exigiendo que los ministros anarquistas lucharan públicamente contra la errónea política gubernamental, Camillo Berneri dijo respecto de la marina:

“La concentración de las fuerzas provenientes de Marruecos, la piratería en las Canarias y las Baleares, la toma de Málaga, son consecuencias de esta inactividad. Si Prieto es incapaz e inactivo, ¿por qué tolerarlo? Si Prieto se encuentra atado por una política que paraliza a la flota, ¿por qué no denunciar esa política?”

¿Qué movió a Prieto y al bloque gubernamental a seguir esa política suicida? Fue simplemente una faceta de una política global basada en asegurarse la buena voluntad de Inglaterra y Francia. Lo que perseguían estaba claro. Una política naval agresiva por parte de los leales hubiera precipitado, como lo demostraron los acontecimientos de agosto en Marruecos, la etapa decisiva de la guerra civil. Hubiera amenazado con aplastar a Franco inmediatamente. Alemania e Italia, se jugaban su prestigio con la ayuda a Franco, se hubieran visto obligadas a tomar medidas desesperadas en su defensa, por ejemplo, la utilización de las marinas italiana y germana para barrer a la marina leal del estrecho. Pero Inglaterra y Francia no podían tolerar el control ítalo-germano del estrecho. Desde luego no existía la certeza de una guerra abierta. Sobre todo antes del 9 de noviembre de 1936, cuando Alemania e Italia reconocieron formalmente el régimen de Burgos, éstas habrían retrocedido antes de precipitar una guerra. Si los revolucionarios hubieran estado al timón y hubieran lanzado en agosto y septiembre una campaña naval sistemática que lograra separar a Marruecos de España, lo más probable es que Italia y Alemania retrocedieran lo más elegantemente posible. Sin embargo, al

imperialismo anglo-francés no le interesaba una victoria leal sino aplazar la crisis bélica a la vez que resistían todo atentado a sus intereses imperialistas en el Mediterráneo. La orientación anglo-francesa del gobierno leal favoreció sus planes. Después, con cada mes que pasaba, Italia y Alemania se veían más y más involucradas y aumentaba la posibilidad de una explosión internacional en caso de que se activara la marina leal. Ésta simplemente dejó de existir como arma de los leales.

He aquí la primera prueba de cómo una política antirrevolucionaria debilitó la lucha militar.

La misma orientación anglo-francesa es lo que explica por qué no se golpeó por tierra en Algeciras, puerto español donde desembarcaban las tropas fascistas provenientes de Marruecos. Málaga está ubicada estratégicamente como para servir de punta de lanza a dicha ofensiva, En cambio, se dejó incluso Málaga sin defensa. Defendida principalmente por fuerzas de la CNT, que rogaron en vano desde agosto hasta febrero que se les enviara los suministros necesarios, Málaga fue invadida por una fuerza de desembarco italiana, mientras la flota que la podría haber rechazado se encontraba anclada en Cartagena. Málaga cayó el 8 de febrero. En los dos días anteriores, las milicias no recibieron instrucciones del cuartel general y luego, el día anterior a la caída, descubrieron que el cuartel general había sido abandonado sin una palabra a los milicianos que defendían la ciudad. No fue una derrota militar sino una traición. La traición fundamental no fue la deserción de último momento del estado mayor sino la política que dictó la inactividad de la armada y la no utilización de Málaga como base contra Algeciras.³⁰

Había otra manera, que no era por tierra ni por mar, de golpear la base de Franco en Marruecos. Citamos a Camillo Berneri:

“La base de operaciones del ejército fascista se halla en Marruecos. Debemos intensificar la propaganda en favor de la autonomía marroquí en todos los sectores de influencia islámica. Madrid debería hacer declaraciones inequívocas proclamando el abandono de Marruecos y la protección de la autonomía marroquí. A Francia le preocupan las posibles repercusiones e insurrecciones en África del Norte y Siria; Inglaterra ve el fortalecimiento de la agitación por la autonomía de Egipto al igual que la de las árabes en Palestina, Es necesario aprovechar a fondo esos temores adoptando una política que amenace con desatar la rebelión en el mundo islámico.

Semejante política requiere dinero y el rápido envío de agitadores y organizadores a todos los centros de emigración árabe, a todas las zonas fronterizas del Marruecos francés”. (*Guerra di Classe*, 24 de octubre de 1936.)

Pero el gobierno leal, lejos de despertar los temores franceses e ingleses incitando a la insurrección en el Marruecos español, ¡procedió a ofrecerles concesiones en Marruecos! El 9 de febrero de 1937, el ministro de relaciones exteriores Del Vayo envió una nota a Francia e Inglaterra, cuyo texto jamás fue hecho público. Sin embargo, tiempo después se dieron a conocer los siguientes puntos de la misma, sin que el gabinete los negara:

“1. Al basar su política europea en la colaboración activa con Gran Bretaña y Francia, el gobierno español propone modificar la situación africana.

³⁰ El 21 de febrero fue destituido el Subsecretario de Guerra, José Asensio, y luego arrestado junto con el coronel Villalba, por traicionar Málaga. No fue arrestado el comisario de guerra Bolívar, estalinista que abandonó el cuartel general junto con Villalba. No se dijo una palabra sobre Antonio Guerra, representante estalinista en el Comando Militar de Málaga que se quedó en la retaguardia y pasó al bando fascista, hasta que el Comité Nacional de la CNT – desesperado por los ataques estalinistas – lo hizo público (CNT Boletín, Valencia, 26 de agosto de 1937). El día de la caída de Guijón – ocho meses más tarde – el gobierno anunció que enjuiciaría a los traidores de Málaga: Asensio, su jefe de estado mayor, Cabrera, y otro general. ¿Por qué a ellos sí y no a los culpables de Santander, Bilbao, etcétera? Porque Málaga cayó bajo Caballero, mientras que las traiciones descaradas del norte tuvieron lugar bajo Negrín.

2. Con el deseo de poner rápido fin a la guerra civil, ahora susceptible de ser prolongada por la ayuda alemana e italiana, el gobierno está dispuesto a hacer ciertos sacrificios en la zona española de Marruecos, siempre que los gobiernos británico y francés tomen las medidas necesarias para impedir la Intervención ítalo-germana en los asuntos de España”.

El primer índice de la existencia de esta nota vergonzosa apareció un mes después de su envío, en la prensa francesa e inglesa el 19 de marzo, cuando Eden se refirió a ella de pasada. Los ministros de la CNT juraron no haber sido consultados. Bernen les reprochó amargamente: “Estáis en un gobierno que ha ofrecido concesiones en Marruecos a Francia e Inglaterra, mientras que, desde julio de 1936, era nuestra obligación proclamar oficialmente la autonomía política de Marruecos [...] Ha llegado la hora de proclamar que vosotros, Monstseny y los demás ministros anarquistas, no acordáis con la naturaleza y contenido de tales propuestas [...] No hace falta decir que no se pueden garantizar los intereses ingleses y franceses en Marruecos y a la vez agitar a favor de una insurrección allí [...] Pero esta política debe cambiar. Y para cambiarla, debemos hacer una declaración clara y fuerte de nuestras propias intenciones, puesto que hay en Valencia influencias que juegan a favor de la paz con Franco”. (*Guerra di Classe*, 14 de abril de 1937). Pero los dirigentes anarquistas permanecieron en silencio y Marruecos siguió tranquilamente en poder de Franco.³¹

La ofensiva de Aragón contra Zaragoza y Huesca

Hojead la prensa española, francesa o norteamericana de agosto-noviembre de 1936 y ved el agudo contraste que existe entre las derrotas leales en los frentes centrales y occidentales y las victorias en el frente de Aragón. En Aragón predominaban las tropas de CNT, FAI y POUM. Obedecían las órdenes militares de los oficiales burgueses enviados por el gobierno pero los mantenían bajo vigilancia. Hacia fines de octubre, con la toma de las alturas que rodean Monte Aragón y Estrecho Quinto, las milicias aragonesas estaban en posición de tomar Huesca, la puerta hacia Zaragoza.

Con una mirada al mapa se comprende en seguida la importancia de tomar Zaragoza. Está ubicada sobre la ruta que va de Cataluña y Aragón a Navarra, corazón del movimiento fascista. Con la toma de Zaragoza, la retaguardia del ejército fascista en la Vascongada se encontraría en peligro, al igual que la retaguardia de las fuerzas que convergen sobre Madrid desde el norte. Por ello, una ofensiva en este frente hubiera permitido que la iniciativa militar pasara al bando leal. Además, Zaragoza había sido una plaza fuerte de la CNT, y cayó en manos fascistas únicamente en virtud de la traición del gobernador civil, miembro del partido de Azaña y elegido por él.

A fines de septiembre Zaragoza seguía paralizada por una huelga general, a pesar de que los dirigentes obreros eran torturados por negarse a terminarla. Los anarquistas habían prometido acompañar una ofensiva fuerte contra la ciudad con un alzamiento de los obreros en la misma.

Para tomar las ciudades fuertemente fortificadas de Huesca y Zaragoza se requerían aviones y artillería pesada. Pero desde septiembre en adelante el gobierno llevó a cabo un boicot sistemático contra el frente de Aragón. A partir de octubre los aviones y la artillería que llegaban del extranjero eran enviadas exclusivamente a los frentes controlados por los estalinistas. El boicot se extendió a los fusiles, ametralladoras y municiones. Las fábricas de municiones de Cataluña, que dependían financieramente del gobierno central, se veían obligadas a enviar sus productos a los destinos escogidos por el gobierno. La prensa de CNT,

³¹ El único folleto oficial de la CNT referente al problema de Marruecos que pude hallar es: Qué hubiera podido hacer España en Marruecos y qué hizo, un discurso de González de Repáraz del 5 de enero de 1936. Cuenta allí cómo trató de convencer a la monarquía y luego a la republica de que organizaran las cosas eficientemente en Marruecos, y cómo no lo hicieron. Ni una mención de que lo único que puede aconsejar un revolucionario respecto del problema colonial es: fuera de Marruecos.

FAI y POUM acusaba a los estalinistas de obligar a la discriminación descarada del frente de Aragón, con el apoyo de los representantes soviéticos (los amigos de Caballero lo reconocen ahora). El gobierno no podía llevar a cabo sus planes de disolver las milicias en un ejército burgués mientras las milicias de la CNT mantuvieran el prestigio que habían ganado con una serie de victorias. Por lo tanto, había que detener el frente de Aragón. Esta situación, entre otras, llevó a los dirigentes de la CNT a integrar el gobierno central. Las dos principales figuras del anarquismo español, García Oliver y Buenaventura Durruti, se trasladaron a Madrid, Durruti acompañado de las mejores tropas del frente de Aragón. Pero el boicot prosiguió a pesar de las concesiones anarquistas. Porque era un elemento fundamental de la estrategia del bloque burgués-estalinista el quebrar el prestigio y poder de la CNT a cualquier precio. Durante seis meses la prensa del POUM y la CNT reclamó y exigió una ofensiva en el frente de Aragón, y la prensa burguesa-estalinista respondió con el silencio total. Luego los estalinistas empezaron a calumniar la inactividad de los milicianos de la CNT en dicho frente y a utilizar ese hecho para justificar la necesidad de un ejército burgués. La contrapropuesta CNT-POUM de un comando unificado y un ejército disciplinado bajo control obrero fue derrotada.

Durante muchos meses los estalinistas negaron su sabotaje del frente de Aragón al mundo exterior. Pero cuando el hecho ya era de conocimiento público, los estalinistas encontraron un pretexto: se había enviado armas en abundancia al frente de Aragón, pero los “trotskistas” las hacían pasar por la tierra de nadie al campo fascista. (*Daily Worker*, 5 de octubre de 1937). Al igual que los demás inventos de los estalinistas, la falsedad de ése era evidente. El POUM – los supuestos trotskistas – tenía a lo sumo diez mil hombres en ese frente. La fuerza dominante allí era la CNT. ¿Eran tan estúpidos, a pesar de los insistentes pedidos de armas de su prensa, como para estar ciegos ante la actividad del POUM? ¿O esta historia es simplemente una preparación para el día en que los estalinistas acusarán a la CNT de ser cómplice del POUM en la entrega de armas a los fascistas? La pobreza de armamentos del frente de Aragón ha sido descrita por el autor inglés George Orwell, quien combatió allí en el Batallón ILP. La infantería “estaba mucho peor armada que un Cuerpo de Entrenamiento de Oficiales de una escuela pública de Inglaterra”, con “fusiles Mauser gastados que se trababan al quinto disparo, más o menos una ametralladora para cada cincuenta hombres; y una pistola o revólver para cada treinta hombres. Estas armas, tan necesarias para la guerra en las trincheras, no eran entregadas por el gobierno, y sólo se las podía obtener comprándolas ilegalmente y con grandes dificultades.

“Un gobierno que envía a muchachos de quince años al frente con armas de hace cuarenta años a la vez que mantiene a sus mejores efectivos y armas en la retaguardia – concluye Orwell – “obviamente teme más a la revolución que a los fascistas. De ahí la endeble política bélica de los últimos seis meses y el arreglo en que terminará la guerra con casi total seguridad”. (*Controversy*, agosto de 1937)

Así, en el frente de Aragón, el gobierno perdió la oportunidad de tomar la iniciativa y llevar la guerra al territorio fascista.

El frente del Norte

Bilbao, las ciudades industriales y las minas de hierro y carbón que la rodeaban, constituía un centro industrial sólo superado por Cataluña. A los efectos bélicos era inclusive superior a Cataluña, que al comienzo de la guerra civil debió construir sus plantas metalúrgicas de la nada. Bilbao debería haberse convertido en el centro de la fabricación de municiones de España. Con esta base material, los ejércitos del norte deberían haber virado bruscamente hacia Burgos en el sur y Navarra en el este, para unirse a las tropas del frente de Aragón. La estrategia que se necesitaba era la más elemental.

Sin embargo, los capitalistas vascos eran los amos de la región vizcaína. Como parte de la esfera de influencia inglesa durante siglos, no tenía el menor entusiasmo en unirse a Franco y a sus aliados italo-germanos. Por otra parte, la burguesía vasca no tenía la menor intención de combatir a Franco hasta la muerte. Gracias al apoyo de los partidos comunista y socialista, los capitalistas vascos no habían sufrido la expropiación de sus fábricas por los obreros después del 19 de julio. Pero no tenían la menor garantía de que la victoria leal sobre Franco no fuera acompañada de expropiaciones.

Este problema de la propiedad determinó la conducta militar del gobierno regional vasco. Esto se vio ya a mediados de septiembre de 1936, cuando los fascistas avanzaron sobre San Sebastián. Antes de que el ataque se lanzara a fondo, San Sebastián se rindió. Antes de retirarse, la burguesía vasca sacó de la ciudad a los milicianos de la CNT que querían destruir las fábricas y todo lo que fuera de utilidad para que no cayeran en manos de los fascistas. Además, quedaron cincuenta guardias vascos para proteger los edificios. Así se entregó la ciudad intacta a Franco. La burguesía razonaba así: la propiedad destruida desaparece para siempre, en cambio si eventualmente hacemos las paces con Franco, quizás nos devuelva nuestra propiedad...

El 22 de septiembre de 1936, mientras ocurrían estos acontecimientos, yo escribía: “Han traicionado el frente del norte”. Los ministros anarquistas revelaron luego que ésta era la opinión del gabinete de Caballero. Sin embargo, lo que demoró la traición total durante otros seis meses fue la estupidez de los oficiales franquistas que tomaron San Sebastián. Fusilaron a los cincuenta guardias que habían permanecido para defender los edificios; los propietarios burgueses que permanecieron en la ciudad para hacer las paces con Franco fueron encarcelados y algunos fusilados. Los habitantes estaban aterrorizados. El frente vasco se endureció por cierto tiempo.

Para diciembre, el gobierno vasco ya tanteaba la posibilidad de un armisticio. Mientras Madrid rechazaba toda negociación de intercambio de prisioneros, los vascos negociaron ese acuerdo:

“Justo ayer se supo que el grupo vasco negociaba en San Sebastián. Sin embargo, este cronista supo que la delegación abandonó Bilbao hace una semana [...] fue a Barcelona pero su misión no fue satisfactoria. Los delegados vascos expresaron su desilusión por la situación en la capital catalana [...] parece que tampoco les agrada la actitud de los catalanes para con la iglesia.

Sea como fuere, lo cierto es que decidieron sondear a los dirigentes de San Sebastián con la esperanza de llegar a algún tipo de acuerdo, y quizás en última instancia a una tregua.

Se sabe que en los últimos dos meses en el frente norte no ha habido novedad, pero hay mucha confraternidad entre las fuerzas opositoras. (Despacho desde la frontera de Hendaya, *New York Times*, 17 de diciembre de 1937.)

Cualquier duda respecto de la veracidad de este informe quedó disipada ese mismo día por “Augur”, voz “oficiosa” del Ministerio de Relaciones Exteriores de Gran Bretaña. “Los británicos han tratado de promover armisticios locales entre los rebeldes y los leales. La oferta del gobierno regional vasco de Bilbao de hacer una tregua para Navidad se debió directamente a la discreta intervención de agentes ingleses que esperan de esta manera llegar a la suspensión total de las hostilidades.” Los franceses, agrega “Augur”, “ejercen una influencia similar en Barcelona, pero su éxito es menor porque los deseos del presidente Companys de poner fin al derramamiento de sangre se ven coartados por los comunistas y anarquistas”. (*New York Times*, 17 de diciembre de 1936.)

Nada de ello apareció, desde luego, en la prensa leal, donde la censura ya funcionaba a todo gas. Estos informes circunstanciales, particularmente uno que llevaba la firma de “Augur” y que apareció en diarios de la importancia del *New York Times* y el *Times* de Londres,

requerían, al menos, un desmentido formal, si es que podían desmentirse. Sin embargo, ni la prensa estalinista ni el gobierno se atrevieron a desmentirlos: porque eran ciertos.

Es que la burguesía vasca no tenía mayor interés en combatir al fascismo. Si la lucha entrañaba sacrificios,

estaban dispuestos a retirarse. Uno de los factores que los frenaban era el creciente movimiento de la CNT en la región. Aquí los estalinistas y socialistas de derecha, ocupando puestos en el gobierno junto con la burguesía (la CNT había sido expulsada cuando la Junta de Defensa cedió ante el gobierno) facilitaron la traición. Bajo el pretexto más endeble que se pueda imaginar – el gobierno vasco invitó a los milicianos de la CNT a unirse a la celebración de Semana Santa y el Comité Regional de la CNT y su prensa repudiaron indignados el ceremonial – ¡se encarceló al comité regional y al consejo editorial de *CNT del Norte* el 26 de marzo, entregándose su imprenta a los estalinistas! De ahí en adelante la persecución sistemática de la CNT facilitó la entrega a Franco.

El gobierno leal conocía bien los peligros, el hecho de que Bilbao no había transformado sus fábricas para adecuarlas a la fabricación de municiones, la inactividad criminal del frente vasco que le permitió a Mola trasladar sus tropas hacia el sur para unirse al cerco de Madrid. ¿Por qué no hizo nada el gobierno? Por supuesto que el gabinete envió numerosos emisarios a Bilbao, aduló a los vascos, hizo grandes esfuerzos por satisfacerlos, envió generales para que colaboraran con los dirigentes vascos – ¡Llano de Encomienda, recientemente liberado por un tribunal barcelonés después de ser acusado de unirse a la insurrección fue nombrado comandante en jefe del norte! – pero esas medidas resultaron, naturalmente, infructíferas. Había *una sola manera* de salvar el frente norte: confrontar a la burguesía vasca con un poderoso frente único de las fuerzas proletarias de la región, dispuesto a tomar el poder ante cualquier vacilación de la burguesía y preparar el terreno para ello mediante la crítica ideológica de la burguesía. Sin embargo, ese método le era ajeno al gobierno, que temía sobre todas las cosas fomentar la iniciativa política de las masas.

Quedaba un sector del frente norte que sí estaba activo: Asturias. Ya hemos visto como, a cuarenta y ocho horas de conocerse la insurrección, cinco mil mineros asturianos llegaron a Madrid. En pocas semanas habían barrido a los fascistas de todas partes salvo Oviedo, asiento de una fuerte guarnición pretoriana desde el aplastamiento de la Comuna de Asturias en octubre de 1934. Todos los mineros de Asturias estaban dispuestos a dar sus vidas por la toma de Oviedo. Armados tan sólo con fusiles y bombas de dinamita de fabricación casera, los mineros sitiaron Oviedo y no tardaron en tomar los suburbios. La caída de Oviedo les hubiera dejado las manos libres para una ofensiva sobre Castilla la Vieja. Portavoces asturianos rogaron al gobierno valenciano que les entregara unos cuantos aviones y la artillería necesaria para derribar las defensas. Se los envió de vuelta con las manos vacías. ¿Cuál era su crimen? Los obreros asturianos abolieron la propiedad privada de la tierra, colectivizaron la vivienda y la industria. El fuerte movimiento de la CNT, junto con la UGT – dirigida aquí por su tendencia revolucionaria, como lo demuestra su órgano *Avance*, dirigido por Javier Bueno – controlaba la producción y el consumo. Era cosa sabida que su intención era proclamar una vez más, después de tomar Oviedo, la Comuna de Asturias como en 1934... El gobierno los invitaba a derramar su sangre en todas partes, menos en la comuna. Decenas de miles de ellos, por falta de alternativa, se unieron a las fuerzas leales en todos los demás frentes. Su habilidad guerrera se hizo legendaria. Pero quedó un número suficiente sitiando Oviedo hasta el final.

¿Por qué Madrid se convirtió en el frente clave?

Con Marruecos y sus líneas de comunicación intactos, con la inactividad del frente norte gracias a la pasividad vasca, y con el sabotaje gubernamental del frente de Aragón, Franco

quedó en posición de dictar el curso de la guerra, de elegir sus puntos de ofensiva a voluntad. Jamás cedió la iniciativa a los leales, que debieron aceptar la batalla en el momento y condiciones elegidas por el enemigo.

Así, Franco pudo lanzar el grueso de sus fuerzas contra Madrid. Para octubre el cerco de Madrid estaba bien encaminado. Franco quería la capital del país para darles a sus aliados italianos y alemanes una base sólida para el reconocimiento de su régimen. En realidad, según todos los indicios, Italia y Alemania dieron su reconocimiento el 9 de noviembre de 1936, creyendo que Madrid se encontraba a punto de caer, y que el reconocimiento incentivaría la caída. Todo indica, también, que Franco cometió su gran error estratégico cuando trató, en su apresuramiento, de tomar Madrid mediante un ataque frontal en lugar de completar el cerco cerrando la ruta a Valencia. Los fascistas se aferraron tozudamente a dicha estrategia durante meses, dándoles así a los leales la oportunidad de fortificar la zona lo suficiente como para aguantar los ataques por los flancos, cuando éstos se produjeron en febrero y marzo.

Lo más significativo de la defensa de Madrid fue la *utilización de métodos políticos revolucionarios*. Con la caída de Madrid a los estalinistas se les acababa el juego. En España todo su prestigio estaba ligado al Quinto Regimiento de Madrid – un ejército de más de cien mil hombres – y la Junta de Defensa, controlada por ellos, responsable de la defensa de Madrid desde el 11 de octubre. En lo internacional, la caída de Madrid hubiera provocado el derrumbe inexorable del prestigio de la Comintern y de la Unión Soviética. La retirada a Valencia y Cataluña hubiera creado una nueva relación de fuerzas, con los estalinistas en posición secundaria. De esa nueva fase podía surgir la utilización de métodos revolucionarios, que desbaratarían todos los planes de Eden, Delbos y Stalin. Había que defender Madrid a toda costa. La necesidad obligó a los estalinistas a abandonar los métodos burgueses... pero sólo por un tiempo y dentro de Madrid.

El 7 de noviembre, cuando la ofensiva fascista llegó a los suburbios, los propios estalinistas instituyeron métodos de defensa como los que proponían la CNT, la FAI y el POUM locales en otras ciudades y que ellos repudiaban por aventureristas y alienantes de la burguesía liberal. Vale la pena citar un panfleto de la CNT de esa semana:

“Ayer advertimos al pueblo de Madrid que el enemigo se hallaba en las puertas de la ciudad, y aconsejamos llenar botellas con nafta y ponerles mechas, para arrojarlas a los tanques rebeldes que entraran a la ciudad. Hoy sugerimos otras precauciones. Es necesario registrar cada casa y departamento habitado por simpatizantes fascistas para buscar armas.

Hay que levantar barricadas y parapetos en todas las calles que conduzcan al centro de la ciudad.

Cada casa madrileña donde habiten los antifascistas debe convertirse en una fortaleza, y hay que levantar todos los obstáculos posibles cuando los invasores traten de recorrer las calles de la ciudad. Dispara contra ellos desde los pisos altos de los edificios, contra los cuales el fuego de sus ametralladoras será ineficaz. *Sobre todo, debemos purgar Madrid de la quinta columna de fascistas ocultos.*”

Mola se jactaba de que cuatro columnas convergían sobre Madrid mientras una quinta se formaba secretamente dentro de la ciudad. Ello dio a los obreros una consigna estupenda: aplastar la quinta columna. Así desaparecieron los decretos gubernamentales – y estalinistas – contra los “allanamientos ilegales”, “tomas y arrestos no autorizados”, etcétera, etcétera. En esos días fueron arrestados más de quinientos guardias de asalto, sospechosos de ser fascistas: fue la primera y última vez que los estalinistas aceptaron semejante purga de elementos burgueses. Los estalinistas se habían pronunciado a favor de “todo el poder al Frente Popular” y eran, por lo tanto, enemigos de los comités obreros en las fábricas y barrios. Sin embargo, por esta vez, la desesperación les obligó a abandonar dicha posición. ¡El Quinto Regimiento de los estalinistas emitió un comunicado que, entre otras cosas, llamaba a las masas a elegir

comités por calle y casa para vigilar la quinta columna dentro de la ciudad!³² Comités obreros recorrían las calles, llamando a todos los hombres sanos a construir barricadas y trincheras. La Junta de Defensa organizó consejos para aprovisionamiento de municiones, alimentos, etcétera, que día a día se convertían en organizaciones de masas. Comités de mujeres organizaban comedores y lavanderías para los milicianos. Se encontraron en esta ciudad carente de industria – también por la presión desde abajo – los medios para fabricar municiones. Los estalinistas no olvidaron de perseguir al POUM, pero en forma más leve y los militantes del POUM tuvieron margen para colaborar en la defensa de la ciudad. Fueron meses gloriosos, aunque estuvieron jalonados de muertos: noviembre, diciembre, enero. ¿Qué era esto? “El pueblo en armas”.

Nota: * Ralph Bates menciona este hecho en *New Republic* del 27 de octubre de 1937, como si fuera algo típico de la forma de

Los estalinistas estaban tan desesperados que acogieron la entrada triunfal en Madrid de tropas escogidas de las columnas de Aragón, cuya conducta heroica destruyó el calumnioso mito, ya propagado por los estalinistas, acerca de las milicias aragonesas. Sin embargo, poco después de traer a esas tropas, la más grande figura militar de la guerra, el anarquista Durruti, fue muerto y reemplazado por Miaja.

Pero los métodos utilizados en los frentes sur, norte y de Aragón siguieron siendo los mismos. La campaña incesante de la CNT, el POUM y sectores de la UGT por una ofensiva en todos los frentes como la mejor manera de ayudar a Madrid y la única manera de levantar el sitio de la ciudad, quedó ignorada.

Tampoco el “pueblo en armas” siguió al frente de la defensa de Madrid. Para enero el peligro inmediato había pasado y el bloque estalinista-burgués volvió a los procedimientos “normales”. Se prohibieron los allanamientos en busca de fascistas y armas por parte de los comités obreros. Los soldados reemplazaron a los obreros en las barricadas. El ejército se hizo cargo del trabajo de los comités de mujeres. Ya no se fomentaba la iniciativa de las masas. La corriente se dirigía ahora en el otro sentido, aunque proseguía el sitio de Madrid. El semanario *POUM* fue clausurado definitivamente en enero. En febrero, la Junta se apoderó de la radio del POUM y de la imprenta de *El combatiente rojo*. El jefe de policía, el estalinista José Cazorla, organizó la represión legal e ilegal. Si los Tribunales Populares no sancionaban sus arrestos de obreros, llevaba a “dichas personas absueltas a cárceles secretas o a batallones milicianos comunistas en el frente para utilizarlos como ‘fortificaciones’”. Al mismo tiempo, se abrieron las puertas para la derecha y Cazorla puso en libertad a muchos fascistas y reaccionarios. Estas acusaciones pertenecen a Rodríguez, Comisionado Especial de Prisiones (*Solidaridad Obrera*, 20 de abril de 1937) y se denegó la exigencia de la CNT de una investigación. Con la disolución de la Junta se completó el viraje hacia métodos burocrático-burgueses de conducir la defensa de Madrid.

La única victoria militar del gabinete de Caballero fue la derrota de las divisiones italianas en Guadalajara en marzo: victoria inesperada, como lo demuestra la falta de reservas y materiales para completar la derrota de los italianos. El no haber coordinado la lucha en Madrid con una ofensiva en los demás frentes, por las razones políticas que hemos reseñado, convirtió a Madrid, por la negativa, en el frente clave, a la vez que imposibilitó el levantamiento del sitio de esa ciudad.

XVI. La lucha militar bajo Negrín y Prieto

El mismo día en que el “gobierno de la victoria” asumió sus funciones, quedó claro que continuaría la táctica política de su predecesor. Prieto proseguiría su política naval de

³² Ralph Bates menciona este hecho en *New Republic* del 27 de octubre de 1937, como si fuera algo típico de la forma de proceder estalinista. Lo desafío a que encuentre un solo caso posterior en que los estalinistas hicieran una propuesta similar.

inactividad y la discriminación en el envío de aviones a los frentes. Era ya comandante en jefe del ejército, con todos los servicios reunidos en un único Ministerio de Defensa, pero el Consejo Supremo de Guerra, instituido en diciembre, estaba ya dominado por el bloque estalinista-burgués a través de su mayoría en el gabinete. (La exigencia estalinista de que el consejo funcionara normalmente, elevada el 16 de mayo, fue simplemente para apuntalar un mito que había hecho de Caballero el chivo expiatorio por la conducción de la guerra.) La línea política que había dictado la estrategia militar anterior – negativa a encender la llama de la rebelión en África del norte, apoyo a la burguesía vasca contra los obreros, persecución en Cataluña y Aragón – continuó y se acentuó.

El gabinete de Negrín agregó nuevos obstáculos a la conducción de la guerra.

En cuanto al problema nacional – las relaciones con las minorías nacionales – el régimen de Negrín no sólo se situó a la derecha de Caballero, sino inclusive a la derecha de la república de 1931-1933. La centralización burocrática que representaban los monárquicos y fascistas había sido un factor de importancia para alejar de ellos a los pueblos de Cataluña, Euskadi y Galicia. Comenzada la guerra civil, la autonomía de los catalanes y vascos se había ampliado de hecho. La declaración de autonomía para Galicia hubiera facilitado enormemente la guerra de guerrillas allí. No fue otorgada porque hubiera dado un precedente para Cataluña. El régimen de Negrín, como hemos visto, liquidó la autonomía catalana. Los bolcheviques habían ganado fuerza para proseguir la guerra civil con la lealtad intensificada de las naciones minoritarias declaradas autónomas; el gobierno leal ahogó las aspiraciones nacionales.

El salario de los milicianos fue reducido de diez a siete pesetas diarias, mientras que el escalafón para los oficiales establecía veinticinco pesetas para segundos tenientes, treinta y nueve para tenientes primeros, cincuenta para capitanes y cien para tenientes coroneles. Las disparidades económicas reforzaron así los reglamentos militares. No es necesario insistir en el efecto nocivo que la creciente subordinación a los oficiales ejerció sobre la moral de las tropas.

El frente norte iba a ser traicionado rápidamente por la burguesía vasca y los oficiales, y por la “quinta columna” de simpatizantes fascistas que había en los guardias civiles y de asalto y entre la población civil. La lucha contra la “quinta columna” era parte entrañable en la lucha militar. Pero, como señaló Camillo Berneri antes de la intensificación de la represión bajo Negrín, “es evidente que en estos meses en que se trata de aniquilar a los ‘incontrolables’ [CNT y POUM], no se puede resolver el problema de la quinta columna. La liquidación de la quinta columna se logrará principalmente mediante una actividad de investigación y represión que sólo pueden realizar revolucionarios experimentados. Una política interna de colaboración entre las clases y de tolerancia hacia la pequeña burguesía, lleva inevitablemente a ser tolerantes con elementos políticamente dudosos. La quinta columna se compone no sólo de elementos fascistas sino también de todos los descontentos que aspiran a una república moderada”.

Mientras el frente norte quedaba en manos de la burguesía, el frente de Aragón era sometido a una purga impresionante. El general Pozas inició una supuesta ofensiva en junio. Después de varios días de choques de artillería y aviación, se dio orden de avanzar a la 29 división (ex división Lenin del POUM) y a otras unidades. Pero el día del avance no había aviación ni artillería para protegerlas. Pozas declaró después que las fuerzas aéreas se encontraban ocupadas en la defensa de Bilbao. ... pero el avance se produjo tres días después de la toma de Bilbao por Franco. Los soldados del POUM comprendieron que se los exponía al peligro con toda intención. Pero no entrar en la línea de fuego le hubiera dado al bloque burgués-estalinista una excusa para reprimir en el frente de Aragón. Fueron a la primera línea de fuego. Un flanco fue asignado ostensiblemente a una Brigada Internacional (estalinista), pero

poco después de comenzado el avance se ordenó la retirada de ésta a retaguardia. El teniente coronel a cargo de la unidad de guardias de asalto en el flanco opuesto felicitó después a las tropas del POUM: “En Sariñena se me advirtió que vosotros podríais dispararnos por la espalda. No sólo no ocurrió, sino que vuestro coraje y disciplina evitó una catástrofe. Iré ahora a Sariñena para protestar contra aquellos que siembran las semillas de la desmoralización para lograr el triunfo de sus objetivos partidarios”.

Durante esta ofensiva, Cahué y Adriano Nathan, comandantes del POUM, murieron en la acción. En ese momento, la policía llegaban para arrestar a Cahué por “trotsko-fascista”.

Terminado el ataque la 29 división fue enviada a la retaguardia. Eso significaba entregar los fusiles, ¡en este frente todavía no había suficientes armas como para equipar simultáneamente la línea de fuego y la retaguardia! Pero las tropas del POUM, sospechando algo, se negaron a entregar las armas. Se declararon dispuestas a volver al frente. Pocos días más tarde se ordenó a dos divisiones del batallón marchar sobre Fiscal (en el frente de Jaca) para rechazar un ataque fascista. No solo aplastaron el ataque sino que reconquistaron terreno y suministros perdidos. Luego se ordenó su retirada a la espera de nuevas órdenes, pero no se les envió de vuelta a su división. ¿Por qué? Para desarmarlos. Fueron órdenes de Pozas. Los concentraron en el pueblo de Ródano y los rodeó una brigada estalinista. Se les quitó todos los objetos de valor: relojes, cadenas, hasta ropa interior y zapatos en buen estado. Arrestados los jefes, se permitió al resto volver a sus casas... a pie. En el camino de regreso a sus hogares muchos fueron arrestados en distintas ciudades. Si no se emplearon los mismos métodos con el resto de la división, se debió a que la noticia se filtró al resto del ejército y Pozas temió que vinieran divisiones de la CNT para defenderla. Pocas semanas más tarde, la 29 división fue disuelta y se distribuyó a los hombres que quedaban por todas partes en pequeños grupos.³³

La división Ascaso (CNT) también fue despedazada. *Acracia*, órgano de la CNT en Lérida, dijo:

“Ahora sabemos exactamente por qué no fue tomada Huesca. La última operación en Santa Quiteria es una buena demostración de ello. Huesca estaba rodeada por todos los flancos y sólo la traición de la aviación (controlada por el PSUC) es responsable del desastre en que terminó dicha operación. Nuestros milicianos no fueron respaldados por la aviación y quedaron así indefensos ante el fuego de ametralladora de la aviación fascista. Ésta es sólo una de las numerosas operaciones que terminaron del mismo modo gracias a la misma traición de la aviación”.

Poco después el Comité Central del PSUC se reunió en sesión plenaria en Barcelona. Algunos de los participantes más importantes eran los “camaradas”: general Pozas, jefe del frente de Aragón, Virgilio Llanos, comisario político del mismo frente, y teniente coronel Gordon, jefe del estado mayor.

A las tropas de Aragón se les había planteado que al ponerse bajo el control del gobierno central se acabarían sus problemas. En realidad, esto fue utilizado para quebrarlas más aún. El corresponsal de guerra del órgano anarquista parisino *Libertaire* dijo el 29 de julio:

“Desde que el gobierno central asumió el control, el boicot financiero se ha acentuado. La mayoría de los milicianos no reciben su paga desde hace meses. En Bujaraloz, asiento del estado mayor de la columna Durruti, tanto soldados como oficiales no ven un centavo desde hace tres meses. No pueden lavar su ropa por falta de jabón. En muchos lugares, después de varios meses de ausencia, me encontré con camaradas a quienes conocía bien: estaban pálidos, delgados y visiblemente debilitados. El estado físico de la tropa es tal que no aguantan ejercicios prolongados; no pueden marchar más que quince kilómetros diarios. En la región de Farlete las tropas viven de la caza, pues de lo contrario morirían de hambre”.

³³ Esta es la crónica del corresponsal de guerra de *Avanti*, órgano parisino de los Maximalistas-Socialistas Italianos en el exilio, de ninguna manera una fuente del POUM o trotskista.

La persecución sistemática de las principales fuerzas del frente de Aragón no sentaban las bases para obtener precisamente victorias militares, aunque en Belchite y Quinto la 25 división (CNT) se desempeñó muy bien. Pero los supuestos éxitos de la ofensiva de junio en el frente de Aragón no eran más que mentiras periodísticas.

“¿Resultados? – dijo el órgano anarquista ilegal *Libertad* (1 de agosto)~. Dos pueblos perdidos en la zona de los Pirineos y tres mil bajas. A esto lo llaman éxito. ¡Desastroso, calamitoso, vergonzoso éxito!” Después de la caída de Santander (26 de agosto) la represión de las tropas de la CNT aflojó en cierta medida. Pero entonces se vio la terrible lección en las consecuencias de haber creado fuerzas de represión contrarrevolucionarias: lo ocurrido con la división Carlos Marx controlada por los estalinistas. En medio de una ofensiva en el sector de Zuera “cincuenta oficiales y seiscientos soldados de dicha división se pasaron a los fascistas. La desertión provocó la destrucción de un batallón. A pesar de la valentía de las fuerzas de la CNT, la operación no podía terminar bien. El enemigo tuvo tiempo para rehacerse y fue imposible proseguir el ataque. Después de un juicio militar sumario, reunido inmediatamente, fueron fusilados treinta oficiales de la división Carlos Marx. Además, el comisario político de la división, el afiliado del PSUC Trueba, fue despedido”. (*Amigo del Pueblo*, órgano ilegal de Amigos de Durruti, 21 de septiembre.) No es necesario aclarar que se le prohibió a la prensa de la CNT publicar los hechos.

El frente del norte

Como gobierno comprometido con la colaboración de clases en mayor medida que el de Caballero, el gobierno de Negrín nada hizo por contrarrestar el sabotaje cada vez más descarado de la burguesía vasca. Este frente estuvo casi inactivo desde noviembre de 1936 hasta mayo de 1937, cuando los fascistas iniciaron su liquidación total. Tampoco se utilizaron esos seis meses para efectuar preparativos económico-militares. Hay que insistir en que Euskadi era superado únicamente por Cataluña como zona industrial, y la superaba como zona de industria pesada, con fábricas metalúrgicas y siderúrgicas en medio de minas de hierro y carbón. Nada se hizo para convertirla en una gran industria de guerra. Los estalinistas compartían la responsabilidad de este crimen al tener dos ministros en el gobierno autónomo. Después del golpe de marzo contra la CNT, con el encarcelamiento de su comité regional y la expropiación de su prensa, vino la represión sistemática de los obreros y la prohibición de realizar actos públicos. De esa manera, el bloque estalinista-burgués aplastó la única fuerza que podría haber impedido la traición.

Ya hemos dicho que en el gabinete de Caballero se abrigan temores constantes respecto de la lealtad de los vascos. Irujo amenazaba constantemente con abandonar la lucha, lo que refleja simplemente que la burguesía no poseía verdaderos intereses ligados a la lucha contra el fascismo y que no lucharía bajo condiciones que afectaran su propiedad. En consecuencia, cuando Franco empezó a desplazarse hacia el norte, Caballero proyectó una ofensiva en gran escala en el frente sur de Madrid para atraer a las fuerzas fascistas. Según sus amigos, había 75.000 efectivos armados y listos para entrar en acción, pero tres días antes de la ofensiva se vio obligado a renunciar. El primer acto de Negrín consistió en retirar esas tropas. Sea como fuere, es un hecho que no hubo ofensiva alguna para aliviar a Bilbao, ni en el frente de Madrid ni en el de Aragón, hasta mediados de junio: demasiado tarde.

Pero el factor decisivo en la pérdida de Bilbao fue la traición descarada. “Ni siquiera la artillería pesada de los insurgentes – escribió un corresponsal del *New York Times* – podría haber destruido estas fortificaciones subterráneas con sus casamatas que llegaban hasta la costa de Vizcaya. Los propios insurgentes dicen que jamás hubieran podido tomar el ‘cinturón de hierro’ de las fortificaciones sin haber superado a los vascos en las maniobras”.

“Superado en la maniobra” es un eufemismo fascista que significa traición. La delegación vasca en París reconoce este hecho al echarle la culpa al ingeniero encargado de construir las fortificaciones, quien se pasó al bando fascista con los planos. Analizando la historia de la delegación vemos que el ingeniero en cuestión había huido varios meses antes. ¿Por qué no se utilizó este periodo para rediseñar las fortificaciones? Pero el pretexto fue un mero subterfugio. Cualquiera aficionado a la ciencia militar sabe que la mera posesión de los planos no les resolvía a los fascistas el problema de atravesar las fortificaciones. *Se les permitió atravesar el cinturón de hierro.*

Aceptemos por un momento el pretexto de los vascos. ¿Por qué, entonces, no se pudo defender Bilbao en un sitio como el que Madrid – mucho peor situada – había soportado? Es un axioma elemental de la ciencia militar el que ninguna ciudad grande puede tomarse hasta tanto sus grandes edificios – verdaderas fortalezas – han sido destruidos hasta el punto en que ya no pueden ofrecer protección a las tropas sitiadas. El proceso de destruir edificios mediante cañonazos y bombardeos requería suministros enormes que los fascistas no poseían: un año de cañonazos y bombardeos no había destruido sino la octava parte de Madrid.

¡Pero la burguesía ni siquiera esperó a que comenzara el bombardeo de Bilbao! El 19 de junio entregaron la ciudad, tal como habían entregado San Sebastián en septiembre del año anterior. ¡La política consecuentemente aplicada por los vascos de entregar ciudades intactas no tiene paralelo en la guerra moderna, ni qué hablar de una guerra civil!

El corresponsal del *New York Times*, partidario de la causa leal, escribió el 21 de junio de 1937:

“Detalles dados a conocer hoy acerca de las últimas horas de dominio vasco de Bilbao indican que alrededor de 1.200 milicianos, que antes de la guerra civil habían revistado en el ejército regular, decidieron en las primeras horas de la mañana, después del bombardeo de los puentes, que el caos ya había avanzado lo suficiente y asumieron el control de la ciudad en calidad de policía. Echaron a los milicianos de Asturias y Santander de la ciudad.

Con la ayuda de la policía y Guardia Civil este batallón aceptó la rendición de otros milicianos de la ciudad, los despojó de sus armas y luego izó la bandera blanca en un poste telefónico. Durante la noche recorrieron las casas asegurando a la gente que no había motivos de pánico, ubicaron guardias en los edificios públicos y durante la noche acordonaron la calle principal, lo que impidió a las multitudes excitadas acercarse a las tropas nacionales cuando entraron a la ciudad”.

Leizaola, ministro de Justicia del gobierno vasco, permaneció en la ciudad para supervisar la traición. Con la única excepción de diecisiete personas (de quienes oiremos hablar más adelante), todos los rehenes fascistas fueron puestos en libertad y enviados a las líneas fascistas como gesto de buena voluntad, antes de que las tropas llegaran a la ciudad, en pocas palabras: el ejército regular vasco, al mando de oficiales burgueses, se unió a la “policía republicana” para atacar a las milicias y a los asturianos por la espalda, desarmaron a todos los que pudieron y dismantelaron las barricadas callejeras que los obreros habían levantado para la lucha en las calles. Poco después de la ocupación, la misma policía vistió las boinas carlistas y se convirtió en la policía regular de Franco.

La censura hizo trizas de todos los intentos de la prensa de la CNT y UGT de hacer sonar la alarma después de la caída de Bilbao. Al estado mayor vasco se le permitió permanecer al frente de las tropas en retirada. Cuando, pocas semanas más tarde, los fascistas lanzaron una segunda ofensiva, la ciudad industrial de Reinosa, clave para la defensa de Santander, cayó sin que los vascos trataran de defenderla.

Dos días antes de la caída de Santander, el estado mayor vasco y los integrantes del gobierno que quedaban huyeron a Francia en un buque de guerra británico. El *New York Times* revela los términos en que se efectuó la operación (25 de agosto):

“En el momento de la caída de Bilbao los vascos liberaron a todos sus rehenes excepto diecisiete. Ahora se considera que éstos corren grave peligro puesto que los vascos reconocen que no es posible protegerlos de los elementos extremistas en Santander.

Cuando la embajada británica aceptó evacuar a los rehenes, acordó también evacuar a los vascos que los custodiaban, junto con todos los miembros del gobierno vasco que quedaran...

Se espera que la operación pueda realizarse antes de que los elementos más violentos en Santander se percaten de lo que está ocurriendo”.

Al día siguiente el buque de guerra británico *Keith*, llevando a bordo a los representantes vascos y fascistas, llegó a Santander y “rescató” a los oficiales vascos y a los 17 fascistas.

El presidente Aguirre no se hallaba en Santander. Asistía a banquetes en toda Esparza, sin decir nada, y luego se unió a sus colegas en Bayona, Francia, desde donde emitieron el siguiente comunicado:

“La delegación del gobierno vasco, refugiado en Bayona, asume la responsabilidad de firmar lo siguiente:

La ofensiva de Franco contra Reinosa tuvo consecuencias terribles. En un terreno de grandes montañas y profundos barrancos las tropas de Franco avanzaron a una velocidad increíble. Los técnicos militares quedaron asombrados ante la rapidez de ese avance, no sólo de la infantería sino también de la artillería pesada y de montaña, al igual que los suministros pertenecientes a los distintos regimientos y las armas.

Se trata de una hazaña sumamente difícil y demuestra que no se utilizaron los accidentes del terreno para detener al ejército de Franco. Ante el avance, las tropas de Santander no presentaron resistencia al enemigo. No sólo no entraron en contacto con el enemigo, sino que ni siquiera emprendieron la retirada de manera tal que pudiera organizarse la defensa.

La organización del ejército de Santander quedó deshecha desde el momento en que se inició la ofensiva. No funcionaron las comunicaciones, los servicios sanitarios ni los medios para evitar ataques por sorpresa. No se pudo establecer una sola línea de resistencia, porque los batallones que no se rindieron al primer encuentro se encontraban en fuga por el campo en el más completo desorden.

Ni el estado mayor de Santander ni el del Ejército del Norte controló la ofensiva en momento alguno. Una vez que pasaron Reinosa, no pudieron encontrar las posiciones ni situación de sus tropas ni unidad alguna en la que pudieran confiar.

Reinosa fue entregada al enemigo sin dar tiempo para evacuar la población. La fábrica de artillería cayó en manos rebeldes, con sus talleres de construcción naval casi intactos y todo el material en construcción, incluidas treinta y ocho baterías de artillería.

La única resistencia que el enemigo encontró en su avance fue la que ofrecieron los batallones vascos que acudieron al frente, la conducta incomprensible [de los demás] hizo comprender a los cuerpos del ejército vasco que se les había hecho víctimas de traición y que el avance de las tropas de Franco estaba siendo facilitado de manera tal que todo el ejército vasco cayera en sus manos.

Tras resistir durante noventa días el brutal asedio [de Bilbao] incomparablemente más terrible que el de Reinosa, sin contar con los medios de que disponía el ejército de Santander, los vascos no pueden encontrar explicación razonable alguna al hecho de que en ocho días se perdieron ochenta kilómetros de terreno. Es necesario agregar a estos datos que la invasión de Euskadi fue una sorpresa total, mientras que la de Reinosa era un hecho anunciado y previsto. Confirmada la verdadera situación, el alto mando del ejército vasco se ocupó de salvar sus tropas e impedir la caída de sus efectivos en manos enemigas. Consagró a esta misión todos sus esfuerzos, con la

ayuda del gobierno vasco que, en este momento grave y difícil, dio continuas muestras de capacidad y serenidad”.³⁴

El resumen de este texto increíble es: alguien traicionó, pero no fuimos nosotros. Y, por supuesto, nada que decir de las calumnias a los milicianos de Asturias y Santander, quince mil de los cuales fueron ejecutados con ametralladoras después de ser rodeados en Santander.

Un comunicado de prensa de París, con fecha 26 de agosto, daba los nombres de algunos de los traidores, informando que el comandante de los guardias de asalto Pedro Vega, el comandante de las tropas vascas Angel Botella y el capitán Luis Téllez se presentaron ante las tropas fascistas y ofrecieron la rendición de Santander, pero advirtieron que un batallón de milicias de la FAI había resuelto pelear hasta el fin.

¿Quién, conociendo a los milicianos de la CNT y los asturianos, podría imaginarse que no se mantendrían en sus puestos, luchando hasta morir? Hay miles de instancias de heroísmo desesperado que pueden contarse. Sobre todo, ¿para qué habrían de rendirse o no luchar los milicianos asturianos, si en octubre de 1934 aprendieron que los reaccionarios jamás cumplen los acuerdos de no tomar represalias? Por su parte los vascos no pueden nombrar una sola batalla donde hayan resistido hasta el final. El pretexto del documento de Aguirre era demasiado endeble. No había ninguna diferencia notable entre lo que hicieron en Bilbao y lo que hicieron en Santander. Por el contrario, siguieron el mismo esquema.

Repetimos: la burguesía no estaba seriamente interesada en combatir al fascismo. Preferían mil veces entregar su propiedad intacta a Franco con la perspectiva de una eventual reconciliación, a la destrucción de su propiedad en una lucha a muerte. Si no se pasaron al bando franquista desde el comienzo mismo, se debe a sus vinculaciones con los británicos. Pero en la ofensiva contra Bilbao el problema encontró “solución”: los ingleses habían llegado a un acuerdo con Franco respecto de las provincias vascas. Como dice Frederick Birchall, profundo conocedor del problema, en el *New York Times*, los bancos ingleses otorgaron a Franco créditos enormes, por intermedio de sus subsidiarias holandesas, a reintegrarse con productos de la región de Bilbao. Ahí se abrió el “cinturón de hierro”. Pero, aun sin mediar el acuerdo final con los británicos, los fascistas hubieran recibido Bilbao y Santander intactos, así como recibieron San Sebastián el septiembre anterior.

Coincidimos con Aguirre en que hubo otros traidores. Una vez más, antes de la entrada de las tropas fascistas en Santander, guardias de asalto y civiles “leales” patrullaban las calles, desarmaban a los milicianos e impedían las luchas callejeras. La policía dependía del ministro del Interior (partidario de Prieto) y directamente de un director general, estalinista, que había disuelto los consejos de guardias antifascistas para limpiar a la policía de elementos dudosos.

¿Qué pasaba con el Consejo Supremo de Guerra, cuyo “funcionamiento real” era una de las exigencias que solamente Negrín, no Caballero, podía satisfacer?

¿Qué hubo de los dos ministros estalinistas en el gobierno vasco que huyeron de Bilbao – ¡tengamos la plena seguridad de que conocían a sus colegas mejor que nosotros! – inclusive antes de que lo hiciera Aguirre? ¿Qué testimonio podrían dar? El hecho es que, de la prensa estalinista, ¡ni siquiera se puede inferir que hayan existido!³⁵

Los vascos se sacaron las responsabilidades de encima mediante acusaciones vagas. Atestiguan que hubo traición. ¡Es un hecho que el gobierno no hizo investigación alguna ni emitió declaraciones al respecto! El censor recortó hasta no dejar más que tiras los

³⁴ De *Boletín*, Valencia, CNT, septiembre 11.

³⁵ Salvo que, seis meses después de la caída de Bilbao, se expulsó a un ministro del PC: maniobra grosera, destinada a crear un chivo expiatorio para los crímenes de Stalin.

comentarios de la UGT y la CNT acerca de la pérdida de Santander, porque trataban de sacar algunas conclusiones. Sin embargo, una ola de amargura estremeció a las masas. ¿Para esto lucharon? Se imponían, al menos, algunas concesiones verbales. Hasta *El Socialista*, el órgano de Prieto, el 31 de agosto declaró: “Sin revelar secreto alguno podemos decir que hubo traición en Málaga; la hubo en Bilbao; estuvo presente en Santander. [...] El estado mayor abandonó Málaga sin luchar; algunos dirigentes militares estaban en Francia cuando Bilbao estaba en peligro; otros se pusieron de acuerdo con el enemigo para facilitar su entrada a Santander”.

Los estalinistas trataron de hacer recaer toda la culpa sobre la burguesía vasca, en una declaración de su buró político publicada a mediados de septiembre. Sus párrafos principales corroboran nuestro análisis:

“No se utilizó la larga inactividad de estos frentes [Bilbao y Santander] para organizar al ejército o fortalecer nuestras posiciones. Los cuadros minados por la traición no fueron purgados; no se estimuló la promoción de nuevos elementos a posiciones de mando.

En las provincias vascas, en Santander, no se realizó la política que podría haber satisfecho los deseos de obreros y campesinos. Los grandes terratenientes y los dueños de grandes empresas que mantenían contacto con los fascistas retuvieron sus privilegios, y esto enfrió el entusiasmo de los combatientes.

Un liberalismo podrido aseguró la impunidad de la quinta columna [...] la prohibición de hacer actos públicos aisló al gobierno y aun al Frente Popular de los estratos activos del pueblo, e impidió la utilización del coraje y entusiasmo de los ciudadanos en la defensa de las ciudades.

El comportamiento inadecuado y la deshonestidad de los métodos empleados por ciertos elementos (además de otras causas que no pueden examinarse ahora) ayudaron a socavar el entusiasmo de la población, a debilitar la fuerza de los soldados [...] (reproducido en *Daily Worker*, 25 de octubre de 1937).

Nótese que la declaración no hace – no podía hacer – referencia a la agitación previa del Partido Comunista a favor de cercenar los privilegios de la gran burguesía, por la excelente razón de que, precisamente en nombre de la unidad antifascista, el partido dirigió la lucha *contra* los que querían interferir con la gran burguesía. Recordemos la declaración del dirigente Díaz en la sesión plenaria previa de su Comité Central:

“Si al principio los intentos prematuros de “socialización” y “colectivización”, resultado de una concepción oscura del carácter de esta lucha, podrían haberse justificado en razón de que los grandes terratenientes y empresarios habían abandonado sus tierras y fábricas y había que continuar con la producción a toda costa, ahora no se justifican en modo alguno. En la actualidad, habiendo un gobierno del Frente Popular en el que están representadas todas las fuerzas que luchan contra el fascismo, tales cosas no sólo no son deseables, sino que no se las puede permitir”. (*Internacional Comunista*, mayo de 1937).

En vista de esto, ¡cuánta hipocresía demuestra el hablar de que “los grandes terratenientes y dueños de grandes empresas que tenían vínculos con los fascistas retuvieron sus privilegios”!

Más importante aun: la declaración estalinista no terminaba, con la crítica de la burguesía, sino con las consabidas denuncias de trotskistas y atribuyendo los reveses en el norte a “la falta de unidad y firmeza del frente antifascista”. ¡Así, se ponía una crítica seudo marxista al servicio de un programa de intensificación de la colaboración de clases!

En la primera sesión de octubre de las Cortes apareció la delegación vasca: la mayoría de ellos venía de París y allí volvieron después. La Pasionaria habló en nombre de los estalinistas y no dijo ni una palabra acerca de la traición de la burguesía vasca. En cambio planteó: “Sabemos que los salarios no les alcanzan a los obreros para sostener sus hogares [...] En este sentido, tenemos el ejemplo de lo que puede ocurrir cuando los obreros no están satisfechos;

tenemos el ejemplo de Euskadi, donde los obreros siguieron recibiendo los mismos salarios porque siguieron trabajando en los mismos establecimientos capitalistas”. ¿Cómo caracterizar palabras tan infames? La única conclusión que se extrae de ellas es que los obreros insatisfechos perdieron la lucha militar. ¡La única culpa de la burguesía es no haber pagado mejores salarios! Si la referencia seudo izquierdista a “los mismos establecimientos capitalistas” era algo más que demagogia, ¿por qué la Pasionaria no exigió la entrega de los establecimientos capitalistas del resto de la España leal a los obreros? Por el contrario, como hemos visto, el gabinete sistemáticamente quitaba fábricas y tierras a los obreros para entregarlas a los viejos propietarios.

La caída de Asturias

Los milicianos asturianos y de Santander – en su mayoría de la CNT o socialistas – disputaban palmo a palmo el terreno. Este terreno era más favorable aún para la defensa que la montañosa región de Santander. Los dinamiteros asturianos mantenían su garra inquebrantable en los suburbios de Oviedo, inmovilizando a la guarnición local desde julio de 1936. Los obreros controlaban una pequeña fábrica de armas y municiones en Trubia y materias primas de la región minera lo cual, unido a los suministros traídos desde Santander, constituían la base material para mantener el norte indefinidamente. Había en total unos 140.000 efectivos en la zona leal del norte. Mientras esta región resistiera, Franco no podía lanzar una gran ofensiva en otro lado. Lo que demuestra el gran contraste entre la defensa de Asturias y la rendición de Bilbao y Santander es el hecho de que los fascistas no podían tomar una sola aldea sin que su artillería la borrara previamente del mapa. Y cuando el cerco los obligaba a retroceder, los milicianos no dejaban nada que pudiera ser de utilidad. “Los asturianos en retirada parecen decididos a no dejar sino ruinas humeantes y desolación cada vez que deben abandonar una ciudad o aldea [...] Los insurgentes encuentran todo dinamitado y quemado”. (*New York Times*, 19 de octubre de 1937.) Cada palmo de terreno costaba a los fascistas gastos enormes de materiales y hombres... hasta la caída de Cangas de Onís.

Entonces ocurrió algo. No en la región de Oviedo donde la milicia se mantenía firme. No entre las fuerzas que, después de abandonar Cangas de Onís, levantaron nuevas líneas de defensa. Ocurrió en la zona costera al este de Gijón, donde estaban las tropas vascas bajo el mando directo del estado mayor con sede en Gijón. Los fascistas de Navarra avanzaban por la costa desde Ribadesella, atravesando cuarenta y dos kilómetros de pueblos y aldeas en tres días... Aun así, cuando la ciudad de Gijón se rindió el 21 de octubre, el grueso de las fuerzas insurgentes se hallaba a veintitrés kilómetros al este de la ciudad.

¿Por qué no se defendió Gijón? Quedaban suficientes provisiones militares como para seguir la lucha durante un tiempo. Debemos reiterar: una ciudad con edificios es una fortaleza natural a la que hay que destruir antes de poder tomarla. La única alternativa – retirada hacia otra parte – no existía, porque no había otro lugar donde pudieran ir los 140.000 soldados o los civiles. No cabían ilusiones respecto de que Franco no ejecutaría a miles y miles, sobre todo milicianos asturianos. Sin embargo, el gobierno dejó a esos hombres a merced de Franco. Ya el 16 *Associated Press* informaba de la llegada del gobernador de Asturias y otros funcionarios del gobierno a Francia, portando, según los funcionarios de la aduana que los revisaron, documentos firmados por el gobierno central autorizando la huida. (¡El despacho del día siguiente anunció que la tripulación española del barco que los trajo se había negado a alimentarlos!) El día 20, *United Press* informó de la llegada al aeródromo de Biarritz de “cinco aviones de guerra leales y un avión comercial francés, trayendo a oficiales fugitivos desde Gijón”. “Los aviadores declararon haber abandonado Gijón bajo órdenes del jefe de su escuadrón cuando se iniciaron luchas entre los defensores en las calles y se cortaron las comunicaciones con otras unidades militares [...] Luego de ser interrogados, los aviadores

fueron puestos a disposición de las autoridades consulares españolas en Bayona”. De la misma fuente, el mismo día: “El gobierno español redobló su presión sobre los franceses y británicos para acelerar la evacuación de civiles de Gijón y *asegurar el traslado de oficiales* del ejército leal de 140.000 efectivos, obligados a retirarse hasta el mar”. Belarmino Tomás, gobernador de Gijón, huyó a Francia el 20. De esa manera el gobierno salvó a sus funcionarios y abandonó a las masas armadas a su suerte.

Esas masas no tuvieron oportunidad de morir peleando, sino que cayeron ante pelotones de fusilamiento. Como concesión a los obreros se había nombrado a Tomás, un socialista, gobernador de Gijón. Pero era una mera fachada de izquierda. En dos meses nada

se había hecho por purgar al ejército vasco de sus oficiales, tampoco al estado mayor de Santander, ni se crearon patrullas obreras para limpiar la ciudad de quintacolumnistas. Tampoco se purgó a los guardias civiles y de asalto. Como resultado de esto, las masas se encontraron atrapadas en una trampa mortal.

“La columna costera de los fascistas, una de las cuatro que encabezaban el avance, era la que más cerca estaba de Gijón – catorce millas de camino – cuando la ciudad se alzó. La radio de Gijón inició su transmisión a las diez con el anuncio repentino: ‘Esperamos con gran impaciencia... ¡Viva Franco!’

Poco antes de las 15,30, las tropas de boinas rojas entraron a la ciudad. Mientras tanto, como explicó la radio de Gijón la noche anterior, *cuando los dirigentes gubernamentales se fueron*, organizaciones secretas de insurgentes salieron a las calles en grupos armados y tomaron la ciudad”. (*New York Times*, 22 de octubre de 1937.)

Tres días más tarde se desveló el papel de la “policía leal republicana”. “La misma policía que siempre ha mantenido el orden público y controlado el tránsito cumplía hoy sus funciones”. Una vez más las fuerzas pretorianas del gobierno y sus aliados burgueses se pasaban a Franco. Fue muy adecuado desde el punto de vista logístico, que la oferta formal de rendición a Franco viniera de un tal coronel Franco, “un republicano leal”. Nada se había destruido: la pequeña fábrica de municiones, las industrias, etcétera, cayeron intactas en manos de Franco. Ese hecho echa luz sobre la relación entre los oficiales y funcionarios de gobierno que huyeron. Asistieron directamente a la traición o, más probablemente, no osaron informar a los soldados que no defenderían la ciudad y la abandonaron en secreto, sin advertir a las masas armadas que debían organizar su propia defensa...

“El gobierno de la victoria”: así lo había bautizado la Pasionaria. Seis meses bastaron para demostrar lo grotesco y absurdo de tal bautismo. La única “justificación” para reprimir a obreros y campesinos hubieran sido sus

triumfos militares. Pero fueron precisamente sus tácticas reaccionarias las que provocaron los desastres militares. No importaba lo que pasara después: que España permaneciera bajo este yugo terrible y descendiera al fondo del pozo, o se liberara de esos organizadores de derrotas, la historia ya le había impuesto al gobierno de Negrín-Stalin su verdadero nombre: “el gobierno de la derrota”.

XVII. Sólo dos caminos

Dieciséis meses de guerra civil demostraron de forma tajante que todos los caminos conducían al pueblo español a dos opciones. Una es la que señalamos nosotros: guerra revolucionaria contra el fascismo. Todas las demás conducen a la senda tratada por el imperialismo anglo-francés.

El imperialismo anglo-francés ha demostrado que no tiene la menor intención de ayudar a los leales a alcanzar la victoria. Hasta el periódico “estalinizado” *New Republic* (27 de octubre de

1937) se vio obligado al fin a reconocer: “Ya resulta claro que la preocupación en torno a la victoria fascista en España se ha convertido – si no lo fue desde el principio – para Francia e Inglaterra en un asunto de importancia secundaria”.

La cuestión española no es sino un factor en el conflicto de intereses entre las potencias imperialistas, y quedará definitivamente “resuelto” – de cumplirse la voluntad de los imperialistas de ambos bandos – cuando resuelvan todos sus problemas, es decir en la guerra imperialista.

El imperialismo anglo-francés, el que más tiene que perder, se mantiene al margen de la guerra, aunque eventualmente deberá salir en defensa de sus intereses. Hasta tanto llegue ese día, evita los enfrentamientos decisivos, en España como en cualquier otra parte. Permitió que la Unión Soviética enviara un mínimo de ayuda a los leales porque no deseaba la victoria de Franco mientras sus aliados ítalo-germanos dominaran el régimen. Los intereses británicos se ocuparon en el interior de negociar con Burgos la explotación conjunta de la región inglesa de Bilbao. En la primera semana de noviembre, Chamberlain anunció la reanudación de relaciones formales con Franco (designando a los funcionarios diplomáticos y consulares como “agentes”, como una pequeña concesión a los sentimientos antifascistas), a la vez que Eden aseguraba al parlamento que la victoria de Franco no significaría el surgimiento de un régimen hostil a Gran Bretaña. Así, los amos del bloque anglo-francés se preparaban para una victoria franquista.

Cualesquiera fuesen sus temores ante una victoria franquista, el bloque anglo-francés jamás deseó un triunfo leal. Una temprana victoria hubiese precedido a una revolución social. Aun hoy, después de seis meses de represión por parte del gobierno de Negrín, los gobernantes anglofranceses se preguntan si una victoria leal no hubiese traído la revolución social. Tienen razón. Porque los millones de obreros de la CNT y UGT, puestos de pie por la guerra civil, con el fin victorioso de ésta habían destrozado las barreras burguesas del Frente Popular. Además, la inminencia de una victoria leal hubiera sido un golpe tal para el prestigio ítalo-germano, que habría provocado una invasión de España como escalada de la guerra imperialista y un intento de adueñarse del Mediterráneo. El peligro que hubiera acechado la “línea vital” del imperio del bloque anglo-francés habría puesto la guerra a la orden del día. De esa manera, el deseo anglo-francés de posponer la guerra los llevó directamente a oponerse a una victoria leal.

La única razón por la cual el bloque anglo-francés no se puso abiertamente al lado de Franco fue que no osó perder su principal ventaja en la guerra que se avecinaba: el mito de la guerra democrática contra el fascismo, mediante el cual está movilizando al proletariado en apoyo a la guerra imperialista.

La gran preocupación del imperialismo anglo-francés fue, desde el comienzo, la siguiente: ¿cómo postergar la guerra, mantener el mito democrático y, al mismo tiempo, empezar a sacar a Hitler y Mussolini de España? La respuesta era igualmente obvia: un acuerdo entre los campos leal y fascista. Ya el 17 de diciembre de 1936, Augur declaró semioficialmente que había agentes ingleses tratando de lograr un armisticio local en el norte, mientras agentes franceses realizaban la misma tarea en Cataluña. Hasta el socialpatriota Zyromski declaró en *Le populaire* (3 de marzo de 1937) que “se advierten maniobras tendentes a obtener una paz que significaría no sólo el fin de la revolución española, sino también la pérdida total de las conquistas sociales ya obtenidas”. El partidario de Caballero, Luis Araquistain, embajador en Francia, desde septiembre de 1936 hasta mayo de 1937, declaró después: “Pusimos demasiadas ilusiones y esperanzas en el comité de Londres, es decir, en la ayuda de las democracias europeas. Llegó el momento de comprender que no podemos esperar nada

favorable de ellos y sí mucho en contra, especialmente de parte de uno de ellos”. (*Adelante*, 18 de julio de 1937.)

El gobierno de Negrín se puso totalmente en manos del bloque anglo-francés; y los discursos de Negrín, sobre todo el pronunciado ante las Cortes el 1 de octubre, al subrayar la necesidad de preparar la paz, y el que pronunció después de la caída de Gijón, revelaron que su gobierno estaba dispuesto a aceptar las propuestas anglofrancesas de llegar a un acuerdo.

Negrín no miraba hacia los frentes de batalla sino a Londres y París. El periodista partidario de la causa leal Matthews, después de la caída de Gijón, resumió sucintamente la orientación del gobierno: “En definitiva, la gran preocupación aquí se centra más en la discusión en Londres que en lo acontecido en el norte”. Prosigue Matthews:

“Hay un pasaje en el discurso del premier Negrín de anoche que expresa tan bien la opinión del gobierno que merece reproducirse: ‘Una vez más nuestros enemigos extranjeros tratan de aprovechar *el ingenuo candor de las democracias europeas* mediante finas sutilezas [...] Me dirijo ahora a los países libres del mundo, porque nuestra causa es su causa. *España aceptará cualquier medio de disminuir la angustia de ese país*, pero que las democracias no se dejen seducir por el maquiavelismo de sus peores enemigos y no sean una vez más víctimas de una decisión indigna’”. (*New York Times*, 24 de octubre de 1937.)

Ese pasaje expresa la posición del gobierno muy bien, por cierto. Si las consecuencias de esta política no fueran tan trágicas para las masas, uno lloraría de risa ante el cuadro trazado de el “ingenuo candor” de la pérfida Albión y la Quai d'Orsay. Temiendo ser abandonado totalmente, Negrín rogaba a sus mentores imperialistas que recordaran que “aceptará cualquier medio para disminuir la angustia de este país”. ¿Acaso no lo había demostrado al reprimir a los obreros?³⁶

El hecho de que el gobierno leal ya estaba dispuesto a aceptar un acuerdo con los fascistas está demostrado por fuentes autorizadas revolucionarias y burguesas y, además, por una fuente estalinista:

“Un representante del gobierno español que asistió a la coronación del rey Jorge VI expuso ante el ministro de relaciones exteriores Edén el plan de Valencia para poner fin a la guerra civil. Se declararía una tregua. Todas las tropas y voluntarios extranjeros al servicio de ambos bandos se retirarían inmediatamente de España. En toda la duración de la tregua no se modificarían las posiciones de batalla. Eliminados todos los extranjeros, Gran Bretaña, Francia, Alemania, Italia y la Unión Soviética elaborarían un plan, *que el gobierno español se comprometió a aceptar por adelantado*, en virtud del cual se podría constatar definitivamente la voluntad de la nación española respecto de su futuro político y social”. (Louis Fischer, *Nation*, 4 de septiembre de 1937).

Eso significaría, en el mejor de los casos, un plebiscito bajo la supervisión de las potencias europeas. Estando Franco en posesión de territorios donde habita más de la mitad del pueblo español, y con los bloques ítalo-germano y anglo-francés compitiendo por obtener la amistad de Franco, es fácil imaginar el resultado de tal plebiscito: unidad de los elementos burgueses de los dos bandos españoles en un régimen bonapartista, adornado con derechos democráticos formales pero dominando a las masas principalmente mediante el poderío armado de los ejércitos de Franco.

Tal era la meta del camino trazado por el imperialismo anglo-francés y ya aceptado por el gobierno de Negrín. Quedaban dificultades objetivas: Franco esperaba obtener un triunfo total y contaba para ello con el estímulo de Italia y Alemania. Pero había una cosa clara. Si no sobrevenía una victoria total de Franco, a la cual Inglaterra y Francia ya estaban resignados,

³⁶ “Chautemps refleja el odio burgués y fascista hacia Valencia. Por eso llama a Valencia constantemente a moderar su accionar y enfatiza el carácter democrático del régimen”. ¡Este testimonio es de Louis Fischer! (*Nation*, 16 de octubre de 1937).

lo mejor que podía provenir de la “ayuda” anglo-francesa era un régimen conjunto con los fascistas.

Para Stalin podría ser un trago amargo. Por más que se lo disimulara, un acuerdo con los fascistas sería un golpe terrible para el prestigio estalinista a nivel mundial. Pero, antes que romper con el principal objetivo de la política soviética, – lograr una alianza con el imperialismo anglo-francés – Stalin estaba dispuesto a someterse a una solución elaborada por ellos. Él encontraría “una fórmula”. De aceptarse los mismos argumentos utilizados para justificar la participación soviética en el comité de no intervención, los mismos justificarían el último acto de traición contra el pueblo español.

Recordemos esos argumentos miserables. “La Unión Soviética estaba decididamente en contra del acuerdo de no intervención. Con el suficiente apoyo de los partidos socialistas, los movimientos obrero y antifascista mundiales, además de los partidos comunistas, la Unión Soviética hubiera podido parar la maniobra no intervencionista en seco.³⁷ ¿Necesita alguien que le recordemos que Stalin jamás trató de movilizar al movimiento obrero mundial antes de unirse a la maniobra no intervencionista? Si el régimen estalinista no contaba con fuerzas suficientes como para detener a los bandidos, ¿era ello motivo para unirse a los mismos? Los estalinistas comprendían muy bien el rol de Inglaterra “El gabinete de Baldwin elaboró su política internacional de modo de obtener la buena voluntad de los posibles dictadores fascistas de España [y] [...] impedir una victoria del Frente Popular [...] Existen pruebas suficientes [...] para demostrar definitivamente que Inglaterra ha logrado un acuerdo propio con el general Franco”.³⁸ Pero, ¿qué importa el destino de España, el futuro de la revolución europea? Nada de ello tiene peso en la balanza de Stalin contra la endeble amistad de la Francia imperialista: “La Unión Soviética no podía entrar en conflicto abierto con Blum en torno al pacto de no intervención porque ello sería hacerle el juego a Hitler y la fracción pro nazi del gabinete conservador inglés que estaba tratando de lograr justamente eso”.³⁹ ¿Y entonces? Hay que hacer de cuenta que el comité de no intervención posee alguna utilidad: “¡Antes que permitir la complicidad de los nazis y el gabinete conservador para enfrentar a España, la Unión Soviética trató de hacer todo lo que pudo dentro del comité de no intervención para detener el envío de armas fascistas a España!”⁴⁰ Del mismo modo, indudablemente, Stalin hará todo lo que pueda dentro del comité de acuerdo para lograr un arreglo ecuánime que otorgue a los leales tanta participación en el régimen conjunto como a los fascistas.

Justamente en estos últimos meses, cuando la maniobra anglofrancesa se consolidaba, Stalin encontró un nuevo argumento para complementar los del pacto franco-soviético y la “seguridad colectiva”, mediante el cual llevar a los leales a depender todavía más del bloque anglo-francés. Louis Fischer lo explica con todo desparpajo:

“La guerra española ha llegado a dimensiones tales y dura tanto que Rusia por sí sola, sobre todo si quiere ayudar a China, no puede soportar el peso. Otra nación o naciones deben hacer su aporte [...] Si Inglaterra salvara a España de Franco, Rusia quizás estaría dispuesta y en condiciones de salvar a China de Japón. (*Nation*, 16 de octubre de 1937).

¡De esa manera, China se convierte en pretexto para no ayudar a España, a la vez que España sigue siendo el pretexto para no ayudar a China! “Si Inglaterra salvara a España de Franco...”

³⁷ Harry Gannes. *How the Soviet Union Helps Spain* (Cómo ayuda la Unión Soviética a España), noviembre de 1937. Esta era la excusa oficial soviética para apoyar al comité londinense.

³⁸ *Op. cit*

³⁹ *Op. cit*

⁴⁰ *Op. cit*

La Internacional Comunista, además de la Socialista, también empujaba al pueblo español hacia el camino del imperialismo anglo-francés. Lo único que han hecho ambas internacionales, además de algunos gestos piadosos como organizar la recolección de fondos, es decirles a los obreros que convezan a “sus” gobiernos democráticos de que acudan en ayuda de España. Llamaban al “proletariado internacional” a “obligar al cumplimiento de sus demandas principales respecto del pueblo español, que son retirada inmediata de las fuerzas armadas intervencionistas de Italia y Alemania; levantamiento del bloqueo; reconocimiento de los derechos internacionales del legítimo gobierno español; y aplicación de los estatutos de la Liga de las Naciones contra la agresión fascista”. (*Daily Worker*, 19 de julio de 1937). Todas estas “demandas” se refieren exclusivamente a la *acción gubernamental*. Puesto que los socialistas franceses y los laboristas británicos sabían que sus gobiernos actuarían únicamente en caso de guerra, y puesto que sus amos imperialistas indicaron claramente que todavía no estaban dispuestos a ir a la guerra, se oponían a presiones demasiado fuertes de parte de la Comintern. Ante las acusaciones de querer provocar la guerra, Dimitrov sólo atinaba a responder que se trataba de una “¡especulación indigna con los sentimientos antibélicos de las masas en general!” Pero los socialistas y laboristas coincidían con los estalinistas en poner el destino del pueblo español en manos de “sus” gobiernos. Porque ambos ya se habían comprometido a apoyar a sus capitalistas en la guerra que se avecinaba.

* * *

¿De dónde podía venir la dirección capaz de organizar a las masas españolas para la lucha implacable contra la traición a la tierra de España?

Esa dirección no podía provenir del grupo dominante de la CNT, uno de cuyos crímenes – no el menor, por cierto – fue el no advertir a los obreros respecto de las ilusiones puestas en la ayuda anglo-francesa. El propio manifiesto del 17 de julio de 1937, dirigido al proletariado mundial, declarando que “hay una sola salvación: vuestra ayuda” lanzaba una consigna perfectamente aceptable para el bloque estalinista-burgués: “Presionad a vuestros gobiernos para que adopten decisiones favorables a nuestra lucha”. La prensa de la CNT aclamó el discurso que dio Roosevelt en la ciudad de Chicago. Según *Solidaridad Obrera* (7 de octubre) demostraba que la “unidad democrática de Europa se podrá lograr únicamente a través de la acción enérgica contra el fascismo”.

Los dirigentes de la CNT se aferraron a su vieja política pidiendo únicamente que el término Frente Popular fuera reemplazado por el de “frente antifascista” para salvar la cara en su retorno al gobierno. Muchos periódicos anarquistas locales, estrechamente ligados a las masas, reflejaron la furia de éstas ante la conducta de la dirección. Por ejemplo:

“Leer gran parte de la prensa de la CNT y anarquista de España indigna o da ganas de llorar de rabia. La traición de nuestros aliados en la lucha antifascista provocó la masacre de cientos de nuestros camaradas en las calles de Barcelona durante las luchas de mayo; en Castilla solamente, los comunistas asesinaron cobardemente a casi cien camaradas; el mismo partido hizo lo propio en otras regiones; se lleva a cabo una campaña pública y llena de mentiras y difamaciones contra el anarquismo y la CNT para envenenar y volcar el espíritu de las masas en contra de nuestro movimiento. Y ante estos crímenes nuestra prensa sigue hablando de unidad, de decencia política; pide lealtad para todos, calma, serenidad, sinceridad, espíritu de sacrificio y todos aquellos sentimientos en los que sólo nosotros creemos y sentimos, y que sirven a los demás sectores políticos para encubrir sus ambiciones y traición [...] No decir la verdad de ahora en adelante sería traicionarnos a nosotros mismos y al proletariado”. (*Ideas*, Bajo Llobregat, 30 de septiembre de 1937).

Pero la conducta de la dirección de la CNT se volvió más vergonzosa aún. La cólera de las masas después de la caída de Santander obligó a los estalinistas a pronunciar algunas palabras conciliadoras, llamando a terminar la campaña contra la CNT. Con lo cual hasta el más

izquierdista de los grandes periódicos de la CNT aclamó inmediatamente “la rectificación que indudablemente se ha iniciado en la política del Partido Comunista” (*CNT*, 6 de octubre). La caída de Gijón, que aisló aún más al gobierno, llevó a negociaciones tendentes a lograr el apoyo de la CNT. ¡Olvidadas todas las quejas, los dirigentes de la CNT se apresuraron a proclamar que estaban dispuestos a ingresar al gobierno!

En cuanto a los dirigentes de la UGT, no es necesario explayarse mucho. No habían dicho una sola palabra en defensa del POUM. Caballero no pronunció un solo discurso público en cinco meses, mientras los estalinistas se disponían a romper la UGT. El pacto de unidad de acción firmado por la CNT y la UGT el 9 de julio, que podría haber servido para organizar la defensa de los derechos elementales de los obreros, murió al nacer. Aunque representaba una mayoría de las federaciones provinciales del Partido Socialista, el grupo de Caballero no fue más allá de la mera protesta ante las acciones del nada representativo Comité Nacional de Prieto. En vez de ser un aliado, los dirigentes de la UGT debilitaron aún más a la ya impotente dirección de la CNT.

En cuanto al POUM, ya no se puede hablar de él como si fuera una entidad. Estaba irrevocablemente resquebrajado. Todos los golpes de la dirección habían estado dirigidos exclusivamente a su ala izquierda, a la vez que cortejaba y halagaba a la derecha. *El Comunista*, de Valencia, violaba abiertamente la línea partidaria, propugnando una política flagrantemente frentepopulista, desplazándose progresivamente hacia el estalinismo. Finalmente, una semana antes de la ilegalización del partido, el Comité Central se vio obligado a publicar una resolución (*Juventud Comunista*, 10 de junio) declarando: “El Comité Central ampliado [...] ha acordado proponerle al congreso la expulsión sumaria del grupo fraccional que, en Valencia, ha obrado contra la política revolucionaria de nuestro querido partido”.

Ese congreso jamás se efectuó. Estaba previsto para el 19 de junio, pero lo precedieron los asaltos del 16 de junio. El enorme éxito obtenido por dichos asaltos demostró que el POUM de ninguna manera estaba preparado para el trabajo clandestino. De haberse celebrado el congreso, hubiera resultado que los centros principales del partido, Barcelona y Madrid, se hallaban alineados a la izquierda de la dirección. Un sector de la izquierda llamaba a repudiar el Buró de Londres y crear una nueva internacional, la Cuarta. El otro declaraba: “Resulta claro que en nuestra revolución no existe un verdadero partido marxista de vanguardia”.

De modo que entre las direcciones existentes no se podía buscar una nueva que impidiera el acuerdo con los fascistas. Afortunadamente, los acontecimientos sólo habían superado a las direcciones. Entre las masas de la CNT y la UGT surgían nuevos cuadros que buscaban una salida.

La más significativa era la organización Amigos de Durruti, puesto que representaba una ruptura consciente con el antiestatismo tradicional del anarquismo. Llamaban explícitamente a la formación de órganos democráticos de poder, juntas o soviets, el derrocamiento del capitalismo y la necesidad de que el Estado reprimiera la contrarrevolución. Ilegalizados el 26 de mayo, no tardaron en reconstituir su prensa. A pesar de la triple ilegalidad impuesta por el gobierno, los estalinistas y la dirección de la CNT, *Amigos del Pueblo* expresaba las aspiraciones de las masas. *Libertad*, también clandestino, era otro órgano anarquista disidente. Numerosos periódicos anarquistas locales, además de la Juventud Libertaria y algunos grupos de la FAI, elevaron sus voces contra la capitulación de los dirigentes de la CNT. Algunos seguían por la senda impotente de “no más gobiernos”. Pero el desarrollo de Amigos de Durruti era el heraldito del futuro de todos los obreros revolucionarios de la CNT-FAI.

Las masas de la UGT y los socialistas de izquierda hacía tiempo que expresaban su impaciencia por la pusilanimidad de sus dirigentes. Pero la primera señal de cristalización

revolucionaria se produjo justo en octubre, cuando más de 500 jóvenes se retiraron de la Juventud Unificada para reconstruir una organización juvenil socialista revolucionaria. Simultáneamente la ruptura en la UGT, forzada por los estalinistas, despertó a muchos obreros de izquierda a la necesidad de salvar sus sindicatos de la destrucción estalinista. En esta lucha quedaron planteados inexorablemente todos los problemas de la revolución española, la naturaleza del sindicalismo clasista, el papel del partido revolucionario entre las masas. De ahí se cristalizarían las fuerzas para el nuevo partido de la revolución.

Esa era, pues, la tarea ciclópea de los bolcheviques leninistas. Los partidarios de la Cuarta Internacional, condenados a la ilegalidad por la dirección del POUM en el apogeo de la revolución, organizados por los expulsados del POUM justo en la primavera de 1937, buscando el camino hacia las masas, deben ayudar a unir el ala izquierda del POUM, la Juventud Socialista revolucionaria y los obreros politizados de la CNT y la UGT para crear los cuadros del partido revolucionario en España. Si ese partido se construye sobre cimientos revolucionarios, ¿pueden ser esos cimientos otra cosa que la plataforma de la Cuarta Internacional?

¿Dónde, si no, buscar camaradería y colaboración internacional? Las internacionales Segunda y Tercera eran órganos de la traición del pueblo español. Tampoco fue un acto arbitrario el que el ala izquierda del POUM llamara a repudiar el Buró de Londres, el autotitulado Buró Internacional para la Unidad Socialista Revolucionaria. Porque este centro al que estaba afiliado el POUM había saboteado la lucha contra el sistema estalinista del fraude, del que cayó víctima el POUM.

Mientras el mismo POUM denunciaba de entrada los juicios de Moscú y propagaba un “análisis trotskista”, el Buró de Londres se desplazaba en la dirección contraria. Se negó a colaborar en una comisión de investigación de los juicios de Moscú. ¿Por qué? Brockway – que acababa de lanzar una “campana unitaria” conjunta del ILP y el PC – dió una razón: “crearía prejuicios en los círculos soviéticos”. Como alternativa, Brockway propuso... ¡una comisión para investigar al trotskismo! Al ser acusado por esta actitud, Brockway se defendió impugnando el carácter de la Comisión de Investigación encabezada por John Dewey.

Mientras tanto, el Buró de Londres se hacía pedazos. El SAP (Partido Socialista de los Trabajadores de Alemania) al principio atacó los juicios de Moscú, pero rápidamente abandonó la crítica al estalinismo, firmando un pacto conjunto para la formación de un Frente Popular en Alemania. *Juventud Comunista* (3 de junio) informó de la ruptura en el Buró juvenil de Londres: “La juventud del SAP ha tomado una posición estalinista y reaccionaria [...] la Juventud del SAP ha firmado uno de los documentos más vergonzosos que conozca la historia del movimiento obrero alemán”. El mismo día en que agentes de la Gestapo arrestaban la dirección del POUM, *Julio*, órgano juvenil del PSUC (19 de junio) publicaba un artículo con el título “Trotskismo es sinónimo de contrarrevolución”, saludando la política de las juventudes del ILP y el SAP, y señalando que la filial sueca del Buró de Londres se acercaba a una política estalinista frentepopulista.

La posición de otros “aliados” del POUM, los grupos de Brandler y Lovestone, fue más sucia aún. Durante una década defendieron todos los crímenes de la burocracia estalinista, en base a una falsa distinción entre la política de Stalin en la Unión Soviética y los errores de la Comintern en otras partes. ¡cuando el asesinato de Zinoviev y Kamenev, estos abogados del estalinismo saludaron el terrible hecho como reivindicación de la justicia soviética! Igualmente, acaban de defender el segundo juicio de Moscú en febrero de 1937. Yo mismo estuve presente en un mitin público en un local del grupo de Lovestone, ¡donde Bertran Wolfe pidió disculpas porque el representante del POUM calificó a los juicios de Moscú de fraudes! Justo después de la ejecución de los generales rojos, el grupo de Lovestone – sin que mediara

explicación alguna – comenzó a cambiar su política. En diez años habían hecho todo lo posible por ayudar a Stalin a colgar el mote de contrarrevolucionarios a los trotskistas, y aun cuando se vieron obligados a aceptar el análisis de Trotsky de la purga estalinista, estas caras de piedra siguieron oponiéndose implacablemente al resurgimiento de la revolución en Rusia, en realidad en todas partes. Mientras el SAP, la filial sueca, etcétera, salen del Buró de Londres por una puerta, el movimiento de Lovestone-Brandler entra para reemplazarlos. ¡No puede decirse que ganen con el cambio!

¿Cómo preparó este Buró Internacional para la Unidad Socialista Revolucionaria la defensa del POUM? Su reunión del 6 de junio de 1937 aprobó dos resoluciones. La primera decía:

“Sólo el POUM ha reconocido y proclamado la necesidad de transformar la lucha antifascista en lucha contra el capitalismo bajo la hegemonía del proletariado. Esta era la verdadera razón de los ataques y calumnias del *Partido Comunista aliado a las fuerzas capitalistas* en el frente popular contra el POUM”.

La resolución número dos, decía:

“Toda medida tomada contra la clase obrera revolucionaria de España es a la vez una medida que favorece los intereses del imperialismo británico y francés y un paso hacia el acuerdo con los fascistas.

En esta hora de peligro llamamos a todas las organizaciones obreras del mundo y *sobre todo* a la Segunda y Tercera Internacional [...] unámonos por fin contra las maniobras traicioneras de la burguesía mundial”. [La bastardilla es mía]

Una resolución para la izquierda, otra para la derecha semiestalinista; he aquí el Buró de Londres.⁴¹

“¿Pero acaso los principios que proponéis para el reagrupamiento de las masas españolas no son construcciones intelectuales que las masas verán como cosa ajena? ¿No es demasiado tarde?”

¡No! Los revolucionarios somos las únicas personas con ideas prácticas en el mundo. Porque nos limitamos a expresar las aspiraciones fundamentales de las masas, lo que éstas ya están diciendo a su manera. Nos limitamos a aclarar la naturaleza de los instrumentos, sobre todo la naturaleza del partido revolucionario y del estado obrero, que son necesarios para que las masas consigan lo que quieren. Jamás es demasiado tarde para que las masas comiencen a abrirse paso hacia la libertad. El pesimismo y el escepticismo son lujos que sólo unos pocos se pueden dar. Las masas no tienen otra alternativa que luchar por su vida y el futuro de sus hijos. Si nuestro análisis no echó luz sobre las fuerzas intestinas de la revolución española, recordemos unas palabras de Durruti en el campo de batalla de Aragón, cuando dirigía a las

⁴¹ En la edición del 4 de junio de *New Leader*, Fenner Brockway dio algunos consejos al POUM, para enfrentar esta coyuntura crítica. He aquí algunos pasajes reveladores: “Es importante que el POUM, junto con otras fuerzas obreras, se encuentre en la lucha contra Franco [...] El Partido Comunista español ha criticado con justicia la falta de coordinación en el frente y la mala organización de las fuerzas armadas. El POUM debe cuidarse de resistir las propuestas que faciliten la eficiencia en la lucha contra Franco pero ello no significa que deba aceptar sin protesta el retorno a la estructura reaccionaria del viejo ejército”. ¡Este fue el consejo una semana antes de la ilegalización del POUM! El hecho de que la tarea del POUM fuera la lucha incansable e implacable contra el gobierno, sin poner la menor confianza en los dirigentes de la CNT y UGT, plantear propuestas de frente único para la defensa concreta y cotidiana de los derechos obreros elementales y empezar inmediatamente a combinar el trabajo legal con el ilegal, todo esto naturalmente se le escapa a Brockway. La misma edición lleva una carta del representante del ILP en España, McNair, al dirigente estalinista Dutt, que comienza así: “Me resulta doloroso verme obligado a entrar en polémica con un camarada del PC, en vista de mi deseo de lograr la unidad de los partidos obreros [...] sigo creyendo que ‘lo importante es que la campaña por la Unidad engendre unidad en España y no permitir que la desunión en España engendre desunión en la Campaña de Unidad en Inglaterra...””

milicias mal armadas en el único avance verdadero que hizo la guerra civil. No era un teórico, sino un activista y dirigente de masas. Tanto mayor la significación de sus palabras como expresión de la perspectiva revolucionaria de los obreros conscientes. ¡Los dirigentes de la CNT enterraron estas palabras más profundamente que a Durruti! Pero recordémoslas.

“Para nosotros se trata de aplastar al fascismo de una vez por todas. SI, y a pesar del gobierno.

Ningún gobierno en este mundo combate al fascismo a muerte. Cuando la burguesía ve que el poder se le escapa de las manos, recurre al fascismo para salvarse. El gobierno liberal de España hubiera podido dejar impotentes a los elementos fascistas hace mucho. En cambio, contemporizó, negoció y coqueteó. En este momento hay hombres en este gobierno que quieren ser blandos con los rebeldes. Nunca se sabe –aquí se rió–, este gobierno puede necesitar a las fuerzas rebeldes para aplastar al movimiento obrero ...

Sabemos lo que queremos. Para nosotros nada significa que haya una Unión Soviética en alguna parte del mundo, por cuya paz y tranquilidad Stalin sacrificó a los obreros alemanes y chinos a la barbarie fascista. Queremos la revolución en España, ahora, no después de la próxima guerra europea. Nosotros estamos causándoles muchas más molestias a Hitler y Mussolini que todo el Ejército Rojo de Rusia. Le estamos dando a la clase obrera de Alemania e Italia el ejemplo de cómo combatir al fascismo.

Yo no espero que gobierno alguno ayude a la revolución libertaria. Quizás el conflicto de intereses entre los distintos imperialismos tenga alguna influencia sobre nuestra lucha. Franco está haciendo todo lo posible por arrastrar a Europa al conflicto. No vacilará en descargar a Alemania sobre nosotros. Pero no esperamos ayuda de nadie, en última instancia ni siquiera de nuestro gobierno”.

“Si triunfáis, estaréis sentados sobre un montón de ruinas” dijo Van Paasen.

Durruti respondió:

“Siempre hemos vivido en la miseria y con agujeros en las paredes. Sabremos acomodarnos por algún tiempo. No olvide usted que nosotros también sabemos construir. Somos nosotros los que construimos estos palacios y ciudades, aquí en España, en América y en todas partes. Nosotros, los obreros, podemos construir otras para reemplazarlas. Otras mejores. No tememos a las ruinas. Vamos a heredar la tierra. No cabe la menor duda. La burguesía puede reventar y arruinar su propio mundo antes de abandonar la escena de la historia. Llevamos un mundo nuevo en nuestros corazones. Ese mundo está creciendo en este preciso instante”.⁴²

10 de noviembre de 1937

Epílogo de la edición norteamericana

Hacia mayo de 1938, cuando se terminó de escribir la posdata de *Revolución y Contrarrevolución en España*, la suerte de la España republicana estaba sellada, y los once meses que duró hasta el cese de las hostilidades sólo nos muestran una resistencia cada vez más inútil, a medida que Franco iba ganando terreno a la república. En el bando republicano, los últimos meses de la campaña militar estuvieron caracterizados por las traiciones de la plana mayor: retirada de los ejércitos sin informar a la población; destrucción física deliberada de divisiones revolucionarias, a menudo enviándolas al frente sin armamento adecuado o sin cobertura de artillería o aérea; rendición de ciudades intactas al enemigo; y desertión de miembros del “gobierno de la victoria”.

En septiembre de 1938 el pacto de Munich preparó el camino para el comienzo de la Segunda Guerra Mundial. Un mes más tarde, el juicio a los dirigentes del POUM, que habían sido arrestados a mediados de 1937, terminó con su condena acusados de traición y espionaje. Fueron sentenciados a prisión por su papel en el levantamiento de mayo de 1937. En

⁴² Entrevista de Durruti con Pierre Van Paasen, Star, Toronto, septiembre de 1936.

noviembre se retiraron las Brigadas Internacionales. El bombardeo sistemático de Barcelona, que había comenzado en enero de 1938, terminó un año más tarde con la rendición de la ciudad a los fascistas. Azaña voló a Francia, donde luego renunció. El 5 de marzo de 1939, la Junta de Defensa Nacional, encabezada por el coronel Casado, tomó el poder de manos de lo que había quedado del gobierno de Negrín y los estalinistas, y se dedicó a rastrear y fusilar a los estalinistas destacados que no habían tenido tiempo a huir del país. El otro objetivo de la Junta era entregar el gobierno a Franco, y se cumplió a fines de mes. Con esto se esfumaron las últimas ilusiones de que los aliados intervinieran en el último momento para impedir la victoria de Franco. Sólo seis meses después de que cayó el telón sobre la lucha militar en España, se levantó nuevamente sobre el pacto Hitler-Stalin y sobre los primeros pasos de la Segunda Guerra Mundial en el continente.

Los lectores que están interesados en la revolución española y en la guerra civil, pueden leer los *Escritos sobre España* (1931-1939) de León Trotsky. Este libro contiene, día a día, sus posiciones ante los acontecimientos de España. Trotsky sugirió que uno de sus artículos, *España: última advertencia*, sirviera de prefacio a la primera edición de *Revolución y contrarrevolución en España*.

Glosario

Abd-el-Krim (1882-1 963): Caudillo marroquí. *Caíd* rifeño al servicio de España, desde 1921 levantó a las tribus contra su dominio colonial e infligió al ejército español una severa derrota en Annual el mismo año.

Adelante: periódico socialista.

Alcalá Zamora, Niceto (1877-1949): político católico, presidente de la república española 1931-1936.

Azaña y Díaz, Manuel (1 880-1940): dirigente de Izquierda Republicana, primer ministro en 1931 y nuevamente en 1936. Presidente 1936-1939.

Antónov-Ovseyenko, Vladímir (1884-1938): dirigente de la revolución rusa. En 1923-1927 perteneció a la Oposición de Izquierda, pero en 1928 se unió a Stalin. Fue cónsul general ruso en Barcelona, y sirvió de chivo expiatorio de la derrota de la política estalinista en España.

Bakunin, Mijaíl (18 10-1876): anarquista ruso, uno de los fundadores de la Primera Internacional.

Bauer, Otto: Principal dirigente del Partido Socialdemócrata Austriaco durante la Primera Guerra Mundial. Reformista, autor de varios libros antimarxistas.

La Batalla: periódico del POUM.

Blum, León (1872-1950): encabezaba el Partido Socialista Francés en la década del treinta, y fue primer ministro del primer gobierno del Frente Popular en 1936.

Bolcheviques-leninistas: fue el nombre que adoptó la oposición de izquierda (trotskistas) de todos los partidos comunistas, antes de la formación de la Cuarta Internacional.

Buró de Londres: el Buró Internacional de Partidos Socialistas Revolucionarios, fundado en 1935, fue una asociación de partidos centristas que no estaban afiliados ni a la Segunda ni a la Tercera Internacional, pero se oponían a la creación de la Cuarta Internacional.

Brigadas Internacionales: formaciones de voluntarios de todo el mundo organizadas por el Partido Comunista. Formadas en octubre de 1936, se retiran en noviembre de 1938, siguiendo la política de “no intervención”.

Calvo Sotelo, José (1893-1 936): jefe del partido monárquico.

CEDA (Confederación Española de Derechas Autónomas): partido católico, lo encabezaba Gil Robles. **Chamberlain, Neville (1 869-1 940):** primer ministro conservador de Gran Bretaña, de 1937 a 1940. **Claridad:** publicación de la izquierda socialista. En mayo de 1937 pasó a manos del estalinismo.

CNT (Confederación Nacional de Trabajadores): federación sindical anarquista, la más importante de España.

Companys y Jover, Luis (1 883-1940): dirigente de la Esquerra catalana, presidente de la Generalitat de Cataluña desde 1934.

Cuarta Internacional: se fundó en 1938. Trotsky planteó que la Oposición de Izquierda (bolchevique-leninistas o trotskistas) debía formar una nueva internacional cuando la Comintern (Internacional Comunista o Tercera Internacional) se negó a criticar la nefasta política del Partido Comunista Alemán que permitió a Hitler tomar el poder en Alemania sin luchar.

Dewey, John (1859-1952): filósofo norteamericano; encabezó la Comisión Investigadora de los cargos formulados contra León Trotsky en los juicios de Moscú.

Dimitrov, Georgi (1882-1949): comunista búlgaro. Residiendo en Alemania fue acusado por el incendio del Reichstag en 1933. Absuelto en un sonado juicio, se trasladó a la Unión Soviética, donde actuó como secretario de la Comintern.

Durruti, Buenaventura (1896-1936): dirigente del ala izquierda del anarquismo. Murió en la defensa de Madrid. **Esquerra (Izquierda):** partido catalán de la clase media baja.

Espartaquistas: fracción del Partido Socialdemócrata alemán que se separó de éste cuando su dirección apoyó al gobierno en la Primera Guerra Mundial imperialista. Sus principales dirigentes eran Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht, y tomó luego el nombre de Partido Comunista Alemán.

FAI (Federación Anarquista Ibérica): controlaba la CNT. Estaba dividida en un ala izquierda (encabezada por Durruti) y otra derecha (García Oliver).

Franco y Bahamonde, Francisco (1892-1975): dirigente militar del golpe contrarrevolucionario y jefe del gobierno español hasta su muerte.

Frente Popular: coalición gubernamental de partidos comunistas y socialistas con partidos burgueses, con un programa capitalista liberal.

García Oliver, José (1901- ¿?): dirigente anarquista del ala derecha. Colaboró con los estalinistas en el aplastamiento del ala revolucionaria. Fue ministro de justicia del gobierno de Largo Caballero.

Generales Rojos: en 1937, en la mayor de las “purgas” del estalinismo dentro del ejército, fueron arrestados o fusilados en Rusia 75.000 oficiales del Ejército Rojo.

Gorkin, Julián: había sido miembro de la Oposición de Izquierda de España. Luego se unió al Bloque Obrero y Campesino de Maurín, y fue uno de los principales dirigentes del POUM.

Ibárruri, Dolores, *La Pasionaria* (1895-1989): dirigente y gran agitadora del PC español.

ILP (Independent Labour Party - Partido Laborista Independiente): fracción del Partido Laborista inglés, expulsada en 1931. Integró el Buró de Londres y coqueteó con el estalinismo. En 1939 se reintegró al Partido Laborista.

Juicios de Moscú: entre 1936 y 1938 tuvieron lugar en Moscú tres importantes juicios fraudulentos. En ellos se “encontró culpables” de crímenes tales como traición, sabotaje, espionaje, etcétera, a todos los miembros sobrevivientes de la dirección del Partido Bolchevique durante la Revolución de Octubre, excepto Stalin.

Kautsky, Karl (1854-1938): fue considerado uno de los más importantes teóricos marxistas de Alemania y del mundo hasta la Primera Guerra Mundial, cuando abandonó el internacionalismo. Se opuso a la Revolución de Octubre.

Kámenev, León (1883-1936): dirigente bolchevique. Junto con Zinóviev, comenzó haciéndose eco de la campaña de Stalin contra Trotsky en 1923, pero en 1926 se unió a éste en la Oposición Conjunta y fue expulsado del partido en 1927. Capitularon y fueron readmitidos, siendo expulsados nuevamente en 1932. Se autocriticaron nuevamente pero cayeron víctimas del primer gran juicio de Moscú.

Kerensky, Alexander (1859-1970): dirigente del ala derecha del Partido Socialrevolucionario ruso. Fue ministro de Justicia y luego de Guerra, para llegar finalmente a primer ministro del Gobierno Provisional que se instauró en Rusia en febrero de 1917, luego del derrocamiento del zar.

Kornílov: general zarista que encabezó en agosto de 1917 un golpe contrarrevolucionario para derrocar al Gobierno Provisional y reponer al zar. Los bolcheviques, pese a que sufrían una fuerte represión, se unieron al gobierno en la lucha contra Kornílov, sin dejar de criticar a sus aliados.

Kuomintang: movimiento nacionalista chino con dirección burguesa. La Comintern estalinista lo incorporó como miembro, haciendo que el Partido Comunista Chino se disolviera en este movimiento y facilitando así la sangrienta derrota de la revolución china de 1925-1927.

Largo Caballero, Francisco (1869-1946): dirigente de los socialistas de izquierda. Primer ministro de septiembre de 1936 a mayo de 1937.

Liebknecht, Karl (1871-1919): socialdemócrata de izquierda alemán. Fue el primero en votar contra los créditos de guerra en 1914 en el parlamento. Fundador con Rosa Luxemburgo de la Liga Espartaco y del Partido Comunista Alemán. Dirigieron el levantamiento de Berlín en 1919, y fueron asesinados por oficiales del gobierno socialdemócrata.

Lerroux, Alejandro (1864-1949): dirigente del Partido Radical. Primer ministro durante el bienio negro, 1933-1936.

Lovestone, Jay: fue dirigente del Partido Comunista norteamericano en la década del veinte. Pertenecía al ala derecha que lideraba en Rusia Bujarin, y fue expulsado cuando Stalin rompió con éste. Tuvo una agrupación propia hasta la Segunda Guerra Mundial, y luego se convirtió en consejero de las campañas anticomunistas de los sindicatos norteamericanos.

Ludendorff, Erich (1865-1937): general alemán, miembro del estado mayor durante la Primera Guerra Mundial.

Luxemburgo, Rosa (1871-1919): fue una de las más importantes dirigentes del movimiento marxista mundial. Fundó el Partido Socialdemócrata Polaco y dirigió el ala izquierda de la socialdemocracia alemana. Con Karl Liebknecht, participó en la formación de la Liga Espartaco y del Partido Comunista. Murió con éste asesinada durante el levantamiento de Berlín en 1919. Escribió importantes trabajos de polémica con el revisionismo socialdemócrata.

Mundo Obrero: periódico del Partido Comunista.

Negrín López, Juan (1889-1956): último primer ministro de la república. Reemplazó a Largo Caballero en 1937 ante la presión de los estalinistas.

Nin, Andreu (1892-1937): dirigente del trotskismo español hasta que rompió con Trotsky en 1935, y formó el POUM. Asesinado por la policía estalinista.

Noske, Gustav (1868-1946): socialdemócrata alemán, ministro de Defensa en 1919, dirigió el aplastamiento de la insurrección espartaquista y ordenó el asesinato de Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht.

Pacto Hitler-Stalin: se firmó en agosto de 1939, e incluía el reparto de Polonia entre sus países y un acuerdo de no agresión. Pocos días más tarde se iniciaba la Segunda Guerra Mundial. En 1941 Hitler rompió el pacto, invadiendo la Unión Soviética.

Pivert, Marceau (1895-1958): dirigente de una fracción de izquierda del Partido Socialista Francés.

POUM (Partido Obrero de Unificación Marxista): se formó en 1935 por la fusión de la Izquierda Comunista de Nin y el Bloque Obrero y Campesino de Maurín.

Prieto y Tuero, Indalecio (1883-1962): dirigente del ala derecha del Partido Socialista. Fue ministro de Marina y Aeronáutica del gabinete de Largo Caballero y siguió en el de Negrín hasta 1938.

Primo de Rivera, Miguel (1875-1930): político y militar derechista, presidente del Directorio de 1923 a 1930. Su hijo José Antonio fue el fundador de la Falange Española.

PSUC (Partido Socialista Unificado de Cataluña): se formó en 1936 con la unificación de socialistas y estalinistas.

SAP (Sozialistische Arbeiter Partei - Partido Socialista Obrero): fracción centrista que se separó del Partido Socialdemócrata Alemán en 1931.

Scheidemann, Philip (1865-1937): dirigente socialdemócrata de derecha alemán.

Segunda Internacional: se organizó como asociación libre de partidos obreros y socialistas en 1889, y reunía elementos revolucionarios y reformistas. Su papel progresista terminó en 1914, cuando sus principales secciones apoyaron a los gobiernos de sus países en la guerra imperialista. Desapareció durante la guerra, pero fue resucitada como organización totalmente reformista en 1923.

Socialrevolucionarios: partido de izquierda ruso cuya composición social era fundamentalmente pequeñoburguesa, campesina. Su ala derecha integró el Gobierno Provisional de febrero de 1917; la izquierda participó con los bolcheviques en la Revolución de Octubre y en los primeros tiempos del gobierno soviético.

Solidaridad Obrera: periódico anarquista.

Tercera Internacional o Internacional Comunista (Comintern): fue organizada bajo la dirección de Lenin en 1919 como sucesora revolucionaria de la Segunda Internacional. Funcionó regularmente hasta la muerte de Lenin; luego Stalin comenzó a espaciar sus reuniones, para disolverla en 1943, como acto de buena voluntad hacia sus aliados imperialistas.

Tercer período: según el esquema proclamado por los estalinistas en 1928, era el período final del capitalismo, de su caída y reemplazo por los sóviets. De acuerdo con esto, durante los seis años siguientes la táctica de la Comintern fue ultraizquierdista, sectaria, de formación de sindicatos “rojos” (muy minoritarios pero “políticamente puros”) y opuesta a toda alianza con otros partidos obreros. En 1934 se reemplazó la teoría y la práctica del *Tercer período* por la del *Frente Popular*.

Tory: nombre que se da al partido conservador inglés.

Trotsky, León (1879-1940): dirigente de la revolución rusa. A la muerte de Lenin encabezó la lucha contra la fracción burocrática de Stalin, y fue expulsado de la Unión Soviética en 1928. Organizó la Cuarta Internacional cuando la Comintern abandonó totalmente las tradiciones revolucionarias.

Tsereteli, Irakli (1882-1959): socialdemócrata ruso de la fracción menchevique (minoritaria, reformista). Fue ministro del Gobierno Provisional y se exilió luego de la Revolución de Octubre.

UGT (Unión General de Trabajadores): la segunda central obrera española después de la CNT, dirigida por el Partido Socialista.

Wang Chin-wei (1884-1944): dirigente del Kuomintang de izquierda y gobernador de la zona industrial china de Wuhan. Cuando en 1927 Chiang Kai-shek hizo masacrar a los obreros de

Shangai, los estalinistas cifraron sus esperanzas en el ala izquierda del Kuomintang. Pocas semanas después se repitió la masacre en Wuhan.

Weimar: ciudad de Alemania en que se reorganizó el gobierno en 1919, y se firmó la constitución republicana. Ostensiblemente no se hizo en Berlín por ser “prusiana”, pero la insurrección berlinesa de enero de ese año constituye un motivo de más peso.

Zinóviev, Gregori (1883-1936): dirigente de la revolución rusa y primer presidente de la Comintern. Sufrió los mismos vaivenes políticos que Kámenev hasta su fusilamiento por Stalin.